manuel galvez.

el mal metafísico

editorial-tor
buenos aires.

EL MAL METAFISICO

LIBROS DE MANUEL GALVEZ

POESIA

El enigma interior (agotado)
Sendero de humildad (agotado)

CRITICA E IDEOLOGIA

El diario de Gabriel Quiroga (agotado)
El solar de la raza (11.500)
La vida múltiple (agotado)
El espíritu de aristocracia y otros ensayos
La Argentina en nuestros libros (3.000)
Este pueblo necesita (5.000)

SOCIOLOGIA

La inseguridad de la vida obrera (agotado)

NOVELA

La maestra normal (16.000)
El mal metafísico (11.500)
La sombra del convento (9.000)
Nacha Regules (25.000)
Luna de miel y otras narraciones (5.000)
La tragedia de un hombre fuerte (agotada)
Historia de arrabal (8.000)
El cántico espiritual (6.500)
La Pampa y su pasión (8.500)
Una mujer muy moderna (agotado)
Miércoles Santo (5.500)
Cautiverio (5.000)
La noche toca a su fin (3.000)

ESCENAS DE LA GUERRA DEL PARAGUAY

I. — Los caminos de la muerte (12.000)
II. — Humaitá (11.000)
III. — Jornadas de agonía (9.000)

ESCENAS DE LA EPOCA DE ROSAS

El gaucho de "Los Cerrillos" (5.000)
El general Quiroga (5.000)

BIOGRAFIA

La vida de Fray Mamerto Esquiú (5.000)

TEATRO

El hermano (inédito)
Nacha Regules
El hombre de los ojos azules
La Serpiente contra el Hombre (inédito)

ANTOLOGIA

Los mejores cuentos (agotado)

TRADUCCIONES

Clerambault, de Romain Rolland (en colaboración con Roberto F. Giusti)

MANUEL GALVEZ

EL MAL METAFISICO



EDITORIAL TOR
RIO DE JANEIRO 760
BUENOS AIRES



PRIMERA PARTE

I

Frente a su taza de café, Carlos Riga, en un bar apacible, esperaba a sus amigos.

Estudiaba Derecho, y se había iniciado, hacía poco tiempo, en la vida literaria. Se reunía todas las noches, con algunos colegas de literatura y de ilusiones, en una Brasileña, y allí, con el penoso gasto de un café inspirador, pasaban largas horas definiendo la Vida, componiendo la Sociedad, maldiciendo al odioso filisteo que les ignoraba, y engañando la pobreza y la sed de gloria con fáciles ensueños vagos. Pero como aquella noche Riga leería a sus amigos un flamante poema suyo, habían acordado encontrarse en un lugar pacífico, lejos de las curiosidades burlonas de los colegas y de las miradas desdeñosas del entonces célebre y ubicuo *Celui-qui-ne-comprend-pas.*

Eran las ocho y media y se habían citado para las nueve. Muy temprano, antes que los demás pensionistas se levantaran de la mesa, Riga había salido de la casa de huéspedes donde vivía. Le habían fastidiado en exceso las bromas de aquellos estudiantes sin dinero. Como era fin de mes, la penuria lógica de sus bolsillos les obligaba a quedarse en la casa, jugando al siete y medio, a un centavo el poroto, comprometidos "bajo palabra" a pagar las deudas de esa noche al recibir los próximos sueldos o las parcas pensiones paternales. Y Riga que, prefiriendo sus tenidas literarias, jamás aceptara jugar, fué víctima esa noche de su vocación y de su Quimera. Se habían burlado de sus versos, de sus autores queridos, de sus camaradas. Y todavía, ya en el bar, recordaba

con indignación a Grajera, al sinvergüenza Grajera, negro y feo como él solo, que, parado sobre una silla, con la servilleta en una mano, el tenedor en la otra, recitaba en tono lúgubre, estirando la geta, entre las risotadas de los huéspedes, aquella *Sonatina en rosa y blanco* que había hecho la reputación de Riga en tres o cuatro mesas de cafés.

El bar de la calle Cuyo estaba solitario y melancólico. De los picos de gas salían luces frías y tristes. Hacía calor, era Abril, y los vidrios, neblinosos de humedad, lagrimeaban perezosas gotas de agua. Sólo había en el bar un parroquiano: un individuo rubio, de chambergo en la nuca y pañuelo de seda en el pescuezo, que hablaba de las carreras, en voz alta y gangosa, con el mozo del bar.

Riga, acodado sobre la mesa, se miraba en un espejo que tenía a su lado. Se encontraba interesante y simpático, con gran aire de artista; de cuando en cuando se quitaba el chamberguito de alas cortas, arreglaba su corbata *lavallière*, se peinaba con los dedos la incipiente melena profesional. Su tipo era correcto, distinguido; tenía cara de inocencia, ojos grandes y un poco asombrados, labios finos, perfil muy suave y armonioso, cuello más bien largo que corto. Era un lindo muchacho, y no representaba, por su delgadez y su estatura mediana, por su falta de bigote y por algo de aniñado que había en su rostro y en sus maneras, los veinte años que acababa ahora de cumplir.

Sacó de los bolsillos varios papeles y se entretuvo un buen rato revisándolos. Eran versos, estrofas comenzadas, filas de palabras aconsonantadas y cuyas líneas en blanco aguardaban pacientemente el difícil relleno que las convirtiera en versos. Había también argumentos de dramas, el plan de algún acto, nombres de personajes, escenas delineadas. Halló el poema que leería a sus camaradas, y en voz baja, buscando gestos adecuados para subrayar los más bellos versos, comenzó a ensayarse.

—Créame, socio — gangoseó el carrerista golpeando el vaso contra la mesa, sin duda para dar más fuerza a su aserto; — es una fija para *Pippermint,* una fija...

Riga le miró indignado; y como el hombre siguiera exponiendo las razones de su sonora afirmación, tuvo que abandonar los versos. Tomó luego otro papel, y al tenerlo abierto ante los ojos hizo un gesto de desaliento. Acodado siempre sobre la mesa, sostenía la frente con una mano y en tal actitud movía la cabeza tristemente. Era una carta de su padre y la ha-

bía recibido aquella mañana. La leyó de nuevo, toda entera, por décima vez quizá.

¡Ah, qué lucha la suya! Hacía pocos días, le había mandado a su padre, que vivía en Santiago, ciertos versos que publicara recientemente en el suplemento literario de *La Patria*. Para él era una suerte de consagración que aquel coloso del periodismo, tan exigente para admitir versos, insertara los suyos. Y habían tenido "un éxito colosal", no faltando, entre los concurrentes a la Brasileña, quien los reputara dignos de Verlaine. Eran de una vaguedad, de una elegancia, de una dulzura "enteramente nuevas en castellano", según afirmara el ruso Orloff. Y sin embargo su padre, desde Santiago, le escribía que se dejara de "pavadas" y estudiase. La luna, los parques y los ruiseñores no iban a salvar al poeta del cero en Civil, con el que, como en los últimos exámenes que diera, los profesores justipreciarían su talento y su ciencia infusa.

Riga quedó inmóvil, con los ojos vagos. ¿Por qué su padre le escribía así? ¿Cómo no comprendía que había en su hijo una vocación? ¡Pero si el concepto de su padre sobre la literatura era general en el país! Todo el mundo consideraba como haraganes, inservibles, vividores, a los pocos altos espíritus que se consagraban a labrar la verdadera gloria de la Patria. ¡Así premiaban el desinterés, el puro amor a la Belleza! Los que, como él, sentían el don divino en el alma, no encontraban sino obstáculos en su sendero. Diariamente, en la Facultad, en la casa de huéspedes, entre las pocas familias que frecuentaba, tenía que soportar la dura hostilidad del ambiente a sus ideales literarios. Las gentes despreciaban la literatura y le preguntaban, con sonrisa de lástima, si todavía "le daba" por los versos.

Recordó entonces, vagamente, su iniciación literaria. A los quince años y medio, terminados sus estudios secundarios en el colegio nacional de Santiago, la ciudad donde naciera, su padre, un procurador que veneraba religiosamente a los abogados y quería que su hijo fuese doctor, le llevó a Buenos Aires, para hacerle cursar Derecho. El era entonces un niño tímido, muy sensible, muy inteligente, muy nervioso. Su madre, que consideraba a Buenos Aires como un lugar de perdición, protestó, lloró con abundancia ante "el capricho" del procurador. Instalado Carlos por su padre en una casa de huéspedes, se encontró solo, lleno de miedo, en la gran ciudad de sus esperanzas. En aquella casa hizo amistad con Mario Ardoino, un muchacho salteño que estudiaba primer año de arquitectura.

Frecuentaban los teatros por secciones, los cafés conciertos, la calle Florida. A fuerza de oír zarzuelitas, se apasionó por el género. No hablaban sino de tiples, de autores, de cómicos, y se pasaban las horas discutiendo acaloradamente sus preferencias. Ardoino, que leía mucho, le prestaba libros a Carlos y le hablaba con entusiasmo de algunos poetas argentinos jóvenes. Carlos, que desde las primeras clases había cobrado una invencible antipatía por la carrera jurídica, se dió a leer dramas y novelas. De la común afición al teatro, y, sobre todo, de la escasez de dinero, les brotaron una serie de zarzuelitas y petipiezas con las que "ganaría un platal". Y se pasaban los días, las semanas, de teatro en teatro, esperando en los vestíbulos largas horas a que les diesen la habitual respuesta: "vuelva la semana que viene". Algunas de aquellas piezas iban dedicadas "al eminente y extraordinario actor" o a "la bella, encantadora y admirable actriz"; pero ni así se interesaban los aludidos, y el original, con nueva dedicatoria, pasaba a otro teatro.

Riga sonreía, recordando aquellas cosas de hacía cinco años, que ahora se le antojaban lejanas. Ahora despreciaba al género chico, literatura para horteras. Luego recordó cómo de aquella afición al teatro por secciones nacieron sus primeros artículos publicados en diarios de Santiago. De Ramos Carrión y Arniches, su gusto se había elevado hasta Ibsen y Sudermann. Y su primer artículo fué, nada menos, un juicio crítico sobre un drama de Ibsen.

Sonrió ante este recuerdo, pero en seguida sus ojos se nublaron de tristeza. Su padre, que alabara los primeros artículos, aunque sin entender gran cosa, le manifestó su violenta desaprobación durante las vacaciones. Había salido mal en tres asignaturas, y al volver a Santiago, su padre le recibió hecho una furia, atribuyendo los malos exámenes a la literatura y a los teatros. ¡Ocuparse de teatros un hombre que iba a ser abogado! En Santiago, Riga se consagró a leer el teatro clásico español. Se pasaba el día con Calderón y Lope, y toda la noche era un declamar, en sueños, versos por este estilo: "¡Vive Dios, doña Leonor — que habréis de saber quién soy!" Escribió poesías a lo Becquer, a lo Núñez de Arce; lloró, con pésima sintaxis, sus ilusiones perdidas. Pero estas tentativas poéticas le reconciliaron — cosa extraña — con su padre. Había en Santiago un buen señor con vasta fama de literario. Se llamaba don Pacífico Canal, y sabía latín y griego. Su fuerte era la historia antigua, pero escribía artículos sobre litera-

tura, y, de cuando en cuando, kilométricas composiciones en verso — belicosas octavas reales, castamente amorosos sáfico adónicos — que olían a polilla y a alcanfor. Don Pacífico alabó las poesías de Carlos y aconsejó a su padre que fomentase aquella vocación, pues las letras, lejos de perjudicar al estudiante, le facilitarían el ejercicio de la carrera.

—Muchas veces se pierde un buen pleito por no saber escribir — había sentenciado don Pacífico.

—Bueno, entonces — le contestó el padre de Carlos, — usted que sabe tantas cosas, don Pacífico, diríjamelo al muchacho...

Desde ese día, don Pacífico se constituyó en mentor literario de Carlos, y aún ahora, después de cuatro años, todavía solía escribirle largas epístolas archicastizas recomendándole que leyera a griegos y latinos y que imitara el estilo de Jenofonte.

—¡Delicioso, el excelente don Pacífico! — sonrió Riga.

Pero volvió a entristecerse recordando hasta qué punto, en las vacaciones del segundo año, había sufrido por la hostilidad de su padre a lo que ya creía su vocación. Durante el segundo año de estudios había evolucionado su espíritu, independizándose de la tutela literaria de don Pacífico. Leyó a los renovadores de la lírica, sin entenderlos al principio; ensayó nuevos ritmos; hurgó en el *Diccionario de la rima* consonantes atroces; y se vengó de don Pacífico maldiciendo a la gramática y a la Academia y "poniendo verde" al pobre Jenefonte. Publicó versos en varias revistuchas y los mandó a su familia. En su casa nadie comprendió una palabra, y una vez el padre, mascando su ira, y con recelo de que el hijo estuviese loco, se los mostró a don Pacífico. El literato declaró que Carlos se extraviaba. Aquellos versos eran decadentes, producto de una inteligencia enfermiza. Había que cortar por lo sano, prohibirle que fraguara semejantes desatinos. El procurador, las dos hermanas del muchacho, el propio don Pacífico le escribían burlándose de sus versos; sólo la madre le defendía, y hasta quiso ir a Buenos Aires, convencida de que Carlos estaba mal de salud. Si no, ¿por qué había hablado don Pacífico de inteligencia "enfermiza"? Y nadie le quitaba de la cabeza que don Pacífico "sabía algo".

Aquellas segundas vacaciones fueron terribles para el poeta. En la mesa sufría incesantemente. Si nombraba a cualquier escritor, su padre comentaba: "Ha de ser algún muerto de hambre". No podía insinuar una opinión o un sentimien-

to que no fuesen habituales en la casa, porque le interrumpían: "Esa pavada la has oído a algún muchacho". Ni sus padres, ni sus hermanas, suponían que pudiese tener una idea propia. Dijérase que le consideraban un tonto, que repetía en su casa cuanto oía a sus amigos. Se le saltaban las lágrimas cuando las muchachas se reían de sus versos, o de los de sus maestros. Cierta noche que había invitados a comer, uno de ellos, reputado en el pueblo por su "capacidad" literaria, habló de versos. Carlos nombró a Rubén Darío y todos se echaron a reír. Entonces el muchacho, exaltadísimo, declaró que Darío era un gran poeta, el más grande de cuantos hubo en castellano. El invitado afirmó que los titulados versos de "ese caballero" no eran tales, porque "atentaban contra las reglas", y, para que juzgaran, empezó a recitar, en tono de chacota, el *Responso a Verlaine.*

¡Padre y maestro mágico, liróforo celeste
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador!

Todos se divirtieron como si oyeran chistes, y al principio, al ir saliendo el liróforo, el instrumento olímpico, la siringa, y otras palabras para ellos incomprensibles, se desternillaban de risa. Cuando el recitante llegó a la siringa, el procurador había estallado:

—¿El qué? ¿La jeringa? ¡Já, já, já!...

Las muchachas, ruborizadas, habían bajado la cabeza.

Mientras tanto, Carlos, con los ojos llenos de lágrimas, gozaba la poesía dolorosa y antigua de aquel magnífico *Responso a Verlaine,* y cuando el invitado acabó la primera estrofa, la única que sabía, él, sin mirar a nadie, exclamó con voz rota y acento de inspirado:

—Rubén Darío es un poeta profundo y enorme, pero no es un poeta para los filisteos, los ignorantes y los pedantes...

—Cállese, insolente — rugió el procurador. — Don Pacífico dice que ese individuo es un botarate mistificador, y vos no vas a saber más que don Pacífico.

Carlos tuvo que tragarse su indignación.

Durante el tercer año de Derecho no publicó nada. Había comprendido lo efímero de sus poesías y se había dedicado a leer. Pasó en los exámenes, y como, además, no hablara en su casa de literatura, su padre estuvo contento de él. Durante el

cuarto año comenzó a vincularse entre los jóvenes literatos. Casi todos eran bohemios, simples *ratés*, pero él los consideraba grandes talentos y aprendía mucho oyéndoles hablar. Al finalizar el curso fué reprobado en el único examen que rindiera; infeliz suceso que se repitió en Febrero. Ahora, debiendo cursar el quinto año, se encontraba sin aprobar ninguna asignatura de cuarto. Pero él ya no pensaba continuar sus estudios, pues cada día odiaba más a la Facultad. Había hallado en los cenáculos de la Brasileña su elemento natural, y ya tenía la certidumbre de su vocación literaria. Era feliz, aunque no carecía de penas. A la hostilidad de su familia, habían sucedido los "titeos" e ironías habituales entre los bohemios. Sabía que eran simples bromas, pero a él, quisquilloso, como buen provinciano, le dolían. A veces, sufría torturantes dudas. ¿Tendría talento, aptitudes de escritor? Había cumplido veinte años y aun no había hecho nada... Pero las dudas se iban y él quedaba más convencido y esperanzado que nunca. También solía padecer tentaciones. ¿No sería mejor — se había preguntado muchas veces, lleno de decepciones y deseos — consagrar su inteligencia a adquirir dinero para poder frecuentar los grandes teatros, pasear en coche, comer en los restoranes, y hacer su mujercita de alguna de aquellas muchachas tan bellas, tan lujosas, tan inaccesibles que solía mirar todas las tardes, ávidamente, en el corso de la calle Florida? Escribiendo sería toda la vida un pobre diablo. Recordaba a tal escritor, hombre de talento y de ciencia, que vivía de un miserable empleo; a tal otro, a quien las necesidades de la vida obligaban a defender pleitos, teniendo que mezclarse con "aves negras", con clientes avaros, con seres viles; a otros, abandonando las letras por la política, por los negocios. Y a tantos otros fracasados, que llevaban una vida miserable por perseverar en el oficio de escribir. ¡Ah, Buenos Aires, sirena espléndida y terrible! Sacaba de sus hogares provincianos a innumerables muchachos, los atraía con su canción fascinadora, les poblaba la cabeza de ilusiones y los dejaba luego, enterrados en una oficina, sin más esperanza que la jubilación, ni otra gloria que un irrisorio sueldo. Recordó cómo Buenos Aires le había modificado. Ya no era aquel muchacho de hacía cinco años: noble y desinteresado. Entonces sólo tenía ideales, y en su alma no había sitio para el mal. Todos los hombres eran buenos; la vida, un bello placer. Sufría de ver pobrezas, y, apenas perdida su inocencia, quiso, en su bondad, redimir a las dos o tres mujeres caídas que conocía. Ahora,

era otro. Había visto la miseria del mundo, se había encontrado en presencia del Mal. Los hombres eran egoístas, no amaban ni la virtud ni la belleza; todos los ideales hallaban obstáculos. Sufrió infinitas desilusiones, y, más de una vez, frente a la injusticia y a la grosería humanas, había llorado. ¡Pero si él mismo se había envilecido! En ocasiones se sorprendía sintiendo envidia hacia algún colega triunfante, gozándose en el fracaso de algún otro. Ya habían entrado en su corazón sentimientos egoístas, deseos materiales, ambiciones vulgares. ¡Ya anhelaba tener dinero! Se consideraba menos bueno, menos generoso; y lo único que conservaba en su total integridad, era su amor a la Belleza, su sed de Ideal.

—¿Qué hora tiene? — preguntó al mozo el parroquiano, que no había cesado de hablar demostrando el fatal triunfo de *Pippermint*.

El mozo, con toda calma, sacó un inmenso reloj de níkel, lo puso a la luz, miró un buen rato, como si tratara de leer en un palimpsesto, y dijo, arqueando las cejas, cabeceando y con aire fatalista y filosófico:

—¡Las nueve y diez!

El parroquiano se levantó, aconsejó al mozo que se ensartara con *Pippermint*, y salió, alzando los hombros y contoneándose.

Riga empezó a incomodarse por la inexactitud de sus amigos. Pero no pasaron cinco minutos sin que llegaran.

—¿Qué dices, simulador del talento? — le preguntó Orloff, flemáticamente.

Abraham Orloff, hijo de judíos polacos, había nacido en una colonia israelita de la provincia de Entre Ríos. Tenía, como Riga, veinte años. Hasta los dieciocho había trabajado de obrero, ejerciendo los más duros oficios. Llegó hasta ser vendedor ambulante, y él había recordado, en un cuento doloroso, cierto día que, esperando una buena venta, sólo tuvo golpes y desdichas: el día "de las grandes ganancias", como dijo con amarga ironía. Desde hacía tres años era un condotiero del periodismo. Escribía, en intermitentes diaruchos y revistas, artículos mal pagados. A veces, pasaba semanas sin cobrar un centavo, y en más de uno de aquellos días tuvo que dormir en las plazas, quedarse sin comer.

Su deficiente alimentación y la crisis crónica de sus bolsillos eran, según las malas lenguas, las causas de su demagogia feroz. En la Brasileña, no obstante un grupito de anarquistas que concurría a la casa todas las noches, no se oyeron jamás palabras más demoledoras que las de Orloff. El dema-

gogo solía poner a Dios, a la Sociedad, a las Instituciones, y sobre todo a los desgraciados burgueses, que no había por dónde agarrarlos, y hablaba con fruición de la revolución social, especialmente del futuro reparto de los bienes. Cuando algún mendigo le solicitaba una limosna, él se complacía en demostrarle que la limosna prolongaba su miseria y le aconsejaba el uso metódico de las bombas de dinamita. Era un ironista implacable. Sus camaradas solían "tirarle la lengua" para hacerle hablar de algunos escritores mediocres que gozaban de prestigio oficial y social. Orloff se desbocaba, y era capaz de pasarse diez horas maltratando a Zavala, a del Palacio y a otros que él reputaba "de una idiotez oceánica". Al resultado de sus frases ayudaba su figura y su indumentaria. Era corpulento, macizo, de aire pesado y movimientos calmosos. De su pescuezo formidable partía una cabeza ancha en la base, que se angostaba ligeramente hacia arriba, achatándose un poco en la frente. Grandes lentes, con un cordón negro, atenuaban el tamaño de su nariz en punta, y detrás de ellos miraban, con cierta mansedumbre bovina, sus vagos y pequeños ojos. Hablaba lentamente y con la cabeza un poco levantada; hacía valer la pirotecnia de sus adjetivos, estiraba las eses, martillaba las consonantes fuertes. Toda su persona daba una sensación de robustez y originalidad. Por aquella época vestía pintorescamente. El cordón de sus lentes ponía una nota de hiperbólica elegancia sobre un chaqué milenario, de cola inverosímil, de suciedad geológica. Los pantalones, terminando en un delta de flecos, caían sobre sus botines enormes y clandicantes, infieles cárceles por una de cuyas ventanas llegó, en los días álgidos de la Demagogia, a asomar su perfil el dedo gordo. Riga le admiraba y solía decir de él que, por su vida y su temperamento, "era un Gorky".

—Bueno; vamos a ver ese famoso poema — dijo el otro amigo, con una risita entre amigable y burlona que dió a Riga en los nervios.

Era Pedro Rueda, periodista y literato. Rueda, todavía en pie, se quitó el sombrero de paja, y frente al espejo, echándose un poco hacia atrás, se peinó con los dedos sus cabellos ensortijados. Luego se sentó, repatingándose con aire de juez. Era flaco y feo. Tenía la cara angosta, pequeña, de color mostaza, llena de barritos y de hendiduras dejadas por los granos; sus movimientos eran repentinos como si le tirasen de una cuerdita. Hablaba mal de todo el mundo y se había formado de sí un concepto que a Goethe o a Hugo les hubiera

parecido excesivo para aplicar a sus propios talentos. "Cuando yo escribo..." solía decir, sin terminar la frase, como indicando que cada artículo suyo representaba una piedra miliar. Otra de sus debilidades, que él consideraba como una virtud, era una franqueza militante e intrépida. En el ejercicio de su misión justiciera de decir la verdad llegaba, en caso de discusión, hasta soltarle a su contrincante, aunque se lo acabaran de presentar, con toda naturalidad y su habitual tonillo agresivo: "usted macanea, no sabe lo que dice". Vivía peleado con todo el mundo. Orloff y Riga eran casi los únicos que lo aguantaban: Orloff, porque no solía discutir, y Riga, porque le tenía afecto y se dejaba agredir, sin enojarse, por el terrible amigo.

—¡Pero a ver ese célebre poema! — exclamó de nuevo Rueda con su risita molestadora.

—¡Qué tanto apuro, hombre! — contestó Riga, picado. — ¿Y por qué tardaron?

—Lo encontramos a Itúrbide hecho un burgués nauseabundo — contestó Orloff. — Iba a un banquete de frac y galera de pelo. Pero debemos perdonarlo, pues, no obstante, se detuvo para hablarnos de *La Idea moderna*.

Ee trataba de una revista literaria que había resuelto fundar Eduardo Itúrbide, una revista mensual, de gran formato y colaboración "muy seleccionada", que tenía por objeto "regenerar el país". Itúrbide había pedido a Riga, su condiscípulo en la Facultad, que le acompañara en la Dirección; y Riga había aceptado entusiastamente. "Sí, era necesaria, por el decoro del país, una revista moderna, dirigida con talento y gusto". En los cenáculos de la Brasileña no se hablaba sino de la revista, que era esperada con nerviosa inquietud. Riga había ganado autoridad, y, aunque la revista aun no existiera, él iba popularizándose como "el director de *La Idea moderna*".

—Mañana tengo que ir a verlo a Itúrbide — dijo el poeta. — A ver si podemos sacarla el primero de Junio.

Y agregó muy convencido, mientras se quitaba el chambergüito y lo ponía sobre una silla:

—Será un éxito colosal.

Se acercó el mozo con su aire melancólico. Rueda pidió un café y Orloff, que no estaba al día con su estómago, "un gran vaso de leche con abundante pan y manteca".

—Un éxito enorme, viejo — continuó Riga, dándole a Orloff una palmada en el hombro. — No hay ahora en Buenos Aires ninguna revista que sirva.

—Te equivocas, hermano. Hay *La vida alegre,* para hombres solos, y la *Revista de Jurisprudencia, Literatura e Historia,* leída por los negros del Congreso.

Rueda explotó en una risa de ametralladora. Y luego, sonriendo burlonamente, dijo:

—Lo malo es el título. Yo quisiera saber cuál es *La Idea moderna.*

—Pero m'hijo, la idea moderna es la revolución social, el reparto de los bienes y el amor libre — expresó Orloff con la mayor naturalidad.

El mozo trajo lo que habían pedido, y, mientras Orloff y Rueda bebían lo suyo, Riga habló con ardor de la revista. Tenían prometido "un material notable". Y él sería exigente: no aceptaría sino artículos buenos, firmas escogidas. Por lo pronto, las secciones permanentes estarían a cargo de "tipos" de talento.

—Yo te prometo cumplir — dijo Orloff a quien le habían ofrecido las letras argentinas. — Eso sí, me han de dejar en libertad para patalear, rebuznar y eructar a mi gusto.

—Yo te voy a dar un artículo sobre el origen del lenguaje — dijo Rueda. — Es un artículo que... ustedes verán. Demuestro que Max Müller es un ignorante. Lo mismo que Lombroso y todos esos italianos que se ocupan de criminología. A éstos los voy a reventar, pero así, a reventar, en un artículo sobre el alma del criminal que estoy planeando. No, si cuando yo escribo...

Hablaron de los colaboradores, y Riga citó varios nombres, algunos de los cuales fueron comentados por Orloff con fruncimientos de labios y miradas oblícuas. Rueda sacaba su risita despreciativa y burlona a cada nombre. Riga los defendió. Claro que él no admiraba a Dardo Hernández, el poeta venezolano. Pero era un espíritu fino, un artista. Ahora que sus versos no decían nada, pero ¿quiénes eran los que decían algo en sus versos.

—Dardo Hernández es un tonto, un periquito entre ellas — interrumpió Orloff, aludiendo a que Hernández estaba relacionado en la mejor sociedad. — Un hombre que nos viene con estornudos de cisne. Además, es de Venezuela, un país donde no es posible escribir otra cosa que sonetos titulados *Azurea, Tarde glauca,* o...

Y se quedó sin concluir la frase, con los ojos en lo alto de la pared y los labios continuando la o. Riga aprovechó el silencio extático de Orloff para hablar de su poema. Le pa-

recía buena la hora para empezar la lectura. Era un poco largo, además.

—No te aflijas por eso — dijo Orloff. — Por mi parte me preparo a digerir cómodamente mi vaso de leche.

Rueda, de risa, doblaba el cuerpo para abajo, como si hiciera flexiones, pero a Riga, siempre quisquilloso, la frase no le hizo gracia.

—Bueno, yo he pretendido traducir en este poema, sintéticamente, la poesía que palpita en las entrañas del mundo — comenzó el poeta, mientras en los labios de sus amigos se insinuaba un asomo de sonrisa.

Se había propuesto cantar, en poemas relativamente breves, la belleza cosmogónica y milenaria de los mares, de las montañas, de los vientos, de los bosques, de los desiertos; la poesía de la Fatalidad, del Heroísmo, del Amor; la grandeza esquiliana de la Libertad, del Trabajo. Concretaría las trágicas incertidumbres de la Inquietud humana, la congoja del Universo, el misterio del Cosmos. La Naturaleza surgiría formidable, salvaje, desnuda; las Fuerzas tendrían la vida de gigantescos seres míticos. Y en medio del Universo, con sus raíces en Dios mismo, como otra Fuerza natural, augusto de genio, aparecería el Hombre, más grande que la naturaleza, más poderoso que la Muerte, dominando los elementos, venciendo el Dolor, penetrando el Misterio, triunfando sobre la Vida. Sería, en resumen, un poema cíclico. Algo como el *Ahasverus,* de Edgar Quinet, como *La leyenda de los siglos,* de Hugo. Pero más profundo que todo eso, más fuerte, más cosmogónico. Sí, sobre todo más cosmogónico.

Orloff, parecía sumido en actitud de esfinge. Se diría que no osaba moverse por no turbar la prodigiosa poesía que anunciaba su amigo. Rueda, con cara de enojado, meneaba la cabeza, como diciendo: "¡qué pedante y qué sonso es este Riga!"

—Esta noche — dijo el poeta, emocionado por el silencio de sus camaradas y por la belleza que acababa de evocar — sólo les leeré la *Oda a los mares.*

—¿Y tú has visto mares? — preguntó Orloff.

—En mi vida, pero me los imagino.

—Haces bien. Es la solución más cómoda y, sobre todo, la más barata...

El poeta empezó. Los dedos le temblaban, la voz era insegura. De cuando en cuando, con el terror de que entrara gente al bar y le molestaran las conversaciones, miraba con inquietud hacia la puerta. Mientras leía, golpeaba incesantemente

el suelo con el talón; toda la mesa se conmovía, los vasos y las tazas tiritaban. Rueda continuaba con su sonrisita que tenía volado al rival de Hugo y de Quinet, al que Orloff interrumpió para observarle los desperfectos que estaba a punto de causar y anunciarle que sus fondos no alcanzaban para cubrir tan inesperados gastos.

—Y sobre todo — agregó, — que el pedestre movimiento que realizas no aumenta sensiblemente la emoción de los versos...

—Mozo, llévese todo esto — ordenó el poeta con acento iracundo.

Y mientras el mozo, con melancólica pachorra, sacaba el servicio de la mesa, el autor de la *Oda a los mares,* lo fulminaba con la mirada. Cuando el hombre se fué, Riga dijo que era preciso recomenzar: se había cortado la sensación. Orloff hizo un gesto de resignarse y Riga empezó otra vez. El bar continuaba solitario, y el mozo, con la cara caída hacia un lado, la mirada luctuosa, se iba acercando paulatinamente, invisiblemente, para escuchar los versos. Riga leía con voz gemebunda. Arrastraba las palabras, se dormía en los finales de estrofa, aumentaba la desolación del bar, agregaba, en la cara del mozo, pinceladas fúnebres. La *Oda a los mares* era una larga composición en versos acompasados, tartajeantes, monótonos, y recordaba el *Nocturno* de Asunción Silva.

Y las olas,
y las olas,
y las olas que sollozan las angustias de los mares,
van sin vida, van cansadas, van dolientes,
van dolientes.
a morir sobre las playas,
a morir sobre las playas,
las lejanas, tristes playas solitarias...

En versos gimientes, llorosos, repitiendo las palabras a cada rato, el poeta hablaba de los mares trágicos y remotos, del tormento doloroso de las playas, de las barcas perdidas en los océanos milenarios, de la triste soledad de las riberas en las noches de plata.

Al acabar quedó jadeante, como si hubiera corrido media legua. Pidió agua, que el mozo le presentó moviendo la cabeza de arriba a abajo, en señal de aprobación. Riga sudaba a mares y se limpiaba la cara con el pañuelo. Miró al mozo,

que seguía consternado, y a los amigos que permanecían inmóviles, como si todavía siguieran oyendo sus versos.

—¿Y? Díganme, qué les parece esto...

—Y las olas, y las olas, y las olas... — dijo Orloff, inmutable, en tono afligente, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué, te parece mal?

—Me parecen versos excelentes para servir de texto en escuelas de tartamudos.

—¡Jí, jí, jí! — estalló Rueda, con un epiléptico zapateo bajo la mesa.

—¿Te refieres a las repeticiones? — preguntó el autor mortificado.

¿No sabía que tenían un objeto? Había en ciertas palabras una música especial, un sonido evocador. Insistiendo en las palabras esencialmente musicales, se intensificaba la sensación, se hacía más segura la evocación. Tales palabras venían a cobrar un valor estético extraordinario y daban a los versos la semejanza de un órgano. En composiciones profundas y dolientes, las palabras eran como pedales de emoción y de misterio.

Rueda declaró que el poema no le parecía malo, y, la verdad, no se le había ocurrido que Riga fuese capaz de escribir versos "pasables". El le haría después algunas indicaciones, con lo cual el poema ganaría un doscientos por ciento. ¡Cuando él hacía una indicación era porque...! Orloff dijo que él tampoco los encontraba mal. Le habían impresionado con su cadencia angustiosa.

—Y la prueba de que valen — le dijo a Riga, — la tienes en la cara del mozo.

El hombre, que pasaba en ese instante, se detuvo, preguntando con una mirada de pompas fúnebres, si deseaban algo.

—¿Le han gustado los versos del señor? — preguntó Orloff.

—¡Ah! Pero... a la verdad... me quedé un poco de a pie.

Y agregó, animándose con una palmada en la frente:

—¡Cha! ¡Cómo me habían de gustar si entendiera!

Rueda saltó de la silla como si un alfiler se le hubiera enterrado en el trasero, y explotó en una risa convulsiva que le hacía golpearse las rodillas con las manos, dar brincos, decir entre dientes palabras feas. Luego quedó meneando la cabeza y riéndose burlonamente. Riga, sulfurado, nervioso, con la cara ardiendo, parecía a punto de llorar.

II

La casa de huéspedes de la calle Tacuarí, concurrida por estudiantes, era una venerable institución fundada, hacía veinte años, por doña Luisa Curli de Regules, viuda de un capitán Regules, de los Regules del Azul, que murió en la revolución del 80. La casa ocupaba el piso bajo del edificio; en los altos vivía un italiano almacenero cuyas tres hijas, rubias y apetitosas, eran novias perpetuas y sucesivas de los huéspedes de doña Luisa.

La viuda del capitán Regules había nacido en San Nicolás, donde, a los dieciocho años, se casara. Enviudó a los veintidós; y pocos meses después estableció la casa de huéspedes. Tenía ahora cuarenta y cinco años. Era alta, flaca, angulosa, de rasgos enérgicos. Para hablar manoteaba y gesticulaba, y, a causa de los bruscos y constantes movimientos de su cuerpo y de las posturas torcidas que adoptaba, parecía un poco "deshecha". Dominaba a sus clientes y hasta llegaba a insultarles y amenazarles en caso de rebeldía. Era tolerante, sin embargo, y el buen genio se le manifestaba en sus anchas risotadas y en su afición a las bromas. Interesante y hasta buena moza, más de una vez se vió solicitada por los clientes de la casa. Sus pupilos eran, en su mayoría, estudiantes de Derecho, por lo cual doña Luisa, a fuerza de oírles hablar, conocía los diversos planes de estudio, las características de todos los profesores, la sustancia de los Códigos. Aseguraba saber más Derecho que la mayor parte de los estudiantes, y que con los profesores, "por ahí no más andaba". Solía intervenir en las discusiones, sobre todo en las de Civil, asignatura de sus simpatías; citaba opiniones de antiguos huéspedes, ahora conocidos abogados, y en ocasiones dejaba sorprendidos a los muchachos por la absoluta fidelidad con que citaba algún artículo del Código. Tenía dos hijas, cuya ardua vigilancia ocupaba sus horas, pues los muchachos solían andar tras ellas. Ignacia y Catalina, Nacha y Cata como se las llamaba, daban a la madre un incesante quehacer. Se peleaban el santo día, se quitaban los polvos, las cremas, las pinturas y todas las porquerías con que gustaban embadurnarse la casa y se acusaban y delataban mutuamente en todo lo que no fuese sus amoríos. A lo mejor, en medio del silencio de la casa, estallaban los chillidos de Cata.

—¿Pero qué hay? ¿Ya están como el perro y el gato? — les gritaba la madre.

—Es esta ladrona que me ha robado la crema Simón — vociferaba Cata, dando pataditas en el suelo, lloriqueando y amenazando a la hermana.

—Es una mentirosa, yo no le he quitado nada — decía la otra muy sonriente.

—Ladrona, sinvergüenza, estúpida... Tomá, tomá — decía la niña menor sacando la lengua a Nacha.

—¡Miren quién habla! ¡Qué risa!

—Me la vas a pagar, ladrona, bruta, zonza de...

—¡A ver, cállense las dos, o les rompo el alma! ¡Peliadoras, grandísimas atorrantas!

Al cabo se callaban. Pero Cata seguía sacando la lengua a su hermana de cuando en cuando.

Otras veces, era Nacha la que armaba el escándalo. Menos lengua larga que su hermanita, le entraba por llorar amargamente, quejándose de su destino, de que Cata fuese la preferida. En ocasiones, después de haberse insultado copiosamente, pasaban a los hechos, con gran regocijo de los huéspedes. Se arañaban, se tironeaban de los cabellos, se pellizcaban, con lujoso acompañamiento de manotones, berrinches, gritos y ayes. Doña Luisa trataba de separarlas y se metía entre las dos inútilmente. Los muchachos les gritaban "chúmale" y otras cosas pintorescas. Algunos fingían intervenir para que cesara la contienda. "A ver, Nacha, oiga; Cata, venga"; pero en vez de alejarlas las empujaban una contra otra y hasta les indicaban, en voz baja, hábiles recursos estratégicos. "Una zancadilla, Cata; tírela al suelo, Nacha". Y los muy sinvergüenzas reían descosidamente.

Nunca faltaba entre los estudiantes un par de novios para las niñas. Doña Luisa, que conocía por experiencia propia las fragilidades humanas, sobre todo cuando había estudiantes de por medio, jamás las dejaba solas con los muchachos. Nacha era idéntica a la madre, pero algo rubia y menos deslabazada. Cata era bajita, saltarina y más redondeada y más armada. Sólo se asemejaban por su exuberante coquetería. Enloquecían a los muchachos de la casa y eran responsables, según la propia doña Luisa, de muchos malos exámenes. A doña Luisa no le agradaban los amoríos con los estudiantes, pues aparte de ser éstos tentadoramente peligrosos — ¡ah, la experiencia de la vida! — no tenían, la mayoría, "en qué caerse muertos".

Así sucedía con los actuales novios. El de Nacha era el riojano Belisario Ramos, estudiante de segundo año, haragán como él solo y jugador al truco por vicio constitucional. Estaba

en la casa desde hacía dos meses, y en la primera semana ya había conquistado a Nacha, mayor que él dos años. El novio de Cata era el santafecino Rodolfo Grajera, el mono Grajera como se le decía universalmente. Jamás un apodo estuvo mejor puesto, porque Grajera, con su pequeñez corporal, sus simiescos movimientos, el color de su piel, su pelo renegrido y nunca peinado, su escaso amor a la higiene, era un verdadero macaco. Pero lo que tenía de mugriento y feo lo tenía también de simpático y gracioso. Doña Luisa le quería mucho, aunque considerándole una calamidad. Había empezado a estudiar Derecho hacía cuatro años y aun no había terminado de aprobar el primero. Jamás iba a las clases. Se levantaba cerca de la una, cuando todos estaban en la mesa, y se presentaba en el comedor sin cuello y en zapatillas. Por la tarde, salía a buscarse la vida, "a pechar", según afirmaba Gutiérrez, el apuntador del teatro Mayo, que vivía también en la casa y le tenía un odio mortal. Grajera era un gran guitarrero y pervertía a los muchachos aficionándoles al juego. El introdujo el cacho, juego de dados conocido en el interior del país, enseñaba el truco y la viscambra ciega a los que no lo sabían, y, cuando no había barajas, porque alguno se las llevara o las escondiera doña Luisa, recurría al ta-te-tí. Por las noches, armaba jugarretas, y se indignaba si alguno de los muchachos prefería el teatro, el café o el callejeo. En las bromas estudiantiles era el primero, y nadie las urdía tan originalmente. Jamás se le vió con un libro, pero, como tenía una audacia portentosa, se presentaba siempre a exámenes. Media Facultad acudía a oír los exámenes de Grajera, atestando el aula, aglomerándose en las puertas, festejando con risas los disparates del examinando. En su segundo examen de Historia — había rendido tres veces la asignatura con el resultado habitual — le tocó la fundación de Roma. Comenzaba un florido discurso, con gran contento de su público, cuando uno de los profesores, persona sin duda de poco espíritu, le preguntó a boca de jarro que quiénes fundaron Roma. Grajera intentó escabullirse, pero como el implacable profesor insistiera impertinentemente en su pregunta, el examinando no tuvo más remedio que contestar. Se calló, meditó unos segundos, y ya iba a darse por vencido, cuando, recordando una discusión que presenciara días antes, se sintió salvado, y, con semblante risueño y la seguridad de no equivocarse, soltó:

—Las tribus que fundaron Roma fueron los proculeyanos y los sabinianos.

Algazara descomunal, risas, aplausos, indignación del profesor. Los proculeyanos y los sabinianos eran dos escuelas jurídicas que florecieron en tiempos de Augusto.

Doña Luisa vivía consagrada en cuerpo y alma a su casa de huéspedes; y así sus trabajos comenzaban muy temprano. Nunca faltaba algún buen estudiante, muchacho madrugador, que exigía el desayuno a las siete. Pero eran las horas posteriores de la mañana las más tremendas para la patrona. El trabajo de despertar a los huéspedes le llevaba casi todo el tiempo. Salvo Olmos, estudiante serio, que no faltaba a clase y tenía sueño liviano, los demás eran unos zánganos y dormían como piedras. A Ramos era un problema despertarle; había que gritarle, pellizcarle, tirarle de las piernas. Grajera tenía la virtud de despertarse solo, pero se quedaba en la cama, despatarrado o guitarreando, y a veces sacando solitarios o jugando al truco con Ramos. Había que entrar en el cuarto cien veces para pedirle que se levantara; doña Luisa solía llenarle de improperios y hasta suministrarle un par de coscorrones. Pero cuando alguien hablaba mal de Grajera, ella le defendía:

—Se despierta solo el pobre, y no me digan que no es un gran mérito.

¡Había que ver cómo los huéspedes dejaban los cuartos! En el de Cerote, un catamarqueño lento, solemne, formal y bruto, que usaba anteojos y tenía un bigotito muy provinciano, quedaba una almohada en el suelo, la otra sobre la mesa de escribir, una punta de la sábana caída dentro del vaso de noche, la ropa sucia desparramada, el piso lleno de charcos de agua. Pero la culpa no era totalmente de Cerote, pues Grajera, casi todas las noches, le trastornaba el cuarto al catamarqueño; y así cuando el pobre llegaba de la calle, contento, silbando, con las manos en los bolsillos, a las doce o una de la noche, se encontraba con las cobijas bajo la cama, las sillas tumbadas, el colchón arriba del armario o escondido en un rincón. A veces Grajera le hacía una "cama rusa": le sacaba la sábana de arriba y le doblaba la de abajo hacia la mitad, de modo que, apenas Cerote se metía dentro, tocaban sus pies el fondo doblado de la sábana; y rabiando y echando pestes tenía que levantarse, buscar la otra sábana, y tender la cama a su manera, en plena oscuridad, pues no olvidaban esconderle la vela y cerrar el conmutador de la luz eléctrica.

Las primeras horas de la tarde eran las más tranquilas para doña Luisa. Cerca de las dos, se levantaba Gutiérrez,

el apuntador. Era un hombre de mal genio, bilioso, cascarrabias. Almorzaba solo y salía en seguida a la calle. Hacia las cuatro, la casa quedaba casi siempre solitaria. Sólo permanecían Olmos y Cerote, estudiando; Riga, escribiendo versos o leyendo. Algunas veces había grandes partidas de truco entre Ramos, Grajera y otros estudiantes provincianos que iban a visitarles. Se pasaban cinco o seis horas jugando, en mangas de camisa, despeinados, hechos una mugre viva. Con una carta a la vista y las otras detrás de ella, se estaban siglos sacando las tapadas una a una, dejando ver una puntita, y tironeando, sobando y manoseando las cartas hasta que la de abajo aparecía. Eso se llamaba "orejearlas", y el tal orejeo se llevaba más de la mitad del tiempo. Los jugadores "mentían" sin cesar, y comentaban las jugadas con gritos, carcajadas, exclamaciones, palabras feas, trompadas, puñetazos sobre la mesa y frases criollas. Se sentaban en posturas inverosímiles, despatarrados o montados sobre las sillas cuyas patas delanteras quedaban al aire. Mientras tanto, pasaba y repasaba el mate que alguno servía, preparándolo en el mismo cuarto. Para cantar "flor", tenían un vasto repertorio de frases y versos, la mayoría obscenos, en los que iba dentro la palabra mágica. Aunque todos sabían de memoria aquellas frases, las recibían con risotadas escandalosas. Al llegar la hora de comer, doña Luisa echaba a las visitas, que se despedían sin ganas, lamentando no poder seguir la jugarreta por tres o cuatro horitas más.

Los últimos momentos de la tarde eran consagrados por doña Luisa al cuidado de sus hijas. Era la hora del guitarreo y de las charlas sentimentales, la hora de las medias luces y de todos los peligros. A veces las muchachas salían al balcón en compañía de algún estudiante, y allí se estaban hasta el momento de comer, que era el peor rato para doña Luisa. Por la mañana, como Gutiérrez, uno de los mayores discutidores, almorzaba después que los muchachos, la mesa transcurría relativamente pacífica. ¡Pero a la noche! No había vez que no se armasen trifulcas descomunales. El pobre Cerote no podía abrir la boca, pues Gutiérrez, que no le tragaba, se le venía encima. Y era una diversión para toda la mesa las peleas entre Gutiérrez y el catamarqueño. Gutiérrez usaba grandes bigotes y era cariancho, barbirredondo y tenía ojos saltones a los que pretendía, sin resultado, darles expresión terrible. A pesar de su apellido castellano era catalán y hablaba con fuerte acento. Se sentaba a la mesa con gran aparato, metía en el ojo del saco la punta de la servilleta, se echaba para

atrás y alejaba las piezas del cubierto, diciendo al mismo tiempo, invariablemente:

—Vamos a ver... por qué llora esa mujer.

Después de la comida jamás se levantaba sin haber exclamado, mientras doblaba su servilleta:

—Estamos comidos... y bebidos.

O si no:

—¡Hemos comido opíparamente!

Pero esta última exclamación era menos común, a causa de que los malos pagadores, restringiendo con su acción negativa los recursos financieros de doña Luisa, dificultaban el menudeo de las comidas opíparas.

Las peloteras se producían con el menor pretexto, pero casi siempre tenían su origen en comentarios sobre teatros. Gutiérrez no toleraba opiniones distintas a las suyas, y pretendía que veinte años metidos en la concha, soplando a los cómicos del género chico, le daban derecho a pasarse por las narices a Ibsen, a Sudermann y a otros dramaturgos, entre los cuales algunos argentinos, citados a cara rato por Riga.

Naturalmente que Grajera y Ramos tomaban parte en las agarradas, pero su intervención sólo tenía por objeto "calentar" a los contendientes. Gutiérrez era testarudo y mal hablado, y llamaba a Cerote, en el colmo del enojo, señor Zoquete o algo peor. En cambio, el catamarqueño jamás perdía su gravedad, y sacaba a cada rato frases altisonantes y cursis, lugares comunes que había aprendido en los diarios. Así, solía decir solemnemente, "el fausto día de nuestra emancipación", "el sol de la libertad", "la tumba del olvido". Llamaba a la Avenida de Mayo "la arteria", y no hablaba de un muerto sin adjetivarle "el finado". Era moralista, y le entraba por atacar la depravación de las costumbres, el ultraje que los jóvenes viciosos hacían a la sociedad y a "la religión de nuestros padres". Gutiérrez, que se creía un "guasón" y que, por su contacto con la flamenquería del género chico, sabía infinitas frases y chistes andaluces, jaleaba al pobre Cerote con gran placer de los neutrales.

Riga, muchas veces, era quien originaba las trifulcas. Cuando había estrenos en el teatro Mayo, el apuntador se volvía insoportable. Contaba el argumento de la pieza, hacía la crítica de la letra y de la música, refería todos los chistes y comentaba la interpretación de los cómicos como si se tratara de Zacconi en *Los espectros*.

—Todas esas zarzuelitas — solía decir Riga fastidiado — no valen un pito.

Era literatura de brocha gorda, para ser saboreada por horteras y patanes. "Gallegadas", no más...

—Oiga *ustet*, caballerete; trate con más respeto a las cosas respetables. ¿Entiende *ustet*?

Cuando fuera Riga un Arniches o un Jackson Veyán podría hablar. Pero mientras escribiera *Tonterías en rosa y blanco* no tenía derecho para meter la pata.

—*Non* tiene derecho. ¿Estamos? *An* Barcelona yo he sido administrador de un diario. ¿Estamos? Porque aquí, en este país de camama, no hay críticos ni literatos. Son todos unos limpiabotas, unos *creollitos* macaneadores.

Cerote, muy patriota, se ponía nervioso y se retorcía los bigotitos, cambiando de lado y de mano inquietamente.

—Y basta, he dicho. Vaya, s'acabó — bramaba el traspunte.

—¿Por qué se ha de acabar? — preguntaba Cerote, después de ajustarse los anteojos, y mirando al catalán altivamente.

—¡Porque se me da la gana!

Y el ambiente se volvía tormentoso. Gutiérrez hablaba pestes del país, y maltrataba a los estudiantes, que eran unos haraganes e inservibles. ¡Abogadetes, mediquetes! ¡Que le vinieran a él con abogados! Había que darles "una mano de leña" a todos ellos, por ladrones, por sinvergüenzas, por tramposos. ¡Se creían intelectuales! El también era intelectual, ¡vaya! No era escritor porque no se había puesto a escribir; pero se había dedicado al comercio, y ahora al teatro, con toda su inteligencia, con toda su convicción, con toda su honradez, con toda su...

—Y todo eso, ¿a qué viene? — preguntaba Cerote, invitado por los demás muchachos, mediante codazos y levantar de cejas, a interpelar al "apunte".

—¿A qué viene? A que sepa *ustet* quien soy yo, señor Zoquete.

Y se armaba una "de órdago", como decía Grajera. Cerote acusaba al catalán de ser un "gallego" ignorante. Y el apuntador descargaba su bilis contra el catamarqueño, que le escuchaba en silencio, amarillo de rabia, torciéndose sus bigotitos, hasta que se levantaba de la mesa y desafiaba al traspunte a que saliesen a la calle. Aquí intervenían todos, les reconciliaban y les hacían darse la mano.

Después de comer, salvo los sábados y los primeros días de

cada mes, los estudiantes jugaban al cacho o al siete y medio. Los sábados eran consagrados al holgorio; salían todos juntos y volvían a las tres o cuatro de la mañana. A principios de mes solían ir a los teatros y cafés cantantes. Y a fines de mes, cuando ya ninguno tenía un cobre, se quedaban en la casa para jugar a las prendas o a las adivinanzas. Algunos proponían jugar por dinero, pagando después las deudas; pero como nadie confiaba en la rectitud de Grajera, tal proposición era rechazada. Grajera sabía infinidad de adivinanzas, casi todas de color muy subido. Se las proponían a las muchachas, que se ruborizaban con acompañamiento de risitas. Doña Luisa las festejaba con grandes risotadas.

Aquella noche en que Riga leyó el poema a sus amigos, la gente de la casa le había molestado mucho. Tanto que, en un momento de indignación, se había levantado de la mesa, llamándoles imbéciles.

—*Ustet* es el imbécil, ¡só literatoide, só cagatinta! — le había gritado Gutiérrez desde el patio, con la servilleta metida en el ojal del saco, mientras Riga cruzaba el zaguán.

—Hay que vengarse de este sonso — exclamó Cerote.

—Eso, darle su merecido — apoyó el apunte, lleno de ira.

Pero doña Luisa protestó. Ella no quería cuestiones en la casa. Riga era un alma de Dios, y ella no permitiría que le hicieran sufrir. Además, pagaba con toda puntualidad y no estaban los tiempos para perder tan buen cliente.

—¡Es un poetastro, vaya! — gritó Gutiérrez con autoridad.

—Eso no, señor Gutiérrez — intervino Nacha. — El pobre hace versos muy bonitos. Y además es muy simpático.

—Mejor sería que estudiara — dijo Cerote, que se pasaba todo el día con los libros y al fin del año salía mal en dos o tres exámenes.

Riga no tenía en la casa un enemigo mayor que Cerote. Como era el único que discutía bien y tenía cierta lectura, Riga solía trenzarse con él en trascendentes polémicas. Habían discutido sobre la poesía moderna, sobre el verso libre, sobre el clasicismo, sobre cien asuntos más; y siempre Cerote resultaba vencido. Riga se expresaba mejor que él, tenía una excelente memoria, y la vida de café literario le permitía abordar cualquier tema, citar infinidad de autores que jamás había leído, hacer ironías, recordar opiniones de maestros indiscutidos. Cerote, humillado siempre en estas discusiones, odiaba a Riga. Además no podía comprender sus versos y de buena fe le creía "un negado".

—Hagamos justicia, muchachos — exclamó Cerote en el patio, cuando doña Luisa no le oía.

—Yo no tengo inconveniente — consintió Granjera, siempre dispuesto a fastidiar a quien quiera que fuese.

—Ni *io* — agregó Ramos, recordando con celos que Nacha alabara los versos de Riga.

—¡Le haremos la cama rusa! — dijo Cerote.

El catamarqueño sentíase feliz. ¡El, que se juzgaba víctima de la envidia al observar que a los demás no les hacían sino excepcionalmente la molesta broma, veía llegada la inesperada ocasión de organizarla él mismo! Se vengaría del poetastro, le haría rabiar por todo lo que le había humillado.

En cuanto doña Luisa se acostó, Cerote, Ramos y Grajera entraron sigilosamente en el cuarto de Riga. Grajera se opuso a la cama rusa. Sacó el colchón, y, parado sobre la mesa de escribir, lo colocó sobre las hojas entreabiertas de la puerta. De este modo, Riga pisaría el umbral, empujaría una hoja o las dos, la puerta se abriría del todo, y el colchón, perdiendo su equilibrio, caería sobre la cabeza del poeta. Escondieron las sábanas, pusieron la jarra del agua en el medio del cuarto para que Riga tropezara con ella en la oscuridad, se llevaron la vela y cerraron el conmutador de la luz eléctrica.

—¡Qué bueno va a estar esto, muchachos! — exclamaba Cerote.

Cerote había gozado con los preparativos. A cada rato profería alguna palabra de entusiasmo, y, mientras Grajera realizaba algo importante, se le acercaba y decía:

—Déjenme ver, muchachos; no sean egoístas.

—*Caiáte, pedaso'e bruto* — le contestaba Ramos, mientras Grajera reía con todas sus ganas.

Concluída la operación, se refugiaron los tres en el cuarto de Ramos, que era vecino. Apagaron la luz y se pusieron detrás de las celosías. Ya debía estar llegando el poeta. Pero pasó media hora, una hora, y el poeta no aparecía. Ramos y Grajera quisieron acostarse, pero Cerote se sulfuró. Por fin se oyó ruido en la puerta de calle. Luego, unos pasos se fueron acercando. Riga cruzó el patio. Cerote era todo oídos y todo ojos y estaba encorvado, con las narices pegadas a la celosía. Grajera y Ramos, un poco detrás, gozaban mirando a Cerote. De pronto se oyó un ruido opaco, y luego una interjección de Riga.

—¡El colchón, muchachos! — exclamaba Cerote ahogándose de risa. — ¡Lo aplastó! ¡Qué farra!

A través de las persianas, los enemigos de Riga no veían nada. El patio estaba profundamente oscuro, pues era una noche sin estrellas ni luna y de ningún cuarto salía luz. Pero oían infinitos ruidos en el cuarto de Riga, alternados con interjecciones de toda especie.

—¡Me las van a pagar! — rabiaba Riga.

Todos sabían que no era muchacho de enojarse por una broma. Que rabiase ahora, era natural. Pero se le pasaría, en cuanto durmiese. Una silla debía haber sido arrojada contra el suelo, de un puntapié. Cerote lloraba de risa.

De pronto, se oyó al poeta salir al patio. Sin duda había oído las risas o la conversación de los bromistas. Y en el patio, dirigiéndose a los dos cuartos vecinos, les repitió con voz ofendida:

—¡Me la van a pagar!

Instantáneamente, Grajera y Ramos, convenidos de antemano por signos, empujaron a Cerote con violencia y cerraron las persianas. Cerote, con la fuerza que llevaba, fué a dar contra la pared opuesta del patio. Rebotó, cayó sobre las asentaderas, y, confundido, se puso, en cuatro patas, a buscar los anteojos. Luego se levantó dignamente y, disponiéndose a hablar, adoptó una actitud pomposa. Pero al verse frente a Riga no halló qué decir. Riga, a quien el susto y el asombro de Cerote habían desenojado, no pudo contener la risa.

—¡Traidores, desleales! — exclamó dramáticamente el catamarqueño. — ¡Ya les llegará la hora de la justicia!

Detrás de las persianas, Ramos y Grajera reían incontenіblemente.

III

Eduardo Itúrbide vivía, con sus padres y sus dos hermanos, en una casa baja y un tanto antigua de la calle Río Bamba. Pertenecían los Itúrbide a la mejor sociedad. El doctor Itúrbide poseía una regular fortuna, era hombre de espíritu y fomentaba la vocación literaria de su hijo, aunque sin creer gran cosa en ella. El muchacho, que tenía veinte años, estudiaba Derecho, con intermitencia y escaso gusto. Amaba las letras y era, según convicción suya y de sus conocidos, un perfecto escéptico. Su madre, creyéndole desencantado, se apenaba; pero el doctor Itúrbide sonreía, afirmando que todo era literatura. Por pura vocación escéptica, Eduardo, entre los dieciséis y diecisiete años, se había tragado todo Renán.

Aquellas historias de los judíos le aburrían de una manera espantosa, pero como él era un hombre de gusto y penetrado, además, de escepticismo, tenía que apencar con los libros de aquel gran artista y gran escéptico que fué Renán. Y cuando Eduardo, en los corrillos literarios y estudiantiles, citaba al amable exégeta, le llamaba, sonriente y orgulloso, "mi maestro", en lo cual sus colegas veían una prueba de superioridad espiritual. Sabía de memoria a Anatole France, otro de sus maestros, quien, según afirmaba, le había enseñado "a sonreír".

—A sonreír te enseñó tu padre, hijito, haciéndote caruzas y morisquetas — le dijo una vez su madre en la mesa, delante de invitados, entre las risas de todos y la indignación secreta del escéptico.

Eduardo aseguraba no creer en nada y que él había adoptado ante el Universo y la Vida una actitud de observación y de libertad. Nada le inspiraba odio ni amor. Las cosas eran como eran y él sólo admitía la impasibilidad filosófica. ¿Para qué preocuparse por lo efímero? Y cuando en los cenáculos literarios se discutía acaloradamente, él se limitaba a sonreír. Cultivaba la elegancia como la única cosa que valiera en el mundo; y así, aniquilaba un libro, un escritor, un estilo, un cuadro, diciendo: "no es elegante". Su ocupación más práctica y trascendental consistía en pasear en coche por Palermo, solo su alma, hundido en el asiento, con un gran habano en la boca, exhibiendo su escepticismo y su elegancia.

—Es un aristócrata de las letras — decían de él en la Brasileña.

Su terrible fama de escéptico estaba extensamente acreditada, aun en sociedad, y las "niñas", sobre todo las que no le conocían sino de los bailes, hablaban de él con lástima. ¡Qué pena, un muchacho tan distinguido, tan inteligente, que se vestía con tanta elegancia, no creer en nada! Más de una había querido sacarle de la cabeza esas ideas malsanas que debían llevar a la desesperación; y él, sonriendo filosóficamente, se dejaba compadecer. Las mamás le miraban con cierto despego, pues eso de no creer ni en el amor "no era bien" a su edad. Y en cuanto a los que hablaban de negocios, le tenían rabia porque al tratarse de valorizaciones, de remates, de cosechas, él sonreía piadosamente. Riga le admiraba. Decía que nada tan bello como esa serenidad, esa impasibilidad ante el Destino. Y se ponía furioso cuando alguno hablaba mal de Itúrbide, sobre todo cuando Felipe Salvatierra, el eter-

no envenenado, pretendía reírse de Eduardo y le llamaba *poseur* y mistificador.

—Itúrbide es un espíritu de *élite,* un Anatole France — exclamaba exaltadísimo Riga, cuando la discusión llegaba a su colmo.

Riga no había visitado jamás a Itúrbide, y al verse en aquella casa donde vivía una familia tan aristocrática se sintió algo cohibido. Eduardo vino a buscarle al vestíbulo, y, deseando mostrarle su biblioteca, le llevó a sus piezas, al fondo, en la parte alta de la casa. Cruzaron dos largos patios y llegaron a una escalera empinada. Al pasar frente a una de las piezas de la familia, Riga había visto una figurita femenina que le encantó como una aparición. Había él bajado la cabeza gravemente, a modo de saludo, y continuado su camino.

—¿Esa niña es hermana suya? — le preguntó a Eduardo mientras subían la escalera.

—Sí, mi única hermana mujer. ¡Es una chica inteligente! Somos muy amigos, nos comprendemos. No lee sino buenos libros y es un espíritu original, claro, elegante...

—Un mirlo blanco, entonces .¡Porque mire que son vulgares e ignorantes nuestras niñas! — exclamó sin la menor vacilación el poeta, quien, en sus cinco años de Buenos Aires, no había tenido ocasión de conocer niñas distinguidas, a las que juzgaba, sin duda, por Nacha y Cata.

Itúrbide continuó haciendo el elogio de su hermanita, menor que él un año. La niña leía a Maeterlinck, a Verlaine, a Rodembach. Sabía leer, ¡qué diablos! Conocía la literatura francesa moderna mejor que él mismo. Y hasta se metía con los filósofos alemanes, con Nietzsche, con Schopenhauer.

Habían llegado al escritorio de Eduardo. Era una pieza agradable y amueblada con gusto. Había sillones de marroquín, reproducciones de cuadros, bellos fotograbados. Eduardo, satisfecho y superior, mostraba a su amigo los anaqueles de su biblioteca, abarrotados de escepticismo. En un lugar visible, encuadernados bellamente, ostentaban su descreimiento los *Ensayos* de Montaigne. A su lado, llenando de amarga desilusión aquel rincón del escritorio, el *Diario íntimo* de Amiel invitaba al triste análisis del "yo". Eduardo señaló a su amigo un compartimento de su librería y corrió sus dedos sobre los lomos de una treintena de gruesos volúmenes lujosamente encuadernados.

—Toda la obra del maestro — dijo mirando a Riga, para observar su impresión.

Era Renán. Debajo, ocupando otro compartimento, sonreían irónicamente, oliendo a escepticismo y a cuero de Rusia, veinte tomos de Anatole France.

—¿Qué me dice?

Pero Riga no decía nada. Había quedado pensativo, reflexionando sobre las excelencias de la hermanita de Itúrbide. Era un ideal una muchacha así. Ah, a él gustaría casarse con una niña de tanta cultura, de tanta inteligencia, de tanta.... elegancia de espíritu.

—Voltaire, todo Voltaire — exclamó Itúrbide, indicando los últimos volúmenes de su biblioteca.

Luego se sentaron junto al escritorio ministro, Eduardo en su silla de trabajo, Riga enfrente. Hablaron de libros, de autores, y se confiaron algunos proyectos literarios. Según Itúrbide, la literatura era una vanidad como otra cualquiera. La gloria no existía, pues "dentro de doscientos años nadie se acordaría de ellos". Sin embargo, él había de escribir porque era una noble ocupación, una manera de hacer la vida dulce y agradable. Había que perfeccionarse eternamente, pasar por el mundo en perpetuo devenir. El amaba la vida, y su escepticismo no era la desesperación ni la melancolía, como creían los tontos. El escepticismo consistía en saber que nada absoluto había, que todo era transitorio; pero por lo mismo que el escéptico conocía lo efímero de las cosas amaba las pequeñas dulzuras de la vida. El placer era lo único positivo.

—¿Pero usted no cree en el amor? — dijo Riga.

—No creo en la eternidad, en lo absoluto del amor. Pero nada más delicioso que los besos, que los placeres que nos da una linda mujercita... — contestó con fruición.

Riga se exaltó, defendió el amor con denuedo. El creía en la eternidad del amor, en la absoluta fidelidad. Sería capaz de morir por una mujer, de hacerse su esclavo, su sirviente. Eduardo le llamó romántico y le felicitó porque le veía "en punto de caramelo".

—¿Y la revista? — preguntó Riga aprovechando un silencio de Itúrbide.

—Vamos a trabajar — repuso seriamente el escéptico.

Abrió la carpeta y sacó dos páginas de papel llenas de números, de nombres. Era todo su trabajo. Había pedido presupuesto a una imprenta, pero todavía no le contestaron. En cuanto a colaboraciones tenía prometidas muy buenas. Mientras tanto no contaban sino con un artículo de Itúrbide, a medio escribir, y con versos de Riga.

—Pero escuche el primer sumario — dijo Eduardo.

Y leyó una serie de nombres y de títulos. Se trataba de artículos que no existían, pero sus problemáticos autores eran todos ellos firmas muy conocidas, "consagrados" como decía el vulgo intelectual. Había también algunos nombres de jóvenes. Luego venían las secciones informativas, nutridas, compactas, sin que faltase ninguna. Itúrbide leía haciendo sonar los mejores nombres y anotando sus méritos. Pronunciaba uno y agregaba: "El escritor de más talento de su generación". El siguiente era "un erudito"; el de más allá, "una fuerza, un coloso"; los restantes, "consagrados" o "jóvenes talentos que han de llegar". Y así por el estilo. Riga, a medida que Eduardo leía el sumario, se iba entusiasmando, y al acabar aquella lista imaginada, exclamó:

—¡Notable, hombre, notable! La cuestión es seguir así...

Y agregó con exaltación, levantándose y paseándose por el cuarto, sin dudar un instante de que todos aquellos artículos existían:

—Si todos los meses conseguimos llenar las ciento veinte páginas con material de ese valor, ¡caramba! será una de las primeras revistas del mundo.

—Fatalmente — contestó Itúrbide, sonriendo de la admirable buena fe de su amigo.

Porque Riga se lo creía todo. Sin embargo, él bien conocía lo fantástico que era Itúrbide, y en la Brasileña se había reído, más de una vez, de las vanidades de su amigo, de su afición a *épater*. Recordaba cuando le habló por primera vez de fundar una revista. El creyó que se trataría de alguna revistita de formato mediano, a dos columnas, y con pocas páginas de lectura.

—No, hombre — había exclamado Itúrbide compadeciendo las tendencias plebeyas del poeta. — ¿Cómo cree que yo voy a fundar una revista de barrio, *El sí de las niñas,* de Barracas al Sud, o *El picaflor,* de Balvanera?

El hombre que llevaba su apellido, que tenía su cultura, que era "discípulo" de Renán y de Anatole France, no podía dirigir sino una publicación de verdadera importancia. Era cuestión de buen gusto, de distinción, de elegancia. La revista que él hablaba de crear sería una gran revista, como *La Revue des Revues.*

Riga había quedado absorto, mirando a su amigo como a un coloso. Jamás se le había ocurrido que muchachos desconocidos, sin relaciones literarias, pudieran realizar tamaña em-

presa. Y se burló al principio de las pretensiones de su amigo, luego le tuvo fe, y, no obstante saberle fantástico y ostentoso, cuando le hablaba de la revista se tragaba cuanto le decía y aceptaba, sin discutir, sus cálculos alegres. Bastaban dos palabras de Itúrbide para que el poeta perdiera la cabeza. Y en seguida veía una colección completa de la revista, los números de varios años, llenos de artículos magistrales debidos a los escritores de más talento que había en el país y en América, él entre ellos. No dudaba de que la colaboración sobraría, de que el público se precipitaría a suscribirse. ¿No era la mejor revista castellana?

—Pero, ché — dijo Riga, mirando alejarse al sirviente que viniera a anunciar el té — debemos ser muy severos para aceptar artículos. Porque el solo hecho de publicarlos, dada la autoridad de la revista, es conceder patente de escritor, consagrar...

—Ni qué hablar, hombre...

Y a todo esto no tenían colaboración ni para medio número.

Itúrbide recordó que debían bajar a tomar el té, y mientras se dirigía a su dormitorio echó una rápida ojeada a la indumentaria del poeta para ver si estaba presentable. No le importaba por Lita, su hermana; pero tal vez estuviera su mamá, que era criticona, o alguna amiga de Lita. Felizmente el poeta llevaba cuello limpio y tenía lustrados los botines. Y mientras Itúrbide se peinaba, se perfumaba y elegía guantes, Riga prometía ocuparse de todo lo referente a la revista.

Bajaron al comedor. El poeta, emocionado ante la idea de conocer una niña como la hermana de Eduardo, se turbó completamente al verla. Una amiga la acompañaba.

—Lita, te presento a Riga, Carlos Riga, uno de nuestros grandes poetas — dijo Itúrbide en tono cariñosamente "titeador".

El poeta, colorado hasta las orejas, saludó con gesto zurdo. Lita, que servía el té, le dió la mano decididamente, de un modo un poco brusco y con semblante serio. La amiga, Magdalena, sonreía mirando al literato. El escéptico se dirigió a Magdalena, le ofreció una taza de té y, tomando otra para sí, fué a sentarse con ella en el sofá. El poeta, todavía en pie, mientras Lita se servía, ya repuesto un tanto del susto, la pudo examinar.

Era pequeña y más bien delgada. Tenía tipo de francesita, de *gamine*. No era bonita, pero su nariz un tanto respingada,

sus labios expresivos, con los que formaba un gracioso hociquito, sus ojos audaces y vivos, sus actitudes sueltas, bruscas, originales, un poco de Tanagra, la hacían muy simpática. Respiraba franqueza y no había en ella nada de convencional. Sabía sonreír con los ojos, que a veces se mostraban desbordantes de picardía, y a veces cobraban aire preocupado, soñador. Riga pensó que no debía ser una sentimental. La imaginó una chica de carácter, un espíritu complejo y original, una mujercita fascinadora, coqueta a su manera, quizás un poco enigmática.

—Yo he leído versos suyos, Riga. Sé algunos de memoria — le dijo al poeta mirándole con franqueza. — Pero siéntese...

—¿Sí? ¿Sabe versos míos? — preguntó Riga, mientras la taza se estremecía en su mano.

—Me gustan mucho sus versos.

Citó la *Sonatina en rosa y blanco*, y varios sonetos de amor, cuya mención, por ser ellos un tanto escabrosos, hizo ruborizar al poeta.

—¿Escribe mucho? — le preguntó ella viéndole todavía cohibido, tieso, demasiado alejado de la mesa, y revolviendo el azúcar inacabablemente.

—Cuando me viene la inspiración.

—¿Pero usted cree en eso? — preguntó ella con su hablar rápido y casi repentino, la nariz en el aire, y quedando luego con la cabecita graciosamente a un lado.

El romántico de Riga creía íntimamente en la inspiración, pero no lo decía porque en aquellos tiempos era moda negarla. Sin embargo, imaginando que hacía una confidencia, se puso a disertar sobre la inspiración, describió con mucha gracia, un poco burlándose de sí mismo, sus procedimientos de escribir versos y recordó a varios amigos que se inspiraban con alcohol. La inspiración existía, pero era necesario provocar una excitación nerviosa para que viniera.

Lita preguntó al poeta si estudiaba. El habló pestes de la Facultad y de su incapacidad constitucional para los estudios jurídicos.

—Solamente los mediocres pueden tener afición a esas cosas — dijo con importancia y convencimiento.

Lita no dudaba de la superioridad intelectual del literato, pero sonreía, muy divertida. Ella no había conocido hasta entonces ningún literato verdadero. A Eduardo no le consideraba como tal y menos a varios señores aburridores, de la re-

lación de su familia, que, de cuando en cuando, publicaban un artículo intragable, como para hacer dormir al sueño. Tampoco eran para ella literatos tres o cuatro mozos distinguidos a quienes veía en Palermo, en la Opera, en los bailes y a algunos de los cuales fuera presentada; mozos inteligentes, sin duda, pero cuya literatura no tenía otro objeto que agradar a sus amigas y festejadas. Ella apenas concebía al literato fuera de la bohemia. Riga, verdadero bohemio, que vivía entre escritores, que no pensaba sino en su vocación, que tenía melena, era el tipo que ella deseaba conocer. Y por cierto que le encontraba interesante. Le hacía mucha gracia que Riga, siendo un chico, hablase de su literatura y del talento de sus amigos con tanta seguridad y desparpajo. Y así no podía ella sino sonreírse cuando le oía decir "nosotros los escritores", "cuando yo haya publicado diez libros", "Andrade es un poeta secundario; yo valgo más" y otras frases llenas de ingenuo y delicioso egotismo. ¡Qué divertido! Ella comprendía que era la juventud, el entusiasmo, el amor al arte lo que hablaba en el muchacho. ¿Serían como él todos los literatos? ¡Qué lindo poder conocerlos! Le gustaría ir a esa célebre Brasileña que Riga nombrara varias veces, escuchar a Orloff, a Noulens, a Rueda, a Reina y a otros, de quienes Eduardo contaba tantas cosas interesantes.

Habían concluído el té. El escéptico y Magdalena charlaban. A Riga se le había acabado la cuerda, y Lita, poco conversadora, ya no sabía qué preguntarle. Ella, entonces, se acodó en la mesa, sosteniendo la cara con sus dos manos unidas bajo la barbilla, el rostro hacia adelante y silbando imperceptiblemente con los labios acartuchados. A Riga le encantó la actitud tan rara, y a la par tan natural y tan de pilluelo, y sonrió. Ella le miró como inquiriendo la razón de esa sonrisa, pero él sólo acertó a ruborizarse. Para salir de su situación, preguntó a la niña si había leído a otros poetas argentinos. Se engarzaron entonces en un diálogo a propósito de literatos jóvenes, de casi todos los cuales la chica había leído algo. A Riga le asombraba la exactitud de sus opiniones, que no variaban gran cosa de las que dominaban en los cafés. Lita odiaba los lugares comunes, los escritores *arriérés;* gustaba los ritmos raros, las rimas difíciles. Estaba al tanto de la literatura moderna, soñaba con París, adoraba a Verlaine. Después de un silencio, Lita, bruscamente, casi imperativamente, sonriendo con los ojos y la expresión graciosa de su hociquito, dijo:

—Tiene que escribirme una postal.

—¿Hace colección? ¿Por qué no me la muestra?

Era la moda, una moda frenética, torrencial. Los escritores y políticos célebres recibían trescientas, cuatrocientas postales diarias. Y no había más remedio que firmarlas, a riesgo de pasar por descortés. A Riga nadie le había pedido hasta entonces, salvo Nacha, Cata y una que otra comprovinciana. El pedido de Lita le había hecho feliz, y ya meditaba para ella alguna página magistral, alguna Sonatina como la que le diera celebridad en dos o tres mesas de la Brasileña.

Lita fué a buscar el álbum. Pero Itúrbide protestó. Si se ponían a leer postales era cosa de no acabar nunca. Y él tenía que salir. Lita volvió en seguida, se sentó al lado del poeta y empezaron a pasar las hojas del álbum. Era una excelente colección, casi todas de "firmas". También figuraban algunos políticos eminentes, actores célebres, pintores, compositores musicales. Riga felicitó ardientemente a la dueña del álbum, pues era una obra personal, de gusto, de sabia elección, que muy pocas mujeres eran capaces de realizar. Riga, al ver la letra de ciertos hombres universalmente ilustres, sentía como si una corriente eléctrica le atravesara el cuerpo.

—Bueno, ché Carlos, mire que tengo que salir — rogó Itúrbide.

En la calle, los dos amigos se separaron. Itúrbide iba hacia el norte, Riga hacia el centro. Cuando el poeta se halló solo, dejó salir la alegría que le llenaba. ¡Qué encantadora era Lita y qué ambiente admirable el de aquella casa! Caminó algunas cuadras, y, necesitando saber la hora, entró en una confitería de la calle Callao. El no poseer él un reloj le entristeció, no por el hecho mismo sino porque le recordaba su pobreza y su insignificancia. Eran las seis de la tarde y empezaba a hacer noche. El incesante pasar de los vehículos y de la gente en la calle Callao molestaba a Riga, que anhelaba hallarse solo para procurarse el único placer verdadero de los jóvenes poetas pobres: soñar a gusto. Pensó en meterse en un bar. Echó la mano al bolsillo y sacó cuarenta centavos: todo su capital hasta que le llegara la pensión paterna. Al enfrentar una confitería solitaria de la calle Corrientes, entró. Pidió un simple café. Un pretexto para estar aislado de las cosas exteriores, en la intimidad de su alma. Se situó en un rincón, bebió rápidamente su café y, en una postura cómoda, medio oculto a las miradas de los escasos parroquianos, se dió al ensueño.

Pensó en Lita. Era un ideal para él. Hermana "de escritor", espíritu de *élite*, que conocía el valor jerárquico del arte en el orden de los valores humanos, que había leído, comprendido y hasta aprendido de memoria sus versos, Lita era la Esposa incesantemente soñada, la Princesa que él, como todos los poetas jóvenes de la época, había cantado tantas veces. Lo había sentido desde que la vió, y, sin conocerla aún, fué cerciorándose de ello a medida que Eduardo hacía el elogio de su hermana. ¡Ah, si ella quisiera amarle! ¿Pero quién era él? Un pobre muchacho lleno de ensueños, sin más capital que su sensibilidad, "su talento", su gran amor a la Belleza; cosas de ningún valor en este país. Recordó sus cuarenta centavos. Pero luego imaginó a Lita y olvidó su pobreza. El alcohol del ensueño comenzó a enbriagarle mientras recordaba toda la conversación con ella. Imaginóse algunos años más tarde, novio de Lita, con un empleo de primer orden, escritor célebre, haciéndose pagar regiamente sus colaboraciones. ¡Ah, las cosas sutiles y profundas que se decían los dos en aquel comedor de la calle Río Bamba o viajando por Europa, en luna de miel! Paseaban en góndola por los canales de Venecia, bebían juntos el misterio nocturno de las viejas ciudades castellanas, recorrían los rincones románticos del *Quartier Latin.* Su imaginación, en el trapecio aéreo del ensueño, bordaba maravillosos equilibrios, pero cada vez que miraba al suelo caía y la realidad de su miseria le enlodaba el alma de tristeza.

Así estuvo media hora, soñando grandezas. Al cabo, sintió que la inspiración se acercaba. Una comezón de componer versos le excitaba y sacó papel y lápiz, sin saber aún qué escribiría. Pero no le salió una línea. Luego, replegándose en sus ensueños, pensó otra vez en Lita. Cuando estuviera totalmente lleno de esos sueños la poesía brotaría sola. Y hundido en la silla, ocultando a veces el rostro porque el soñar y el trabajo de crear le deformaba, como a los místicos en sus éxtasis, las facciones, pasó un buen rato. Poco a poco sus sueños fueron concretándose en el tema de la poesía: cantaría en Lita a la Prinecsa tantas veces soñada y acabaría preguntándole, con voz de temor, si era realidad o visión armoniosa de su Quimera. Vió toda la composición, con el número de estrofas, con la extensión más o menos exacta que tendría; pero la vió como envuelta en bruma, como detrás de una cortina de tules. Luego comenzaron a surgir fragmentos de versos, estrofas todavía indefinidas. De pronto un verso asomaba el

rostro; y apenas el poeta buscaba el lápiz para fijarlo, desaparecía, como si la intervención de aquel objeto material le intimidara, amenazando romper su alma sutil. Algunos versos mostraban sólo su pie y huían cascabeleando, burlándose del pobre poeta que empezaba a ponerse nervioso. Otros versos aparecían en la integridad de su ser, pero cruzaban tan rápidamente que el infeliz los perdía de vista. Al fin logró concretar algunas ideas, escribir media docena de versos imperfectos. Sabía que ya no le saldría más, que era preciso dejar que las ideas tomaran cuerpo. Ya volverían a su hora, tal vez sin que él las buscara, convertidas en estrofas perfectas, en bellos versos.

Y abandonó la confitería. Eran las siete de la tarde y decidió encaminarse a Florida, para ver el corso de los carruajes que regresaban de Palermo. En la calle, de cuando en cuando se le ocurría un consonante o un verso, y él, sin fijarse en la gente que pasaba, se detenía en la vereda, y, apoyando el papel en la pared, escribía. En la calle Florida, como siempre a esa hora, hervía un gentío desocupado, y los carruajes y automóviles tenían que marchar muy lentamente. Riga espiaba cada coche, pensando que tal vez Lita pasara y que ahora la miraría largamente. Pero ella, ¿qué diría? La acababa de conocer y ya... Se reiría de él, quizá. Bueno, que se riera. El quería mirarla, sólo mirarla. Distraído, tropezaba con los transeúntes, y unas muchachas elegantes, que pasaban en un cupé, sonrieron de su facha. Al acercarse a la puerta del hotel *Heidelberg*, donde se reunían algunos literatos, cruzó la vereda. Deseaba estar solo, saborear la dulzura que le llenaba el alma. Al pasar frente a una gran tienda, sintió un golpe en la espalda que le dejó dolorido. Era el salvaje de Grajera. Riga quiso huirle, pero Grajera, que se despidiera de sus amigos, se le allegó. Era hora de ir a comer, le acompañaría. Si no iban temprano doña Luisa les obligaba "a emparejar", como ella decía, perdiendo los platos ya servidos. Y él sentía mucha hambre. Siguieron del brazo, y al desembocar en la Avenida de Mayo el literato vió a Lita en un cupé con Magdalena.

—Volvamos, no me ha visto.

—¿Quién?

—Volvamos, hombre.

—¿Pero, quién no te ha visto?

Riga había arrastrado a Grajera en seguimiento del carruaje. Pronto lo alcanzaron. El poeta miró hacia adentro y

Lita, sonriendo, le saludó afectuosamente. Continuaron ellos, y pocos metros después el carruaje les alcanzó. Riga miró de nuevo y vió, loco de felicidad, que Lita le sonreía.

—*Ta* bueno, viejo — le gritó Grajera, dándole un abrazo. — ¿Quién es? ¿De *ande* sacaste esas relaciones tan *comilfó?*

—Es una hermanita de Itúrbide, muy amiga mía. ¿Deliciosa, eh? Sigamos...

Pero Grajera no quería continuar. Ya había perdido la sopa. Riga dijo que él se quedaría sin comer, pero en seguida, pensando que si seguía mirándola podría ponerse en ridículo, aceptó regresar.

—¿Y tiene mucha plata, che?

Riga protestó. A él no le importaba que tuviese o no plata. El era simplemente un amigo, pero si se enamorara no tendría en cuenta el dinero. Grajera se burló. ¿Iban a vivir de versos? Pues él, si pudiese, haría un buen casamiento. Pero con su facha de atorrante y su reputación, el negocio era imposible. Además, tenía resuelto irse a Europa.

—Pero, ¿con qué vas a irte a Europa? — exclamó el poeta riéndose, con ganas de hacerlo hablar.

—Y... yo espero que las conferencias me den platita...

A la gente le gustaba las conferencias. Venía cualquier gringo de Europa con nombre de sabio y el teatro donde hablaba era chico para la concurrencia que quería oirlo "macanear". ¿Y cómo no lo iban a ayudar a él, que "siquiera" era criollo. Además, él no pensaba hablar en Buenos Aires; ya estaba demasiado explotada la plaza. Se iría a las provincias. Ya había encontrado un violinista que le acompañaría.

—¿Y sobre qué temas vas a hablar?

—Ya he pensado en algunos. En Salta hablaré sobre el alcoholismo, en Córdoba sobre la tuberculosis, en Santiago contra los milagros de San Francisco Solano, en Jujuy, donde son muy liberales, hablaré contra el celibato de los curas.

Riga gozaba oyendo hablar a Grajera. Ya se lo imaginaba con su facha de macaco, gracioso y "rico tipo", disertando sobre la tuberculosis. Y probablemente no se luciría menos que otros conferencistas, porque, aunque ignorante, era muy inteligente y muy vivo y su desparpajo, su gracia, su fealdad simpática, hablarían a favor suyo.

Cuando entraron en el comedor, Grajera, consternado, vió que habían perdido la sopa y otro plato.

—¡A emparejar, muchachos! — dijo la patrona.

Entonces, Grajera trató de ablandar a doña Luisa. Le pidió

perdón, le hizo cariños; y como se pusiera insoportablemente pegajoso, doña Luisa declaró que, por esta vez, no emparejarían.

Durante la comida, Riga casi no habló, absorbido por sus pensamientos. Sonreía de cuando en cuando imperceptiblemente y comía con un apetito desconocido. De ordinario apenas probaba la comida, discutía todo el tiempo. Y desde hacía unos meses, se sentía malhumorado, un poco neurasténico. Al atardecer le venía cierto decaimiento, un deseo de estar acostado, un poco de tristeza. A la noche se le pasaba, pero no dormía bien.

—Es de tanto leer pavadas — le decía la patrona.

Esa noche hasta estuvo de acuerdo con Gutiérrez y Cerote. Nacha observó que al poeta le ocurría algo.

—El vate, señores, nos va a dar pronto un campanazo — exclamó Grajera.

Riga tosió, una dulce satisfacción le penetró en todo su ser. Ya se le hacía cierto el campanazo. Y sonriendo, muerto de gusto, con aire de importancia, contestó:

—No hagan caso; son cosas de este negro loco...

Pero si no discutía, si aceptaba cuanto decía Gutiérrez, era para estar más solo consigo mismo. Aquellos ensueños de la confitería, que parecía él mismo haber olvidado, habían ido corporizándose en lo subconciente de su ser, y ahora, después de haber crecido subterráneamente, retornaban convertidos en versos. Durante toda la comida se sintió asaltado por la fiebre de crear. Como a la tarde, los versos se le aparecían y desaparecían cual si fuesen pequeños fantasmas; algunos tristes, otros brillantes, otros amorosos; otros audaces, corpóreos, exhibiendo una parte de su ser. Pasaba una idea, se iba, retornaba en seguida. El trataba de rechazarlas, con pudor de artista, para no revelar la intimidad de su creación. Comía con rapidez, a fin de estar pronto libre. Cuando acabaron, sintió más intensa la desazón. Para disimular, se detuvo un instante brevísimo, en pie, antes de ir a su cuarto. Pero luego salió casi corriendo, y fué a encerrarse. Trancó la puerta, de miedo que vinieran a interrumpirle.

Comenzó a pasearse por el cuarto, nervioso, lleno de ideas, de versos, deseando escribir todo de golpe, no sabiendo por dónde empezar. Se sentaba, tomaba la pluma y nada le nacía. Volvía a pasearse, se recostaba un segundo en la cama, decía en voz alta, con el fin de oír sonar el ritmo, versos improvisados e incoherentes. Y así entreveía nuevas ideas, pero envueltas en

tales brumas que no hacían sino embrollarle más la cabeza. Comenzó a rabiar, a insultarse, a pensar que no era poeta. Casi lloraba de desesperación. Se recostó luego en su cama, contra la luz, y tapóse la cara con el brazo para que la oscuridad, como solía ocurrirle, favoreciese el nacimiento de sus versos. De pronto, se aclaró todo. Saltó de la cama, agarró la pluma frenético y escribió precipitadamente, como temiendo que las ideas se le escaparan. Los versos le salían perfectos, y así, en medio de la fiebre, sin más intervalos que los suficientes para evocar de nuevo su ensueño inspirador, escribió casi toda la composición. Al terminar, radiaba de alegría. Un sedante bienestar envolvía su ser. Descansó un rato, pensando en Lita. Luego leyó los versos en voz alta varias veces, tratando de observar los tropiezos, las incorrecciones, el sonido de cada palabra, de cada verso. Ya despejada la cabeza, se puso a la obra de corregir. Y así se estuvo una larga hora, con los ojos sobre el papel. Imaginaba a Lita oyéndole decir aquellos versos o leyéndolos, y la veía gozosa de haberlos inspirado, emocionada de poesía, hasta un poquito enamorada, — ¿por qué no? — del talento de su poeta. Y el pobre muchacho, el soñador de grandezas, se sentía feliz. Ya no se acordaba de su miseria y sus ilusiones, y continuaba tranquilo su labor. ¡Ah, era doloroso, pero también bello y consolador el crear!

Mientras, toda la casa dormía. Habían sonado las doce y media en el reloj del comedor. No se oía ningún ruido, y en la oscuridad del patio, bajo la noche sin estrellas, no se veía más luz que la de una vela iluminando el trabajar silencioso del muchacho. Al través de los vidrios la figura parecía agrandada, y dijérase que aquella luz aureolaba su cabeza. Era un sembrador espiritual, y, como él, otros pobres muchachos, en la gran ciudad de Acción y de Energía, al margen de la Riqueza, arrojaban, inclinados sobre sus mesas de trabajo, ensueños, ideales, belleza, desinterés. Ellos construían intrépidamente, en el desdén de los hombres, en la abnegación de su apostolado, sin más recompensa que la propia satisfacción, la gloria de la patria. Y cuando muchos años hayan pasado, esos muchachos, esas pequeñas figuras silenciosas y tristes, cobrarán proporciones altísimas, se tornarán, para la Historia y el Sentimiento, en admirables Héroes.

IV

Durante los quince primeros días de Mayo, Riga fué casi diariamente a la casa de Itúrbide. Sus visitas eran casi siempre a la hora del té, o a la noche, después de comer. El poeta prefería la tarde, pues entonces tomaba el té con Lita y podía conversar a solas con ella. Raramente estaba la señora. En cambio encontraba a Magdalena, que se apartaba a charlar con el escéptico. A la noche, generalmente, le hacían esperar en el vestíbulo; Itúrbide llegaba con el sombrero en la mano y ambos se iban a la calle.

Desde aquella tarde en que conociera a Lita, Riga no volvió a sentir tan exaltadas emociones. Pensaba en ella el santo día, pero tranquilamente, como si su amor fuera sólo un pequeño sueño literario. Así, no había demostrado a Lita sino una amistad espiritual. Esta situación le hacía feliz, porque un amor más intenso le obligaría a definirse, y el resultado, ¿no sería el destierro de aquella casa, de la que su pobreza y su inferioridad social le separaban? ¡Ah, no, él no quería perder por nada del mundo la amistad de Lita, lo único que le hacía olvidar las miserias que le rodeaban! Se propuso, pues, ocultar su amor todo lo posible, impedir que aquella llamita interior que encantaba sus horas se convirtiera en fuego peligroso. Los versos, temiendo que le comprometieran, no había querido llevárselos, y a cada reclamación de Lita él contestaba que aun no los había terminado. ¡Estaba tan absorbido por la revista! Un secreto instinto le ordenaba que los guardase, y él los reservaba, conteniendo sus franquezas sentimentales, para el momento definitivo que alguna vez habría de llegar.

En una de sus primeras visitas nocturnas había conocido a los padres de Lita. El doctor Itúrbide le pareció un verdadero hombre de mundo, fino, culto; era muy amable con él y le trataba como a un escritor hecho, pidiéndole datos sobre sus proyectos. La señora era también muy simpática, pero no concedía gran valor a la literatura. Las conversaciones con la familia duraban poco rato. Eduardo no soportaba su casa después de comer y arrastraba a la calle al pobre Riga. De día, las pocas veces que salieron juntos fué para pedir colaboraciones, llevar a la imprenta originales, buscar una pieza barata y lo más central para las oficinas de la revista. De

noche, asistían a los estrenos teatrales o visitaban literatos célebres. Itúrbide no quería ir a la Brasileña. Su aristocracia no gustaba codearse con los bohemios, seres, según él, de higiene y educación muy deficientes. Pero, por complacer a Riga y hacer propaganda a la revista, ya que casi todos los bohemios eran gente de diarios, le acompañó una noche a aquel lugar.

Era un local vasto y cuadrado, atestado de pequeñas mesas, sobre las que brillaban azucareras y tacitas de café. En las paredes, pinturas deplorables representaban el puerto de Santos, negros cargados con bolsas de café, escenas de las *fazendas,* la playa de Guaruyá con fondo de montañas, junto al mar azul, solitaria bajo el calor del Brasil. Por todas partes eran islas encantadas, cumbres enormes y boscosas. A Itúrbide esas pinturas le hicieron imaginar la áspera vida de los esclavos, los encantos de las mulatas, los danzones de los negros.

Allí se reunían todas las noches, en pequeños grupos, seres de la más diversa catadura intelectual. Anarquistas violentos, perseguidos, más que por la policía, por el hambre, que veneraban a Kropotkin, a Salvador y a Angiolillo y amenazaban destruir la Sociedad a fuerza de bombas y de pésima literatura, se codeaban con músicos y teósofos, gentes mansas e inofensivas que ahogaban en conmovidas laudatorias a Wagner o a la Blavatsky las ganas de comer. Junto a algún anónimo y pontifical genio de café, vociferaban los literatoides, discutiendo sobre los méritos de media humanidad literaria, arrojándose unos a otros, tumultuosamente, insultos y doctrinas, paradojas y citas. Exasperando a los socialistas, algún discípulo de Nietzsche — a quien el Destino, que se complace en estas cosas, obligaba a vivir como un cenobita — exaltaba, olvidando sus pantalones rotos y sus bolsillos ascéticos, el Individualismo, el Placer, la Dominación y el Orgullo. Periodistas famélicos de diarios en inacabable consunción; cómicos del teatro nacional, con modos de suburbio y lenguaje conventillesco; bohemios sin profesión conocida; pintores, caricaturistas. Nada faltaba. Pero no obstante la diversidad de mentalidades y profesiones, tenían los clientes de la Brasileña muchas cosas parecidas: la pobreza, el vicio de soñar, la lengua larga, la ropa vieja y sucia, la corbata *lavallière,* el chambergo, la melena. El opio de la discusión y la maledicencia les hacía olvidar su miseria vergonzante, y durante tres horas, noche a noche, lejos de las tristes realidades, vivían sus ensueños y parecían felices.

Los escasos parroquianos que no eran hombres superiores, oían, con admiración, hablar a aquellos grandes talentos, y quedaban humillados de su pequeñez cuando algún melenudo soltaba estas palabras terribles:

—Verlaine y yo, somos los únicos poetas que...

O sino:

—¿Víctor Hugo? ¿Pero qué ha hecho ese buen señor? Lo que todo el mundo. Yo, en cambio, he dado al castellano un matiz nuevo, he creado una poesía original...

Las discusiones eran feroces. Bastaba que alguno elogiase a no importa qué escritor, para que otro negara toda importancia al desgraciado a quien citaban.

—Es un coloso, hombre, un talento como una casa...

—¡Qué va a ser! Es un escritor secundario.

—Pero, ¿cómo se puede decir eso de una de las cabezas más grandes del mundo?...

—Es que usted está sugestionado... sencillamente.

—¡Es un espíritu genial!

—¡Un imbécil y nada más!

A veces, sumamente raras, elogiaban de mutuo acuerdo. Era casi siempre a alguno de los grandes nombres que en la época llenaban el mundo: Ibsen, Sudermann, Anatole France. Y entonces llegaban al colmo de la hipérbole. No tenían palabras suficientes para alabarle, y después de haber pronunciado con exaltación los adjetivos más usuales entre los bohemios, cuando ya habían dicho que el hombre era un "coloso, un genio estupendo", un ser que se acercaba a Dios, alguno, en el misticismo de la admiración, no sabiendo ya que decir, exclamaba, con los ojos húmedos, meneando la cabeza:

—¡Es un bárbaro, un animal!

Cuando Itúrbide y Riga entraron en la Brasileña, había ya mucha gente. En una mesa, a la entrada, cuatro individuos escuchaban a un hombre rubio que accionaba bruscamente y hablaba con acento erguido y brioso. Uno de los cuatro satélites llevaba grandes patillas, un grueso bastón, y miraba con ojos de facineroso; otro, afeitado, de boca recta y ancha, tenía los rasgos tan enérgicos y toscos que su cara podía ser comparada a una escultura en madera trabajada a escoplo por un carpintero. Eran los anarquistas. En otra mesa, tres jovencitos melenudos hablaban con aire de conspiradores. Itúrbide, al pasar, les oyó algunas palabras sueltas pronunciadas con misterio casi criminal, — hatchis, Beaudelaire, morfina; era uno de aquellos temas a la moda y cuya práctica, por exi-

gua que fuese, revelaba la distinción espiritual y el alma quintaesenciada de los jóvenes literatos. Más lejos, en diversas mesitas, se sentaban poetas y periodistas conocidos de Riga. Jacques de Noulens, el famoso bohemio y poeta belga, se hallaba en la misma mesa que el doctor Escribanos; Pedro Rueda hablaba de teosofía con dos nietzschistas empedernidos, y, en el fondo del local, Dalmiro Istueta, el pintor de modos violentos y talento genial, discutía sobre arte, llenando la sala de espantosos ternos.

Riga e Itúrbide se acercaron a una mesa donde estaban Orloff y otros muchachos. Con ellos se hallaba un individuo de larga barba negra — barba talmúdica, como decía Orloff, — muy alto, que representaba treinta años, y tenía el extraño aspecto de un *marabú* kabila. Orloff presentó a los recién llegados. El hombre de la barba era Jacinto Viel, crítico musical de gran prestigio. Viel, con su gran barba descuidada, su ropa negra, sus gestos amargos, sus miradas pesimistas, su largura y su flacura, parecía la imagen del Descontento.

—Les decía — habló Viel con voz sonora y rotunda y como siguiendo la conversación interrumpida, — que ustedes, los soñadores, los artistas, los literatos, no tienen razón de ser en este país. Créanme, muchachos; son enfermos, inadaptados, enfermos del mal metafísico, la enfermedad de crear, de soñar, de contemplar...

Y hundiendo su barba en el pecho, quedó profundamente pensativo.

—El ideal y los idealistas — dijo Riga, — siempre son útiles. —

Y desarrolló su teoría. En un país como el nuestro, donde sólo se pensaba en el dinero, donde apenas había otra cosa que hombres de acción, eran indispensables los soñadores, los meros contemplativos. Con mayor razón los artistas. Los contemplativos, los poetas, arrojaban en el aire sus ensueños, sus ideales. Y esta siembra no era jamás perdida. Esos ideales, esos sueños desinteresados, echados a vivir por varios hombres, poblaban el ambiente, fecundaban otras almas, creaban en la atmósfera social y moral del país un pequeño rincón de idealidad. —

Itúrbide miraba de reojo a Viel y a Riga, y luego se quedaba con la vista en el techo, sin abandonar, por un solo instante, su esculpida sonrisa de escéptico.

—Ustedes son románticos, vulgares románticos trasnochados — contestó Viel. — Este país necesita hombres de acción, trabajadores, economistas...

—Es lo que yo digo — expresó Orloff gravemente. — Debemos convertirnos todos en economistas y fundar un gran banco...

Viel, sin hacer caso de la risa de los demás, señaló a Jacques de Noulens, que llevaba algunas copas en el cuerpo, y exclamó melancólicamente:

—¡He ahí adonde conduce el ensueño en este país!

Luego hablaron de literatura. Viel sostenía que en este país jamás hubo literatura, ni la habría en muchos años. Ella vendría con la riqueza, con la gran civilización. Mientras la república entera permaneciese en un período de civilización primitivo, como era el agropecuario, no había que pensar en tener literatura. Sólo se escribirían buenos versos cuando hubiese en el país muchas fábricas.

Riga arguyó que en el país había personalidades literarias de primer orden. ¿Quiénes? Citó dos o tres. Viel, a cada nombre, lanzaba una amarga carcajada, o se quedaba meneando la cabeza desconsoladamente. Riga, cortado, no sabía qué decir.

En ese momento entró en la Brasileña Alberto Reina. Orloff le llamó. Reina era apenas mayor que Orloff y muy respetado a causa de dos o tres cuentos extraños, enfermizos, escritos en estilo musical y sutil. Reina poseía una extraordinaria sensibilidad. Era alto, rubio, tenía expresión dolorosa en los labios, y se consideraba un atormentado de "exquisitos males", según frase de D'Annunzio que le era cara. Leía mucha medicina, interesándose por la psiquiatría, por las neurosis. Contaba historias espeluznantes, locuras rarísimas que él descubría.

El recién venido se instaló junto a Riga y la conversación se reanudó sobre el mismo tema interrumpido. Uno de los bohemios acusó al gobierno de no proteger las letras ni las artes. Haber publicado versos era un deplorable antecedente para el que pretendía un empleo. Según Viel, nadie tenía la culpa de nuestra barbarie. Era cuestión de raza y nada más.

—¡Descendemos de indios y de españoles! ¡Qué gran país! — exclamó en tono de fúnebre pesimismo, quedando con la barba hundida en el pecho desoladoramente.

Los demás creyeron oportuno maldecir del filisteísmo imperante, y cada cual refirió anécdotas. Reina, relacionado con algunos pintores, contó que cierto personaje vinculado al Arte aconsejaba a los artistas jóvenes que fuesen a la Pampa a pintar ovejas. Así les había dicho a espíritus subjetivos, casi místicos, a muchachos sensibles, enamorados de las cosas vie-

jas, de las catedrales españolas, de los cuadros del Greco.

—¿Y quién fué ese venerable paquidermo? — preguntó Orloff.

—Algún crítico — dijo Itúrbide.

—No, hombre.

—¿Pero quién?

—¡El presidente de la Comisión de Bellas Artes! — gimió Reina, acentuando la amarga mueca de sus labios.

Viel llenó el local con los robustos sones de una larga y lenta carcajada que hacía estremecer su cuerpo y que tenía, en las tazas y en las copas, ecos peligrosos. Cuando hubo emitido su última onda de risa, volvió a su expresión de hombre descontento y gruñó:

—Muchachos, los dejo.

No agregó adonde ni por qué se iba. Se levantó, estiró las piernas para que los pantalones bajasen a su cauce natural, se mesó la barba, y, sin mirar ni dar la mano a nadie, salió del café un poco encorvado, largo, fúnebre y descontento.

—¿De qué se trata? — preguntó Orloff a Pedro Rueda, el cual discutía en una mesa próxima que, por las vociferaciones y ruidos, llamaba la atención de todo el mundo.

—Hablamos de Jesucristo — contestó Rueda muy rabioso y acercándose. — Uno de esos, un materialista de agarrarlo a palos, niega los milagros de Jesucristo.

Y sin embargo, no había vuelta que darle. Jesucristo hizo milagros "porque sabía hacerlos". Era un iniciado. Los "sonsos esos" negaban los hechos, engañados por una ciencia pedantesca y vacua.

Riga dijo que ocurrían cosas muy raras que la ciencia no sabía explicar, y habló de una tía suya que se había aparecido a mucha gente. Chicos menores de cinco años, tres a un tiempo, la vieron. Reina refirió casos pavorosos, entre otros el de un hombre a quien, poco tiempo después de su muerte, habían visto varias personas en un restorán, con aspecto de cadáver o de moribundo. Itúrbide se asombraba de que pudieran creerse tales cosas y miraba a sus amigos con cierta lástima. La vida, fenómeno, según él, poco interesante, concluía en la tierra. Rueda, al oír esto, empezó a mover los brazos dislocadamente y a reír con su risita saltona y agresiva. Luego, mirando a Itúrbide, le dijo:

—¿Está seguro? ¡Je, je!

Y hablaron de la vida futura. Para Rueda el alma seguía viviendo, y era cosa sabida desde hacía millones de años que

los hombres, después de la muerte, volvíamos a la tierra bajo otra apariencia corporal. Y citó casos que "demostraban" el hecho con evidencia absoluta. Solamente los imbéciles podían negarlos.

—No sea tan dogmático — habló Itúrbide. — Los hombres no tendremos nunca ninguna certeza respecto al más allá.

—¡No me haga reír! — exclamó Rueda meneando la cabeza despreciativamente.

Y luego se puso a desarrollar una complicada teoría sobre la vida y la muerte. Habló de manvántaras y pralayas, analizó la naturaleza septenaria del hombre, afirmó que el Linga Sharira era el vehículo de Prana y el intermedio por el cual el principio de vida se relacionaba con el cuerpo físico, y explicó cómo al morir el hombre los tres principios inferiores se disolvían y cómo el principio Kámico, convertido en el Kamarupa y asociado con el Manas inferior, se encontraban en Kama-loka para esperar la segunda muerte. Todo esto era claro como el agua y, sobre todo, de una evidencia innegable.

Pero Riga se aburría con la explicación de Rueda. Y habiendo notado que Noulens le llamaba, se levantó.

Noulens era uno de los hombres más populares de Buenos Aires, sobre todo en los bares y confiterías. Entre los literatos era muy querido. Tuteaba a todo el mundo, hablaba en los entierros de periodistas y escritores y asistía al final de los banquetes para improvisar su espiche. Era fino y culto, de modos suaves, y hablaba melodiosamente, alargando la última sílaba acentuada de ciertas palabras, sobre todo al final de la frase. Apenas llegado de Europa, adquirió una buena posición, pero una misteriosa tragedia le arrojó a la existencia que llevaba ahora. Diversos amigos — literatos más o menos adinerados y que deseaban vincularse en el gremio — le sostenían pecuniariamente, pues Noulens no trabajaba en nada, a cambio de presentaciones, elogios y otros análogos procedimientos de difusión social y literaria. Escribía en francés versos bellísimos. Sus amigos afirmaban que, de vivir en París, habría llegado a ser un Samain, un Moreas.

Cuando Riga se venía acercando, el célebre doctor Escribanos hablaba con cierto misterio, y todos sus compañeros de mesa, salvo Noulens que esperaba a Riga, le escuchaban religiosamente. Riga conocía a los periodistas que se sentaban junto a Escribanos, pero ignoraba quién podría ser el otro amigo: un individuo mofletudo, con aire de extranjero, que pestañea-

ba sin cesar y parecía suspendido de lo que hablaba el médico.

—Quiego presentagte un ami...igo, ché Gui...iga.

Riga saludó a sus conocidos y tomó con afecto la regordeta mano que le tendía, con amabilidad untuosa, mostrándole los dientes y pestañando, el mofletudo amigo de Noulens. Era nada menos que monsieur Durand, de quien Riga oía hablar incesantemente desde hacía dos semanas. Tanto, que rabiaba por conocerle. Durand, todavía en pie, rogaba a Riga para que fuese a su casa algún sábado.

—Segá un vegdadego honog paga mí, señog Guiga.

Monsieur Durand y sus sábados constituían uno de los temas de mayor actualidad en los cenáculos de la Brasileña. Era Durand un belga empleado en una gran casa de comercio y tenía aspiraciones literarias, sin duda despertadas por Noulens que le había acaparado económicamente y trataba de difundirlo y darle fama en los cenáculos. Con ello Durand estaba agradecidísimo a su compatriota y no sabía con qué pagarle. Pero luego lo supo, porque la amistad con Noulens le resultó harto onerosa. Las mayores aspiraciones de Durand consistían en convertirse en Mecenas de literarios bohemios y en centro de un vasto cenáculo. A su alrededor, aprovechando sus felices disposiciones, pululaban, como moscas cargosas, un enjambre de literatoides y periodistas. Monsieur Durand pagaba con placer bebidas y fiambres, mientras los literatos le rendían los más fervientes homenajes de admiración.

—Dugand te va a mandag un agtículo paga la guevista, che Guiga — dijo el mentor literario de monsieur Durand.

—Cuando guste, señor; lo publicaremos con placer... Pero sigan ustedes, no se interrumpan por mí.

Riga dijo ésto, no solamente por cortesía, sino por temor a Escribanos, pues si la conversación se cortaba, Escribanos, el mayor fumista y "titeador" que hubo jamás en Buenos Aires, le podía tomar por blanco de sus temibles bromas.

—Voy a continuar — dijo Escribanos dirigiéndose a Riga — porque a usted también le interesa el asunto. Escuche bien y no pierda una palabra de lo que le digo. Así podrá llegar a merecer la iniciación.

Se trataba de la famosa Syringa, nombre con que solía designarse a un grupo de fumistas encabezados por Escribanos. El médico intentaba convencer a Durand de que debía iniciarse, y el belga, que no deseaba otra cosa que figurar entre literatos tan eminentes, parecía dispuesto a aceptar. Ri-

ga, que no ignoraba en qué consistía la Syringa, tenía ganas de reír. Mientras tanto, Escribanos peroraba con sus grandes gestos, sus actitudes deslabazadas, su cabeza pequeña, su rostro de ratón, sus pómulos juanetudos, sus bigotes rubios, su vasta levita gris y su galera del mismo color. Riga sonreía, recordando las anécdotas que se contaban de aquel médico singular que, al graduarse, dedicó su tesis al portero de la Facultad. Era nietzschista, pero por espíritu de paradoja militaba en el socialismo, y en las reuniones del partido se presentaba de levita y galera de pelo. Tenía, a pesar de sus levitas como sábanas, pretensiones de elegancia y estetismo y hasta usaba una medallita donde se llamaba ***arbiter elegantiarum.*** Con esto, con su exhibida profesión de esteta, con su admiración a D'Annunzio y con el relato de conquistas amorosas en las que nadie creía, pensaba él que su vida era nietzschismo en acción. En el fondo era formal, generoso y bueno. Su pasión literaria, muy a su pesar seguramente, había desviado hacia las ciencias fáciles. Pero muchas veces revelaba sus nostalgias de literatura, y acallaba los resabios de sus ilusiones literarias componiendo encrespados y pecaminosos versos que no quería publicar. En su casa celebraba reuniones singulares. Una noche, él y sus acólitos, burlándose de un literatoide medio infeliz, se pasaron un largo rato yendo de una puerta a otra por el balcón corrido, ensabanados y remedando, con voz lúgubre, cantos litúrgicos y misteriosos. Los pocos transeúntes se paraban en la calle a ver tan extraña procesión. Y el literatoide, dentro de la casa, estaba espantado.

—¿Pero la Syguinga es una vegdadega sociedad, una cosa seguia? — preguntó Durand con alguna desconfianza.

—Cómo se atreve usted a hacer esa pregunta, señor Durand? — repuso el esteta en tono a la vez ofendido y reprobatorio.

El mecenas se excusaba y estaba a punto de pedir perdón. Pero Escribanos tenía el ceño adusto, y cuando el belga concluyó, dijo, con ademanes solemnes, moviendo el brazo como si echara bendiciones y con el acento de quien revela cosas gravísimas y ocultas:

—La Syringa es una venerable institución de Estética y de Crítica. Preexiste, subsiste y existe. No fué fundada jamás, pues no tiene principio ni tendrá fin.

Y habló de la Syringa en tono cabalístico. Los periodistas allí presentes, también syringos, asentían con graves movimientos de cabeza. La Syringa, según Escribanos, era un expo-

nente del espíritu dionisíaco, y su origen se perdía en los tiempos. Ser syringo era ser dionisíaco, pero podría llegarse hasta ser apolíneo. No cualquiera podía ser syringo; se nacía con tal carácter, que la institución no hacía sino comprobar y reconocer.

—Usted, Durand, y usted, Riga, también pueden ser syringos. No tienen más que iniciarse. Cuando gusten yo puedo presentarlos...

—¿Y cómo sabe usted esas cosas? — preguntó Durand medio con sorna y medio creyendo en la Syringa.

Y entonces Escribanos, acercándose a los presentes, contó, lleno de misterio, el origen de la Syringa en Buenos Aires. Una noche de conversaciones satanistas, cierto gran poeta y él habían platicado hasta el amanecer. De pronto, con voz desfallecida, Escribanos había advertido al poeta que nacía el lucero y que presentía los tres maullidos del gato negro. El vate que no quería oirle, quería pensar en el unicornio.

—Pero oye, oye...

Y había oídos lejanos, lúgubres, dolorosos, los tres maullidos. El poeta, luego, observó cómo Escribanos presentía las voces macabras. Y acercándose al oído, le susurró:

—Eres syringo...

—Tú posees el quinto grado — había contestado Escribanos.

—Tú también, pues me interpretas.

Y durante cuatro horas, habían permanecido, en la quietud trágica del amanecer, con las yemas de los pulgares en contacto, sorprendidos los dos por el recíproco descubrimiento.

El mecenas quiso saber algo más sobre la institución a que ya ansiaba pertenecer. Pero Escribanos se volvió hermético, declarando que era cuanto podía revelar sobre la esencia y origen de la Syringa.

—Pego desde que vamos a seg iniciados... — insinuó Durand. — Estamos entge compañegos...

—Las revelaciones de carácter esotérico — declamó Escribanos solemnemente, con el dedo levantado, — son imposibles: sin voz quedará el indiscreto y verá su mano paralítica quien las escriba. Por lo demás, no siendo aún ustedes reconocidos, es decir, estando en condición de "incírices", no podrían comprenderlas.

Quedaron silenciosos. Riga no podía de ganas de reír, imaginando al gordo belga sometiéndose a las pruebas del agua, del fuego, del aire, y de la tierra. Recientemente, en una zapatería de la calle Rivadavia, habían iniciado, a media noche,

a un literatoide venido de las provincias. La prueba del aire había consistido en llevarle a la calle, desnudo y con los ojos vendados, y dejarle allí tiritando de frío. Un vigilante, creyendo que estaba loco, le quiso llevar a la comisaría.

—Usted, que va a dirigir una revista, tiene que iniciarse — dijo Escribanos a Riga seriamente.

—Muchas gracias — contestó Riga un poco turbado, pues veía venir la broma. — No necesito iniciarme.

—Lo necesitas — repuso el médico tuteándole — porque es lo único que te permitirá destacarte; será tú único título a la posteridad.

—Lo necesita — corearon los periodistas.

Riga enrojeció un poco, y los dos periodistas se sonrieron con malignidad. Escribanos se puso entonces a mirarlo fijamente, moviendo apenas la cabeza, y el pobre muchacho, no sabiendo qué decir ni adónde mirar, se empinó un vaso de agua que tenía a su lado.

—Te voy a escribir un soneto, Riga — dijo el esteta, que solía componer versos en broma.

Y sacando un lápiz y un papel se puso a escribir.

—Vamos a ver — dijo Riga, por no mostrar su fastidio.

Todos callaban mirando escribir al médico. Las caras de los periodistas sonreían, despidiendo veneno. En un instante Escribanos terminó y leyó un soneto asonantado. En versos armoniosos y reticentes, hablaba de Riga como de un mediocre y terminaba asegurando que nada podría esperarse de él, "porque nunca las piedras dieron letras".

Salvo Durand, que miró a Riga con lástima y simpatía, todos festejaron el soneto. Los periodistas se entendieron con los ojos, y luego quedaron sonrientes, satisfechos, aprobando con la cabeza.

Mientras tanto, Riga, rabiando, no hallaba qué decir. Deseaba levantarse, huir de la presencia de Escribanos; pero no encontraba pretexto. El médico continuaba bromeando en forma que el muchacho juzgaba cruel, y ya no podía él más de indignación cuando se paró ante la mesa el ecuatoriano Gómez y Gómez. Era un individuo flaco, escuchimizado, muy moreno. Llevaba algunas copas en su interior y extendía la mano a cada uno de sus amigos pidiéndoles diez centavos. Cuando juntaba la cantidad de cincuenta centavos, se iba, medio tambaleando, a una farmacia próxima, compraba amoníaco, lo bebía y se quedaba enteramente fresco. Le costaba gran trabajo reunir aquella cantidad, pues la demanda, como

tenía lugar todas las noches, constituía un verdadero impuesto al café que pocos de sus amigos podían soportar sin graves consecuencias.

—Hasta mañana — dijo Riga levantándose, aprovechando la llegada del ecuatoriano.

Escribanos le despidió afectuosamente, como para borrar el efecto de sus bromas. Pero Riga, quisquilloso hasta el exceso, se llevó su agravio y su tristeza.

Volvió a la mesa donde antes estuviera con sus amigos.

—¿Itúrbide? — preguntó, viendo que el escéptico no estaba.

Acababa de irse. No había querido acercarse a la mesa de Escribanos porque le reventaban los periodistas que rodeaban al médico. Había ido al Jockey, donde debía encontrarse con un amigo.

—Salgamos — propuso Riga, sin sentarse. — Vamos al Imperial Keller, yo los convido...

Orloff, que jamás desestimaba las ocasiones de alimentarse, aceptó con entusiasmo, levantándose. Reina y Rueda también decidieron acompañarle. Los dos bohemios se disponían a agregarse, cuando Riga, que deseaba estar solamente con sus íntimos y no tenía fondos para convidar a tanta gente, les reveló el estado de sus bolsillos. Pero los bohemios, asegurando que con lo que comían cuatro comían seis, se plegaron al grupo con gran disgusto de Orloff que veía disminuída su parte.

Riga iba por la calle preocupado, fastidiado contra sí mismo, odiándose por su incapacidad para contestar a las bromitas del médico. Y siempre era lo mismo. Las burlas de sus amigos, habituales, como él sabía, entre todos ellos, le molestaban más que las de sus convecinos en la casa de huéspedes. ¿Le consideraban acaso un mediocre? Este pensamiento le atormentaba. El, que tanto creía en las opiniones de aquellos muchachos talentosos y espirituales, sufría hasta la desesperación al verse objeto de sus ironías, de sus frases agresivas. Pero lo que más le hacía sufrir era la desconfianza de sí mismo que iba envenenando poco a poco sus ensueños, su voluntad, su entusiasmo, su fe. En ocasiones llegó a creer que carecía de todo talento. Pero ¿por qué eran tan crueles con él? ¿Acaso carecía de inteligencia, de sensibilidad, de amor a la profesión? Cuanto planeaba lo consultaba a sus amigos, y éstos jamás dejaban de encontrar "sus cosas" parecidas a las de escritores más o menos célebres. Y esto desesperaba a Riga, porque, en aquel tiempo y en aquel ambiente juvenil, nada dañaba tanto como el parecerse a otro. Los muchachos veían

imitadores en todas partes, y cada uno, temblando de que le creyeran sin temperamento personal, vivía buscando fórmulas nuevas y originalidades absolutas. A veces, cuando Riga les proponía leerles algo, protestaban, quejándose de "la lata" en perspectiva. Por rara excepción tenían una palabra alentadora para él. ¡Ah! él veía la miseria del mundo literario, la falta de solidaridad, de simpatía, y comprendía que para triunfar era preciso luchar en la soledad, contra todos, lejos de las envidias y las rivalidades. Desgraciadamente, él era de los que necesitaban una palabra de aliento, un pequeño triunfo cualquiera, para seguir trabajando. Una frase despreciativa, una opinión desfavorable de alguno a quien juzgara persona de talento, le deprimía. ¡Solamente Lita le comprendía y estimulaba! Ella sabía de cuanto él era capaz, ella había visto claramente que él tenía alma y corazón de artista! Y al fin y al cabo, ¿por qué se afligía tanto? ¿No le bastaba la simpatía de Lita?

Entraron en el restorán, que era un largo sótano en cuyas paredes se leían versos alemanes, pintados con letras góticas. Una orquestas de señoritas tocaba la marcha de *Tanhäuser*. Los seis literatos ocuparon una sola mesa, un poco lejos de la orquesta. El local no estaba muy concurrido, pero luego empezaron a llegar jóvenes afeitados, con el sombrero en la nuca y aire de hombres desengañados y vividos. Algunos traían del brazo vistosas artistas de café concierto.

Hablaron de la revista. Riga expuso su irrefragable confianza en el triunfo, y con razones ardorosas lo justificó. No había "vuelta de hoja". ¡Lástima que la falta de dinero impidiese pagar las colaboraciones!

—¡Siempre el maldito dinero! — exclamó Rueda, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Y agregó, señalando a varios jóvenes que entraban con cocotas:

—¡Pensar que todos esos sonsos tienen plata de sobra!

Luego hablaron del dinero, de la injusticia de que tantos inútiles lo tuvieran. ¡Qué no harían ellos si fueran ricos!

—Con dinero — dijo Orloff — es fácil hasta tener genio... Por eso la repartición de los bienes es de una improrrogable urgencia. De otro modo la humanidad perderá las cien o doscientas obras estupendas que nosotros hemos imaginado.

Sólo Riga había permanecido silencioso. Se había quedado pensando en Lita, en que tal vez su pobreza le apartaba de ella. ¡Ah, las injusticias de la vida! — había dicho para sí. Pe-

ro luego, vió su ideal de vida claramente. ¡Era tan poco lo que necesitaba para ser feliz! Y en un instante en que todos callaban, él, en tono sincero y emocionado, declaró:

—Pues yo... no desearía tener fortuna.

¿Para? La fortuna exigía preocupaciones que eran impropias de un escritor. Además, ¿qué podía hacer él con mucho dinero? El se contentaba con poca cosa: una casita modesta en los alrededores de Buenos Aires, un pequeño jardincito, un empleo que le permitiera realizar su obra literaria, y una mujercita que le quisiera y le diera hijos para hacer menos triste su muerte.

Estas palabras sencillas conmovieron un poco a los demás, que se miraron algo sorprendidos. Pasado un rato de silencio, Pedro Rueda exclamó:

—Pues yo, si me hiciera rico, no escribiría una palabra más. ¿Para qué?

—¿Tú no crees en la gloria? — le preguntó Orloff.

¡La gloria! Para Rueda, la gloria era una vieja alcahueta, envidiosa e ignorante. Dejaba en el olvido, durante siglos, o durante la eternidad, a espíritus excelsos, que no supieron o no quisieron cortejarla; y en cambio encumbraba a seres mediocres que la adularon hábilmente. Una alcahueta, sí, "la señora gloria". Reina tampoco creía en ella, según el concepto en que vulgarmente se la definía.

—La única gloria del escritor — dijo Reina con su sonrisa triste — es ser comprendido por unos cuantos espíritus de *élite*.

El no aspiraba a las grandes consagraciones. Su gloria la concretaba en una mujer de belleza pálida y desvanescente, alma sensible y atormentada por exquisitos males, leyendo un libro suyo en el silencio de su cuarto, en una tarde gris, y abandonando a cada página el libro sobre su regazo para mirar el infinito con sus ojos húmedos de emoción y de ensueño.

—Pues yo, señores, tengo la debilidad de creer en la gloria — habló Orloff. — Por lo menos no la limito, como tú, Reina, a la admiración de las señoras neuróticas...

Reina protestó indignadamente, pero Orloff, sin escucharle, habló de la gloria tal como la concebía y como la soñaba para él. La gloria consistía en la admiración y en el cariño del pueblo. Llegar a la gloria era ser leído y amado por la multitud, por el obrero, por todo el mundo; no solamente por algunos burgueses desocupados. Llegar a la gloria era ser editado copiosamente, ser autor de libros que enmugrecían de mano en

mano, de libros que dirigían nuestras conciencias y nos hacían fuertes, que derrumbaban los prejuicios, que mataban cuanto entristecía y deprimía la Vida, que conducían a una humanidad donde hubiera más belleza, más amor, más justicia.

—¡La gloria no es eso! — exclamó Riga exaltadamente.

Orloff confundía la gloria con la política, la reducía a una simple cuestión de imprenta. La gloria, en realidad, no existía. Escritores que en su tiempo conmovieron la sociedad, escritores por el estilo de los que ambicionaba ser Orloff, caían en el más absoluto olvido después de muertos. Muy raros eran los nombres que permanecían algunos siglos. La verdadera y única gloria consistía en penetrar en el corazón de los hombres, conmover, hacer llorar, hacer reír, servir de asunto a los que se amaban para inspirarles nuevos motivos de amor. Ser leído y comprendido por almas sensibles que daban, al autor del libro que las conmovía, un lugarcito en su corazón. Emocionar a gentes sencillas desprovistas de literatura, a los que sufrían o soñaban. Llegar a la gloria era eso; consolar, hacerse amar, ser confidente de dolores profundos y de imposibles ensueños.

Nadie contestó. En medio del silencio conmovido, se oía el runrún de las voces en las mesas vecinas y el ruido de las cucharillas.

—Pero, ¡qué diablos! — exclamó Riga. — Nosotros no debemos pensar en la gloria, ni menos en la reputación momentánea.

Ellos debían realizar su obra por puro amor al trabajo, por cumplir con su vocación, por cariño a la patria cuyo valor se acrecía con la obra intelectual de sus hijos, por arrojar en la sociedad un poco de desinterés, de belleza, de ensueño, de amor, de idealidad.

—¿Y si fracasamos? — preguntó Rueda.

—Nunca, nunca se fracasa en ese sentido — exclamó Riga.

Y románticamente, en la embriaguez del idealismo y de la charla, un poco tartamudeando por la emoción, explicó su idea. Los sueños de belleza, las palabras de idealidad jamás se perdían. Pasaban de unas almas a otras, y si, en la pequeñez individual de algunos hombres, resultaban ineficaces, iban preparando el suelo para que alguna gran alma elegida recogiera, muchos años después, los frutos maravillosos de los árboles que ellos, los anónimos poetas sin gloria, plantaron y cuidaron desinteresadamente.

V

La próxima aparición de *La idea moderna* había absorbido a Riga por completo. Ya no pensaba en Lita el día entero, y a sus ensueños de amor había sustituído la preocupación prosaica de las colaboraciones. Itúrbide le había abandonado casi todo el trabajo; y así el primer número, ya en la imprenta, permanecía inconcluso en aquellos postreros días de Mayo. Y era tal la obsesión del poeta — para quien sacar un buen primer número se había convertido en cuestión de honor y de conciencia, — que llegó a sufrir de insomnios, a probar apenas la comida y hasta dejar de ir a la casa de Itúrbide durante los últimos diez días. Se pasaba las horas — desengañado de los sumarios alegres de su colega — buscando a los que prometieron artículos, esperándoles en sus casas, en sus oficinas. Escribirles era tiempo perdido. Había que sitiarlos, asaltarlos, arrancarles los artículos poco menos que a la fuerza. La falta de un centro donde se reunieran los escritores hacía muy penoso su trabajo, agravado aun más por las distancias de la inmensa Cosmópolis. Tal escritor vivía a dos leguas de la casa de huéspedes, en Flores; tal otro en Belgrano, a igual distancia, pero en dirección diferente. Este era periodista y había que buscarle en la redacción, pasada la media noche; aquél, hombre de negocios, sólo estaba en su casa a las ocho de la mañana. Además, pocos tenían alguna página en preparación. No faltaban escritores, pues Riga, con criterio severo, había formado una lista de ochenta. Pero todos padecían, en distintos grados, de la tradicional pereza de la estirpe. Eso sí, nadie dejaba de prometerle colaboraciones. Algunos hasta le consultaban sobre el tema y le pedían un buen lugar para el primer número, asegurando que en tal fecha se lo enviarían; llegaba el día y el muchacho agarraba una rabieta. Después se excusaban, echando la culpa al desprevenido público, afirmando, con inexorable fatalidad, que "en este país no había estímulo ni nada". Si faltaba ambiente, ¿para qué iba uno a escribir?

Pero la amenidad de sus entrevistas con los literatos compensaba las molestias de perseguirlos. Porque era una colección de tipos originales, en los que las cualidades características del gremio asumían las más extrañas variedades. Uno de ellos, muchacho de veintidós años que sólo publicara un volumen y se creía célebre, negó su colaboración porque él "ya no nece-

sitaba de revistas"; varios exigieron como condición, antes de entregar su artículo, que les dieran el primer lugar; un joven poeta de muchas pretensiones, enterado de que el crítico de la revista elogiaba el libro reciente de un colega a quien despreciaba, retiró unos versos ya enviados a la imprenta; y uno de los pontífices de la literatura, que recibiera a Riga sonriendo irónicamente, le dijo, con intención ambigua, que sus escritos estarían *déplacés* en una revista como la que Riga pretendía fundar. Ciertos pretensiosos, como el que le pidió cincuenta pesos por un artículo, le fastidiaban; pero otros le divertían. Uno de los más amenos fué cierto poeta de rubia cabellera alborotada y hablar enfático, que escribía versos extravagantes y abstrusos, se llamaba "el formidable filósofo de la destrucción", se daba inyecciones de morfina, y, años antes, a fin de parecer refinado y superior, se había atribuído horrendos vicios. El *poseur* declaró que no podía colaborar por ahora; su gloria se lo vedaba. Estaba terminando un poema que, según los que lo conocían, era algo realmente genial.

—¿Ah, sí?

—Sí — contestó el esteta con un amplio gesto de superhombría. — Yo voy a crear el verso con tendencia, ¿entiende usted? No con tesis, entiéndalo bien, sino con tendencia, con ten-den-cia...

Y se explayó sobre su genial poema que sería el asombro de América. Pero no podía publicar ningún fragmento; no, no podía, lógicamente, estéticamente. El poema debía aparecer íntegro, en volumen, para que produjese la trascendental revolución que esperaban con ansia las letras continentales.

Orloff, que solía acompañar a Riga en sus visitas a los literatos, le llevó una tarde a visitar al célebre poeta Juan Castillo, que no firmaba sino con su pseudónimo Almabrava. Riga le había conocido hacía poco, presentado por Orloff, en un cuartucho miserable de un fondín de la calle Cuyo, donde vivía el poeta. Ahora se había ido a Maldonado, cerca del arroyo, en las afueras de Buenos Aires. Allí vivía una existencia de santo, enseñando a leer gratuitamente a los obreros de aquel arrabal, sosteniendo a dos familias pobres que había acogido en su casa, repartiendo, entre la gente necesitada de las inmediaciones, sus ropas de cama y casi todo su sueldo de un empleo y las parcas ganancias de sus versos.

Riga y Orloff habían convenido reunirse en la librería de Flaschoen, situada en Florida. La librería de Flaschoen solía estar concurrida, todas las tardes, por tres o cuatro literatoi-

des y periodistas, y era el más activo centro de maledicencia literaria que existía en Buenos Aires. Allí no se hablaba bien de nadie, pues la tradición no lo permitía. Flaschoen, el librero, un holandés muy vivo y movedizo, se divertía con las conversaciones de sus clientes — compradores indecisos y pagadores más indecisos aún, — viendo cómo unos a otros se despellejaban vivos. Por eso era un escéptico en materia de reputaciones literarias y sólo creía en lo tangible: la venta de los libros. Compadecía a los literatos argentinos, — apenas conocidos fuera de sus familias, y cuyas obras, al cabo de dos años de aparecidas, había que vender "al peso", — y les daba excelentes consejos.

—Lo que hay es que ustedes — les decía, — sólo se preocupan del es-ti-lo, de hacer palabritas bonitas, y ésto le importa un rábano al público. El lector no es sonso, como creen ustedes; quiere cosas concretas, hechos, palabras claras...

Cuando Riga llegó a la librería, estaba allí Felipe Salvatierra. El poeta, apenas le vió, tuvo intenciones de no entrar. Porque Salvatierra era el más grande "envenenado" que "alacraneaba" en Buenos Aires. Para él no había escritor que tuviese talento. A creerle, los literatos eran una cáfila de pilletes, y al lado de ellos las gentes de Sodoma y Gomorra resultaban cándidas y puras. A Riga, en los últimos días, se le había hecho intolerablemente antipático. Su boca trompuda; su cara granujienta; sus aires de orgullo satánico y de pedantesca suficiencia; su lengua, más que larga, kilométrica; y sus envidias permanentes, le fueron siempre poco agradables. Pero antes le soportaba, parte porque creía que de él no hablaba mal, parte de lástima, porque Salvatierra no tenía suerte. En un tiempo fueron casi íntimos, pero cuando *La Patria* publicó los versos de Riga, Salvatierra se apartó un poco de su amigo para sacarle el cuero con más comodidad. Porque, eso sí, Salvatierra jamás agredía directamente. A veces llegaba hasta elogiar al propio autor de un libro, pero no podía impedir que se viese la bacilosa envidia que segregaba su boca. Desde que se anunció la revista, Salvatierra no hacía más que hablar pestes de Riga; y sus palabras eran repetidas al poeta por los amigos comunes, con celo verdaderamente literario y en toda su escrupulosa exactitud. El odio de Salvatierra tenía su origen en que la revista no le pidiera algún artículo. Salvatierra, aunque escribía con gramatical corrección, carecía de todo talento literario, era pedante y gustaba tratar sobre temas que no podía conocer: la novela en Bulgaria, la actual

poesía turca, el romanticismo checo. Sus artículos eran inacabables listas de libros y autores con una frase de consternante vulgaridad como comentario. También tenía un drama que las compañías se negaban a representar. No obstante escribir a menudo, no había logrado colaborar en los grandes diarios, "no había entrado", como solía decirse en el dialecto de los literatos. Riga, un poco por miedo a la lengua del amigo, otro poco por lástima, quiso pedirle un artículo para la revista; pero Itúrbide y Orloff se opusieron a su caritativo propósito.

—Es un individuo — había sentenciado Orloff — que sólo sirve para hacer listas, y todavía las hace mal...

Salvatierra, que, al entrar Riga en la librería, acababa de dejarle en cueros vivos, adoptó una cara acremente amistosa para saludar al poeta.

—¿Qué me dice de esto, che? — preguntó en seguida con su clásica sonrisa envenenada y señalando un libro que acababa de editar Flaschoen.

—Hombre, no me parece mal; está bien hecho...

—¡Bien hecho! Hum...

Y con acento archienvenenado empezó a cuerear al infeliz autor, que era un amigo de ambos. Todo el libro, según Salvatierra, era un puro plagio, una mediocridad. Allí no había talento, ni buen gusto, ni nada. Además, el autor era un pillete, un mulato, un degenerado de lo último. Todo el mundo sabía que...

—No calumnie — dijo Riga fastidiado. — Además, todo eso nada tiene que ver...

Y defendió al autor con vehemencia. Flaschoen, que diariamente oía las mayores perrerías a propósito de los literatos, se asombraba de la sincera benevolencia de Riga. Salvatierra, recostado en el mostrador, con los brazos cruzados, sonriendo avinagradamente, escuchaba a Riga como quien oye llover. Pero a cada rato, como hablando para sí, decía: "un mulato canalla, un pillete".

En ese momento llegó Orloff. Flaschoen y Orloff solían decirse frases tremendas. El literato acusaba al comerciante de saquear a la clientela; y el comerciante contestaba que, cuando veía entrar a Orloff, no podía ausentarse, ni por un momento, al interior de la librería. Flaschoen se preparaba como para un espectáculo con la llegada de Orloff, pues sería divertido verle despellejando a algún literato en compañía de Salvatierra.

—¿Cómo te va, Salvatierra, *crotalus horridus*? — dijo Orloff, aludiendo a una especie muy peligrosa, por su veneno, de la serpiente de cascabel.

Salvatierra, que se complacía de su fama, recibió la frase de Orloff como si fuera un gran elogio. Y ya se disponía a seguir el tema interrumpido, cuando Riga y Orloff, observando que era tarde, se despidieron. Riga iba desagradado por el encuentro con Salvatierra, y deseando borrar el juicio que, oyendo al envenenado, le merecía la especie humana, se puso a hablar de Almabrava, mientras el tranvía los llevaba a la casa del poeta, recordando anécdotas que él y Orloff sabían de memoria.

Llegaron. La vivienda del poeta era muy pobre y en la vecindad apenas había cuatro o cinco casas. Cuando golpearon las manos, Almabrava salió a abrirles.

—Adelante, mis jóvenes amigos — les dijo cariñosamente.

Era un hombre como de cincuenta años, moreno, con la cara picada de viruelas. Usaba anteojos. Tenía la cabeza sólida, los labios gruesos. la frente despejada, el cabello ensortijado y largo. En la pieza donde los recibió no había sino una mesa de pino, un catre y dos sillas. Trajo otra silla y ofreció mate a los muchachos.

—¿Por qué vive tan lejos? — preguntó Riga.

—Vivo lejos porque no quiero que vengan a visitarme los literatos, esos estúpidos, esos viles, esos miserables perros inmundos...

Riga creyó que el poeta aludía a Orloff y a él, y bajó la cabeza, cortado. Miró a Orloff y le vió enteramente tranquilo. Pero ya Almabrava se había dado cuenta del mal efecto de sus palabras. El no diría eso si todos fueran buenos muchachos como Orloff y Riga. Lo decía por los otros, por esos enfermos de literatura, por esos pedantes miserables...

—Una vez vino uno de ellos a visitarme; yo lo recibí gentilmente, y después el muy estúpido, creyendo elogiarme, publicó un artículo diciendo que yo era un raro, un anormal, un loco de genio.

¡Imbécil! Porque a él nada le indignaba tanto, como que le mirasen al través de esa lente literaria. El no era un literato, ni quería serlo. Era solamente, un hombre, un hombre que gritaba la Verdad a sus compatriotas. El país estaba podrido, y él no deseaba sino que llegara el día que tenía destinado, dentro de algunos años. Entonces iría a Buenos Aires,

poesía turca, el romanticismo checo. Sus artículos eran inacabables listas de libros y autores con una frase de consternante vulgaridad como comentario. También tenía un drama que las compañías se negaban a representar. No obstante escribir a menudo, no había logrado colaborar en los grandes diarios, "no había entrado", como solía decirse en el dialecto de los literatos. Riga, un poco por miedo a la lengua del amigo, otro poco por lástima, quiso pedirle un artículo para la revista; pero Itúrbide y Orloff se opusieron a su caritativo propósito.

—Es un individuo — había sentenciado Orloff — que sólo sirve para hacer listas, y todavía las hace mal...

Salvatierra, que, al entrar Riga en la librería, acababa de dejarle en cueros vivos, adoptó una cara acremente amistosa para saludar al poeta.

—¿Qué me dice de esto, che? — preguntó en seguida con su clásica sonrisa envenenada y señalando un libro que acababa de editar Flaschoen.

—Hombre, no me parece mal; está bien hecho...

—¡Bien hecho! Hum...

Y con acento archienvenenado empezó a cuerear al infeliz autor, que era un amigo de ambos. Todo el libro, según Salvatierra, era un puro plagio, una mediocridad. Allí no había talento, ni buen gusto, ni nada. Además, el autor era un pillete, un mulato, un degenerado de lo último. Todo el mundo sabía que...

—No calumnie — dijo Riga fastidiado. — Además, todo eso nada tiene que ver...

Y defendió al autor con vehemencia. Flaschoen, que diariamente oía las mayores perrerías a propósito de los literatos, se asombraba de la sincera benevolencia de Riga. Salvatierra, recostado en el mostrador, con los brazos cruzados, sonriendo avinagradamente, escuchaba a Riga como quien oye llover. Pero a cada rato, como hablando para sí, decía: "un mulato canalla, un pillete".

En ese momento llegó Orloff. Flaschoen y Orloff solían decirse frases tremendas. El literato acusaba al comerciante de saquear a la clientela; y el comerciante contestaba que, cuando veía entrar a Orloff, no podía ausentarse, ni por un momento, al interior de la librería. Flaschoen se preparaba como para un espectáculo con la llegada de Orloff, pues sería divertido verle despellejando a algún literato en compañía de Salvatierra.

—¿Cómo te va, Salvatierra, *crotalus horridus?* — dijo Orloff, aludiendo a una especie muy peligrosa, por su veneno, de la serpiente de cascabel.

Salvatierra, que se complacía de su fama, recibió la frase de Orloff como si fuera un gran elogio. Y ya se disponía a seguir el tema interrumpido, cuando Riga y Orloff, observando que era tarde, se despidieron. Riga iba desagradado por el encuentro con Salvatierra, y deseando borrar el juicio que, oyendo al envenenado, le merecía la especie humana, se puso a hablar de Almabrava, mientras el tranvía los llevaba a la casa del poeta, recordando anécdotas que él y Orloff sabían de memoria.

Llegaron. La vivienda del poeta era muy pobre y en la vecindad apenas había cuatro o cinco casas. Cuando golpearon las manos, Almabrava salió a abrirles.

—Adelante, mis jóvenes amigos — les dijo cariñosamente.

Era un hombre como de cincuenta años, moreno, con la cara picada de viruelas. Usaba anteojos. Tenía la cabeza sólida, los labios gruesos, la frente despejada, el cabello ensortijado y largo. En la pieza donde los recibió no había sino una mesa de pino, un catre y dos sillas. Trajo otra silla y ofreció mate a los muchachos.

—¿Por qué vive tan lejos? — preguntó Riga.

—Vivo lejos porque no quiero que vengan a visitarme los literatos, esos estúpidos, esos viles, esos miserables perros inmundos...

Riga creyó que el poeta aludía a Orloff y a él, y bajó la cabeza, cortado. Miró a Orloff y le vió enteramente tranquilo. Pero ya Almabrava se había dado cuenta del mal efecto de sus palabras. El no diría eso si todos fueran buenos muchachos como Orloff y Riga. Lo decía por los otros, por esos enfermos de literatura, por esos pedantes miserables...

—Una vez vino uno de ellos a visitarme; yo lo recibí gentilmente, y después el muy estúpido, creyendo elogiarme, publicó un artículo diciendo que yo era un raro, un anormal, un loco de genio.

¡Imbécil! Porque a él nada le indignaba tanto, como que le mirasen al través de esa lente literaria. El no era un literato, ni quería serlo. Era solamente, un hombre, un hombre que gritaba la Verdad a sus compatriotas. El país estaba podrido, y él no deseaba sino que llegara el día que tenía destinado, dentro de algunos años. Entonces iría a Buenos Aires,

hablaría en los teatros, hasta en las calles, para increpar a los jóvenes, para incitarlos a ser puros, a ser cristianos.

—Yo soy cristiano, y lo proclamo; porque yo conozco, yo comprendo, yo amo, yo siento a Jesucristo.

Y habló de Jesucristo. Las frases le brotaban vigorosas, con ritmo de martillo. Poco a poco, a medida que se exaltaba, sus palabras cobraban una extraña elocuencia. Sentado en el borde de la silla, hablando casi a gritos, llevando con el brazo derecho el compás de su palabra, evocaba a Jesús, compadecía a los pobrecitos, tenía frases de ternura para su "chusma amiga". Riga, que jamás había oído expresarse a nadie en esa forma estaba absorto. El alma del poeta le parecía una vasta fuente de amor humano. Aquel hombre que llamaba a cualquiera miserable y vil, que parecía tener tan mal genio, se le presentaba ahora como un Evangelista, como un predicador penetrado de bondad y de entusiasmo. Llamaradas geniales iluminaban el rostro del gran poeta, y, cuando terminó, Riga vió temblar en sus ojos pequeñas lágrimas.

—Maestro, permítame que lo abrace — le dijo Riga conmovido.

Quedaron silenciosos. Iba oscureciendo, y por la ventana abierta llegaban gritos de niños que jugaban en el camino. Se veía el cielo rosado en el poniente; el suburbio miserable cobraba con la hora una honda belleza melancólica. Un viejo ombú cortaba el descampado del lugar, más allá de las casuchas de enfrente. Y más lejos aún, hacia el declive del terreno, se adivinaba el Maldonado.

—Léanos algunos versos — le pidió Orloff.

El poeta no se hizo de rogar. Sacó del cajón de la mesa un montón de papeles pequeños, del tamaño de una hoja de libro de misa. Eran cosas antiguas que estaba rehaciendo. Por lo demás, él no se preocupaba de guardar sus páginas. Si le pedía versos algún amigo, él le entregaba el original. Después le enviaban el recorte con sus versos. Tenía, hasta hacía poco, muchos recortes, pero un día una chica necesitaba encender fuego y los utilizó.

—Todo eso, o casi todo, se ha perdido — agregó riéndose, como si la chica hubiese hecho alguna gracia.

Y leyó diversas composiciones, algunas extensas, con lentitud enérgica, y en tono imprecatorio, marcando con un movimiento del brazo el compás de los versos y formando con el índice y el pulgar una o. Se veía que era de una absoluta sinceridad, que escribía versos, no por hacer literatura, sino para

expresar en forma más durable sus ideas. En el fondo era un moralista, un censor duro y áspero. Insultaba a los ricos, a los poderosos, a la misma chusma que amaba, a las mujeres, a los aristarcos. Era implacable y apocalíptico.

Cuando Orloff y Riga se vieron en la calle, en dirección al tranvía, no supieron al principio qué decirse. La emoción les impedía manifestar una idea. Riga, sobre todo, que apenas conocía al poeta, creía haber sentido junto a sí el aleteo del genio. Aquel corazón le había elevado a regiones desconocidas, le había enseñado a ser bueno, a amar a la humanidad.

—Es colosal, ¿eh? — preguntó Orloff, adaptando su paso al de Riga y tomándole de un brazo.

—Un genio, un profeta de la Biblia — contestó Riga, que en su vida había leído la Biblia.

—Es el vate, en el sentido antiguo de la palabra — expresó Orloff.

Y agregó, con la autoridad que le daba su condición de israelita:

—Es un Isaías, un Jeremías...

Era casi de noche. El tranvía siguió por un largo terraplén, a través del suburbio todavía despoblado. Poco a poco fueron apareciendo casas pobres a lo largo de la línea. Venían de la ciudad tranvías atestados de obreros. Algunos faroles alumbraban la tristeza del arrabal.

Al llegar al centro, los amigos se separaron para ir a sus casas. En uno de los balcones de la pensión, Nacha y Ramos conversaban amarteladamente.

—¡Si supieran a quien he conocido! — les dijo Riga, que necesitaba desahogar su emoción.

—¿Al president'e la república? — preguntó Ramos codeando a Nacha.

—A alguien que vale más que todos los presidentes. Un presidente se muere y nadie se acuerda de que existió, mientras que él vivirá siempre...

—¿Y quién es ese Matusalén?

Riga no veía que el amigo se burlaba de él, con sonrisitas y codazos a Nacha, y, en la seguridad de que el nombre mágico produciría un silencio de veneración, dijo con voz temblona y solemne acento:

—¡A Almabrava!

—¿Quién es? — preguntó Nacha.

Ramos había lanzado una carcajada que aumentaba de intensidad a medida que Riga se iba enojando. A la pregunta

de Nacha no supo qué contestar. Después se acordó habérselo oído nombrar a Riga, y dijo:

—Me parece que es uno que la macanea en verso...

—Sos un estúpido, un ignorante — le gritó Riga y se entró en la casa.

Ramos se quedó muriéndose de risa, y Nacha, asombrada, no comprendía que pudiera Riga enojarse por tan poca cosa. Sería ese señor algún pariente de Riga. Ramos la tranquilizó. No era ni prójimo.

—Lo que hay es que los poetas son una punta'e locos.

En la mesa, Ramos notó al poeta muy ofendido; no hablaba una palabra, y, si le preguntaba algo, contestaba con monosílabos. Ramos miraba a Nacha y le cerraba un ojo, indicándole al poeta. Al llegar el postre, Riga, un tanto olvidado del disgusto, intervino en la conversación. Esa noche, Gutiérrez estaba en la buena y parecía dispuesto a la guasa. Grajera hablaba por los codos y Ramos, para renovar la charla, en un momento en que languidecía, refirió que Riga había conocido al gran poeta Almabrava. Cerote se interesó y le hizo algunas preguntas sobre Almabrava. Riga, viendo que Ramos no se presentaba en actitud de chacota, se soltó a hablar del poeta. Era un genio, un corazón enorme, un verdadero santo, el primer poeta de lengua castellana.

—Señor de Riga — interrumpió Gutiérrez amablemente, — no nos olvidemos que allá, un poco lejos, tras los mares, hay otras personas que ya, ya...

Y para completar su idea, meneaba la cabeza de derecha a izquierda, apretaba los labios e hinchaba los pómulos, actitud que él suponía de gran eficacia y comicidad.

Riga no quiso contestarle y continuó hablando de Almabrava. Doña Luisa no comprendía la caridad del poeta. Porque la caridad debía empezar por casa — ¿no era así? — y ese señor dormía en sábanas y repartía su sueldo. Grajera insinuó que debía ser un vividor, y Cata manifestó deseos de conocerle.

—Bueno, hombre; díganos *ustet* alguna cosilla de ese talentazo. No sea que se nos reviente la hiel, ¡camará!

Cerote indicó una composición; y Riga se puso a recitarla. Gutiérrez apartó un poco la silla de la mesa, se abrió el saco, metió los pulgares por las sisas del chaleco, hundió el mentón en el pecho y adoptó una expresión severa, de juez.

La poesía era profética e imprecatoria. Cerote no sacaba los ojos de Riga, y a cada final de estrofa se volvía hacia los

demás y exclamaba: "soberbio", "superior". Gutiérrez había cambiado de postura varias veces, y, al final, después de refregarse la servilleta en los labios, miró a Riga con sorna y le dijo:

—Señor de Riga, sepa *ustet* que eso es tan poesía como... emperatriz de la China la madre que me parió.

—¿Y usted quién es para venir a enseñarnos? — le preguntó Cerote, con gesto altivo y provocador. — Y si no le gusta, vamos a la calle...

Ramos y Grajera dieron la razón a Gutiérrez. Cata declaró que no había entendido, y doña Luisa se manifestó enemiga de los versos, que eran pavadas. Gutiérrez, mientras tanto, miraba a Cerote de arriba a abajo, largamente, resistiendo a la implacable provocación del catamarqueño. Por fin se decidió a contestarle. El no era un cualquiera, ¿"estamos"? Había sido periodista en Barcelona, fué amigo en Madrid de literatos de peso, como Sinesio Delgado y Jackson Veyán, y sabía de memoria todo el teatro español.

—El teatro chico — objetó Cerote.

—No hay teatro chico ni grande, señor Zoquete. Ese poetastro que nos ha aburrido media hora es muy chico, y el autor de *La verbena de la Paloma,* muy grande.

—¡Gallego petulante! — exclamó Cerote.

Se armó una marimorena descomunal. Las mujeres querían impedir que Cerote y Gutiérrez se pegasen. Pero Ramos y Grajera los estimulaban. Rodaban sillas, la mesa se movió y cayó un vaso al suelo. En el tumulto, apenas se percibían frases sueltas.

—¡Que lo voy a matar, dejarme!

—¡Gallego insolente...!

—Chúmale, mojále l'oreja...

—Belisario, no te metás...

—No puedo permitir que en una casa formal...

—¡Poetastro, hijo de mala madre, decadente...!

Riga, rabioso, se fué a la Brasileña. Había quedado con Orloff en encontrarse allí para ir juntos a la tenida de literatos en casa de monsieur Durand. Sus amigos no habían llegado, y se sentó solo, junto a una mesita. Al verse allí, en aquel sitio que era para él hogar de inteligencia, se sintió lejos de la casa de huéspedes y le pareció que se había sacado un gran peso de encima. Sin embargo, la tristeza que había sucedido a su indignación no le abandonaba. ¿Por qué sería la gente tan mala, tan enemiga del entusiasmo? Cuando él ha-

blaba con exaltación, con amor, de algún hombre a quien creía gran poeta... ¿por qué se burlaban? ¿No sería lo justo respetar su entusiasmo, la generosidad de su juventud? Nada, sin embargo, tan bello como el entusiasmo, fuese cual fuese la causa que lo produjera. Había que odiar el escepticismo, la frialdad, el *j 'm 'en fichisme*, porque eran infecundos, porque eran hijos de la perversidad, del materialismo, de la carencia de ideales. Cierto que aquella gente de la casa de huéspedes no tenía cultura ni valor moral ninguno, pero ¿acaso no ocurría lo mismo en otras partes? En la Facultad, ¿no se habían burlado de él cuando hablaba con entusiasmo de algún escritor? ¡Qué gran país! como decía Jacinto Viel. Y no era tan grave su caso junto al de Almabrava. Un santo, un poeta admirable, ahí vivía abandonado de los hombres, desconocido, solitario. Bien denominó una vez Jacinto Viel "el mal metafísico" a la enfermedad de soñar y de crear. Los materialistas, los adoradores del becerro de oro, la innoble multitud de los snobs y de los ignorantes, aislaba, como si fuese un apestado, para no contagiarse del mal divino, al exaltado iluso que deseaba a los hombres fraternales y buenos.

Cuando llegaron Riga y Orloff a la casa de monsieur Durand, ya había algunos literatos. Noulens, con el aire de dueño de casa que le daba el ser padrino literario de Durand, recibió en la puerta a los amigos.

—*¡Toute la li...ire!* — exclamó Noulens abriendo los brazos a los recién venidos.

Monsieur Durand poseía dos cuartos: el dormitorio y el cuarto de recibir, que daba a la calle. Este era de buen tamaño y no había en él más muebles que una modestísima mesa y siete u ocho sillas. Sobre la mesa, una gran lámpara de kerosén alumbraba el cuarto. Se hallaban allí, además de Noulens y el dueño de casa, Pedro Rueda, el ecuatoriano Gómez y Gómez, el poeta anarquista Gualberto Garibaldi y dos bohemios zaparrastrosos y anónimos que Riga solía ver en la Brasileña. Monsieur Durand se agitaba en cumplimientos melosos y sonreía de satisfacción al verse rodeado de tantos literatos célebres. Llamó a Riga y a Orloff al dormitorio y les pidió que escribieran algo en las postales que les presentó. Tenía unas cuantas: de Rodríguez Pirán, de Noulens, de Gómez y Gómez, de otros bohemios a quienes él consideraba como eminentes personajes. Riga agradeció el pedido, pero declaró que él no era capaz de improvisar.

—Oh, señor Guiga, un talento como usted... Dos palabras...

segá paga mí un gran honog... — decía el mecenas con humildad pegajosa.

Riga y Orloff recorrieron las postales de la colección. Eran adulonerías, cuestión de sacarle algunos pesos a monsieur Durand. Riga se limitó a trascribir un dístico suyo y Orloff escribió una terrible afirmación revolucionaria.

En la sala, se sentaron todos alrededor de la mesa. Y comenzó una conversación sobre literatura y literatos. En el suelo, contra la pared, se alineaba una docena de botellas tapadas. Los bohemios no le quitaban los ojos, y Noulens, que iba y venía de la sala a la escalera para recibir a las visitas que llegaran, opinó que ya podrían abrirse las botellas.

En ese momento, con su habitual solemnidad, apareció el poeta romántico Félix Rodríguez Pirán. Era un hombre erguido, de grandes mostachos a lo D'Artagnan. Usaba capa a la española, terciada con elegancia, y ancho chambergo mosquetero. Hablaba enfáticamente, con gesto desdeñoso. Era un bohemio según los cánones tradicionales: trasnochador, desocupado, generoso y mal pagador. Como Noulens y otros amigos, pasaba el día de bar en bar, soltando paradojas y teorías y saboreando whiskys. Sus informalidades eran célebres, y se decía que una vez, en tiempos de las grandezas, envió a un Banco, para cubrir un vencimiento, un soneto. Sus versos eran robustos, grandilocuentes, sensuales a veces, y siempre llenos de orgullosa arrogancia. Tenía un odio: el decadentismo. Para él los alejandrinos a lo Berceo, los ritmos nuevos y suaves no eran versos. El no admitía sino el verso rotundo y cantante, el verso para ser declamado a gritos. Cuando en su presencia se elogiaba a algún decadente, se abroquelaba en un mutismo hostil. Al principio había mirado con desprecio a los modernistas; pero cuando notó que eran solicitados por las revistas que pagaban y que comenzaban a adquirir prestigio en los cenáculos de los cafés, el hombre vomitó su bilis. Les llamó afeminados, fumistas, degenerados, pobres locos. Hablaban de princesas y no conocían más princesas que las de Junín y Lavalle. No tenían el sentimiento de la mujer, de la patria, del heroísmo. Era la de ellos una poesía — ¿poesía? — una "cosa" de *coll-cream*. ¡Idiotas ridículos, viles macacos del bulevar!

—¡Salve, oh ilustres próceres!

Todos se pusieron en pie. Y mientras tenían lugar los saludos y las presentaciones, el más zaparrastroso de los bohemios descorchaba las botellas y llenaba las copas. Casi al mismo tiempo, llegaron otros individuos del gremio: un mu-

chacho bajito que se lo pasaba diciendo versos y que a lo mejor, en medio de las conversaciones, rompía en un soneto sin advertir a nadie; un bohemio que vivía de vender los libros que pedía prestados; un crítico musical de tipo numismático y palabra importante y otros más.

—Aquí tienes al joven Guiga, digegtog de *La idea mode... egna* — dijo Noulens dirigiéndose al poeta romántico.

Rodríguez Pirán clavó los ojos en Riga curiosamente, bebió el resto del vaso, y, con gran prosopopeya, expresó:

—Una revista debe ser esencialmente educativa. ¿Y usted es capaz de educar al público?

Todos sonrieron, creyendo que el poeta trataba de "titear" a Riga. El muchacho, un poco turbado, contestó que la educación del público era cosa de los colaboradores. El buscaba las mejores firmas, y si estas fracasaban no era culpa suya.

—Yo le preguntaba — dijo enfáticamente Rodríguez Pirán — porque he leído versos suyos... sí, he leído... y veo que está usted zozobrando en las aguas gla-u-cas del decadentismo.

Había pronunciado la palabra "glaucas", cargándola de intención sarcástica. Algunos rieron, pero en la mayoría, que eran jóvenes y modernistas, la intención produjo efecto contrario.

—¿A qué llama usted decadentismo? — preguntó Rueda sonriendo agresivamente.

—El decadentismo anuncia el arte de la sociedad futura — exclamó el rubio poeta Garibaldi, con el tono y los gestos de barricada que tenía para hablar a sus satélites de la Brasileña.

Monsieur Durand había reducido esa noche sus pretensiones literarias a llenar las copas, apenas quedaban medio vacías, con ejemplar solicitud. Notó que Rodríguez Pirán se detenía, y, creyendo que los gases de la cerveza le incomodaban en el cuerpo, le indicó, haciendo un gesto de dentro hacia afuera de la boca:

—Con toda confianza puede... Haga su comodidad...

El pulcro Rodríguez Pirán le miró severamente, se limpió la boca con el pañuelo, y contestó a Rueda:

—No estoy dando exámenes, señor.

—¡Je, je! — exclamó Rueda, lleno de tirones en los brazos y las piernas.

—Es que tú, Felix — intervino Noulens, — sólo tienes en cuenta a los poetas decadentes más deploga...ables. Te olvidas que Gubén Daguí...ío...

—Clago, Gubén Daguío... se ha olvidado — manifestó con audacia el otro belga.

—Yo no me olvido de nada, señor — le increpó Rodríguez Pirán con indignación.

El pobre monsieur Durand no sabía adonde meterse. Creía haber ofendido a Rodríguez Pirán y, en su aflicción, no se le ocurría nada mejor que ofrecerle cerveza. Felizmente para Durand, se había originado una gran discusión sobre el decadentismo. Rodríguez Pirán dijo que los decadentes eran todos unos canallas que iban a acabar con la poesía, y preconizó una dictadura para que se les fusilase a todos en montón. Orloff objetó a Rodríguez Pirán el estar combatiendo contra los molinos de viento. No había ahora tal decadentismo, y en realidad, jamás lo hubo en la Argentina. No podía llamarse decadentes a los poetas que se resistían a escribir ''en el estilo de tendero de ultramarinos del señor Núñez de Arce'', o a los que buscaban asuntos más interesantes que las congojas de las Filis de abanico y que los plañidos de dolor de muelas con que lloraban los poetas castizos sus perdidas ilusiones de burgueses bien alimentados.

—La poesía moderna es demoledora — exclamó Garibaldi, quien imaginaba que las revoluciones literarias corrían parejas con las revoluciones sociales.

—Tiene razón Orloff — dijo con su aire de político inglés el crítico musical. — Aquí nunca hubo decadentes. Nadie ha escrito *Sonatas en U*, sin más vocal que ésta, ni ha llamado a algún colega Pontífice de la Rima azul.

—El modegnismo ega necesa...aguio — opinó Noulens.

Y demostraba su necesidad y su oportunidad el actual mejoramiento del gusto literario. Los poetas eran más finos y sensibles, y percibían matices y delicadezas incomprensibles para los de la generación anterior. El dominio de la sensibilidad se había agrandado enormemente desde la aparición del decadentismo. Además los decadentes habían concluído con la retórica, con el convencionalismo, con las tradiciones, con las ampulosidades, con los lugares comunes.

—Y han traído otra retórica y otros lugares comunes — objetó Rodríguez Pirán.

—Pegfectame...nte. Pero las fogmas y las ideas se guenuevan y se escguibe una poesía más de acuegdo con la sensibilidad del mome...ento.

Durand se preparó a manifestar su opinión, y los bohemios, llenos de admiración y respeto hacia el dueño de casa, impu-

sieron silencio a Rueda que pretendía hablar. Durand dijo que a él le gustaban los decadentes, y dió algunas razones que los bohemios consideraron definitivas e irrefutables. Luego el mecenas pidió excusas a Rodríguez Pirán, cuyo gran talento admiraba, y le ofreció más cerveza.

El muchacho bajito intervino para citar versos modernistas. Toda la América Central, Méjico y media América del Sud desfiló por boca de aquel muchacho. Era una verborragia espantosa, versos sin ideas pero llenos de color, ardientes, sensuales. Hacían pensar en ensueños de negros, en siestas bochornosas, en una vida semibárbara de colonia española. Los decadentes franceses jamás hubieran imaginado que su innovación literaria pudiera hallar su verdadera patria en los trópicos y constituir la expresión más natural del mulataje. El declamador, como nadie le hacía callar, continuó durante media hora. Mientras tanto los bohemios se atragantaban de cerveza y Rodríguez Pirán discutía con Pedro Rueda.

—Yo le diría una cosa — gruñó Rueda. — Pero no; es muy fuerte.

Rodríguez Pirán creyó que se trataba de alguna objeción y le rogó que hablara.

—Bueno... que usted macanea... ¿sabe?

Rodríguez Pirán se levantó con aire amenazador, pero Orloff y Riga se interpusieron y llevaron aparte a Rueda.

Las doce botellas de cerveza se habían terminado, y Durand mandó buscar otras doce con uno de los bohemios que se ofreció para el caso.

—Segá mejog dos docenas — dijo Noulens. — Migá que somos mu...uchos.

Cuando llegó la cerveza, Durand sacó del bolsillo unos papeles y les pidió permiso para leerles un cuento que había escrito. Todos declararon que tenían el mayor gusto. Durand se acercó a la mesa y se puso a leer. Leía mal, interrumpiéndose a cada rato, emocionado al ver que le escuchaban tan grandes escritores. Noulens, como maestro del autor, aprobaba a cada momento con la cabeza. Al final hubo aplausos entusiastas y Riga le pidió el cuento para la revista.

Entonces comenzó una sesión de lectura y declamación que debía durar hasta más de media noche. Rodríguez Pirán dijo versos rotundos, sonoros, en elogio del amor, de las mujeres, de la patria. Noulens, que ya apenas podía hablar, recitó, con gestos bruscos y exagerados, su *Oda a América*, famosa entre los bohemios. Hablaba, en bellos versos franceses, de la pampa,

y cantaba su deseo de cabalgar en un potro indómito por aquellas llanuras salvajes, componiendo versos. Y tanto accionó para subrayar el galope del potro que casi se cayó de la silla.

—Ahoga usted, señog Guiga. Sí, háganos gozag... La *Sonatina*... quisiégamos sabogueagla... — rogó Durand.

Pero Riga, inflexible, se negó.

—Entonces, un poquito más de cerveza... deme ese placeg...

Riga bebió, con desagrado, medio vaso más. Sentía un ligero mareo, y miraba con cierta repugnancia a las gentes que le rodeaban. Era indigno de escritores, de hombres que se consideraban idealistas, beber de esa manera, perdiendo el sentido, convirtiéndose en bestias. Algunos ya no podían ni hablar y uno de los bohemios, en actitud grotesca, dormía en su silla pesadamente, apoyado sobre la mesa. El otro bohemio parecía insaciable y ejercía la tarea, sin duda para él muy grata, de llenar los vasos. ¿Qué diría Lita si le viera allí? Tuvo vergüenza de sí mismo y pensó en marcharse. Sentía tristeza y desilusión. En todas partes aparecía el sensualismo, los instintos más bajos triunfando sobre el ideal y la inteligencia. El conocía varios escritores de talento, perdidos para siempre a causa de ese vicio maldito. Era triste, era desconsoladoramente triste.

Orloff y Riga se despidieron y Rodríguez Pirán los acompañó. Al salir, el vate romántico no iba tan arrogante y seguro como cuando entró; pero en la calle oscura, con su capa a la española y su chambergo aludo, parecía una evocación de antiguas épocas. Pasó una dama errante, enorme, de frondosas carnosidades. El vate se detuvo para verla pasar, y, siempre galante y comedido con las damas, le propinó un parabólico saludo caballeresco. La dama que, sin duda, era persona en exceso delicada, se volvió con furia, llamándole borracho en un castellano que apestaba a ''ghetos'' moscovitas.

Siguieron a pie, por el medio de la calle. El vate, llevado del brazo por los dos muchachos, decía versos en alta voz; pero apenas se le comprendía. Y de pronto, señalando un tranvía que se aproximaba, se despidió de sus acompañantes. ..

—¿Pero adónde vas a estas horas, Félix? — exclamó Orloff. — No será a Palermo, con el frío que hace.

—Voy... cerca... una visita — contestó el vate algo turbado.

¡Iba al paseo de Palermo! Era entonces verdad la historia que se contaba de él. Riga no la conocía y Orloff la refirió.

El vate, enamorado permanente y múltiple, que había soneteado a varias docenas de mujeres, quijotesco cantor de amores platónicos, había perdido el seso por una estatua de mármol que junto a una de las avenidas de Palermo mostraba su bella desnudez adolescente. Y todas las noches iba el poeta a Palermo, y allí, sublime de arrogancia y de delirio, en la soledad misteriosa de la hora, bajo el cielo cómplice, musitaba ternezas a su querida de mármol.

—¡Qué notable, hombre! — exclamó Riga.

—Es el último romántico. Un bastardo de Espronceda, nacido en los arcádicos tiempos de *Flor de un día*.

VI

Eternamente memorable para las letras argentinas sería aquel tres de Junio. Iba a nacer *La idea moderna*, la gran "revista de Filosofía, Literatura, Historia, Arte y Crítica", como decían las tapas modestamente, y por cuyas páginas impúberes e inspiradas hablaría, a la Patria conmovida, toda una generación de jóvenes talentos. Así lo pensaban ellos; y en los rizosos y gali-delicuescentes párrafos del artículo-programa se insistía en que *La idea moderna* venía a trabajar por la regeneración de la república, a restaurar los viejos ideales, a modelar la conciencia de la raza y a soldar los eslabones de la nacionalidad dispersa para dar unidad a la patria. Pero este fácil programa no era todo. *La idea moderna* se proponía también la obra higienizante de destruir la mentira, llamada por alguien el vicio nacional. Para contribuir a la realización de este propósito, *La idea moderna* no respetaría los prestigios inmerecidos y juzgaría con idéntica imparcialidad a los consagrados y a los jóvenes. Sus páginas no serían exclusivistas; acogerían tanto a los que "peinan glorias" — así decía el artículo — como a los jóvenes que prometían y habían comenzado a cumplir. La revista sólo estaría cerrada para la mediocridad y la incultura, para los que prostituían su inteligencia adulando los bajos gustos del filisteísmo, para los que, encerrados en los ruinosos y sombríos baluartes del Gramaticalismo, de la Academia, del Casticismo y la Rutina, vivía entre los murciélagos del Lugar Común y la fetidez del Viejo Estilo, negándose a abrir las ventanas de sus espíritus para que entrara en ellos el sol de la Vida contemporánea. *La idea moderna*,

terminaba el artículo, "infundirá afanosidades culturales, y, sincera de odios hacia todo querer enano, — lucros, éxitos, escándalos, — se entercará en próceres ansiedades de aureolar a la patria esplendentemente".

El artículo había dado un trabajo formidable, pues sus redactores no sabían qué decir, y era forzoso, cuestión de decoro, de mentalidad, hasta "de elegancia", exponer un programa de ese calibre. Debieron escribirlo Itúrbide y Riga, pero también mojaron otros. Orloff contribuyó con la imagen de los murciélagos, no sin tener que luchar contra la oposición de Riga, que, como se asustaba espantosamente de aquellos animales, quería excluirlos "en absoluto" del artículo. En cuanto a los trascendentales propósitos de regeneración patriótica y de evangelización idealista, eran obra de Riga. Itúrbide vanamente se había opuesto, objetando que tales intenciones no se vislumbraban en aquel primer número. El no veía cómo iban a regenerar la república los versos de Riga *A una marquesa del Trianón*, ni los de otro poeta sobre *La tristeza del fauno*, ni cierto cuento en que se hablaba de Hadas y Pajes, ni las catapultescas y antisintácticas críticas orloffianas.

La noche antes del famoso tres de Junio, Riga no durmió. Se pasó la noche esperando el número impreso, mirándolo, tocándolo, comentándolo con sus amigos; todo esto, naturalmente, en su imaginación. Al día siguiente se levantó temprano y se fué a la imprenta, que era "un bolichín", como decía Itúrbide, instalado en un local negro y maloliente, de paredes leprosas. Itúrbide hubiera deseado la mejor imprenta de Buenos Aires, pero tuvo que conformarse con el bolichín, pues buena parte del dinero que le regalara su padre para fundar la revista desapareció, volatizado en champaña, entre las proxenéticas paredes de una *pensión d'artistes*. ¡Así estaba ahora de arrepentido! Porque el imprentero, como llamaban ellos al propietario, era la informalidad personificada. Riga había rabiado más en aquellas cuatro semanas que durante un año de oír los juicios críticos que propalaba Salvatierra sobre sus versos y que los amigos le referían con ejemplar fidelidad. El número no estaba terminado de imprimir, a pesar de las seguridades absolutas que les había dado el imprentero. Faltaba sólo un pliego, de modo que a la tarde, "a eso de las tres", ya habría ejemplares. Riga, furioso, se metió en una confitería para hablar por teléfono con Itúrbide y enterarle del nuevo retraso. Tardó una hora en conseguir comunicación. El escéptico dormía aún, y Riga encargó que le despertaran y le dije-

ran que fuese urgentemente a "las oficinas" de la revista. Salió Riga de la confitería echando denuestos. Las oficinas de la gran revista de Filosofía, Literatura, Historia, Arte y Crítica habían sido instaladas en un cuartucho ínfimo, tan barato como poco elegante, hundido en el fondo de un largo patio, en una casa de la calle Florida. Itúrbide, con el dinero que se libró milagrosamente de las agresiones francesas, había comprado en un remate un armario, una docena de sillas y una mesa de buenas dimensiones, en exceso buenas para el tamaño del cuarto. Sólo había lugar para la mesa y cuatro sillas. El armario y las sillas restantes se los llevó el administrador, que era judío, quien los vendió a un mueblero de su raza. Riga había pegado en las tres paredes libres del cuarto, pues en la otra estaban la puerta y la ventana, diferentes letreros para designar al público las diversas oficinas. Se leía en uno: Dirección; en otro: Redacción; y en el tercero: Administración. El administrador, muchacho ingenuo, sin literatura y sin dinero, que tenía la mitad "de las ganancias", había tomado en serio su empleo y había comenzado a ir todas las tardes de cinco a siete; pero tuvo que cambiar de horario, pues como las oficinas se llenaban a esa hora de literatos era imposible trabajar. Al administrador le reventaba la concurrencia, no sólo porque discutían desaforadamente, a dos por tres, sino también porque algunos bohemios — "atorrantes" decía el administrador, sin ningún respeto al noble oficio de las letras — se llevaban los blocks de papel, los sobres, las lapiceras y todo libro que allí se dejara olvidado, y no se alzaban con la mesa y las sillas porque estos objetos, como es notorio, no caben en los bolsillos.

Al entrar Riga en las oficinas, el administrador trabajaba. Era alto, lampiño, y tenía cara de buenazo. Hablaba siempre de Alemania, donde se educara. Pronunciaba el castellano con acento germánico, y gustaba usar con los muchachos las palabras "hermano", "viejo", "mi hijo", que tenían en su boca algo de ridículo. Se llamaba Goldenberg, y, para distinguirlo de un periodista del mismo apellido, le decían Goldengerg "el del duelo". Ocurría que el administrador, hacía dos años, había caído en cierto grupo de muchachos "bien", una selección de forajidos. Al pobre Goldenberg le volvían loco, y una noche, en un restorán, le hicieron una broma que fué célebre. Le presentaron a un burlón famoso, quien, ayudado por dos amigos, sentados todos a la misma mesa, sacaron el tema de Alemania, país que el recién presentado afirmaba conocer

perfectamente. Goldenberg, entusiasmado, elogió a Alemania, pero el otro le reprochó sus palabras, diciendo a los demás que Goldenberg no sabía un pito de aquel país. Goldenberg, al verse negado tan rotundamente, levantó la voz. El otro pronunció frases casi ofensivas y acabaron por insultarse. Los que rodeaban a Goldenberg le obligaron a nombrar padrinos. El otro designó los suyos, y una veintena de muchachos llevó a los duelistas a un gran patio situado al fondo de la casa. Uno de los presentes, que era actor, fué corriendo al teatro próximo donde trabajaba, volvió con dos pistolas de teatro, y, en su carácter de director del lance, dispuso los preparativos. Mientras tanto, Goldenberg buscaba a los más íntimos, y, abrazándolos, les decía:

—Por si acaso, che hermano...

Los duelistas se colocaron frente a frente, y los espectadores, que no podían contener la risa, se acercaron. Goldenberg, espantado, ni veía ni oía. Por fin el director empezó a dar las voces de mando. ¡Una! Goldenberg, temblando un poco, pero con la gravedad que el momento exigía, se colocó *en pose*, de lado, y la pistola con el cañón hacia el suelo. ¡Dos! Los duelistas dirigieron el arma a su enemigo. Y... antes de oírse el ¡tres!, el contrario de Goldenberg se salió de su sitio, y, fingiendo un violento enojo, emprendió a balazos contra Goldenberg. "¡Eso no está en los códigos! ¡Eso no está en los códigos!" repetía el judío con tremenda indignación y acento alemán, mientras los muchachos reían como bárbaros.

—¿Han caído muchos suscritores? — preguntó Riga al administrador.

—Ninguno, che hermano.

—De modo que las circulares no han servido para nada.

—Para un pito, che viejo. Pero es que la gente quiere ver la revista. Eso es lo que hay, m'hijo.

El administrador pensaba tener una linda rentita con la mitad de las ganancias y le dió detalles a Riga sobre el uso que haría de ella. En cuanto a la revista, su ideal era tener edificio propio, porque en ese cuartito no se podía trabajar.

—Es necesario un edificio propio, hermano — decía con enternecedora ingenuidad.

Se pasaba la mañana, y el escéptico no aparecía. Por fin llegó cerca de las once, quejándose del madrugón. Se enteró, sonriente, de la nueva informalidad del imprentero, y acordó

con Riga reunirse a las tres en las oficinas para ir juntos a la imprenta.

A la hora convenida se dirigieron allá.

—¿Y...? — preguntó Riga al "imprentero".

—Pase, *dotor* Itúrbide; tome asiento, *dotor* Riga — decía el hombre con amable sonrisa pero sin disimular su inquietud.

—Pero, ¿está o no está? — exclamó Riga nervioso, sin querer sentarse.

—Este... caramba, *dotor*... hemos tenido un trabajo urgente... ¿sabe?... este...

Riga se sulfuró al oír que hasta el día siguiente no habría ejemplares, y el escéptico, perdiendo el ritmo, amenazó al hombre con no pagarle y dejarle clavado con la edición. Por fin, al cabo de una violenta disputa, lograron la promesa formal de que a las seis habría tres o cuatro ejemplares.

—Volveremos a las seis, pero también si no hay ejemplares — dijo Itúrbide palmeando al imprentero — lo vamos a emplumar.

—Está bien, *dotor* — contestó el pobre hombre, sonriendo tímidamente.

Riga prefirió quedarse y convenció a su amigo de que hiciero lo propio. Así podrían vigilar el trabajo, hacer apresurar a los obreros. Se metieron en el taller, y allí estuvieron más de una hora mirando la fatal regularidad de la máquina, la rapidez manual de los encuadernadores. Riga, parado junto a la máquina, se divertía en verla devorar, apretando, con sus cilíndricos labios de hierro, las grandes hojas de papel blanco que luego aparecían impresas de un lado y caían con armoniosa majestad sobre el montón de hojas ya impresas.

A las cinco salieron para tomar el té. Riga se dispuso a subir a un tranvía, pero Itúrbide, con gesto señoril, detuvo un automóvil. Cuando volvieron a la imprenta eran las seis pasadas. El imprentero les rogó que aguardaran un segundo en la administración, un cuartucho pequeño donde apenas cabían cuatro personas. Los dos directores se paseaban nerviosos, estorbándose el camino.

Por fin, a las seis y media, el hombre se apareció con tres ejemplares.

—¡Notable, sublime! — exclamaba Riga.

—Elegante, elegantísimo — decía Itúrbide.

El imprentero respiraba como si le hubiesen sacado un baúl

de encima, y quiso aprovechar el momento para recuperar el prestigio de su casa.

—¿Ha visto, *dotor* Itúrbide? ¿Qué me cuenta, *dotor* Riga? Si yo les decía... Mire, no hay imprenta en Buenos Aires que haga un trabajo mejor. ¡Qué va a haber! — decía el hombre sudando mares.

—Una maravilla — exclamaba Riga, que no cesaba de tantear el ejemplar, de mirarlo por todos lados, de ponerlo a cierta distancia de los ojos para calcular todos los efectos.

Las alabanzas continuaron. El regente vino a tomar parte en la conversación y luego se agregaron el administrador, el director del taller de encuadernación y dos hermanos del imprentero.

—Y... ¿no festejamos el triunfo, *dotor* Itúrbide?

Fueron todos a un bar próximo donde Itúrbide pagó el oporto. El imprentero brindó por el "éxito del nuevo órgano de cultura" y Riga hizo votos por la prosperidad de la "gran imprenta".

Y salieron los dos directores para mostrar el número a los camaradas.

Desde hacía dos semanas no se hablaba en los círculos literarios de otra cosa que de la aparición de la revista. En la Brasileña, en la librería de Flaschoen, se despellejaba a los directores con tal motivo. Salvatierra estaba imposible. Afirmaba conocer algunos artículos y el sumario. Era un bodrio infame la tal revista. Y se explicaba, ¡qué caray! Ni Riga, que era un pobre diablo, ni Itúrbide, que era un echado para atrás, tenían el menor talento ni la menor cultura. Así no se hacían revistas, ¡no señor! Algunos, contrariando a Salvatierra, elogiaban el esfuerzo de los dos muchachos y expresaban sus esperanzas de que la obra resultara.

—Ya traen el cuerpo del delito — exclamó Orloff, al ver venir por el patio a los directores con la revista en la mano.

Las oficinas desbordaban. Sobre la mesa se había sentado casi toda la poesía joven: seis muchachos más o menos bohemios; las sillas estaban ocupadas por las personalidades de la reunión; en el alféizar de la ventana, en el umbral de la puerta, en el patio, pululaban los literatos. Allí estaba Noulens y su amigo el mecenas, Pedro Rueda, Salvatierra, Alberto Reina, todos los del grupo.

Los ejemplares fueron arrebatados. Uno leía el sumario en voz alta, otro comentaba la importancia de los colaboradores; aquí se elogiaba con entusiasmo aquel número de ciento veinte

páginas compactas, que contenía artículos filosóficos, versos, cuentos, críticas, crónicas de teatros y exposiciones; allí se hacían chistes malintencionados; Salvatierra secreteaba en los rincones.

—¡Qué bárbaro! — exclamó de pronto Pedro Rueda, riendo a carcajadas dislocadamente y soltando una ristra de palabras feas.

Todos le miraron interrogándole.

—El artículo de éste — dijo Rueda señalando a Orloff y sin cesar de reír.

Rueda leyó algunas frases de las breves críticas de Orloff sobre los últimos libros aparecidos. Orloff, en su estilo incorrecto pero macizo, pintoresco y personal, agredía a los autores, casi todos ellos personajes de prestigio en los medios sociales y políticos, pero escritores anticuados, diciéndoles extraordinarias insolencias. Los muchachos festejaron la literatura orloffiana y Rueda acabó por leer todo el artículo. Orloff, sólidamente afirmado en sus pies enormes, con las piernas un poco separadas, la puntiaguda nariz en el aire, se movía con pesadez de paquidermo, escuchando impasible, sin decir una palabra ni hacer un gesto.

—El artículo divierte — dijo una voz en un rincón — pero parte por el eje a la revista.

El que hablaba era Armando Viana, un muchacho flaco, feo, bocón, sin un pelo en la cara, de tipo indígena. Caminaba alzándose, y así su compacta melena renegrida adquiría movimientos de alas, poniéndose horizontal, bajo el chambergo, a cada descenso, y recobrando su posición a la subida. Viana era poeta, escribía versos vigorosos en los que evocaba la vida campesina.

Algunos aprobaron las palabras de Viana. Pero Orloff replicó que, siendo *La idea moderna* una revista meramente literaria, a pesar de las tapas, una revista que publicaba versos y cuentos, estaba desacreditada en Buenos Aires por el sólo hecho de existir.

—Además — agregó — lo que necesitamos para triunfar es el descrédito y el ridículo. De otro modo los burgueses no se fijarán en nosotros. Por eso se ha dicho que en este país el ridículo hace vivir.

Se le objetó que la revista necesitaba suscritores, y que atacando a la gente en esa forma no se hallaría sino resistencias. Itúrbide, que no aprobara el artículo de Orloff, cuyas agresiones violentas y desmesuradas carecían, naturalmente, de ele-

gancia, dió la razón a Viana. Pero Rueda defendió a Orloff. Se hacía indispensable gritar, insultar a los filisteos, que eran una recua de imbéciles en el sentido más ofensivo de la palabra.

—No los insultemos — interrumpió Viana, fingiendo gravedad. — Son los representantes honorables de la mentalidad del país.

Y se despacharon contra el país. Dijeron pestes de los políticos, de los abogados, de los ricos, hasta que quedó el país a la miseria. Pedro Rueda indicó la conveniencia de que nos conquistaran los Estados Unidos, y lamentó el fracaso de las invasiones inglesas. De este modo nos habríamos librado de "la roña española". Orloff dijo que lo que hacía falta era ahorcar en la plaza de Mayo varios miles de burgueses, confiscar sus bienes y repartirlos sabiamente, es decir, entre los escritores, artistas y hombres de ciencia.

Era tarde y todos abandonaron el cuarto. Itúrbide se llevó a su casa un ejemplar de la revista, y Riga, con el suyo bajo el brazo, se encaminó a la casa de huéspedes. Ya le esperaban en el comedor.

Entró triunfante, y extendió el ejemplar a doña Luisa. La patrona levantó el número hasta los ojos y leyó en forma altisonante:

—*La idea moderna,* revista de Literatura, Filosofía, Historia, Arte y Crítica. Directores: Eduardo Itúrbide, Carlos Riga.

—Ah, muy bien, felicitaciones...

—¿Revista de Filosofía? — preguntó con sorna el apuntador.

—¿De qué se asombra? — exclamó Riga, mirándole provocadoramente.

El apuntador bajó la cabeza, sonrió para sí con lástima, movió los ojos con gesto de resignación, y, después de breve pausa, dijo:

—No me asombro, ¡cá!, porque en este mundo, ¿sabe *ustet?* no hay que asombrarse de nada. Pero hay cosas, o por mejor decir, hay personas, ¿sabe *ustet?,* que... vamos... en fin... *ustet* me entiende.

La mesa escuchaba con los cinco sentidos, mirando alternativamente al apuntador y al literato. La sirvienta puso una enorme sopera junto a doña Luisa, que empezó a servir plato por plato. Gutiérrez se había interrumpido para colocarse la servilleta. Había tomado una actitud grave, de hombre que conoce la importancia de su palabra y la responsabilidad que pesa sobre ella. Todos esperaban que continuase, pero, como no

lo hacía, Ramos le pidió que aclarara su pensamiento. ¿Qué quería decir el señor Gutiérrez?

—¿Qué quiero decir? — rugió el apunte, recostándose en la silla solemnemente y moviendo los dedos sobre el borde de la mesa. — ¿Es que ya no entendemos el buen castellano? He dicho, ¿sabe *ustet?*, que eso de la filosofía, de la historia y demás, están verdes, porque ni este caballerete es filósofo ni cosa que se parezca, ni en este país, entiéndalo *ustet* bien, señor de Riga, hay filósofos ni nada. Vamos, ya está dicho.

—No es preciso ser filósofo para comentar un movimiento de ideas, un libro de moral — dijo Riga.

Además ellos no serían filósofos, pero lo eran otros. Y mientras Gutiérrez despachaba la sopa, que llenara de pan hasta desbordar, Riga se explayó sobre el tema, citando nombres, recurriendo al testimonio de Olmos y al de Cerote. Los comensales aguardaban, interesadísimos, a que Gutiérrez terminase la sopa.

—Mire *ustet;* todos esos señores que *ustet* ha nombrado, serán muy conocidos, ¿sabe *ustet?*, en su casa, en el Pilcomayo, pero en Europa, en España, nadie los conoce. Vamos, está dicho. ¡Y no jorabar más!

Cerote se acomodó sus anteojos, miró con altivez a su eterno enemigo, y exclamó:

—¿Pero usted quién es para meterse a hablar? ¿Qué estudios ha hecho ni qué títulos tiene? ¿Sabe siquiera lo que es la filosofía?

Se produjo la marimorena de siempre. Todos hablaban a gritos. Para doña Luisa la Filosofía era una cosa despreciable, porque se estudiaba en primer año y no era "materia" codificada, y Grajera, apoyado por Ramos, afirmó que la filosofía era "puro macaneo". Cerote, que desde el principio machacaba sobre la falta absoluta de filósofos en España, logró que el apuntador le oyera.

—¿Y Balmes? ¿Y Balmes? — gritaba Gutiérrez, con acento amenazador y ojos furibundos que parecían querer comerse a los presentes uno por uno. — ¿Sabe *ustet* quién es Balmes, señor Zoquete? ¿Y dónde dejamos a Ginebra?

—¡Já, já, já!

El apuntador, hecho un basilisco, llamó a todos ignorantes, y especializó sus insultos en Cerote con su habitual blandura de boca. Cerote, como siempre, le invitó para salir a la calle. Pero todo se arregló, y Riga quiso saber la opinión de Olmos sobre la revista. Olmos era muy buen estudiante, salía poco,

y sacaba en los exámenes las más altas notas. Era de aquellos provincianos pobres, tenaces, ambiciosos, que abandonan su pueblo para ir a la conquista de Buenos Aires. Se tragan los libros, toman apuntes, frecuentan las bibliotecas, y al cabo de algunos años resultan los mejores abogados, los jueces más concienzudos y los más prestigiosos médicos. Olmos no gustaba intervenir en las discusiones; pero las pocas veces que lo hacía, su palabra era oída con respeto.

—La empresa — dijo con su calmoso conturreo provinciano — es audaz, pero el primer número me parece bastante bueno, Riga.

Y se explayó en un minucioso juicio crítico sobre las firmas y sobre algo que leyera mientras los otros discutían. El desconfiaba de la constancia de Riga, pero de todas maneras le felicitaba por la obra de cultura que había comenzado a realizar. Saliera como saliera, era siempre una acción digna de elogio.

Se quedó un momento como recordando. Era amigo de hacer citas y sin duda buscaba alguna. Tomó un trago de agua y, con aire importante, agregó:

—Ya lo dijo nuestro gran Sarmiento: las cosas hay que hacerlas; aunque sea mal, pero hacerlas.

Después de comer, Riga fué a la casa de Itúrbide. Cuando llegó estaban en la mesa, y le hicieron pasar al comedor. Tenían un invitado, el doctor Lantero, a quien él conocía de vista.

El doctor Isaac Lantero, primo hermano de la madre de Lita, era un célebre político, uno de los dirigentes de la Unión Conservadora. Había mejorado sus rentas a costa del Estado, recomendando "concesiones" y negocios de los que obtenía excelente comisión. Fué dos veces diputado nacional, una vez ministro y llenó las columnas inocentes del Diario de Sesiones con su oratoria soporífera. Gozaba de misteriosa influencia en los ministerios y aumentaba sus prestigios sociales y políticos con su cargo de Académico en la Facultad de Filosofía y Letras. Debía mucho a los Bancos, sabía "muñequear" elecciones, recibía sueldos de dos compañías inglesas y hablaba con enojo de la chusma y de las intolerables pretensiones de los obreros: unos canallas que hacían huelgas para exigir aumentos de salarios. Era un hombre de orden, una columna de la sociedad.

Riga, al entrar, fué felicitado por todos los Itúrbide, hasta por Pepito. Lita sonreía satisfecha, como si se tratara de un

triunfo propio. Riga, al ser presentado a Lantero, — ¡tan gran personajón! — se sintió algo cohibido.

—¿De qué se trata? — preguntó Lantero.

—Una revista — refunfuñó la señora. — Gastarán plata y no estudiarán.

—Lo que es gastar mucha plata — dijo Pepito mirando a Riga y sonriendo impertinentemente — no creo...

Riga se puso colorado y apenas pudo ver que Lita clavaba los ojos en su hermano con indignación.

—Aquí está nuestra gran obra — dijo Eduardo, que se levantara a buscarla, entregando la revista a Lantero.

El político la puso a su lado, terminó con calma su café, y luego sacó los lentes. Riga no apartaba los ojos del personaje.

—Es bueno que los jóvenes escriban — dijo el doctor Lantero, mientras sus lentes recorrían el sumario, impreso en la tapa.

—¿Qué le parece? — preguntó Eduardo.

Lantero se acomodó mejor los lentes y leyó otra vez los nombres de los colaboradores. Fruncía los labios, con gesto de perplejidad. Por fin, ante la expectativa de toda la mesa, el académico declaró que no conocía uno solo de aquellos nombres.

—Pero, doctor, si son todos escritores de prestigio — dijo Eduardo.

Y ayudado por Riga, que intervenía a cada momento, citó los méritos de todos. De los diez colaboradores, seis habían publicado libros, libros discutidos, bellos libros algunos. Y los restantes eran muchachos que empezaban a surgir, colaboradores de revistas, de diarios. Todos ellos habían publicado artículos firmados en *La Patria*. Era extraño que el doctor no los recordara.

—La verdad es que yo no leo las firmas desconocidas. ¡Si ahora no hay escritores!

Y agregó, en tono ligeramente melancólico, con la boca llena de los nombres que iba citando:

—¡Ya se acabaron aquellos tiempos de Sarmiento, de Pedro Goyena, de Avellaneda, de Wilde, de tantos otros!

—¿Me permite, señor? — preguntó Riga. — Esas personas tenían condiciones literarias, no lo dudo, pero no han hecho obra. ¿Para qué sirve que un hombre escriba bien un artículo, una carta de pésame o un brindis? Lo importante es la obra, el libro que vive y apasiona.

—Del mismo Sarmiento — interrumpió Eduardo — no que-

dará casi nada. Los cincuenta y dos volúmenes publicados por sus parientes, en complicidad con el gobierno, constituyen una vergüenza nacional. Artículos de diarios, cartas, malos discursos. Sarmiento no tiene más libro que el *Facundo* y aun éste no puede ser más inorgánico. Es un folletín vulgar y mal escrito, alumbrado, a veces, por relámpagos geniales.

El doctor Lantero no salía de su asombro, el padre de Eduardo sonreía, y Lita escuchaba con gran atención.

—La literatura argentina sólo ahora empieza a existir — dijo Riga. — Antes hemos tenido poetas, casi todos malos, y algún historiador. Pero, ¿dónde están las novelas, los cuentos, los dramas, las comedias, los libros de crítica? Ahora empiezan a escribirse. Antes no existía el escritor profesional; ahora sí. Los hombres de aquellos tiempos, doctor Lantero, no eran artistas sino políticos desocupados, sin amor a la Belleza ni vocación de escritores.

Lita escuchaba a su amigo con sonriente complacencia. A ella le parecía que los muchachos tenían razón, y que sólo un *chauvinismo* fatuo podía admirar a escritores sin obra. Ella, que no leía sino en francés, no pudo jamás tragar una página de aquellos señores. Los escritores de ahora eran otra cosa. A ella le parecían más civilizados, más interesantes, mucho más artistas.

—Y es que aquí — agregó Eduardo — se confunde la política con la literatura.

Cuando aquí se hablaba de nuestros escritores, la gente citaba al doctor tal o al diputado cual, personas respetables sin duda, pero que no escribían jamás y cuya obra, artículos indigentes sobre temas de historia y política, cabía en un tomito de trescientas páginas. En la Brasileña se reunían treinta muchachos con mejor estilo y más obra que aquellos buenos señores. Lo que no obstaba para que, en su ignorancia egoísta, preguntaran éstos que dónde estaba la juventud actual.

—Yo los compadezco — terminó Eduardo, recordando que era escéptico y que debía sonreír piadosamente.

Durante un mes, los directores de *La vida moderna* fueron los hombres del día en la Brasileña, en la librería de Flaschoen, en las redacciones de algún diarito y en el cuarto de cierto muchacho semibohemio, donde solían reunirse los literatos. Riga, en la calle, recibía felicitaciones. Sus amigos y condiscípulos le detenían, alababan su esfuerzo y se retiraban dándole una palmadita en el brazo. El poeta veía llover las suscripciones. Pero fué en la Brasileña donde la revista produjo mayor sensación. No-

che a noche, en tres o cuatro mesas, se discutía con el ejemplar en la mano. Salvatierra, que se había llevado uno de la administración, no lo soltó en dos semanas. Lo tenía lleno de notas y subrayados. Con el artículo-programa, el cuento de Itúrbide y los versos de Riga, había estado feroz, señalando cada "que", las asonancias más remotas, y hasta el más discreto gerundio. Mostraba el ejemplar y sonreía gozosamente. Los diarios se ocuparon con elogio de la revista, pero algunos — con gran indignación de Riga — dijeron disparates. *La Imprenta,* mencionando el cuento de las Hadas, lo alababa por encontrarlo "ameno y chistoso".

Pocos días después de aparecida *La idea moderna,* recibió Riga una carta que a la vez le fastidió, le divirtió y le dió tristeza. Era de don Pacífico. El buen señor encontraba abominable la revista, y, al través de su culto casticismo, se adivinaba un verdadero enojo. Aludía principalmente al artículo-programa, a los versos de Riga y a las notas de Orloff. Manifestaba su disgusto al ver a Riga en compañía y amistad de gentes indoctas y anárquicas, que ignoraban las tradiciones de la lengua, que despreciaban todo. "Qué quieren esos escritorzuelos? ¿Adónde van? ¿Qué buscan?" decía don Pacífico. "He pretendido enterarme por mis cabales y apenas otra cosa he encontrado que una insana extravagancia. Debéis olvidaros de esa escuela decadente, mezcla infame de naturalismo, gongorismo e irreligión, y volver los ojos al estro soberano de nuestros clásicos, fuente purísima y nobilísima donde podréis sin temores abrevar vuestra inspiración. Ahí tenéis al ilustre manco, espejo de hablistas. Leed también a griegos y latinos, leed la santa Biblia, imitad el estilo de Horacio y de Jenofonte y llegaréis a ser honra y prez de nuestra patria y a procurar dulcísima alegría a vuestros atribulados padres".

Riga no había recibido hasta entonces ninguna noticia de su familia, y comprendió, por lo que decía don Pacífico, que a su padre debía haberle disgustado la revista. Temía el enojo del procurador, y todos los días, al volver a su casa, preguntaba con inquietud si no había carta para él. En Julio, con la pensión, llegó la respuesta de su padre. En diez líneas bastante menos literarias que la carta de don Pacífico, y con la brutal sinceridad de siempre, le decía que no estaba "dispuesto a mandarle plata para que la gastara en tilinguerías y se la dejara robar por otros más vivos". Consideraba la revista como una sarta de pamplinas, y le comunicaba que desde el

siguiente mes de agosto quedaba suprimida la pensión. Que se buscara un empleo si quería seguir publicando "bolazos" y poniendo en ridículo a su padre.

El muchacho quedó literalmente anonadado. No comprendía cuál era su crimen, y pensó en Lita como en el único refugio para su pobre alma desesperada.

VII

Lita esperaba siempre con interés las frecuentes visitas de Carlos Riga.

El muchacho solía ir dos o tres veces por semana. Al principio, para buscar a Eduardo; pero desde cierta noche que el escéptico, pretextando un compromiso, le dejó con su mamá y con Lita, Riga se presentaba calculamente un poco tarde, a la hora en que Eduardo, según lógicas probabilidades, ya habría huído a la calle. De este modo, las visitas del poeta fueron para la señora y Lita casi solamente. Y por cierto que las entretenía muchísimo. Les hablaba de literatos: de Almabrava, de Rodríguez Pirán, de Escribanos, "de un montón de bichos raros", como decía bromeando. También contaba cosas de su tierra, ridiculeces de provincia, el atraso de su pueblo. La señora reía y Lita le escuchaba encantada. Riga sabía contar, y tenía a su disposición un copioso surtido de anécdotas. A veces encontraba otros visitantes; y si eran personas mayores, aprovechaba la ocasión para hablar aparte con Lita.

Desde el primer momento ella había sentido afecto por el poeta. Le parecía simpatiquísimo y le hallaba socialmente muy presentable, y hasta distinguido, no obstante su fachita bohemia. En la casa muchas veces hablaba de él, y todos, más o menos, pensaban lo mismo que ella.

—Es una monada este muchacho — solía decir el doctor Itúrbide.

—¡Lástima que le dé por escribir! — agregaba invariablemente la señora.

Lita protestó. ¡Pero si la literatura le hacía ser simpático! Si contaba tantas cosas interesantes era porque había leído mucho, porque tenía espíritu literario, porque vivía entre hombres de talento. Los "mocitos de sociedad", que apenas sabían leer, ¿de qué hablaban?

—¡La literata! — exclamó Pepito con la boca llena de desprecio.

Pepito Itúrbide tenía diez y siete años. Era orgulloso, ignorante, derrochador, jugador, calavera, mal educado y aristocráticamente inservible: un representante típico de la más distinguida juventud porteña. Su única ambición era "vivir bien", frase que él interpretaba en el sentido de no trabajar y de satisfacer sus apetitos y sus vicios. A los que no tenían sus "ideas" les consideraba "sonsos". ¿Qué sacaba Eduardo con leer y con escribir?

Lita no contestó a las palabras del hermanito, que eran la milésima reedición de un sentimiento y un criterio que juzgaba sencillamente bárbaros. Pero Pepito, dispuesto a fastidiarla, y convencido de que hacía una gracia, agregó, en tono destemplado e impertinente:

—A ésta hay que hablarle de versos y estupideces. Ahora que está enamorada del versista ése...

El padre le hizo callar. Pero la verdad — pensó Lita — era que todos bromeaban sobre aquella relación literaria, y algunas amigas, no obstante las protestas de su mamá, la volvían loca. Para la señora, Riga "estaba bien como amigo", pero no podía ser candidato tratándose de su hija. Riga, un bohemio, un desconocido, "un pobrete de lo último", sólo era amigo de algunos literatos y "no tenía apellido".

—Pero, mamá, ¡si él no pretende festejarme!

La señora soñaba para su hija un gran casamiento. Quería un yerno "de apellido", un muchacho de fortuna y distinción, que aumentase, si era todavía posible, el valor social de los Itúrbide, aunque no tuviera más inteligencia que un billete de un peso, ni más letras que las de su nombre. La señora tenía el orgullo de su familia. Se envanecía de contar entre sus ascendientes un caudillo del año 30; debilidad explicable, pues se trataba de un hombre que había contribuído a la organización de la república. Cierto que para este fin había tenido el patriota que asesinar, saquear, robar e incendiar y que, según sospechas, no tuvo conciencia de la obra trascendental que realizaba. Pero la señora de Itúrbide no daba importancia a estos pormenores insignificantes, y su orgullo crecía sin cesar por aquel ilustre ascendiente que figuraba en la historia con tan excelsa fama.

Durante el primer mes de amistad, antes que apareciera la revista, la propia Lita no pensó que el poeta pudiera cortejarla. Por su parte le coqueteaba, pero como coqueteaba a otros. Era un medio para atraer a "los mocitos", para conocerlos, para hacer interesantes las conversaciones. En las pri-

meras visitas, el muchacho no demostró hacia ella sino una gran simpatía. Pero después que la revista apareciera, Lita empezó a notar que su amigo cambiaba de actitud. En su casa apenas la miraba, pero en varias ocasiones que le había visto en Palermo, a pie, solo su alma, la comió con los ojos y hasta siguió su carruaje.

—Está enamorado, loco, no puede más — le aseguraban las amigas.

Aunque el hecho le parecía muy natural, ella no quería creerlo. Trataba de analizar sus sentimientos. Algunas noches escribía en un "diario íntimo", que comenzara hacía poco, después de leer el de María Baskirtseff. Con cuatro garabatos, en una sintaxis telegráfica, brusca e intermitente, fijaba sus impresiones o sus análisis introspectivos. Sus páginas eran poco psicológicas; le interesaban, más que los escondrijos de su alma, las cosas exteriores y las gentes. Cierta noche llegó a escribir con letra casi ininteligible, que revelaba el pudor de la confidencia y el miedo de decir más de lo que sentía, que le gustaba el muchacho. Pero agregó, como asustada de su frase, que sólo le gustaba "como amigo". No, — pensaba a menudo — ella no estaba enamorada. Pero ¿y si llegara a enamorarse? En su casa se opondrían, su mamá tendría un disgusto enorme. No obstante, alguna vez pensó que se casaba con Riga. Pero lo pensó por puro juego imaginativo. "Bien sabía" que jamás llegaría a enamorarse del poeta, y que la Sociedad, ese tirano implacable creado por los hombres para oprimirse a sí mismos, no permitiría que ella, una Itúrbide, emparentada con los Olózaga, con los Lantero, con tanta gente de abolengo, una descendiente de caudillos gloriosos, se casara con un bohemio, hijo de un procurador de provincia, un pobre diablo "sin apellido, ni nada". Y así, tenía razón su mamá cuando consideraba absurdo que se tomaran en cuenta los festejos de Riga.

¡Ah, la sociedad! Lita afirmaba estar harta. En sus diecinueve años había vivido lo bastante para cobrar odio a eso que se llamaba la "vida social". Recordaba, cuando empezó "a salir", las primeras visitas a que la llevara su mamá. Eran espantosamente aburridas aquellas reuniones en salas oscuras, como se usaba, de gentes que no tenían entre sí ningún afecto ni interés común. ¿De qué hablaban? De modas, casamientos, festejos, hasta de los malos negocios de ciertas personas conocidas. Alguna vez se trataba de la Opera, para decir cuatro necedades; de alguna deplorable novela en boga; de viajes por Europa, que a la mayoría sólo les interesaba desde el

punto de vista de los hoteles y las compras. Todas se pirraban por París, un París de tiendas y teatros, de vida social entre argentinos, de chismografía colonial. Pero lo más desesperante en las visitas eran las conversaciones entre señoras jóvenes. No hablaban sino de costureras, de vestidos, de saber arreglar a los chicos, de peluqueros. Una vez, después de una visita de ésas, "había salido enferma", jurando no visitar sino a sus amigas. Las señoras habían hablado media hora de Josephin.

—¿Y qué me dicen de los horrores de Josephin?

—No, che; acuérdense del baile de Helsinfort; había maravillas de Josephin.

—Es cierto que cuando Josephin quiere es una monada, una preciosura...

Ella estaba intrigadísima por saber quién sería ese personaje que tanto apasionaba a las señoras, y, concentrando en la interesante conversación toda la perspicacia de que era capaz, llegó a descubrir que Josephin, el de los horrores y las maravillas ¡era un peluquero!

¿Y los teatros? Ella no concebía nada tan odioso como pasarse la noche en exhibición, sentada con dos amigas en la delantera del palco, como en un escaparate. Y todo para oír música de Bellini, de Donizetti, de Verdi, óperas "eternas, de viejas" y que ninguna persona de gusto, como era ella, podía soportar. En cambio de tanta Opera, no conocía una sola de esas interesantes piezas argentinas de que hablaba Eduardo. "No era distinguido" ir a los teatritos donde se representaban.

Pero ese año había empezado a independizarse. Ya había conseguido que no tomaran abono en la Opera, y su mamá empezaba a resignarse con las rarezas de su hija.

—Eres una *revoltée* — solía decirle su mamá. — Nadie va a querer festejarte, no te vas a casar nunca...

¿Y qué? Sería una *revoltée,* no se casaría. ¿Era un delito ser soltera? Además, que para casarse con los analfabetos que le gustaban a su mamá, era mejor quedarse soltera.

Otra cosa que no podía ver eran las modas. ¿Por qué habían de andar todas las mujeres como uniformadas? No comprendía que le negasen el derecho a vestirse como le daba la gana, como creía que quedaba bien.

—La que quiere vivir en sociedad tiene que someterse — decía la mamá.

—Es que yo no quiero vivir en sociedad. Preferiría ser india y vivir en el Chaco — contestaba con toda convicción.

Por eso le gustaban los viajes. Hacía dos años habían estado en Europa seis meses. En los viajes ella era libre. Iba adonde quería, se pasaba las horas en los museos, se vestía como se le daba la gana. Y, sobre todo, no se hacían visitas.

La mamá se afligía sinceramente con las cosas de su hija y temblaba de que dijera sus habituales desatinos delante de gente.

Esta sumisión permanente y obligatoria a las conveniencias sociales le hacía creerse una persona desgraciadísima. Porque, ¿cómo adquirir la independencia que soñaba? Casarse, ¿no sería peor? ¡Ah, no había, para una mujer, mayor desdicha que ser inteligente, poseer un temperamento personal! Las mujeres vulgares e ignorantes vivían contentas de su suerte y hasta se envanecían de su servidumbre. Pero ella, con su espíritu superior, — ¿por qué no pensarlo si era verdad? — y con su cultura, no era sino una pobre víctima de las odiosas tiranías sociales. En ocasiones, discutiendo con algunos jóvenes que la comprendían, solía tener inusitados y briosos arranques de rebeldía, que ellos encontraban muy graciosos; y en su cuarto, en la soledad de la noche, más de una vez había llorado. Y no era ella la única *revoltée*. Con alguna amiga, pasaban largas horas filosofando sobre sus destinos. Eran "desencantadas". Leían con emoción, comentándolo misteriosamente, el reciente libro de Pierre Loti, y miraban a las dolientes turquitas de los harenes de Constantinopla como hermanas espirituales que soportaban sufriendo y soñando, en estéril rebeldía, una servidumbre análoga a la que a ellas les imponía la sociedad civilizada.

A mediados de Junio, comenzó a notar que Riga se ponía demasiado nervioso. Llegaba a la casa emocionado; hasta temblando, juraría ella. Varias veces le pareció que el muchacho quería decirle algo; y temió que quisiera declarársele. Sería una gran pena, porque tendría que perder su amistad. "Ella le quería como a un amigo, le quería también con cierta lástima". ¿Cómo desahuciarle, pues? El pensar en la declaración de Riga la torturaba, y no se le ocurría mejor cosa que huir del pobre poeta.

Pero, al fin, llegó el momento. Fué el último domingo de Julio, cuando el cumpleaños de Lita.

A la tarde, varias amigas de ella, y algunos íntimos de Eduardo, fueron a tomar el té. Riga fué invitado a la pequeña reunión, no obstante las protestas de la señora, quien temía que el literato se presentara mal vestido. Pero Lita había

dicho que si no se invitaba a Riga, ella se encerraría en su cuarto y no recibiría a nadie.

—Caprichosa, testaruda — le contestó la madre con enojo.

Riga se presentó temprano, a las cuatro. Vestía con su traje de todos los días, pues no tenía otro; pero había hecho planchar los pantalones y se había pasado una hora cepillando el saco. Cerote le había prestado una corbata nueva y de buen gusto, y Nacha y Cata le habían empapado en agua colonia. Los botines de charol eran de Olmos, que calzaba el mismo número. En fin, quedaba pasable. Le recibió Eduardo, que le presentó un pariente suyo, un tal Olózaga, muchacho de maneras afectadamente aristocráticas que chocó al poeta. Olózaga estudiaba Derecho, en sexto año. No le dirigió la palabra y parecía considerarle como un mueble. Para él, todos, salvo los de su círculo, eran "chusmas y guarangos". Se daba aires de gran señor, usaba monóculo, y en su conversación no mencionaba sino el Jockey Club, las *rotisseries* de lujo y cierta casa donde acudían las más bellas cocotas de Buenos Aires. Poco a poco fueron llegando muchachos. Al hablarse del reciente compromiso matrimonial de un amigo, como todos le elogiaban, el *lord*, según llamaban a Olózaga, objetó fríamente:

—Se viste mal.

Por fin apareció Lita con tres amigas. Al poeta, que ansiaba el instante de verla, se le encendió la cara de contento. Pero luego se sintió incómodo al notar que las amigas de Lita, en cuanto oyeron su nombre, le examinaron sin disimulo, observaron a Lita y cambiaron miraditas entre ellas, sonriendo. El autor de la *Oda a los mares* no sabía dónde meterse.

Llegaron otros invitados, algunos con regalos para Lita. El poeta se había puesto malhumorado al ver que dos muchachos trajeron bombones a su amiga. ¿Cómo a él no se le ocurrió? Era un estúpido, que no sabía tratar con gente. Además, le devoraban los celos. Comía con los ojos a los que hablaban con Lita. Era aquel un mundo tan extraño a él, que bien podía ser alguno de esos muchachos festejante de Lita, su novio quizás. Y lleno de fastidio contra sí y contra todo, sintiéndose solo y aislado, celoso, *déplacé*, mal vestido, se apartó del grupo en que se hallaba y se dió a vagabundear por la sala, el comedor y el vestíbulo. Y así pudo observar a la concurrencia, mientras pasaba inadvertido.

Los muchachos vestían todos de chaqué y algunos habían llevado galera de pelo, como se usaba. Eran muy elegantes y

de maneras distinguidas, pero, lo que chocaba a Riga, un poco afeminados. Todos se afeitaban el bigote, llevaban el pelo en bandós, casi a lo Cleo de Mérode, y algunos caminaban encorvándose un poco y apartando del cuerpo los brazos en actitud de atletas: era la moda. Trataban a las niñas con gran confianza, por lo cual Riga los envidiaba. ¿Cómo hacían para estar entre ellas sin turbarse? Las muchachas eran llenas de encantos: alegres, exquisitas y distinguidas. El poeta creía encontrarse en un lugar de ensueño.

Mientras tanto, seguía con los ojos a Lita. Alrededor de ella se había formado ahora un grupo y se acercó, temiendo llamar la atención si permanecía solo. Como nadie le tomaba en cuenta, desde allí podía mirar a Lita sin disimulo. Una muchacha le preguntó si escribía siempre versos y le dió bromas con Lita. El no supo qué contestar.

En el piano, alguien tocaba sentimentalmente la *Lettre a Manon*. Riga sentía que una incomprensible tristeza le penetraba. Se juzgó solo, amargamente solo, insignificante, incomprendido, desgraciado. El grupo se había deshecho y él, sin tener con quien hablar, se acercó a Eduardo. Un vals de moda llenó de alegría la sala; dos parejas dieron algunas vueltas de baile; Riga se entristecía cada vez más. Después del vals, la niña del piano tocó la *Rapsodia española*, de Liszt. Algunos se sentaron, dispuestos a escuchar, pero casi todos siguieron sus conversaciones. Los ritmos españoles, brillantes y briosos en la página de Liszt, le daban a Riga una inmensa pena. Miraba a Lita, satisfecha y risueña, conversando con las amigas y los jóvenes, y comprendía que le sería imposible decírselo todo: ¡ella estaba demasiado alto para él! De pronto, la vió cruzar sola y la siguió. Pero ella se reunió a dos amigas; y al acercársele el poeta, le ligó en conversación con ellas y se alejó. Todo turbado, Riga habló apenas dos palabras y fué a sentarse junto al piano. ¿Por qué Lita hacía eso con él? ¿Le despreciaba quizá? Pero entonces, ¿por qué antes le demostró tanta simpatía? Se desesperaba pensando estas cosas, y la Rapsodia parecía estimular su aflicción. La actitud de estar absorbido por la música le permitía ocultar sus preocupaciones, entregarse libremente a sus pensamientos. Y así, encerrado en sí mismo, no se dió cuenta que el piano había cesado; él seguía como extasiado en la Rapsodia. Las primeras palabras de un canto le despertaron. Era una romanza de Tosti que cantaba, lánguidamente, con extraña gracia, una rubia vistosa, de silueta modernista y actitudes originales. Riga ape-

nas la miraba. Sus ojos se perdían en vaguedades de ensueño y estaba triste hasta dar lástima.

Ninon, Ninon, que fais-tu de la vie?

El también se preguntó qué había hecho de su vida. Su juventud se iba en ensueños, y todas las realidades que le rodeaban eran pequeñas, vulgares, infecundas. ¡Ah, bien veía que él no era nada, que no valía nada! ¿Qué había realizado? ¿Quién le conocía? Entre toda esa juventud que se hallaba en la sala no había una persona que se interesara por él, y apenas si, por su situación frente a Lita, le miraban con curiosidad. ¡Y hasta la misma Lita le había abandonado! Maldijo de la literatura y deseó agudamente seguir su carrera, convertirse en un gran abogado, para poder hacer suya a Lita. Pero era tarde quizá. El había perdido ya la voluntad, la energía...

Ninon, Ninon, que fais-tu de la vie?

La música de Tosti continuaba expresando melancolías elegantes, nostalgias exquisitas, languideces de seda y de tul. Para el pobre poeta, la romanza trivial tenía un sentido profundo y se le entraba en el alma despertando recuerdos, imágenes de su vida, como el viento que, al entrar en las viejas iglesias, despierta las voces de los siglos.

Cuando acabó la romanza, todos acudieron al comedor. El se quedó solo, en el vestíbulo. Y allí permaneción un rato, abrumado por una infinita desolación, deseando irse, oyendo el ruido de las voces alegres que acrecentaban su dolor. ¡Ah, los otros eran felices, todos felices menos él!

—¿Qué hace aquí tan solitario? — le preguntó Lita que pasaba rápidamente.

—Lita, por piedad, quiero hablar con usted...

Ella comprendió que había llegado el temido instante. No podía darle ningún pretexto para no acceder. El pobre hubiera sufrido demasiado, se habría ofendido tal vez. Se colocaron en el umbral del vestíbulo, recostada Lita sobre la jamba de la puerta. El muchacho no podía hablar. Lita tenía una expresión complicada de sufrimiento, de temor, de emoción.

—Lita — dijo por fin el muchacho tartamudeando, mientras ella sonreía y se sonrojaba. — Yo no podía regalarle nada porque soy pobre. Le he hecho estos versos...

Y sacó del bolsillo un papel que le entregó. Ella se disponía a guardarlo, cuando él le pidió que lo leyera. No hubo

más remedio. Lita, temiendo que alguien la viera con el papel, trató de ocultarse, y, fingiendo la actitud más natural, paseó una rápida ojeada por los versos. Era la declaración del poeta. Y allí estaba él, confuso, lleno de amor y de miedo, tembloroso, emocionado, para certificar la sinceridad de sus palabras.

Los versos eran aquellos que compuso el día que la conoció, con algunas estrofas nuevas, las más significativas, por cierto. En alejandrinos elegantes, hablaba de Lita como de la Princesa soñada, y, al final, en tono trágico, afirmaba que perderla sería para él el derrumbe de sus ilusiones, el desastre de su existencia, la muerte.

Pálido, miraba a Lita con ojos de miedo.

—Le agradezco sus versos con toda el alma — dijo ella emocionada, estrujando el papel.

Y agregó, al cabo de una pausa, y con acento más tranquilo, mientras el poeta mostraba una levísima sonrisa de contento:

—Usted es un chico, Riga. Hay que aconsejarlo. ¿Me permite que lo aconseje?

Ante todo necesitaba hacerse hombre, tratar de crearse una posición. ¿Por que había abandonado sus estudios? Era indispensable volver a la Facultad. Un título le daría importancia, le abriría muchos caminos. Por ahora él no trabajaba, no hacía nada, salvo algunos versos de tarde en tarde. Necesitaba también buscarse un empleo.

—He buscado, Lita. Me he hecho recomendar por medio mundo y estoy cansado de esperar...

—Debe insistir, Riga — dijo ella sin mirarle.

Se sentó en el brazo de un sillón. Y allí, con la pierna cruzada, el brazo sobre la pierna, y el mentón apoyado en la mano, parecía una estatuita de Tanagra. La mamá se asomó al vestíbulo en ese instante; y al ver al poeta en actitud sentimental frente a su hija, hizo un gesto de desagrado. Posiblemente recordó en tal momento el abolengo de la familia y la gloria pura del caudillo.

—Por usted lo haré todo, por usted sería capaz de matarme — estalló Riga.

—No diga disparates — interrumpió Lita, sonriendo forzadamente, pues entreveía, al través de las palabras románticas, una gran sinceridad.

Quedaron silenciosos otra vez. Venían, desde el comedor, las voces claras de los jóvenes y los ruidos de las cucharillas.

—Y de mis versos, Lita, de mi... ¿Qué me contesta?

—Estudie, trabaje — repuso ella, sin sacarse la mano de la barbilla, mirando a la pared de enfrente y con su habitual modo un tanto brusco.

Se puso en pie. Sonrió graciosamente al poeta y le dijo, estirando su piquito:

—Y escriba siempre tan lindos versos como estos.

Y huyó, con su aire de pilluelo, a reunirse con sus amigas en el comedor.

El poeta quedó soñando. Le parecía que había vivido un momento fantástico, y que era otro "yo" el que hablara por él. Experimentaba una rara sensación de alivio después de aquella declaración que tanto le había aterrorizado. Cuando volvió a la realidad, creyó sentir un aroma de encanto y de gracia que hubiera dejado Lita junto a él, y la amó más que nunca y vió su nombre en las paredes y en las alfombras y hasta oyó su voz en el ruido de las cucharillas. Era feliz y le parecía que sus ilusiones, como jubilosas campanitas de oro, vibraban matinalmente en su corazón. Ella le había dado esperanzas; ella le había ordenado que estudiara, sin duda para probar su amor y demostrarle el suyo al final de los estudios; ella le había dicho que continuara escribiendo tan lindos versos como aquellos donde le declaraba su pasión. ¡Lita le amaba, sí, Lita le amaba!

La concurrencia volvía a diseminarse por la sala y el vestíbulo. Riga, como si una nueva persona hubiera surgido en él, se acercó a varias muchachas y estuvo amable y espiritual. Cuando la fiesta concluyó y él se halló en la calle, tuvo deseos de correr, de gritar, de reír.

En la casa de huéspedes le acosaron a preguntas, pero él no hacía sino sonreír. Nacha, la más interesada en saber el resultado, estaba muy contenta y hasta le dió al poeta un abrazo disimulado.

—¡Le ha ido bien al pobre! — exclamaba cariñosamente.

Esa noche, en cuanto acabaron de comer, llegó Ardoino. Era un muchacho de mediana estatura, de buen tipo y de modales suaves. Hacía chistes a cada paso y era formidablemente distraído. Sus olvidos le habían dado alguna celebridad entre los estudiantes. En la pared del cuarto, junto a la cama, tenía pegado un papel donde, debajo del horario, se recomendaba no olvidarse, para salir a la calle, de la corbata y el cuello, del sombrero y de prenderse los pantalones.

Riga no se veía desde hacía varios meses con Ardoino.

—Me han dicho que sacaste puros diez en Diciembre...

—Es cierto, tuve suerte...

Y recordaron los exámenes de Ardoino en los años anteriores, sus promesas a la Virgen, sus confesiones. Ardoino, como Riga, había sido muy creyente durante los tres primeros años de Buenos Aires. Hasta Octubre, la práctica religiosa se limitaba a la misa, pero en Octubre, con el susto de los exámenes, comenzaban las promesas, los rezos, las confesiones.

—¿Y cómo se te ha ocurrido visitarme?

—Mi padre ha quebrado — dijo dolorosamente.

Desde hacía varios meses el padre andaba mal de negocios, y ésta fué una de las causas que le hicieron a él estudiar. Ahora la familia se quedaba en la calle. Le apenaban, sobre todo, sus hermanas, ya casaderas y amigas de vestirse bien. Más de una noche llevaba sin dormir, pensando en ellas. Y su padre, tan honradote ¡cómo sufriría! ¡Seguramente estaría desesperado, creyendo que había robado el pan a sus hijos! En cuanto a él, ¿de qué viviría?

—¿Todavía estás sin empleo?

No tenía suerte Ardoino en materia de empelos. Había pasado tres años solicitando tarjetas de recomendación a medio mundo, haciendo antesalas en los ministerios. A veces, conseguía un puesto, pero resultaba temporario, por tres, cuatro meses a lo más. Una vez pescó un empleo definitivo, bien rentado, de poco trabajo; y a los dos meses lo suprimieron del presupuesto. Así es que contestó a la pregunta de Riga:

—Con la *jetta* de siempre...

Y debía tres meses en la pensión y la patrona se negaba a tenerle una semana más. El padre no podía mandarle un centavo; no se lo mandaba desde hacía cuatro meses.

—Si necesitas dinero, yo...

Riga había recibido el doce del mes la pensión de ochenta pesos que le mandaba el padre. Era la última y en Agosto no recibiría un centavo. Había pagado los cincuenta pesos a la patrona, guardando el resto para lavado de ropa, los cafés y otros gastos indispensables. Pero se le habían ido ya algunas cantidades en convidar a los amigos, en dádivas a los pordioseros de la calle, y en préstamos, harto improbablemente recuperables, a literatos y periodistas. Le quedaban doce pesos, con los que había pensado comprarse una corbata decente, algunos cuellos, y cortarse el pelo, a fin de no avergonzarse en la presencia de Lita.

—Te daré algo — dijo, poniendo en la mano de Ardoino un billete de diez pesos.

—Pero te quedas sin nada...

—Oh, por mí no te preocupes...

Quedaron silenciosos. Riga notó en los ojos de su amigo su dolor profundo. Con la cabeza ligeramente agachada, un brazo caído, la otra mano sobre la mesa, Ardoino permanecía inmóvil. Después de un rato, con la voz velada, susurró:

—Ahora voy a estudiar seriamente; he perdido mi tiempo...

Riga se levantó. Se paseó por el cuarto, luego se acercó a su amigo, le dió una palmada en el hombro y le invitó a salir. Era preciso olvidarse un poco de las penas. Nada se sacaba con hundirse en el propio abatimiento. Irían a cualquier parte, al teatro, Ardoino se opuso. El no podía gastar un cobre de los diez pesos que le había prestado Riga; y en cuanto a su amigo, él no permitiría que, por divertirle de sus preocupaciones, se quedara sin un centavo "hasta el otro mes".

—Yo te invito, tengo un gran gusto en hacerlo — dijo Riga, ocultándole que el otro mes no tendría ni para comer. — ¡Caramba, hombre! No nos vemos hace un año y nos vamos a separar así no más...

Por el dinero no había que preocuparse. Le quedaba muy poco, cierto, pero en esos días le pagarían un artículo en *Líneas y Colores*. Con eso viviría como un príncipe. ¡Si él no gastaba en nada! Además, nunca faltaría quien le prestase.

—Y a propósito, ¿de dónde vas a sacar con qué completar la mensualidad de la pensión?

—No sé — contestó Ardoino desconsolado. — He pedido a varios amigos y todos se niegan a prestarme. Saben que el viejo está fundido, que no tengo empleo...

Riga sonrió melancólicamente. Y después de un rato aseguró a su amigo que él le facilitaría la suma que necesitaba. Conocía un muchacho que era capaz de dar el cielo si se lo pedían. Era un corazón de oro, un alma excepcional. Se llamaba Marcelo Aguiar y estudiaba medicina. ¿No lo conocía Ardoino? El único inconveniente era que vivía por los infiernos. Había que ir al manicomio de mujeres, donde estaba de practicante. Si Ardoino le acompañaba, él iría al día siguiente. Ardoino prometió acompañarle, y decidieron para el otro día, a las dos de la tarde, la visita al manicomio.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? — preguntó Riga. — ¿Vamos a ver alguna zarzuelita?

Ardoino protestó indignadamente. Riga no insistió y decidieron ir a algún café.

Salieron. La noche estaba triste, un poco pesada. Por las

veredas, enlodadas a causa de la humedad, se caminaba dificultosamente. En la calle Alsina la calzada había sido desventrada, y en su fondo, semejando las tripas de la gran ciudad, yacían enormes caños.

Riga comentó la indignación de Ardoino cuando él habló de oír alguna zarzuelita. El ahora no iba nunca, pero le hubiera gustado ver, con Ardoino, alguna de aquellas piecitas que les habían hecho reír tanto, hacía cuatro años.

—¿Cómo nos divertíamos, eh? — exclamó Ardoino.

Y recordaron aquella afición feroz al teatro chico. Desde entonces ellos no habían vuelto a reírse tan sinceramente, tan salvajemente. Reían como negros, con todo el cuerpo; se torcían, lloraban lágrimas inacabables, gritaban, pataleaban, se golpeaban las piernas, saltaban del asiento. ¡Ah, los quince años! Ya no volvían, desgraciadamente.

—¿Y de nuestras obras, qué me dices? — preguntó Ardoino, deteniéndose en la vereda.

Los dos amigos, riendo a cada rato, hablaron de aquellas obras literarias. Riga rememoró la vía crucis de la zarzuela *De noche a noche,* la obra maestra de Ardoino. Recordaba, riendo con toda su alma, los esfuerzos hercúleos de Ardoino para escribir los versos destinados a las partes con música. No había forma de que le saliera un consonante y en balde leía versos y más versos. Por fin, Riga, compadecido, tuvo que sacarle de aquel terrible apuro. Luego vinieron las dificultades para encontrar un músico. Nadie quería perder su tiempo, pues, no obstante las seguridades de Ardoino, era poco probable que la obra fuera representada. Por fin se encontró un italiano dispuesto a todo. Le hablaron de miles de pesos a ganar, del reclamo que harían los periódicos, de la fama que podría adquirir. Y el pobre individuo, que vivía en la más negra oscuridad, se tragó cuanto le dijeron y escribió la música. Después el libreto recorrió todos los teatros por secciones, dedicado al primer actor, o a la primera dama, hasta que Ernesto Obregón, un actor español, prometió representarla. El padre de Ernesto, el empresario, don José Obregón, debía ciertos servicios al padre de Riga, de cuando la compañía estuvo en Santiago. Cuestión de un pleito, que el viejo Riga atendió como procurador. Don José, agradecido al servicio del procurador, dejaba entrar al muchacho a su teatro gratuitamente. Luego, junto con Riga, entró Ardoino. Pero Riga no confiaba en la promesa de Ernesto, y una noche, más muerto que vivo, le habló a don José. El empresario no tenía noticias de la obra,

pues su hijo no le había dicho una palabra. Y quiso leerla.

—Me acuerdo de Don José, cuando se encerró en la secretaría para leer *De noche a noche* — dijo el poeta.

Ardoino, muerto de miedo, se paseaba por la vereda del teatro, y él, nervioso, iba de un lado a otro, pero sin alejarse de la secretaría. ¡Qué boca la de don José! ¿Se acordaba Ardoino? El empresario no decía dos palabras sin agregarles un ajo o alguna peineta. Cuando se enojaba, ensartaba un rosario de malas palabras y mandaba a la víctima de su ferocidad verbal a los sitios más desagradables del mundo, en compañía de todos sus ascendientes femeninos, y a realizar los menesteres menos decentes que es posible concebir. El encierro de don José en la secretaría duró una larga hora. No era que la pieza fuese extensa, sino que, de cuando en cuando, entraba algún empleado del teatro para decirle algo a don José. Riga se acercaba a la puerta, y oía las enormidades de don José, que mandaba a los quinientos mil ajos al pobre empleado. Mal síntoma le parecía el enojo de don José. Y así fué. El empresario, al concluir, sacó la cabeza, y, viéndole a él, le llamó. Con el libreto en la mano, gritando como un energúmeno, le había arrojado esta andanada terrible:

—¿Pero qué peinetas es esto? ¿Creen ustedes que este mamaracho es literatura? ¿En qué moños pensaba el peinetero padre de ese muchacho cuando lo engendró? ¡Mal ajo! ¡Me caigo en la grandísima flauta que lo silbó! Dígale a su amiguito que se meta sus libretos donde le quepan y que por las cien mil peinetas no me pise más aquí... ¡Ajos, y mil ajos!

Ardoino se moría de risa oyendo a Riga remedar a don José, pues lo hacía con asombrosa exactitud.

—Yo, entonces — continuó Riga — temblando entero, tomé el libreto de la zarzuela. Pensé que don José me quería pegar.

Pero creyéndose obligado a decir siquiera una palabra en defensa de su íntimo amigo, se había atrevido a susurrar, con la actitud de un pájaro mojado, estas pobres palabras:

—Hay piezas peores, don José. Esta es una especie de revista...

—¿Revista de qué, mal ajo? Revista de macanas, de peineterías... — rugió don José con acento espantable.

El poeta reía con tal gana que apenas podía hablar. Ardoino reía también, pero le escamaba un poco tanta risa. Y, en venganza, quiso hablar de las obras del amigo.

—Pero falta lo mejor — exclamó el poeta lleno de alegría.

Era cuando, después de dejar a don José, había ido al

encuentro de Ardoino. El autor, lleno de importancia, se paseaba en una plazuela de enfrente. Apenas vió a Riga se adelantó, y, sospechando el resultado, se puso pálido.

—¿Qué dijo? ¿No la van a dar?

—Ya me la han dado y aquí está — había contestado Riga. Y reía a más no poder, recordando la escena.

Entraron en una confitería de Esmeralda, y, junto a una mesa, algo apartada, se sentaron frente a frente. Allí, acodados los dos, rememoraron los años pasados, las ilusiones, los fracasos. Riga recordó para sí que desde el próximo mes no recibiría un centavo de su padre, que quedaba en la miseria, sin empleo, sin porvenir; y se entristeció. Y apremiado por una necesidad de hacer confidencias, refirió al amigo su pasión por Lita, la esperanza de llegar a ser algo, sus propósitos de estudiar y de hacerse hombre. Buscaría un empleo, no perdería ya sus noches en los cafés.

—¿Tendrás constancia? — preguntó Ardoino. — Porque es lo que te falta. Sin voluntad no se hace nada.

—Sí, hermano, tendré mucha constancia. Seré otro, vas a ver. Por ella sería capaz hasta de... de abandonar la literatura.

Se puso más triste. Y como si se arrepintiera de haber pronunciado estas palabras, agregó en tono serio:

—Pero no es preciso. Mi ideal, ¿sabes cuál es? Conseguir un empleo, un buen empleo, que me permita realizar mi obra, tener una casita con jardín en los alrededores de Buenos Aires, casarme con Lita, vivir una existencia feliz y laboriosa, tener hijos que me den alegría y hagan menos triste mi muerte...

—No es difícil conseguir todo eso. Pero hay que dejar a un lado el romanticismo, hombre, y separarse de los literatos que son unos...

—... una casita con un jardincito, una vida silenciosa, consagrada al arte y al cariño de mis hijos... — continuó el poeta, con los ojos empapados de ensueño, sin escuchar a su amigo.

VIII

Al día siguiente, con gran asombro de doña Luisa, Riga se levantó a las ocho de la mañana. Iba a clase. Ahora pensaba estudiar, daría dos años en uno. ¿Por qué no? La falta de libros no era inconveniente; los pediría prestados, estudiaría con algún amigo.

—¿Y qué mosca le picó?
—Ninguna. He resuelto hacerme un hombre útil.
—¡Vaya, hijo! Era tiempo. Pero empiece por no escribir pavadas...
Y mientras la muchacha servía a Riga el café con leche, la patrona y el huésped siguieron conversando. Doña Luisa dudaba que Riga estudiase. ¿No decía siempre que detestaba el Derecho? Pero Riga se defendió. El no sintió nunca antipatía por el Derecho. Lo que pasaba era que ciertos profesores le hacían dormir con sus conferencias aburridoras, y que los textos eran deplorables.
—No me hable de los profesores — saltó doña Luisa indignada. — Si no saben nada, no dicen más que disparates. Imagínese que el otro día — ¡qué cosa increíble! — a propósito de la acción pauliana, el profesor ha dicho...
Y explicó los disparates del catedrático. Pero Riga, que ignoraba lo que fuese la acción pauliana, no la escuchaba. Tomaba muy contento su café con leche y pensaba en Lita.
—Yo le seré franco, doña Luisa — dijo el poeta cuando la patrona terminó con la acción pauliana; — el Civil y el Comercial me revientan. A mí me gusta la Economía política, el Penal, la Introducción al Derecho...
—¡Las materias líricas! — exclamó doña Luisa despreciativamente, empleando una frase común en la Facultad. — Un abogado debe saber Civil y Comercial; lo demás son pavadas, Riga.
Y citó nombres de estudiantes, antiguos huéspedes de la casa, que tuvieron afición a tales asignaturas. ¿Qué habían sacado con eso? ¿Para qué sirve ser un economista, un penalista? Para morirse de hambre. Los asuntos criminales — ¿no era cierto? — no daban para comer.
Pero Riga, que acababa de tomar su desayuno, se encaminó hacia la Facultad. En todo el año no había ido sino dos o tres veces a aquella casa. Como no se anotaban las faltas, podía rabonear. Además odiaba la Facultad, el espíritu de chicana que predominaba en ella, la carencia de ideales que ostentaban los estudiantes, la mediocridad de los profesores. Eran raros los muchachos que amaban desinteresadamente, noblemente, la ciencia del Derecho. Tomaban los estudios como un medio de alcanzar una carrera productiva. No pensaban sino en el dinero, en las regulaciones, en asociarse a abogados con clientela. Y por eso, lo único importante para ellos era saber bien los códigos. Despreciaban a los que tenían interés por la Filosofía,

por la Economía política, por cualquiera de las "materias líricas". No leían jamás un libro, no ya de literatura, pero ni siquiera de sociología. Al verso lo execraban como a enemigo personal.

Apenas Riga divisó la gran verja de hierro de la Facultad sintió renacer su antipatía. Pero ¿qué hacer? Era preciso resignarse, aceptarlo todo por cariño a Lita, someterse al suplicio de las clases y los códigos para ordenar su vida y hacerse una posición. Lita, además, veía claro, era un temperamento práctico, no como él: un desordenado, un hombre de poca constancia, un lírico. Atravesó la verja con cierta emoción, pensando en el sacrificio que realizaba, olvidado ya de su antipatía hasta no sonreírse, como tantas veces, de aq*uella* estatua grotesca de la entrada, que representaba a un obeso señor, antiguo profesor de la casa, con los dedos en la actitud de un jugador a la morra. En las gradas y bajo la galería del frente, grupos de muchachos conversaban.

—Adiós, vate — le dijeron de un grupo.

Se acercó. Eran antiguos condiscípulos suyos. Le preguntaron por la revista. ¿Ganaba plata con eso? ¿No? Y entonces, ¿para qué perdía el tiempo publicándola? Uno observó que a Riga le había dado siempre por la literatura, por los versos. Todos sonrieron. ¿Y con qué objeto hacía versos? Ya no estaban los tiempos para esas cosas. Había que dejarse de lirismos.

—¿Qué hay en la primera hora? — preguntó Riga, con el fin de cortar el tema y sin acordarse de que sus condiscípulos, a quienes se dirigía, ya no lo eran, pues cursaban quinto año, mientras él debía dos asignaturas de tercero.

—Bochimana — dijo uno del grupo.

Se refería a la parte histórica de la Filosofía del Derecho, llamada por los muchachos tan pintorescamente porque comenzaba por el estudio de las costumbres de los bochimanos.

—Hace tiempo que no lo veíamos por acá — dijo un muchacho, célebre por su adulonería a los profesores. — Parece que el hombre se dedicó a festejar inútilmente a las musas.

—Más vale adular a las musas que a los profesores — contestó Riga algo picado.

Pero el otro no se dió por aludido. Los demás, para no reír en la cara del compañero, se mordieron los labios.

Era un tal Basa, un adulón típico, uno de esos estudiantes que cultivan la amistad de todos los profesores, aparentan matarse estudiando, y llevan siempre enormes libros bajo el

brazo. Basa, por tales motivos, era odiado en la Facultad. En clase, se sentaba en primera fila; y cuando el profesor explicaba, pasaba todo el tiempo comiéndole con los ojos y bajando la cabeza a cada momento en signo de aprobación. Los profesores, a fuerza de ver su constancia, la atención que les demostraba, su comprensión ''tan inteligente'', acababan por dirigirse a él. Algunas veces, con toda habilidad, Basa fruncía los ojos como indicando que no había comprendido; pero lo hacía de modo que el profesor echase la culpa al alumno. El profesor repetía, y entonces Basa, sonriendo, daba grandes cabezadas de aprobación. Ahora ya no tenía la más mínima duda.

No salía de la Facultad un profesor, después de dar su clase, sin que Basa se le acercara. Le acompañaba una, dos cuadras, pidiéndole alguna aclaración, exponiéndole objeciones, preguntándole si valía la pena adquirir tal libro.

—¿Qué le parece, doctor, que compre la obra de Demolombe? — preguntaba, por ejemplo, al profesor de Civil.

La obra de Demolombe constaba de treinta y un tomos. Así es que el profesor miraba al alumno y no sabía qué decirle.

—Porque la de Troplong — continuaba el terrible Basa, — no me llena. Anoche he estado cuatro horas leyéndola, y, francamente, doctor, yo creo que Troplong...

Aquí Basa suspendía el juicio, como respetando y solicitando el del profesor sobre la obra de Troplong, que se componía de veintiocho volúmenes. Entonces el profesor, complacido de este respeto tan raro en un joven de su edad, contestaba en tono paternal:

—No, Basa; Troplong es un maestro. Estúdielo bien y se convencerá. Pero si se interesa por Demolombe, puede comprarlo también. Nunca está demás.

Basa no se limitaba a trabajar para sí. Minaba el prestigio de sus compañeros con alusiones hábiles. Cuando el profesor encargaba conferencias a los alumnos, Basa, si era de los designados, se preparaba bien, y, como se expresaba con gran facilidad, conseguía lucirse. Después, al salir de clase, acompañaba al profesor y se quejaba de no haber estado bien. No, no había estado bien. El sabía mucho más, tenía tema para haber dicho otras cosas. Pero se asustó, se olvidó de lo mejor. El profesor le decía que había estado muy bien, que nunca un estudiante decía todo lo que sabía, que se hallaba satisfecho de su trabajo. Pero Basa seguía quejándose, afirmando que otros tenían más suerte. Tal compañero, por ejemplo, había dicho todo, pero todo lo que sabía. Bueno, era un gran

memorista, tenía ese don que a él, desgraciadamente, le faltaba. Y sin embargo, el otro estudiaba poco, y, desde luego, sabía mucho menos que él.

En los exámenes, Basa lograba las más altas clasificaciones. Tenía diez en casi todos los exámenes que llevaba rendidos, salvo un nueve en Penal y un ocho en Civil, segunda parte. Cuando rindió Civil, segunda parte, salió del examen como desesperado. Se apretaba la frente con las manos, una después de otra, pegaba con el pie en el suelo, sacudía la cabeza violentamente. Un grupo de muchachos le rodeó.

—¡Me han reventado! — exclamaba con angustia.

—¿Cero? — preguntó uno, sin disimular su contento de ver reprobado a Basa.

—Reventado... Me pondrán un nueve, un ocho...

Y los de la rueda, rabiando, se dispersaron y fueron a contar la cosa a otros muchachos.

—¡El doctor Zavala! — exclamó Basa, y, separándose del grupo, corrió a acompañar al profesor de Filosofía del Derecho que se dirigía a dar clase.

Ya habían llamado, efectivamente. Riga, para ir tomando el gusto a la Facultad, decidió acompañar a sus amigos de quinto, pues en tercero, por ausencia del profesor, no había clase. Los alumnos asaltaron bulliciosamente la escalera que llevaba al aula, situada en el único piso alto. El profesor, acompañado de Basa, que le acosaba con su conversación, subía lentamente.

Cuando Riga penetró en la gran aula, ya estaba allí casi toda la clase: unos doscientos muchachos. Se oían murmullos, risas, silbidos. Pero instantáneamente todos callaron: el profesor entraba.

Era un hombre de grandes bigotes puntiagudos, facciones gruesas, vestido de chaqué gris y con una flor en el ojal. Toda su persona respiraba acicalamiento, minucias de alcoba, preocupación de elegancia. Por su exterior vistoso y decorativo parecía un personaje de ópera italiana; hacía pensar en Dulcamara, sobre todo. Caminaba erguido, con aire espectable. Subió a la tarima y habló unas palabras. La clase, como en los días anteriores, se organizaría a modo de un congreso. Había una comisión que debía informar sobre cierto proyecto propuesto por Basa, el diputado Basa, como dijo el profesor. La comisión subió entonces al tablado, y un miembro de ella, que hablaba con una velocidad de los mil diablos, informó sobre el proyecto en cuestión. Riga, que no sabía una palabra del

asunto, se aburría. Por fin la comisión terminó, y en seguida el profesor que, a su entero placer, hacía de presidente, declaró abierto el debate. El profesor gustaba de la aparatosidad y tenía la manía de dirigir congresos, comisiones, asambleas, directorios. Riga sonreía cuando algún muchacho decía: "Pido la palabra". Al final, cuando ya habían hablado cuantos quisieron, el presidente declaró cerrado el debate.

—Se va a votar — dijo el doctor Zavala, en el tono en que hablaría el presidente de la Cámara — el proyecto del diputado Basa. Los que estén por la afirmativa, de pie; los que estén por la negativa, sentados.

Casi todos permanecieron sentados. Riga, ignorando de qué se trataba, pues la clase no le había interesado en lo más mínimo, y se había pasado el tiempo pensando en Lita, no sabía cómo votar. Miró de qué parte había más votos, y se quedó sentado tranquilamente. La mayoría de los que votaron por la negativa se hallaban en el mismo caso. Riga lo conocía en las caras, en las actitudes y gestos de indecisión que hicieron algunos en sus primeros movimientos para preguntar a los vecinos. Según oyó a los más próximos, casi todos los votantes por la negativa procedieron así por llevar la contra a Basa. Pero Basa, en vez de afligirse, parecía encantado y sonreía. Sabía que su tesis era la de Zavala y que casi toda la clase al votar negativamente quedaría mal con el profesor, lo que redundaba en ventaja suya. Con esto se aseguraba el diez.

Hecho el cómputo de votos, el doctor Zavala echó un discurso. Zavala tenía el gesto, la voz, la presencia del orador. Pero su elocuencia recordaba la de esos vendedores callejeros que ofrecen remedios para el dolor de muelas. Además, en todos los discursos, hablaba de sí mismo. Esa mañana, defendió la doctrina derrotada. Era una teoría suya, según él, y que debió denominarse, también según él, "doctrina de Zavala", pero cuyo título él, por modestia, lo había rehusado. Recordó ciertos "tés adorables" que diera en París una bellísima viuda, en los cuales conociera a un célebre profesor de la Sorbona. Allí, en media hora, había convencido al francés de su doctrina; y habló del país con tanta elocuencia, que el hombre había exclamado:

—¡Qué bello patriotismo el vuestro, monsieur Zavala! Habláis de vuestra patria de tal modo que se os diría un viajante de comercio...

Los adulones, con notoria convicción, aplaudieron ruidosamente.

Terminada la clase, los muchachos bajaron al patio. Basa y algún otro se pusieron a la par del profesor y descendieron con él la escalera. En el patio, Riga sintió que le agarraban del brazo. Era Fiorini, el feto Fiorini, el mayor envenenado de la Facultad. Sabía ya la frase de Riga contestando a Basa y quería felicitarle. Había hecho bien Riga. Era un vulgar "lambecara" el tal Basa.

—Y a usted, ¿cómo le va de estudios? — le preguntó Riga.

Fiorini, a quien por su poca estatura, su escasez de carnes y su fealdad, le llamaban el feto, era de los que se mataban estudiando. Apenas comenzaban las clases se le prendía a los libros, y desde Abril estudiaba cinco horas diarias. En Julio aumentaba la dosis a ocho, y durante los meses de Octubre y Noviembre, — ¡las tremendas vísperas de exámenes! — llegaba a doce, catorce y hasta diez y seis horas. Se aprendía los códigos al pie de la letra, y, entre amigos, era capaz de decir, sin equivocarse en una palabra, toda la parte del código estudiada en el año. Leía también comentarios, y estudiaba con igual empeño las materias líricas. Al llegar Noviembre, Fiorini se quedaba en los puros huesos, se ponía amarillo, ojeroso, casi lúgubre y entonces merecía, harto justificadamente, el obstétrico apodo con que le designaban sus camaradas. Pero su ciencia le era inútil. Llegaban los exámenes y los nervios de Fiorini se declaraban en huelga. Le llamaban a rendir sus pruebas, y no bien se veía frente a los profesores perdía la cabeza. Tartamudeaba, decía una cosa por otra, los ojos se le aguaban, le acogotaba una opresión feroz, empalidecía, lanzaba miradas de angustia a los profesores y acababa por quedarse enteramente mudo. Los examinadores trataban de tranquilizarle. Poco a poco, Fiorini se calmaba, y, al cabo de diez minutos de forcejeo, lograba eyacular torpemente algunas frases. De lástima le ponían un cinco, un seis. Su punto más alto fué un ocho en Historia, que sin duda se lo pusieron por equivocación, pues no había hablado una palabra. En clase jamás pudo contestar bien al profesor ni dar una conferencia. Cierta vez, toda la clase, con asombro, le vió volverse contra la pared y llorar a lágrima viva. A causa de este modo de ser que le colocaba en situación inferior a individuos que no estudiaban ni la décima parte que él, Fiorini odiaba a media Facultad. Cuando alguno de los que sacaban notas brillantes daba un examen mediocre, el feto gozaba; y se complacía en presenciar los exámenes de los compañeros para tener el gusto de verlos fracasar. A Basa le execraba, y

hubiera dado un año de su vida porque "el lambe cara" sacase un cero.

—Este año tengo esperanzas — contestó a la pregunta de Riga. — Por lo pronto, estoy así — dijo cerrando el puño y moviendo el brazo, con lo que indicaba hallarse muy bien preparado.

—La cosa es no abatatarse; aprenda de Basa...

—No me hable de esos adulones que sacan diez a fuerza de "lamberles" a los profesores.

Y se despachó contra Basa, contra los profesores, contra una docena de condiscípulos más. Eran todos una punta de ignorantes; él sabía mucho más que ellos. Este profesor, un analfabeto, no hacía sino contar cuentos en clase; tal otro era un botarate ridículo de quien los alumnos se burlaban, cosa que no debía ocurrir en una universidad seria; el de más allá era un pillete que había robado a una familia dejándola en la calle; Zavala, un personaje digno de Offembach.

—Parece que es la hora — interrumpió Riga, que no gustaba oír hablar mal de nadie.

—Vaya a echar una siestita — dijo Fiorini, sonriendo con la boca torcida.

Era la clase de Comercial. El profesor tomó la palabra y habló toda la hora. Tenía una voz monótona, soñolienta. No decía nada que interesase, no expresó una sola idea propia. Repitió el texto al pie de la letra; y cuando terminó un capítulo, se levantó indolentemente, y, mientras media clase quedaba dormitando, él, a paso cadencioso, se dirigía a la sala de profesores.

Riga salió de la Facultad con tres provincianos: un sanjuanino, un riojano y un salteño. Eran muchachos pobres y estudiosos. No iban jamás a los teatros, ni calavereaban los sábados, ni leían libros ajenos a sus estudios, ni paseaban por la calle Florida, ni jugaban al truco. Habían venido, como Olmos, como tantos otros, a la conquista de Buenos Aires. Y con su paciencia y su terquedad de hormiga habían emprendido el áspero camino, paso a paso, sufriendo las mayores pobrezas, imponiéndose las más duras privaciones, domando la voluntad. Riga les oyó hablar con cierto misterio, protestar de que "la cosa" se llevara a cabo. Quiso saber de qué se trataba y le informaron. Parecía que algunos muchachos de los primeros años preparaban una huelga. Era una estupidez, no había motivo. ¿Qué les importaba a ellos, estudiantes de De-

recho, que se hubiera cometido una injusticia en Medicina? Perderían un año, tal vez dos.

—Pero es cuestión de solidaridad, hombre — exclamó Riga. — Si los de Medicina se declaran en huelga porque el Decano ha expulsado a varios muchachos sin motivo, debemos seguirlos.

—¿Y a nosotros qué se nos importa? — preguntó el salteño.

Riga discutió acaloradamente, se exaltó, llegó a decirles algunas frescas a sus compañeros. Eran unos egoístas, sin sentimientos de solidaridad. Y la solidaridad era todo en la vida. De ella había que esperar la liberación de la humanidad, la disminución del sufrimiento, hasta el mayor goce estético y el perfeccionamiento moral. Los hombres incapaces de solidaridad eran unos cobardes y no merecían simpatía ninguna.

—¡Chá, el socialista éste! — exclamó el sanjuanino, queriendo tomar a broma las palabras de Riga.

—Mire, Riga — dijo el salteño, — cada uno es dueño de hacer de su boca un pito, ¿sabe? Y no se meta en asuntos ajenos. ¡Qué solidaridad ni qué niño muerto!

Entonces Riga se desató. Hacía tiempo que no iba a la Facultad porque le repugnaba el ambiente de materialismo, de negocio que predominaba en la casa. Había creído que ellos, tan estudiosos, tan ahincados en "llegar", tendrían ideales, sentimientos. Y no. Eran como todos: materialistas, egoístas, fríos, calculadores. No pensaban sino en el dios *Peso*. Parecían desinteresados, pero sus privaciones de ahora eran a cuenta de la fortuna de mañana. Estaba asqueado de la Facultad.

—A usted le ha hecho daño la literatura, Riga — dijo el salteño, fastidiado.

Llegaban a la calle Florida. El poeta, lleno de disgusto, se despidió, prometiéndose no hablar más con ellos. Realmente era un sacrificio incalculable tener que ir a la Facultad. Pero ¿qué remedio? Sacrificaríase por Lita, que le recompensaría con su amor. ¡Ah, por ella soportaría aquella estólida mediocridad con la que tenía que codearse, con el egoísmo, con el ambiente de Bolsa que caracterizaba a la Facultad!

En la casa de huéspedes, durante el almuerzo, habló de la huelga en proyecto. Doña Luisa la condenó. Pero Nacha y Cata la aprobaban. Olmos no quería opinar, si bien a él, que estaba en sexto año, le perjudicaría la huelga más que a nadie. Ramos y Cerote estaban por la huelga, y en cuanto a

Grajera, no almorzaba allí esa mañana; nadie se imaginaba quien podría haberle convidado.

—Yo creo que Grajera es uno de los promotores de la huelga — dijo doña Luisa.

—Estaría bueno — contestó Olmos con fastidio. — Un individuo que en cuatro años no ha podido aprobar el primero, que no pisa la Facultad, ¿con qué derecho se mete a perjudicar a sus compañeros?

—La justicia es la justicia — declaró Cerote con el dedo levantado. — No debemos condenar los grandes movimientos porque sus iniciadores no sean perfectos. Si Grajera dirige la huelga, eso le purifica.

—Déjese de pavadas y coma — le dijo doña Luisa señalándole el plato apenas tocado.

—¿Pero qué pasó en Medicina? — preguntó Nacha.

Ramos explicó. El consejo había nombrado profesor de Terapéutica a una persona extraña a la casa, correspondiendo el puesto al suplente, un hombre de saber, respetado por toda la Facultad, con diez años en la suplencia. Hacía cuatro días, los muchachos, en signo de protesta, no habían querido entrar en clase. Fué la chispa. Los que ese día estaban en la casa y se negaron a entrar, fueron suspendidos. Otras clases se negaron también a entrar en las aulas. Nuevas suspensiones.

—Y dicen que ayer ha habido batifondos y desórdenes callejeros. ¡Linda se pone la cosa!

Olmos, el único que leía diarios, informó que, el día antes, habían sido suspendidos varios bochincheros, y que esa tarde debía reunirse el Consejo Superior para tratar las renuncias de varios profesores.

—Algunos sinvergüenzas han de ser, que quieren quedar bien con los muchachos — dijo doña Luisa.

—Lo que es una injusticia, — saltó Cata — es que suspendan a los que no son huelguistas.

—Todos son huelguistas — profirió Cerote — porque el compañerismo...

—¿Y qué más quieren que los suspendan? — preguntó Ramos. — Así no tienen que ir a clase ni estudiar.

Apenas acabó Riga de almorzar, llegó Ardoino, y los dos salieron en busca de Marcelo Aguiar. Fueron al manicomio. Entraron en el pabellón principal y preguntaron por Aguiar. El estudiante ya no estaba en el hospital. Vivía en la calle Viamonte, cerca de la Facultad de Medicina. El que los recibió conocía a Riga; Aguiar los había presentado una vez.

Los llevó a visitar el hospital. Riga y Ardoino se pusieron nerviosos. Era disgustante, aterrador, el espectáculo de aquellas mujeres. Una los perseguía gritándoles suciedades y levantándose las polleras. Otra, arrinconada, tenía las manos juntas en actitud de orar y movía los labios incesantemente. Cierta viejita les dijo que era la Reina de España, y que estaba encerrada por culpa de Don Carlos. Salieron con el corazón oprimido de ver tantos gestos incoherentes, tantas miradas horribles, tanta desgracia humana. La de la locura erótica los siguió, haciéndoles gestos obscenos y llena la boca de diversas solicitaciones pecaminosas.

—Y usted ¿no tiene miedo de enloquecerse? — preguntó Riga al practicante.

—A veces tengo mis temores. Es tan fácil contagiarse de estas ricas tipas — contestó sonriendo y señalando a las locas.

Y agregó, dirigiéndose a Riga, y mostrando el manicomio de hombres:

—Al poeta, le reservamos un buen lugar en el palacio de enfrente...

Del manicomio se dirigieron a la pensión de la calle Viamonte. Era una casa baja, con tres patios y muchos cuartos, todos de un lado. En los cuartos, sobre las mesas, se veían calaveras, huesos humanos, libros enormes. La patrona les dijo que Aguiar había ido a Clínicas, pero era más seguro que le encontrasen en la casa, al día siguiente por la mañana. ¿Y qué contaban ellos de la huelga? ¡Qué iniquidad — ¿no? — la que habían cometido con el suplente de Terapéutica, un médico tan sabio, tan preparado, lo mejor que había en el país! ¿Para nombrar titular a quién? A un desconocido científicamente, a un empírico. Riga admiró el vocabulario y los conocimientos de la patrona, pensando que podía rivalizar con la ciencia jurídica de doña Luisa.

Fueron a Clínicas, frente a la Facultad. Pero allí no funcionaba ninguna clase. Ardoino y Riga recorrieron varias salas inútilmente. Sobre las mesas de mármol yacían cadáveres abandonados e incompletos. La soledad silenciosa de las salas tenía algo de macabro. Había un penetrante olor a cadáver. Los muchachos, amedrentados, salieron huyendo.

En la calle, frente a la Facultad, se formaban grupos de estudiantes. En uno de ellos, Riga encontró a un amigo de Aguiar. El muchacho vociferaba contra los profesores y decía que todos debían renunciar. Los acusaba de mistificadores y de ignorantes. La Medicina era la mayor de las mentiras. Só-

lo debían existir la Cirugía y alguna que otra especialidad. Los médicos no curaban, ayudaban al organismo a curarse solo; eso cuando no lo impedían con sus recetas criminales.

—Y si no cree en la Medicina ¿para qué estudia? — le preguntó uno de la rueda.

—¿Para qué estudio? Para lo que estudiamos todos, para comer... ¿Acaso alguien quiere ser médico por otros motivos?

Riga le preguntó por Aguiar. Él no sabía nada de Aguiar, pero era probable que anduviera por ahí, no más. Le buscaron por diversos grupos; y ya iban a retirarse, cuando le vieron perorando bajo un árbol de la vereda. Riga le llamó. Aguiar se despidió del grupito y se fué con Riga y Ardoino a beber algo. Aguiar era tucumano, y poseía alguna fortuna. Quería mucho a Riga y le estimulaba en sus trabajos literarios. Era desordenado y el dinero le estorbaba de tal modo que, apenas recibía sus rentas, andaba buscando a quien dar dinero. Riga le dijo que necesitaba cuarenta pesos. Aguiar no quiso oír explicaciones. Precisamente el día anterior le habían enviado dinero. Sacó cincuenta pesos y los entregó a su amigo.

—Tengo un gran proyecto: fundar un hospital... — dijo entusiastamente.

—¡Caramba! — saltó Ardoino, asombrado.

—Sí, pero no un hospital vulgar sino algo excepcional; un hospital donde se curen los vicios, las deformidades morales, la maldad, el egoísmo...

Aguiar se pasaba la vida planeando grandes proyectos humanitarios. Quería, a toda costa, regenerar la sociedad. Las lecturas de Tolstoi le tenían medio chiflado y no pensaba sino en los pobres y los pequeños. Cuando leyó *La sonata a Kreutzer,* quedó tan preocupado y obsesionado que durante un mes no habló sino del pecado sensual, sosteniendo que era indispensable ser castos, absolutamente castos. En la casa donde vivía, se originaban, con tal motivo, discusiones fenomenales; los muchachos le volvían loco, le llamaban San Luis Gonzaga y le hacían burlas macabras.

—Me parece buena su idea — dijo Riga. — Pero ¿y la plata?

—Para las cosas buenas siempre hay plata, m'hijo. Ya verás cómo...

Una formidable gritería le cortó la frase. Saltó del asiento, entregó dinero al primer mozo que encontró, y, sin esperar el vuelto, se arrojó a la calle donde ya le esperaban Riga y Ardoino.

Se detuvieron un momento. De todos lados corría gente hacia la Facultad; algunos chicuelos callejeros voceaban; tranvías y carruajes estaban detenidos. Desde la esquina donde se hallaban, veían, dos cuadras más lejos, frente a la Facultad, la mancha inquieta de una multitud, ocupando la ancha avenida y sus veredas arboladas. El sol, al fondo del cuadro, encendía los últimos términos y, bajo su ocaso de teatro, la mancha se extendía como una sombra gris. Se oían mueras, silbidos, frases truncas. Se adivinaba, al margen de la masa oscura, matizándola de toques de oro, pecheras y cascos metálicos que brillaban al sol nerviosamente. Eran los soldados a caballo del escuadrón de Seguridad. Los tres amigos se dirigieron hacia el lugar tumultuoso e intentaron meterse entre los grupos.

—¡Muera el Consejo académico!

—¡Que renuncie el decano!

—¿Qué pasa, qué hay? — preguntaban de todas partes.

Un amigo de Aguiar les explicó. El Consejo académico acababa de echar a varios estudiantes y de suspender a media Facultad. Una vergüenza, una canallada.

—¡Muera, abajo! — reventó de pronto como un largo trueno.

Gritos violentos, unísonos, estallaron. En el aire, espeso de amenazas, del polvo de la calle y de humo de tabaco, los silbidos penetraban como alfilerazos.

—¡Muera, abajo! — repitieron unánimemente cientos de voces.

Era el Decano, que abandonaba la Facultad. Riga quiso verle, pero apenas percibió un cupé que desaparecía entre la multitud, apiñada a su alrededor hostilmente. Los gritos fueron aumentando y los soldados rodearon el carruaje. Entonces la multitud, — unas dos mil personas, entre las cuales la mitad eran curiosos — intentó atropellar el carruaje y seguir en manifestación. Los soldados del escuadrón se interpusieron al avance de la masa.

—¡Adelante, a los diarios! — vociferaban algunos manifestantes.

De pronto, bruscamente, Riga y Ardoino se vieron separados de Aguiar. Una ola humana los había arrancado de sus sitios, y los arrastraba brutalmente hacia el centro del gentío. Riga se sentía sofocado. Le apretaban de todas partes y comenzaba a experimentar violentamente un terror inexplicable.

—Esto se pone mal — dijo a Ardoino. — Salgamos...

—¿Por dónde? No es posible.

Los gritos hostiles redoblaron, exaltados, amenazantes. La policía estrechaba a la multitud frenética, y Riga, que se había puesto en puntas de pie para medir el espesor de la muralla humana, vió a un estudiante que recibía un golpe de sable en un hombro. Fué una explosión de clamores. En cuanto los que le rodeaban vieron sangre, rompieron en injurias a los guardias de seguridad. "¡Asesinos, miserables!", les gritabau con furia. La multitud se movía con inquietud trágica, en lentos y vastos oleajes. Un muchacho, junto a Riga, sacó un revólver.

—¡Canallas, asesinos del pueblo! — gritó el estudiante, con el revólver en lo alto.

—Guarde eso, hombre, — le dijeron.

Los gritos aumentaron. Riga sintió que le arrastraban hacia adelante. Estaba mareado; y la apretura era tal que no podía mover los brazos libremente. De pronto estalló una clarinada. Riga y Ardoino se estremecieron y quisieron salir. Era la orden de cargar. Sonó un tiro de revólver, después otro, un individuo cayó bañado en sangre. Nuevos gritos, otra clarinada. Y se produjo un pánico espantoso. La multitud, enloquecida, se dió a huir en todas direcciones. Algunos rodaban, otros asaltaban los tranvías, las casas abiertas. Varias vidrieras se hicieron pedazos estrepitosamente. Se oía un afanoso cerrar de puertas y ventanas. A Riga le arrojaron al suelo y uno que pasaba corriendo le pisó. Se levantó ayudado por Ardoino, se dieron del brazo fuertemente y se encaminaron hacia una bocacalle. En un instante quedó la calzada libre, pero los guardias de seguridad y los agentes de policía no permitían el paso. Riga temblaba, el corazón le latía rápidamente. Volvieron al bar, tenían sed. El bar estaba abarrotado de estudiantes. Había muchos contusos, algunos vendados, y en todas las mesas se comentaba la jornada.

Cuando Riga y Ardoino salieron, era el atardecer. Del sol ya desaparecido, apenas quedaba una vaga y pálida claridad dorada que parecía haber salido como un humo de las casas lejanas que empenachaba. El polvo de la calle, la vaguedad neblinosa de la hora, la línea de la avenida que descendía en cuesta lenta para subir de nuevo a lo lejos, daban a las casas del fondo un melancólico aspecto de serrezuelas pardas y remotas. En la calle todo había vuelto a la normalidad tumultuosa y febril de la gran ciudad tentacular. Sólo permanecían algunos grupos de estudiantes, discutiendo bajo los árboles inacabablemente.

IX

Riga fué a sus clases de Derecho cuatro mañanas seguidas. En la Facultad, el ambiente estaba tormentoso. Se formaban grandes grupos en los patios; y a la hora de clase entraban pocos estudiantes en las aulas. Se notaba muchas caras desconocidas. Riga vió a Grajera y a Ramos que se metían en todos los grupos y aconsejaban la huelga, discutiendo acaloradamente. Se decía que algunos profesores apoyarían a los muchachos y que el Decano, dispuesto a proceder enérgicamente, llegaría hasta cerrar la Facultad. Riga estaba disgustado. ¡Mala suerte la suya! Ahora que se proponía estudiar venía la huelga. Porque el hecho era que estudiaba. Cerote le prestó libros. Por la tarde pasaba dos horas con las narices en los textos, y una noche, en lugar de ir a la Brasileña, visitó a Fiorini "para consultarle algunos puntos".

El ambiente de la Facultad seguíale desagradando; pero él confiaba en llegar a tolerarlo, cuando ocurrió un hecho que trastornó sus planes. Era el quinto día de su asistencia. En los patios pululaba una verdadera multitud, y decíase que había allí muchos estudiantes de Medicina, cuya Facultad acababa de ser clausurada. Se hablaba poco y más bien en voz baja. Parecía que los grupos, estacionados silenciosamente frente a las aulas, esperasen solemnes y graves acontecimientos. Por fin dieron las nueve, hora de entrar en clase. Muchos tenían el reloj en la mano; y al oírse el timbre eléctrico que indicaba la hora, hubo opacos ruidos y notorias actitudes de expectación. Entre los grupos se repetían los nombres de los dos únicos profesores que habían llegado, y se consideraba la ausencia de los demás como adhesión a los muchachos. El bedel, sonriendo como si dijera: "¿para qué los llamaré, si no van a entrar?", cruzó el patio pregonando:

—Introducción, en primero; Administrativo, en quinto...

Un gran oleaje conmovió a la masa de estudiantes, y todos quisieron situarse frente a la sala de profesores para ver si los únicos presentes aceptaban dar sus clases. Al través de los vidrios se veía a uno de ellos discutir con el Decano; el otro, en pie, parecía aprobar las palabras del Decano y tenía en las manos el sombrero como dispuesto a salir. Fuera, nadie se movía. Algunas voces aisladas y tímidas, vivando a la huelga, habían sido acalladas imperativamente por la multitud. En esto, los más próximos a la puerta de la sala de profesores

vieron que el Decano, tomando una actitud solemne, ordenaba alguna cosa al que discutiera con él. Este contestó algo que debía ser muy grave y definitivo, y se apartó. Un rato después apareció en el umbral. Gran expectativa entre los muchachos. ¿Se dirigía hacia el aula, o hacia la calle? Los muchachos le creían amigo de ellos; pero al verle unos segundos en la puerta, con el sombrero en la mano, mirando al patio, creyeron que vacilaba. Por fin, el profesor levantó los hombros, sonrió, se puso el sombrero y tomó el camino de la calle. Formidable salva de aplausos. Gritos vivando al profesor, a la huelga. El profesor volvió la cabeza y saludó con el sombrero.

—¡Que hable! ¡Que hable!

No hubo más remedio. Le hicieron subir a una silla, y, desde tan poco académica tribuna, aconsejo la calma y el respeto a las autoridades. Acabó diciendo que era la última vez que hablaba a sus alumnos, pues las circunstancias le obligaban a abandonar la casa.

Fué el delirio. Los aplausos y los vivas atronaban, los más próximos le daban la mano, y por el patio se oía, entre aplausos frenéticos, estas palabras que informaban a los que no pudieron oír: "ha renunciado". Y entre vivas al profesor, silbidos no se sabía a quién, y estruendosas manifestaciones de diverso género, saltaba, circulaba y pasaba al otro patio, como un redoble de tambor que se aleja, la frase "ha renunciado, ha renunciado".

Esto duró apenas unos minutos. En seguida se abrió de nuevo la puerta de la sala y apareció el profesor de Administrativo. Era un hombre entrado en años, pero no viejo, y de aspecto extranjero. Tenía fama de infeliz y en clase los muchachos se burlaban de él; pero en los exámenes le temblaban porque reprobaba a medio mundo con la mayor tranquilidad. Al notar la hostilidad del ambiente se atemorizó, pero el Decano, adelantándose, le abrió paso.

—¡Viva la huelga! — gritaban los muchachos.

Entonces el Decano, un viejito de grandes bigotes canosos, muy respetado por los muchachos, habló. Estaba indignado, y amenazaba cerrar la Facultad. La multitud le escuchó sin gritar nada contra él, pero al terminar, después de aplaudir, estallaron vivas a la huelga y al profesor renunciante, y mueras al de Administrativo, que levantaba los brazos al cielo afligidamente.

El Decano llegó hasta el aula de quinto año, seguido por el profesor. Se metieron dentro y esperaron a los estudiantes.

para comenzar la clase. Pero sólo entraron Basa y tres adulones más.

—¡Abajo los *lambecara!* ¡Muera Basa! — se oía por todos lados.

Riga, en ese instante, vió pasar a Grajera, gritando desaforadamente "¡a la calle!" y abriéndose camino a fuerza de codazos. Como era chico, se metía por entre los huecos fácilmente.

—¡A la calle, a la calle! — respondieron muchas voces.

Y la multitud salió atropelladamente, entre silbidos y gritos. En la calle se organizó una manifestación como de quinientas personas, la mayoría de las cuales no parecían estudiantes. Riga se halló junto a Fiorini, que le tomó del brazo. Grajera y Cerote, del brazo también, encabezaban la columna, y Ramos la organizaba, rogando que formaran de a ocho por fila y recorriendo, con actividad insospechada, los grupos estacionados.

La columna se puso en marcha. Nadie sabía adónde iban, ni el objeto de la manifestación, cuando uno, gritando "¡a los diarios!", resolvió el problema. Se encaminaron a *La Imprenta*, entre estruendosos vivas y mueras, cacareos, risotadas, gritos y aplausos. Al doblar la esquina, Riga vió a Grajera delante de la columna, solo, manoteando, gritando hasta desgañitarse, moviéndose como un monito. Cada exclamación de Grajera era motivo de aplausos y risas.

—¡Muera el Código Civil!

—¡Que supriman la Bochimana!

—¡Que no haya clases ni exámenes!

No habían andado cuadra y media cuando aparecieron varios soldados a caballo del escuadrón de seguridad. Pretendieron impedir que la columna avanzara, pero fueron empujados por los manifestantes.

—¡Deténganse! — gritaban los que iban a la cabeza.

Pero era inútil. Los de atrás empujaban, y la policía tuvo que repartir algunos sablazos. La manifestación se disolvió, y Cerote, Grajera, Ramos y otros, constituídos por sí mismos en comisión, se apersonaron a los diarios, con el fin de protestar contra los atropellos de la policía e invitar a los estudiantes a una gran reunión que, en los sótanos de *La Imprenta*, tendría lugar a la noche.

Riga fué con los directores de la huelga a la reunión, donde encontró varios amigos y condiscípulos. Había como trescientas personas, entre estudiantes y curiosos. Grajera, en nom-

bre de la comisión, tomó la palabra y propuso como presidente de la asamblea a Cerote, "uno de los más talentosos y prestigiosos alumnos de la Facultad, y cuyo solo nombre era garantía de imparcialidad y de rectitud". Cerote fué aceptado por aclamación. Grajera continuó despachándose con extraordinaria soltura. Hizo reír a la concurrencia, profiriendo incendios contra los profesores, poniendo a la miseria a los adulones que resistían la huelga, y aconsejando asaltar la Facultad de Medicina. Lo principal, por ahora, era extender la huega a las restantes Facultades y a los colegios, y, para ese tan patriótico trabajo, propuso que se nombrara una comisión. Fué ovacionado. Luego hablaron otros estudiantes. Uno dijo que la culpa de todo la tenía el clericalismo, que pretendía conservar la Facultad como un claustro medioeval, cerrado a los métodos y enseñanzas modernas, y citó el caso de un profesor de Civil que sostenía, en plena clase, que el matrimonio era un sacramento.

—¡Y esto, señores, en el siglo de la electricidad y del teléfono! — terminó el orador, con ronca indignación.

Luego se originó un gran tumulto, pues varios pretendían hablar a un tiempo. Cerote los llamó al orden enérgicamente e invocó la solidaridad y los grandes intereses que estaban en juego; pero ni así se callaban. Por fin uno se impuso a los demás. Era un individuo muy alto, de voz cavernosa y ademanes inconmensurables. Citó infinidad de autores, entre ellos a Spencer, a Le Bon y a Tarde, increpó al gobierno valientemente, y terminó entre una salva de aplausos, asegurando "que la juventud se abría paso" y que asistíamos a "un momento solemne en la evolución orgánica de la sociedad". A uno que aconsejó abandonar la huelga casi lo lincharon. Volvió a producirse otro tumulto, y Cerote, acusado de tolerancia y de complicidad con los transigentes, dejó la presidencia lleno de ira, después de afirmar que la "rectitud era la norma de su vida y que el amor a la verdad y a la justicia estaban marcados en su corazón con caracteres indelebles". Se le obligó a reasumir la presidencia y luego se votó, aclamándose, la proposición de seguir la huelga a todo trance.

Riga se había divertido en grande oyendo los discursos, y no creyó que la huelga, dirigida por aquella gente, durara más de una semana. Pero empezaron a pasar los días y a complicarse las cosas. Una mañana, a fines de Julio, amaneció en la verja de la Facultad un cartel que, imitando a aquel que apareciera en Whitehall cuando Oliverio Cromwell abolió la Cámara de

los Pares, decía: "Se alquila". Durante dos semanas hubo continuas renuncias de profesores, incidentes, hasta duelos. Por fin, a mediados de Agosto, el Decano cerró la Facultad indeterminadamente. Los diarios traían sobre los sucesos crónicas inacabables y artículos violentos donde se atacaba a las autoridades universitarias. Grajera se había convertido en el hombre del día. En su carácter de Presidente de la comisión, su nombre salía en los diarios a cada paso; hablaba en las reuniones, conferenciaba con los profesores.

En la casa de huéspedes, como en todo Buenos Aires, no se hablaba de otra cosa que de la huelga. Cerote, desde que presidió la asamblea, estaba imposible de petulante y orgulloso. Doña Luisa afirmaba que antes no ocurrieron jamás tales escándalos. ¡Qué tiempos los de ahora! ¡Ah, si ella fuera decano! Comenzaría por mandar a la cárcel a todos esos haraganes y sinvergüenzas que lo que buscaban era no estudiar. Nacha y Cata simpatizaban con la huelga. Gutiérrez la condenaba enérgicamente y aseguraba que en España no pasarían tales cosas, pues el gobierno les habría dado "leña" a esa cáfila de golfos. Para él todo se arreglaba a garrote limpio.

—¡Leña, leña, y más leña! — gritaba hecho un energúmeno, y sacudiendo el brazo con tanta fuerza como si estuviera dando a alguno una paliza.

Cuando Riga vió que las cosas no tenían remedio y que el cierre de la Facultad duraría un año, o quizás dos, como afirmaban algunos diarios, sintió una gran angustia. Al principio, en seguida de clausuradas las clases, irritado contra sus condiscípulos y sus profesores, recibió una sensación de alivio. Se encontró como desatado de un compromiso, como si hubiera recobrado su libertad espiritual. Pero poco después vió, claramente, todo lo que acababa de perder.

Cierta noche, una de las pocas veces que pudo hablar a solas con Lita, después de aquella tarde en que se declarara, le reveló cuanto sufría por el fracaso definitivo de su existencia. Pero Lita creía que no tenía motivo para desesperarse. Ya se reabrirían las clases, dentro de seis meses, tal vez.

—Sí — contestó él sentimentalmente. — Pero entonces no tendré la resignación y la voluntad que tuve hasta hace algunos días.

Después de haber odiado a la Facultad y al espíritu de mercado que dominaba en ella, había conseguido sujetar sus sentimientos. Pero ahora su resignación y su voluntad comenzaban a abandonarle. Hasta hacía poco, se sintió capaz de todo por

Lita. ¿Pero después? El conocía su escasez de voluntad, y sabía que perder el impulso de aquel instante era, quizá, perder la única esperanza.

—Todo pasa en la vida — agregó con filosófica importancia — y yo he sentido pasar el momento de empezar a hacerme un hombre útil.

—Pero, ¿por qué? ¡Qué chico es usted! ¡Y a los veinte años hablando así! Le ha hecho mal Schopenhauer. Claro, lo lee el día entero.

—Me ha hecho mal la vida, Lita; me ha hecho mal tener esta miserable alma de poeta...

Y mientras Lita sonreía en silencio, dejando ver en sus ojos un poco de preocupación y un poco de melancolía, él pensaba que la desgracia se encarnizaba en perseguirle. Se enamoraba de Lita, que estaba más alto que él, y he aquí que cuando había encontrado el medio de llegar hasta ella, todo se derrumbaba y un viento de desgracia venía a asolar el parque de sus ensueños. ¡Lita no era para él! Así lo pensó muchas veces, pero el amor, el amor absurdo, fué más fuerte que la desgracia. Un destino adverso se cebaba en él, y ya no dudaba de que jamás podría luchar contra la fatalidad de su vida y que sería siempre un fracasado, un pobre diablo. ¡Ah, la vida dolorosa, la vida puerca! Ahora comprendía a aquellos pobres desdichados, a aquellos vencidos de la vida, que olvidaban sus angustias y sus desilusiones en un vaso de alcohol.

Al mismo tiempo, su situación económica iba a convertirse en un desastre. Su padre había cumplido la resolución de no enviarle la mensualidad a principios de Agosto. Debía casi dos meses en la casa y no sabía de dónde sacar dinero. Varios amigos a quienes ayudara algunas veces le facilitaron pequeñas cantidades para el bolsillo. Pero él no era capaz de guardarlas, y se le iban en convidar a sus camaradas literarios, en comprar libros y en dar limosnas a los pobres. En la imprenta debían el número de Agosto que acababa de salir algo atrasado, y Eduardo Itúrbide no tenía con qué pagar. Se había aficionado a una *gommeuse* del Internacional, y todo el dinero le era poco para conquistar a la difícil estrella.

Pocos días después, a principios de Setiembre, ocurrió algo que remedió en parte sus penas y sus preocupaciones. Había sido nombrado escribiente en los tribunales: en la Cámara de Apelaciones en lo Criminal. ¡Y por cierto que este nombramiento llegaba oportunamente! Porque desde hacía varios meses recorría escritorios y oficinas; iba y venía con recomen-

daciones, hacía antesalas, sufría humillaciones, perdía el tiempo miserablemente. Cansado, sin esperanza ninguna, pensó abandonarlo todo. Había estado bien recomendado al ministro de Justicia y a uno de los camaristas, pero el empleo lo debía al doctor Itúrbide. Lita, apenada por la situación de su amigo, adivinando miserias de dinero que él no podía confesar, había conseguido interesar a su papá, que tenía grandes vinculaciones e influencias. Riga ignoró siempre a quien debía el empleo. El creyó que lo debía a cierto diputado santiagueño que le recomendara, pues el diputado no sólo se lo dijo categóricamente, sino que le habló del mucho trabajo que se tomara por él.

La Cámara quedaba en un viejo edificio de la calle Cangallo. Los primeros días fueron tristes en la oficina; tenía él la tristeza que se siente al llegar a una ciudad desconocida, a una casa nueva. Pero pronto se habituó. Sus compañeros, sin embargo, no le interesaban. Eran gentes vulgares, todos carreristas y medio compadrones. No hablaban sino de "redoblonas", de "fijas", de "compositores". Salían juntos terminada la hora de oficina y se iban a un bar vecino a tomar "el vermut" y a seguir hablando de las carreras. Riga llevaba libros a la oficina, y, cuando no trabajaba, se lo pasaba leyendo.

Cuando en la mesa de entradas no había trabajo, el poeta se iba a la ujiería. Allí, los ujieres le hacían echar firmitas con las que atestiguaba haber presenciado la entrega de infinidad de cédulas a infinidad de litigantes, y a veces le pedían dos, tres pesos prestados y que jamás le devolvían. A cambio de estos favores, el poeta se divertía leyendo expedientes escandalosos, o que trataban de grandes crímenes. Uno de los ujieres tenía aire de banquero; escribía con gran prosopopeya, con el cigarrillo a un lado de la boca, y hablaba gruñendo. El otro tenía buen genio, debía a todos los usureros de Buenos Aires, y se consideraba amigo de cuanto abogado pasaba por la ujiería. Su vida era una continua lucha contra los prestamistas, que los sábados, en romería, se presentaban a cobrar los réditos. Cuando salía sentencia favorable solía decirle al abogado, antes de mostrarle el expediente:

—Doctor: fumaremos buenos cigarros...

—Ya lo creo, hombre — contestaba el abogado, que al día siguiente le llevaba dos o tres habanos o le daba unos pesos para que el mismo ujier los comprara.

La ujiería era reunión de desocupados. Allí solían ir, en busca de noticias, los reporteros de los diarios. Eran tipos de

las más diversas cataduras. Había un español gordísimo, amigo de la guasa, mofletudo, chascarrillero. Cada vez que llegaba a la ujiería, se asomaba a la ventanilla y lanzaba algún saludo pintoresco. Otro tipo que concurría a la oficina era un tal Moreno, pobre hombre caído en la más baja miseria. Moreno tenía el aspecto de persona bien nacida y era más culto que casi todos los que se reunían en la oficina. Usaba larga barba y andaba vestido poco menos que de andrajos. Tenía un aire de profunda melancolía y vivía de hacer copias, una vez que otra, y de algunos centavos que le daban los ujieres por repartirles algunas cédulas. En la oficina todos se burlaban del pobre hombre, pero él no les hacía caso. Se estaba silencioso, y entraba y salía encorvado como bajo el peso de su miseria. Cuando Riga cobró el primer sueldo, Moreno le llamó aparte con mucho misterio.

—Unos centavos — le dijo. — Hoy no he podido almorzar.

—Todo lo que quiera, Moreno — contestó Riga, poniéndole en la mano un billete de diez pesos.

Muchas tardes Riga abandonaba la oficina por cuestiones de la revista. Itúrbide no se ocupaba absolutamente de ella, como no fuera para escribir algún artículo. Riga tenía que buscar la colaboración, llevar el material a la imprenta, corregir las pruebas, mandárselas a los autores; todo un trabajo que duraba el mes entero. En la oficina no veían con buena cara las salidas de Riga, y los demás empleados llegaron a tomarle antipatía.

Mientras tanto, la revista marchaba desastrosamente. Habían aparecido tres números y los suscritores disminuían sin cesar. Se empezó tirando mil ejemplares, pues Itúrbide creyó que todos sus parientes y amigos se suscribirían. Enviaron el número a medio mundo, con la advertencia, impresa en una circular, de que serían considerados suscritores los que no devolviesen el ejemplar. Nadie lo devolvió, pero cuando iba el cobrador todos decían no ser suscritores y se negaban rotundamente a pagar. Algunos amigos de Itúrbide y un centenar de personas desinteresadas pagaron el primer trimestre; pero al segundo casi todos se borraron. Los artículos de Orloff habían producido una feroz borratina. Un suscritor hizo constar, por carta, que no quería recibir más una revista donde se publicaban las insolencias de ese señor. Pero las razones de borrarse eran a veces singularísimas.Una señorita se borró porque no habían dicho ni una palabra del libro de versos de un joven de su amistad. Un político de campanillas devolvió in-

dignado un ejemplar porque había un artículo indecente, y él no quería que sus hijos se corrompiesen leyendo semejantes inmoralidades. Se trataba de un artículo erudito sobre el Amor, que no se sabía qué podría enseñar a muchachones de veinte años, como eran los hijos del político. Abogados, diputados con afición a las letras, todos ellos personas que criticaban la indiferencia del ambiente y que solían escribir artículos de cuando en cuando, se borraban también. Los directores no comprendían que se negase un triste peso mensual a una revista argentina, — "la única", aunque hubiese otras, — y que, sino un *Mercure de France,* era, en nuestro medio, su equivalente.

Una tarde, a mediados de Setiembre, Goldenberg, el administrador, se presentó en la mesa de entradas buscando a Riga urgentemente.

—¡Qué desgracia, hermano! — exclamó el judío, abrazando a Riga con emoción.

—¿Pero qué hay, hombre?

—El cobrador, m'hijo, un trompeta... se escapó con la plata y los recibos...

Una catástrofe para la revista. Y lo peor era la dificultad de saber quiénes habían pagado y quiénes no. Goldenberg, desesperado, echaba pestes en alemán. Pero a Riga se le ocurrió una solución. Se hacían otra vez los recibos y se mandaban a todos los suscritores con el nuevo cobrador, que habría de ser un hombre intachable. ¿El suscritor había pagado? Lo diría, mostraría su recibo. Se le daban disculpas, se le explicaba el caso, y se tomaba nota.

—Has estado bien, ché viejo — dijo Goldenberg entusiasmado. — Es la gran solución.

Y se largaron a buscar cobrador. Pusieron un aviso en *La Imprenta,* y al otro día un ejército de cobradores llenó por completo las oficinas de la revista. Después de mucho pensar, eligieron un español modesto, portero de un teatro, que demostró gran interés por la revista.

En la Brasileña, en las tertulias de monsieur Durand, en otros cenáculos literarios de igual categoría, el robo de que había sido víctima *La idea moderna* produjo consternación. Riga parecía crecer en importancia y había tomado un melancólico aire de víctima. Todos le pedían detalles, y él, complacido, refería el hecho punto por punto. Pero la nueva cobranza fué otra catástrofe mayor, pues la solución de Riga resultó una barbaridad.

—Todos se borran, yo no sé por qué será — decía el co-

brador. — En cuanto ven el recibo contestan que han pagado, se ponen furiosos, me insultan y hasta amenazan con llamar al vigilante.

—¿Pero usted, cobrador, no les explica? ¿No sabe que nos robaron?

—No dan tiempo, señor, a que les explique nada...

En consecuencia de este fracaso el número cuarto demoró un mes. No había de dónde sacar dinero. Por fin el administrador consiguió algunos avisos, y con su producto, algún dinero que puso Itúrbide y casi todo el primer sueldo de Riga, se logró pagar a la imprenta y dar vida al número de Setiembre, que apareció a principios de Octubre. Era un número doble, que produjo sensación en la Brasileña. El único que lo criticó acerbamente fué Salvatierra. Según él, eran artículos mediocres, vulgares. No valía la pena publicar revistas para eso. Por igual precio, uno podía leer *La revue des revues,* ¡y había alguna diferencia! Salvatierra se ensañó en casi todos los artículos, sobre todo en su estilo. Cuando pescaba un "que" tras otro, lo enseñaba triunfante.

Después de aquella tarde del cumpleaños de Lita, Riga pocas veces había hablado con ella. Y no era que sus visitas escasearan, si bien su pobreza le había obligado a disminuirlas, pues no siempre podía ponerse un cuello limpio. Pero ahora la madre no los dejaba solos, y tomaba parte en la conversación, interesada más que nunca en la charla amable del poeta. ¡El sufría hambre de hablar a solas con Lita! Porque, ahora que tenía un empleo, que la revista le había dado "cierta celebridad", ¿no era el momento de que ella renovara siquiera aquellas promesas de amor que él creía haber recibido? A veces, pensaba que Lita le quería, que le miraba con amor. Pero ¿cómo saber? Delante de ella, él perdía la cabeza por completo y se sentía incapaz de observar nada. A Ardoino solía describirle, consultándole, el modo cómo ella le daba la mano, cómo le miraba, las cosas que hablaban. Ardoino se quedaba perplejo, pero concluía por decirle que tal vez le iba bien. En el fondo, Riga sentía cierto optimismo, y, ya olvidado del cierre de la Facultad, sus esperanzas habían renacido. En cuanto la Facultad se reabriera, volvería a estudiar con entusiasmo.

Pero mientras, su situación financiera iba empeorando. Su sueldito de cien pesos no la había mejorado en lo más mínimo, pues casi todo lo destinaba a pagar ciertos gastos de la revista. En Diciembre su situación llegó a ser desesperante. No tenía

traje de verano, los calores le abrumaban y le era imposible comprarse la más modesta ropa. La seguridad del sueldo fué su mayor enemigo, pues, en la confianza de recuperar sus cosas, comenzó a empeñar cuanto tenía. Abandonó sus libros por centavos a un judío viejo, bajito y gordo, de barba negra, que vendía libros usados. El desprenderse de sus libros le causó una profunda pena. Le parecía que cometía un crimen espantoso, y no hubiera tenido más remordimientos y angustias si hubiera vendido a sus hermanas. Luego, uno de los empleados de la Cámara le presentó a un usurero. Era un hombre de vientre enorme, de cara grasosa, rubio, y usaba una especie de barba desagradable, compuesta de una veintena de pelos, cuando más. Trabajaba con dinero de un abogado provinciano y se había especializado en préstamos a empleados inferiores. Riga, después de interminables regateos, pues luchaba por no someterse a las exigencias del usurero, recibió doscientos pesos, a seis meses de plazo, teniendo que pagar un interés de veinte por ciento anual. El usurero, se garantizó con el sueldo del muchacho. Además, debía a algunos amigos. A Cerote le había pedido treinta pesos, y el catamarqueño le tenía loco reclamándoselos.

Llegó Enero y los Itúrbide se marcharon a Mar del Plata, donde tenían casa. A Riga, como empleado nuevo, le tocó el mes de feria. Y durante todo Enero tuvo que ir a la Cámara diariamente, soportando los calores horribles, aburriéndose en la soledad estival y polvorienta de la oficina. Solo su alma, en la mesa de entradas, se lo pasaba escribiendo el nombre de Lita en la mesa y en el papel secante. A veces se quedaba dormido, y los tenaces litigantes de la feria tenían que despertarle.

La revista continuó retrasándose. Era muy difícil, en los meses de verano, encontrar colaboración. Los escritores se ausentaban al campo, a Mar del Plata, a sus pueblos. Sólo quedaban los bohemios, y éstos prometían mucho y escribían poco, eran excesivamente informales, y, en general, no le daban sino versos y artículos impresionistas. La parte financiera no mejoraba, y apenas si la revista tenía ciento veinte suscritores. El cobrador parecía una buena persona, pero Goldenberg le consideraba "no bastante práctico". Una tarde en que hacía un calor hororroso, el hombre, encontrando solo a Riga en la redacción, le dijo, con mucho misterio, y cerrando la puerta, que deseaba hablarle. Riga se alarmó.

—Es que... verá, señor... he escrito un drama... y yo quisiera que usted me lo hiciera representar...

Y le presentó a Riga un cuaderno. En una ortografía "no bastante correcta", como dijera Goldenberg, el hombre había escrito un drama feroz, que ocurría en la época de Rosas, con diez o doce muertos, varios combates a facón, y, para final adecuado y edificante, un fusilamiento.

—Yo tengo esperanzas... A mis amigos les ha gustado mucho; dicen que será un gran éxito... Y como yo entiendo algo de obras...

El autor habló de su pasión por el teatro, de la cantidad de piezas que había visto. ¡Tantos años trabajando en los teatros! Cierto que durante ese tiempo no había visto entera ninguna pieza, pues sólo podía dejar la puerta cuando estaban los actos muy comenzados. Pero poco a poco había ido aprendiendo. Su drama tenía teatralidad. Y eso era lo importante.

—Es lo mismo que suelen decir algunos críticos y autores ilustres — dijo Riga con gran seriedad. — Ya ve cómo está de acuerdo con ellos.

Con la reapertura de los tribunales, en Febrero, volvieron los trabajos de Riga. Itúrbide, en Mar del Plata, no se ocupaba para nada de la revista, y Riga tenía que hacerlo todo: buscar colaboraciones, escribir las fajas, traducir artículos para llenar los números, llevarlos al correo. Goldenberg no había querido continuar, "porque no era negocio, hermano"; y ahora el mismo Riga administraba. ¡Así andaba la administración!

Pero como para todas estas ocupaciones tenía que faltar a la oficina, un día el secretario le amonestó. Era un hombre antipático, rígido. Trabajaba mucho, pues él hacía gran parte de las sentencias.

—Es que la revista me obliga a faltar... y si yo no me ocupo... — contestó Riga.

—A mí no me importa nada de su revista, y le advierto que, si no cambia de conducta, voy a solicitar su destitución.

Riga se indignó, y con gestos un tanto zurdos y con la voz quebrada, se defendió. El realizaba una obra de cultura, dirigiendo la revista. Y era evidente que el Estado, a quien servía de esa manera, no tenía derecho a exigirle que fuera un empleado como los demás. El Estado tenía la obligación de proteger a los escritores, ya que el público no lo hacía.

—El Estado no debe proteger a nadie, y menos a los haraganes — le interrumpió el secretario con fastidio, poniéndose a escribir, y señalando la puerta al director de *La idea*

moderna, con un imperativo signo de cabeza.

A fines de Marzo llegaron de Mar del Plata los Itúrbide. Eduardo ni siquiera buscó a Riga, quien ignoraba su llegada. El poeta, con gran sorpresa, le encontró una mañana, al pasar frente al Jockey, en cuya puerta el escéptico charlaba con dos amigos. Itúrbide le saludó apenas, y, con un gesto de la mano, le indicó que esperara. Se pusieron a conversar en la vereda.

—Tengo ganas de matar la revista — dijo Riga.

Itúrbide no deseaba otra cosa. Lo malo era que el número correspondiente a Diciembre estaba impreso, y era indispensable "largarlo". Pero el impresor no lo entregaba sin recibir antes el dinero. Itúrbide prometió pedirle al padre y arreglar las cosas ese mismo día.

—Iré esta noche a su casa; allá me da el dinero y yo pago mañana — dijo Riga.

—No sé si estaremos en casa esta noche; es probable que salgamos todos. Tenemos un pariente enfermo — contestó Itúrbide con displicencia.

A Riga le pareció que Itúrbide no decía la verdad. Un presentimiento doloroso le entristeció de repente, y con la voz empañada, mirando en los ojos a su amigo por ver si descubría el enigma, le preguntó:

—¿Dónde nos vemos, pues?

—Yo pasaré por la redacción mañana a las cinco, y de allí podemos ir juntos a la imprenta.

Al día siguiente, fueron a la imprenta. El propietario los recibió con mala voluntad. El pago de los números últimos había andado mal; y el hombre había tenido que recurrir a amenazas para conseguir que Riga le pagara.

—Usté sabe, *dotor* Itúrbide — dijo cuando vió el dinero — que yo no tengo desconfianza, pero... lo que sucede... los literatos son una punta de tramposos...

Y contó que a él lo habían clavado diez o doce literatos. Y claro, ¿quién no iba a tener sus recelos? Los tiempos estaban tan malos, la mano de obra tan cara, los impuestos aduaneros tan altos...

La revista salió el mismo día. Riga se pasó la tarde y parte de la noche en la redacción escribiendo las fajas, envolviendo los ejemplares. A la noche siguiente fué a la casa de Itúrbide. Le hicieron pasar a la sala, como si fuese una visita de cumplido. Salió la señora y luego vino Lita. La señora estuvo amable con él, pero algo ceremoniosa. Lita habló sumamente poco y pa-

recía triste. Ya no era aquella *gamine* sonriente que él conociera. Pero su tristeza le daba un nuevo encanto.

Cuando la conversación cesó, la señora, con la mayor naturalidad, le dijo al poeta:

—Ya sabrá que nos vamos a Europa.

—¿A Europa? — preguntó Riga, con expresión extraña, mezcla de asombro, de consternación y de terror.

Se había puesto pálido y no dijo una palabra durante un largo rato. La señora, mientras tanto, explicaba el itinerario. Por fin, Riga miró a Lita interrogándola con los ojos, pero ella bajó la cabeza y permaneció inmóvil, como pensando en algo lejano.

—¿Se van por mucho tiempo?

—Por dos años, lo menos — contestó la señora.

Riga tuvo un acceso de audacia, y, sonriendo forzadamente y con los ojos en los de su amiga, le preguntó:

—Y usted, Lita, ¿tiene ganas de irse?

La señora le miró con cierta hostilidad. Pero él no vió nada. Lita contestó que a ella le gustaba mucho viajar; se sentía más libre en Europa.

La conversación había terminado definitivamente, pues la señora se había impuesto un silencio que era una despedida; Riga se levantó. Al dar la mano a Lita, el poeta creyó ver en sus ojos un poco más de tristeza.

—¿Vendrá a despedirse antes de irnos? — dijo la señora.

En la calle, el poeta tuvo que secarse una lágrima. ¿Por qué le cerraban así la casa? ¿Qué había hecho él? Y Lita, ¿por qué no hablaba? Nervioso, enfermo de angustia, sin saber qué pensar, se metió en el primer bar que encontró y pidió un whisky. Lo que más le inquietaba era la tristeza de Lita. ¿Estaría enamorada de otro? Lita tenía varios pretendientes antes de irse a Mar del Plata. Quién sabía si allá, donde era tan fácil enamorarse, no se había olvidado de él y aceptado a algún otro. El averiguaría, buscaría alguno que hubiese estado en Mar del Plata. Necesitaba saber, en ese momento mismo, con urgencia. Pagó el whisky y salió a la calle. Pero en la calle no supo qué hacer ni adonde ir. ¿A quién podía dirigirse él, un bohemio, sin relaciones distinguidas? Se quedó con sus incertidumbres. Y durante varios días, la duda y la inquietud, como gigantescas y envolventes sombras trágicas, le acompañaron a todas partes, desesperando sus noches, angustiando sus días, envenenando de amargura, uno por uno, todos los minutos de su existencia.

Una semana después, doña Luisa fué a su cuarto y le dijo, con mucho misterio, que deseaba hablarle seriamente.

—Riga... — comenzó la señora. — Usted sabe que yo lo aprecio mucho. Usted ha sido en mi casa un buen amigo, un huésped de primer orden.

Pero los tiempos estaban pésimos y él debía seis meses en la casa. Ella jamás le hubiera pedido la pieza, pero le habían hecho una excelente proposición y no podía rechazarla. Ella tenía hijas, necesitaba vestirlas bien, pues estaban en edad de casarse. Además, Gutiérrez, tan buen cliente, se iba a Chile con la compañía.

—Está bien, doña Luisa — contestó con tristeza. — Me mudaré hoy mismo.

Doña Luisa lamentaba realmente el paso que había dado. Era franca y afectuosa. Pero como Ramos y Grajera, los novios de las muchachas, no pagaban tampoco, necesitaba reemplazar sus actuales huéspedes con otros más solventes que la sacaran de apuros. Esa misma tarde, el poeta fué a hablar con Ardoino para que le recomendara alguna casa. Quizá pudieran vivir juntos. Ardoino le dijo que él también debía mudarse ese día y había encontrado una casa regularcita, donde le daban cuarto y pensión por cuarenta y cinco pesos.

—Hagamos una cosa — dijo Riga.

Y le propuso a su amigo que se encargara de todo, hasta de la mudanza. Ardoino debía tratar por la pensión de Riga, haría llevar los baúles a la nueva casa. Y a las doce de la noche, se encontrarían los dos en el Imperial Keller. Riga tenía esa noche una sesión de lectura en casa de un literato amigo suyo, Moisés Roca. Se trataba de un drama y había prometido no faltar.

—¿Y por qué no vamos ahora a ver la casa?

Riga se negó. Tenía varias diligencias que hacer, entre otras cobrar unos versos que le habían publicado en *Líneas y Colores*.

—Bueno, me encargo de todo. Pero si te falta algo, no me eches después la culpa...

Riga anduvo todo el día en la calle, comió con Alberto Reina, a quien invitó, y a las nueve llegó a la casa de Moisés Roca.

—¡Bienvenido, joven poeta! — le dijo Moisés Roca, con notable lentitud y acento elegante y algo oratorio, extendiendo el brazo, y luego meneando la mano a Riga durante varios segundos.

Y agregó, sin soltar la mano, que hacía subir y bajar con compás de péndulo:

—¿Cómo van esas musas? ¿Cuándo nos regala con otra sonatina?

Moisés Roca era así con todo el mundo. Amable, servicial, se había hecho grandes afectos. Tenía fama de lírico incorregible y vivía fraguando empresas culturales que fracasaban irremediablemente por carencia de base positiva. Roca no tenía el sentido de la realidad. Siempre andaba por las nubes, y su oratoria, su teatro, estaban como sus empresas: tocados de romanticismo. Hablaba con mucha calma, como escuchándose, y en tono levantado. Era orador nato, y tenía la voz, el gesto, la sangre fría del orador. En literatura era un periodista, y toda su obra había sido improvisada. Cuando joven, por una apuesta con Rodríguez Pirán, su camarada, había escrito un drama; y todo cuanto produjo más tarde parecía haber nacido de apuestas. Riga le quería mucho, pues veía en él un idealista, un don Quijote, un hombre que no era de su tiempo.

Cuando el poeta entró, la reunión estaba en su apogeo. Se hallaban Rodríguez Pirán, Joaquín Viel, Escribanos y otros literatos y periodistas, algunos de gran importancia. Roca leyó su drama admirablemente. Se trataba de un caso de histeria, que interesó a su público. Al final la obra fué discutidísima. El autor tomaba parte en la disputa, y parecía no molestarse por las críticas. El que más habló fué Ríos, un viejo periodista, cabezón, de inmensa nariz borbónica y vasta frente engañadora. Ríos atacó a casi todos los presentes haciéndoles lo que él llamaba "una síntesis". Al millonario y dramaturgo del Palacio, amigo suyo, le dijo incendios, y a cierto mediocre escultor, que vendía sus obras al gobierno, le negó todo derecho a opinar porque sus esculturas, que costaban un ojo de la cara, eran una calamidad nacional. Y en eso consistían las síntesis para Ríos. Los presentes no salían de su asombro, pues Ríos era hombre comedido y tranquilo; y en cuanto a los aludidos, optaron por dejarse "sintetizar", ocultando su enojo.

A las doce, Riga se despidió, recordando que Ardoino le esperaría ya. Roca le agradeció la visita y, meneándole la mano durante dos minutos, le alabó sus versos con reposada entonación oratoria y le auguró un brillante porvenir.

En el Imperial Keller le esperaba Ardoino. La mudanza estaba perfectamente, según Ardoino, y se quedaron un rato oyendo la orquesta. Riga se sentía penetrado por la música y pensaba en Lita. Sin saber por qué, presentía que una nueva vida comenzaba para él, y le asustaba imaginar esa vi-

da, que sospechaba dolorosa y triste. Lita se iba. Su situación económica era verdaderamente angustiosa. ¿Qué sería de él?

—Nos iremos — dijo Ardoino, y pagó el gasto.

En la calle, Riga, temiendo las clásicas distracciones del amigo, le preguntó otra vez si había efectuado bien la mudanza.

—¿No te olvidaste nada, pero nada?

—Nada, caramba.

—¿Ni mis papeles?

Riga no pudo menos que sonreírse, recordando los infinitos olvidos de Ardoino y el letrero de la pared que le rogaba, todas las mañanas, no salir a la calle con la bragueta desprendida.

Y caminaban los dos amigos conversando. Riga se sentía más tranquilo, al pensar que ahora vivía con un amigo tan leal y bueno como Ardoino. Pero de pronto Ardoino, deteniéndose, llenó la calle con una ristra de términos, digna del empresario don José Obregón.

—¡Que soy bruto, caracho! — exclamaba.

—Pero, ¿qué te pasa?

—Que me he olvidado...

—¿Del número de la casa, seguro?

—Si no fuera más que eso...

—¿De qué, entonces?

—¡De la calle en que está la casa!

Riga tuvo que sentarse en el alféizar de una ventana para poder reírse a sus anchas. Ardoino también reía.

No hubo más remedio que ver los diarios de ese día, y recorrer casa por casa, de las anunciadas en los avisos. En algunas los insultaban por ir a molestar a deshoras. A las tres de la mañana, muertos de sueño y cansancio, dieron por fin con la Pensión.

X

Al día siguiente, Riga salió de su nueva casa muy temprano. Esa mañana partían para Europa los Itúrbide, y él deseaba, antes de ir al puerto, recoger en la antigua casa una cantidad de cosas suyas que dejara olvidadas Ardoino. Le había sido fácil madrugar, porque, obsesionado por el viaje de Lita, no pegó los ojos en toda la santa noche. Eran las siete y media de la mañana, y él pensaba que doña Luisa dormiría. Mejor para él, pues le daría vergüenza encontrarla.

Cuando iba entrando en la casa de doña Luisa le extrañó oír voces y ruidos, inusitados a tal hora. Al llegar al patio vió a casi toda la gente de la casa en el comedor. Se secreteaban unos a otros y parecían atender a alguna persona enferma. Todos estaban a medio vestir, con la cara sin lavar y la cabeza desgreñada. Gutiérrez se paseaba con las manos a la espalda y echando fuego por los ojos.

—¿Qué pasa? — preguntó Riga a Olmos, que salió al patio.

—¿Qué ha de pasar? La mujer — le secretó Olmos con su cachaza provinciana — es como dijo el filósofo: un ser de *cabeyos* largos y entendimiento corto.

—No comprendo...

—Nacha, pues hijo, que ha perdido la cabeza por ese trapalón de Ramos.

—Pero eso lo sabíamos hace tiempo.

—Es que se ha escapado.

—¿Cuándo?

—Anoche, parece... no se sabe bien...

La sirvienta, la cocinera, Cata, Grajera y un huésped nuevo, iban de aquí para allí incesantemente.

—Y doña Luisa, ¿qué dice?

—Ahí la tiene, desmayada.

En ese momento, doña Luisa hizo a la casa y a sus vecindades la confidencia de estas palabras que repitió furibundamente:

—¡Grandísima pu..!

—Pues no parece tan desmayada — dijo Riga.

Doña Luisa vió a su antiguo huésped y le llamó. Riga estaba molesto y no sabía qué decir.

—¿Usted viene a buscar sus cosas, no? Las que dejó su amigo... Puede llevárselas; ahí están, no sé dónde, ni se me importa. ¡Grandísima p...! Llévese todo, si quiere. ¿Y qué me dice de lo que pasa? ¿Ha visto qué hija me ha salido? ¡Estúpida, bruta, desgraciada! Pero usted no creerá que yo tengo la culpa, que soy una alcahueta. ¡Ay, Señor! Que se la trague la tierra y no la vea más, que no la vea más...

Riga estaba emocionado al ver a aquella mujer desesperada, que manoteaba, se llevaba las manos a la cabeza, insultaba a su hija, no sabiendo cómo desahogar su dolor.

—Esto sólo me pasa a mí — clamaba doña Luisa — que soy una mala madre, que no he sabido enseñar a mis hijas, que no he sabido, no... no he sabido...

Y se echó a llorar acongojadamente sobre la mesa del comedor.

—Déjenla sola — rogó Cata, lloriqueando. — En seguida se le va a pasar.

Todos se retiraron en silencio. Riga se hizo dar por la sirvienta las cosas suyas que olvidara Ardoino, formó con ellas un paquete y salió en puntas de pie como si hubiera algún enfermo grave.

Preocupado por la escena que acababa de presenciar, Riga no pensó en Lita durante el camino a su casa. ¿Por qué Nacha había hecho eso? Nada le impedía tener amores con Ramos y continuar en la casa. ¡Pero abandonar a su madre, darle semejante disgusto! ¿No estaría...? Cuando llegó, le contó a Ardoino el suceso en pocas palabras. Pero Ardoino quería saber algo más.

—Es que se me hace tarde, hombre; tengo que ir al puerto.

—Pero si falta un siglo para que salga el vapor. No habrá nadie a esta hora.

Salió corriendo a la calle, tomó un coche y le ordenó ir al puerto rápidamente.

Frente al *Cap Ortegal*, el transatlántico que partía esa mañana para Europa, se aglomeraba una inquieta multitud. Riga tuvo que abrirse su camino a codazos, entre el gentío de tercera clase, para llegar frente a la planchada por donde subían los pasajeros de primera. El muchacho no veía nada, ni se fijaba en nada, lleno de la imagen de Lita, ansiando estar ya con ella. Llegó a la planchada y pareció embestirla, desesperado por hallarse en el vapor. Los marineros que vigilaban allí quisieron detenerle, pero él subió como una exhalación. Llegó a bordo. La cubierta estaba atestada de gente que subía o bajaba, de pasajeros que esperaban a sus amigos. Riga buscó por todas partes y no vió a Lita. Pensó que estaría en la cubierta principal, y entró en el vestíbulo del barco. Pero quedó sin saber adonde ir, sin poder preguntar a nadie. Pasaban niñas y señoras distinguidas, hombres vestidos con elegancia. La gente hablaba en voz alta, y el vestíbulo estaba aromado por los perfumes de las mujeres. El bohemio trepó una escalera y se encontró en la cubierta principal. Miró como azorado hacia todas partes. No veía nada, no hallaba ningún conocido suyo ni de los Itúrbide. Corrió por los pasillos, desesperado, creyendo que el vapor se marchaba, que él se quedaría sin despedirse de Lita. Metió la cabeza en varios camarotes, deshizo el camino recorrido, volvió a la cubierta.

—¡Lita!

Había topado con ella que, en compañía de algunas amigas,

de su mamá y de Eduardo y otros muchachos, se disponía a ubicarse en la cubierta. Cohibido, encontrándose ridículo, mal vestido, temiendo las miradas de los demás, Riga saludó turbado y en silencio. Lita le dió la mano cariñosamente.

—¿Se va, Lita? — le preguntó por decir algo, tratando de apartarla un poco del grupo.

Le pareció que ella le miraba a los ojos y bajaba la cabeza tristemente.

—Nos vamos, Riga. — ¿Y a usted no le dan ganas de hacer un viaje?

Riga notó que las demás personas los observaban; la señora, sobre todo, no le quitaba los ojos. Pero sin hacer caso, con voz dolorida, le dijo:

—¡Cómo la vamos a extrañar, Lita!

—Estudie y escriba; mándeme sus versos de cuando en cuando — le dijo ella en tono firme, pero afectuoso. — ¿Seguirá escribiendo, verdad?

—Sí, creo que... sí — contestó él con un rictus doloroso en los labios y con la palabra cortada por la emoción.

Personas amigas se acercaron con saludos interminables y ramos de flores, bombones, pequeños recuerdos para Lita. Se formó un gran grupo, y pusiéronse a hablar de viajes, de vapores.

—¡Quién pudiera irse! — exclamó una bella señora a lo Helleu, en cuyos ojos se leía la nostalgia de París.

Todos hicieron coro y durante un rato repitieron lo mismo. Uno de los muchachos declaró, como quien hace una confesión, que él no podía subir a un vapor porque le daban ganas de irse a Europa.

—Pues yo me quedaría — dijo Lita con cierta brusquedad y frunciendo su hociquito graciosamente. — ¿Para qué ir a Europa?

—Lita, no digas eso — exclamó la rubia modernista que cantara en la casa de Itúrbide. — ¡Yo delirio con París! *C'est charmant!*

Todas deliraban con París, y algunas prodigaban palabras y frasecitas francesas. Lita afirmó que lo único bueno en Europa era la libertad. Por lo demás, ¿qué vida hacían ellas en París? Recorrer tiendas, visitarse unas a otras. Para eso, mejor no moverse de Buenos Aires. Ella era muy patriota. La madre, que oía la conversación, dijo a Lita, sonriendo a las demás:

—Pero, hijita, cualquiera diría que te llevamos a la fuerza....

Lita miró a la madre de un modo un tanto provocador, pero sonriente, y contestó:

—¿Por qué no, mamá?

Algunas de las muchachas miraron a Riga, y vieron que sus ojos se encendían. Llegaron nuevas relaciones y en torno a los Itúrbide se formaron varios grupos, que se agrandaban y disminuían incesantemente. Riga, un poco apartado, miraba a Lita, comiéndola con los ojos. Le era imposible el disimulo. Estaba triste, triste hasta querer llorar, y cuando sonó la campana anunciando la partida, sintió en la garganta unas hercúleas garras. En los grupos vecinos, varias mujeres que lloraban con el pañuelo en los ojos separándose de algún hijo, besaban y abrazaban a los que se despedían. Las amigas de Lita empezaron también a decirle sus adioses. La besaban en las mejillas y algunas, con los ojos llenos de lágrimas, le recomendaban sus encargos para las tiendas y las modistas. Los Olózaga se despidieron también. El lord, antipático, como siempre, tomó la mano de Lita ceremoniosamente y la llevó a sus labios. Riga esperaba el turno suyo con ansiedad, nervioso, secándose alguna lágrima indiscreta. Se despidió, primero de la señora, de Eduardo y del doctor Itúrbide. Cuando se dirigió a Lita, las amigas se habían despedido y bajaban ya la escalera.

—Lita — dijo el muchacho con la voz desfallecida.

Sus ojos se nublaron repentinamente, y creyó que soltaba el llanto. Ella, con el pecho palpitante, le tendió la mano, mirándole con severidad, como ordenándole que se dominara. El le tomó la mano, se detuvo un instante como queriendo hablar, y, sin una palabra, acongojado de llanto, salió tambaleándose.

La fanfarria del vapor había estallado en una de esas marchas alemanas, vibrantes, exaltadas de vida, jubilosas de la alegría de los cobres. Pero a Riga aquella música le aumentaba su congoja, y sentía odio hacia el vapor, hacia Europa, hacia sí mismo. Iba bajando paso a paso, porque la gente se aglomeraba en la escalera. El quería bajar pronto para ver a Lita desde el muelle, y trató de abrirse camino a codazos. Hasta estuvo grosero con unas señoras. Pero era inútil. El muro humano se había vuelto infranqueable. Forcejeaba aún para pasar, cuando oyó el nombre de Lita; y se puso a oir. Se acercó por detrás a las personas que hablaban, y trató de esconderse, encogiéndose.

—El viaje es por ella que lo hacen, nada más — dijo una

señora. — Lita es muy caprichosa...

—¿Pero qué ha habido? ¿Algún festejante "mal"...?

—Sí — contestó una de las Olózaga, que estaba de novia con el hijo de un alemán. — La festeja un literato, un bohemio. ¿No lo vieron arriba?

—No...

—¡Un atorrante! — exclamó la Olózaga riéndose. — ¡Qué facha, qué horror!

Riga quedó anonadado. ¡Ah, era por él que se la llevaban! El corazón le latió con mayor violencia y creyó desmayarse. Se tocó la cara. Debía estar pálido mortal. Además se sentía mareado con el gentío y no veía las horas de estar abajo. La fanfarria seguía tocando. Por fin se hizo un claro. Riga avanzó con toda su fuerza y se encontró en la cubierta infefior, frente a la planchada. Ya iba a verla, ya iba a verla. Un momento no más y la podría contemplar a su gusto, decirle cuanto quisiera con los ojos, sin importársele nada de esos filisteos, de esos burgueses pretensiosos y perversos. Se reían de él, pero él, por ser poeta, por ser artista, valía más que todos ellos. Y valía más, por otra razón que él no se animaba a decírsela todavía, pero que ya se le iba evidenciando: porque Lita, su Lita, le quería.

Cuando estuvo en el muelle, la buscó ávidamente. Y allí estaba, llorosa, con su figurita de *gamine,* con su actitud de Tanagra, con el piquito fruncido como si estuviera disgustada. En seguida ella le vió, y le sonrió "a él", sonrió "para él". ¡Ah, cómo era feliz en medio de su dolor! La miraba como a los santos en los altares, y estaba en éxtasis, absorto en ella, casi insensible a las cosas. La gente había descendido y empezaban a soltar las amarras. La mañana era una delicia, una de esas mañanas sin iguales de los otoños argentinos. Una gran claridad, una jubilosa alegría se derramaba por el ambiente, y los cobres de la fanfarria parecían acordarse con el matinal esplendor. Reía el sol, reía el cielo, reían las aguas azules del Plata, reían las banderas de los barcos. Pero los que se despedían lloraban y Riga estaba transfigurado por el dolor presentido de la ausencia, por la felicidad de creerse amado.

Por fin el *Cap Ortegal* empezó a moverse. Bajo las sombrillas partían adioses, frases triviales. Algunos se enviaban besos, todos se decían adiós con los pañuelos, con las manos. Así pasó un largo rato hasta que el barco estuvo en medio del dique. Lita había corrido a la popa, dejando a sus padres y a Eduardo. El poeta tuvo entonces una inspiración. Salió

del muelle y echó a correr como loco. Iba hacia la salida del largo dique: un estrecho canal por donde el vapor pasaría casi rozando las paredes. Riga corría, corría y llegó jadeante. El transatlántico se acercaba, aun pesadamente, arrastrado por un remolcador, pero en seguida empezó a pasar frente a él. Los pasajeros se habían entrado, se paseaban por la cubierta. ¡Ya se acercaba Lita, ya se acercaba, ya la veía venir!

El buque iba pasando lentamente, lentamente. En la popa, con el pañuelo en los ojos, Lita lloraba, apoyada su cabeza en los brazos. Estaba sola, no había nadie a su lado. El buque pasaba, y ella no veía al poeta. ¿No sabría que estaba allí? Y lleno de coraje, con el sombrero en la nuca, Riga le gritó desesperadamente:

—¡Lita, Lita!

Ella, como asustada, alzó la cabeza y vió en la punta del muelle, allá abajo, a su amigo que la miraba como en éxtasis. Le sonrió y con sus manos, con sus dos manos, le saludó una, dos, muchas veces... Y mientras el vapor se alejaba, ella seguía siempre saludando, diciendo adiós con el pañuelo.

Pero ya el barco estaba lejos, ya Lita se perdía en la distancia y sólo quedaban los sones de la fanfarria diluyendo su júbilo en aquella gloria matinal. Cuando el poeta ya no vió a Lita, se llevó las manos a la cara y sollozó afligidamente. ¡Se iba su Lita! ¡Se llevaban su sola alegría, lo único que le reconciliaba con la vida! Lita era la sola persona que le había comprendido, que amaba sus versos, que veía en él una vocación. La apartaban de él porque le reputaban peligroso, como si fuera un apestado. Y lo era, sí. Tenía todo su ser inficionado por la mala peste de la poesía, tenía poesía en el alma, poesía en el corazón, poesía en sus acciones, en sus ambiciones. La poesía le apartaba de Lita, la poesía le hundía en la desgracia. Y agobiado de dolor, sintiéndose viejo en sus veintiún años, sublime de rebeldía y de romanticismo, irguió hacia el cielo el puño cerrado, en la soledad del lugar, mirando el punto negro del vapor distante.

Quedó inmóvil un momento, maldiciendo en su interior a la Poesía, a la Sociedad. Vida, juventud, amor, todo lo había perdido. Lo había perdido porque Dios le hizo artista. ¿Por qué no fué un burgués, un hombre como todos, un vulgar abogado? Entonces Lita hubiera sido suya, suya para siempre. Por eso maldecía a la Poesía, frente al mar y frente a Dios. ¡Maldecía al veneno de su juventud, al tormento de su vida!

Y echó a andar, encorvado, doloroso, con el rostro contraí-

do en una ancha mueca de sufrimiento. Iba al centro de la ciudad. Junto a él pasaban, en automóviles y carruajes lujosos, los que fueron a despedir a los viajeros. Riga caminaba vacilante, insensible a las cosas que le rodeaban, tambaleando como un enfermo o como un ebrio. Un carruaje estuvo a punto de atropellarle, y él reconoció dentro a Magdalena y otra amiga de Lita. Corría para alcanzar el carruaje, para ver a las que iban dentro, como si fuese a sentir, prolongado en aquellas muchachas, el encanto de Lita.

Llegó a las arcadas del Paseo de Julio, y, doblando en la primera esquina, subió la calle en cuesta que conducía al centro. La calle 25 de Mayo aumentó su dolor. Muchas noches, hacía algunos años, había recorrido con sus amigos, en tren de alegría, los pequeños cafés conciertos de aquel lugar. Pasó por el *Internacional*, que le rememoró infinitas horas de juventud. El barrio, que cobraba a la noche una extraña vida, estaba casi solitario. Debía ser más de las once de la mañana; hacía mucho calor. En las tabernas, marineros y trabajadores comían. De algunas casas salían canciones exóticas. Al cruzar las esquinas veía los mástiles y las banderas de los grandes barcos. Toda aquella calle cosmopolita parecía hablarle de viajes y de países lejanos, recordándole su irremediable desgracia. Y de pronto, sin meditar en lo que hacía, al pasar frente a un bar, se metió dentro. Era una casa sucia, de mal aspecto, frecuentada por ingleses y alemanes de condición ínfima. Varias mesas estaban ocupadas.

—Mozo, ¡un whisky!

En una mesa próxima, un inglés, borracho, cantaba una canción ridícula. Sus dos compañeros le escuchaban gravemente, pero al llegar al estribillo, que era un "oh" prolongado, se quitaban la pipa de la boca y reían grotescamente.

Riga bebía con lentitud, y, mientras tanto, veía a Lita en el extremo del buque, diciéndole su adiós. El la contemplaba extático, con los ojos vagos, indiferentes a cuanto le rodeaba. Recordó poco a poco, como una cinta de cinematógrafo, lo que llamaba la historia de su amor: aquella tarde cuando la conoció, los versos que ella le había inspirado, las deliciosas noches de sus visitas en que juntos leían versos, los paseos en Palermo viéndola él pasar en coche, su declaración cuando el santo de Lita, todo lo que él había hecho por hacerse digno de ella, todo lo que había soñado, ¡todo lo que había soñado inútilmente! El había creído amarla con toda su alma; mas ahora que ella se iba, al comprender que tal vez le quería y que la

alejaban de él, veía toda la hondura de su sentimiento. ¿Pero por qué el mundo era tan malo? ¿Por qué no dejaban a estos dos seres quererse con su amor divino?

—Mozo, ¡otro whisky!

Sí, ¿por qué no los dejaban quererse? No debía haber derechos contra el amor. Ellos bien podrían casarse alguna vez. Vivirían modestamente. Lita no necesitaría lujos ni excesivas comodidades. Con su cariño eterno, con la Belleza reinando en el hogar, ¿qué más podían desear? El dinero, ¿acaso daba la felicidad? La aristocracia, ¿para qué servía? Además, ellos tenían tesoros de amor y de ensueño, la fortuna del arte, la nobleza del talento. Pero la sociedad no reconocía tales dones, la sociedad, vieja prostituta que se entregaba a los ricos. ¡Ah, la vida! Era una vil miseria, la vida. Daban ganas de suicidarse, de hundirse en la nada. Sólo el dolor era eterno, sólo el dolor existía. ¿La felicidad? Una estúpida farsa. En el mundo no había sino artificio, mentira, convencionalismo. Habría tal vez felicidad si los hombres fueran sencillos, si no buscaran hacerse mal unos a otros, si no se empeñaran en ser egoístas y orgullosos. Veían dos almas buenas y jóvenes que se amaban, y, en lugar de proteger aquel amor sincero, los separaban, les llenaban el alma de amargura, de odio a la vida, de desprecio a la sociedad... ¡Si pudiera él olvidar, como aquellos ingleses que cantaban canciones estúpidas! Los miraba con desprecio y con interés. Deseaba pedir otro vaso de whisky para llegar a aquella inconsciencia que imaginaba como un refugio para sus sufrimientos. Tenía dinero, pero no se atrevía, de vergüenza, a llamar al mozo. En ese momento miró por la vidriera, y como la casa ocupaba una esquina, pudo ver, siguiendo la calle que bajaba al puerto, algunos mástiles lejanos. Llamó entonces al mozo, y, al tenerle enfrente, sintió que el pudor no le dejaba pedir más de beber. Le preguntó cuánto debía y pagó. Pero al retirarse el mozo, estalló el "oh" del inglés y las risas grotescas de sus amigos. Entonces llamó al mozo, y sin mirarle, un poco sonrojado, le ordenó:

—¡Otro whisky!

Había que olvidar, que olvidarlo todo... Sólo a ella no olvidaría. La veía siempre, como en un altar. Pero ahora su imagen se borraba un poco, se festoneaba de sombras. Lita, Lita, ¿la iba a olvidar, a ella? No, toda su vida sería para recordarla, para cantarla, para vivir de aquellos sueños magníficos. ¡Lita, su Princesa que tantas veces cantara! Había amado a la Princesa, la había invocado con toda su alma. La

Princesa se le apareció, se concretó en la imagen de Lita, y, cuando creía poder llegar hasta ella, se desvaneció como un sueño. No existía la Princesa, no existía sino el Dolor... Miró los mástiles y pensó en que él no podía seguir a Lita, y se acordó de su primer viaje, cuando vino a Buenos Aires y su madre lloraba tanto porque temía que su hijo se perdiera. ¡Pobre, su madre, y cuánta razón tenía en llorar!

—¡Otro whisky, mozo, otro más... pronto!

Se miró en un espejo mugriento, puntuado por las moscas, y le dió miedo su cara, una cara de desesperado, de enfermo. Pensó que sus angustias podían llevarle a la locura, y se aterrorizó, acordándose de las pobres mujeres que vió en el manicomio. No obstante, bebió el vaso, casi de golpe. Luego quedó inmóvil, con la mirada perdida. Se pasó la mano por la frente, se frotó los ojos. Y se estuvo largo rato, sin sentir otra cosa que los "oh" del inglés borracho. Por fin pagó al mozo. Luego sonrió con beatitud, y así permaneció unos minutos, como mirando alguna imagen de encanto y de ilusión. Después, se levantó. Tambaleó un poco, y, haciendo esfuerzos para caminar, salió a la calle.

Soplaba una brisa que le serenó algo. Sintió vergüenza al notar que la gente le miraba, le pareció que los cantos y las risas de los ingleses le perseguían, y tomó un coche. Cuando llegó a la casa de huéspedes donde vivía con Ardoino, ya habían acabado de almorzar. Ardoino, que cruzaba el patio, le llevó a la pieza, tratando de que no le vieran los demás huéspedes.

—¿Qué es esto, Carlos? ¿Por qué has bebido de ese modo?

—Dejame... dejame... no puedo más...

Y cayó sobre una silla, agobiado de pena, con los ojos abiertos, estupefacto, como si sólo ahora se hubiera dado cuenta exacta de su situación.

—No, no te dejo, hombre. No faltaba más que bebieses. Eso sacas con tus amistades, con tu vida desordenada...

Riga se había quitado el sombrero y se había puesto de bruces sobre la mesa, con la cara entre los brazos. Ardoino le miraba lleno de pena. No era que unas copas de más le asustaran. En los banquetes, en las "farras", el hecho era común entre los muchachos. Le alarmaba que a esa hora de la mañana, habiéndose levantado temprano, su amigo viniera así. No se trataba, tampoco, de una borrachera, sino de algo peor. Era la presencia del Mal, del vicio horrendo, que parecía haberse apoderado de su amigo. Y cambiando el tono brusco y amo-

nestador por un tono cariñoso y paternal, le dijo, palmeándole suavemente en la cabeza:

—Contame todo; ¿por qué hiciste eso?

Riga levantó la cabeza y le miró. Parecía tener la inteligencia más despejada. Se pasó la mano por la melena varias veces, miró hacia todas partes, y por fin, tomando una mano a su amigo, le contestó, con la voz empañada y la barbilla temblorosa de ganas de llorar:

—Para olvidar, hermano...

—Para olvidar, ¿qué?

—Para olvidarme de que vivo, para olvidar la tragedia de mi existencia, para olvidarme de que soy poeta, ¡para olvidarme de ella!

Había hablado con tanto dolor que Ardoino quedó emocionado. Hubo un largo silencio. Ardoino no sabía qué decirle, y trataba de no mirarle para no aumentar la congoja del momento. Al cabo, Ardoino vió el rostro del poeta congestionado de sufrimiento y sus ojos se humedecieron. Cerró la puerta del cuarto y poniéndole una mano en un hombro le dijo:

—Todo se ha de arreglar... ¿Ella te quiere, verdad? Bueno; pues entonces, es cuestión de tiempo.

Riga se levantó y parándose frente a su amigo le tomó de los hombros y, a punto de estallar, cargado de dolor y de llanto, exclamó trágicamente:

—¡No, de ella no me quiero olvidar, no podría olvidarme!

Su rostro, como un cielo trágico, se torturaba por el llanto que no salía, y sus facciones, doloridas, tenían relampagueantes movimientos nerviosos. Permaneció en pie unos segundos, en silencio, inmóvil, apoyado en su amigo. Pero al fin, no pudo más, se arrojó de bruces sobre la cama, y allí la tempestad que hervía en su alma se descargó en la lluvia de su llanto, un llanto triste y sollozante, un llanto largo, un llanto que arrastraba en su hondura, para siempre, la belleza de una juventud.

SEGUNDA PARTE

I

Pasaron cuatro años. Era invierno. Riga vivía con Pedro Rueda en una casa de altos de la calle Suipacha, donde se alquilaban piezas a hombres solos; ocupaban el último cuarto: una pocilga de piso embaldosado, oliente a desperdicios, a hollín, a humedad. Cuidaba la casa un matrimonio español. El hombre era bonachón y nada exigente para la mensualidad; la mujer les lavaba la ropa y les atendía cuando se enfermaban. Riga pagaba apenas treinta y cinco pesos por el cuarto amueblado, pero sus ganancias eran tan míseras que a veces no alcanzaban a esa suma. Comía en una fonda en la que, durante varios meses, tuvo pensión. Ahora, suprimida por pobreza la pensión, comía cuando tenía dinero o cuando le invitaba algún amigo. Antes, la cuidadora le hacía todas las mañanas café con leche mediante un pequeño estipendio mensual. Riga tomaba el café con leche y reservaba el pan para las doce, lo que constituía, muchas veces, su único almuerzo. Pero en las últimas semanas, como no tuviera con qué pagar a la mujer, le ordenó que no se lo preparase más. Y para evitar que ella quisiera dárselo gratuitamente algunos días, de lo que era capaz, tuvo que decirle que lo tomaba en la redacción del periódico donde estaba empleado, en compañía de amigos.

Aquella mañana hacía mucho frío. El muchacho no tenía más calor en el cuarto que la sangre de sus veinticinco años. Su abrigo era un par de cobijas delgadas, irrisoria defensa para un frío de dos grados bajo cero. La cuidadora acababa de despertarle a las ocho, como de costumbre. Pero ¡qué po-

cas ganas de levantarse! Su compañero, que escribía en un diario de la mañana y que había llegado al amanecer, dormía pesadamente. En los vidrios de la puerta veía el frío atroz. Y no había más remedio que levantarse, ir al periódico. Se vistió tiritando, en el cuarto helado, y salió a la calle. No tenía un centavo para pagarse un café, y no le pidió a su amigo por no despertarle. Sin sobretodo, pues lo había vendido, con las manos en los bolsillos, los hombros alzados como para abrigar el pescuezo, temblando a ratos, se dirigió a las oficinas de *El Orden*.

Era *El Orden* un diario político fundado por Basa, para sostener cierta candidatura oficial a la presidencia. Basa, que se recibiera de abogado hacía tres años y había querido ahora entrar en política, fundó *El Orden* creyendo que no habría otro candidato oficial que el suyo. Pero las cosas cambiaron, y el candidato de Basa, que no podía triunfar, porque había perdido el apoyo del presidente, se había arrojado a la oposición. *El Orden,* pues, que había nacido para ser gubernista — ya que Basa no concebía estar contra el gobierno y adulaba ahora a los políticos como antes a los profesores de la Facultad — no tuvo otro remedio que seguir aquel ingrato camino. Empezó el diario con grandes bríos. Basa lo había instalado lujosamente y pagaba buenos sueldos. Pero ahora vivía una existencia muy difícil, casi sin suscritores, pagando mal a los empleados; y como no tenía la menor esperanza de trunfo, Basa se había puesto furioso, maldecía a su candidato y esperaba la primer oportunidad para "darse vuelta". Mientras llegaba el momento, él continuaba la lucha "contra la indiferencia del ambiente", como decía, y "en defensa de los principios" de su partido.

Riga, hacía cerca de un mes, le había pedido el puesto a Basa, que le nombró redactor con ochenta pesos mensuales. Orloff también era redactor y había entrado en *El Orden* por empeño del secretario, don Fernando Antelo. Orloff se había convertido en el factotum del diario. El le daba interés, y como el hombre despedía ironías, sarcasmos y violencias por todo el cuerpo, llenaba a maravilla el programa opositor y redentor de Basa. De otro modo Basa no le hubiera tolerado, pues Orloff se permitía burlarse de él, con agresiva irrespetuosidad.

Faltaban pocos metros para que Riga llegara a las oficinas del diario, cuando vió a Orloff que iba a entrar. Le detuvo, y se pusieron a hablar en la vereda. No pasaron cinco minu-

tos cuando vieron a Basa que venía por la acera de enfrente. Basa cruzaba la calzada cuando resbaló en un poco de estiércol de caballo. Y entonces Orloff, que le tuteaba desde el día siguiente de conocerle, le dijo:

—Te has resbalado en tu propio elemento...

A Basa no le gustó la broma. Tenía la preocupación de las jerarquías, y aunque Riga era condiscípulo suyo, como en el diario ocupaba un puesto inferior, le fastidiaba que Orloff le dijera tales cosas en presencia de él. Esto, aparte de que la broma era en sí irrespetuosa. Pero Basa no dijo nada y se puso a conversar con ellos.

Riga los dejó muy pronto y se metió en la redacción, donde ya trabajaban algunos pinches.

En el cuarto vecino, ocupado por el secretario, oyó poco después la voz lenta, martillada y resonante de Orloff hablando con Basa, con un redactor del diario y dos visitas, una de las cuales era Salvatierra. Hablaban de la mala situación de *El Orden*, y Basa refería cuanto había hecho para levantarlo. Todo era inútil. *El Orden* "no entraba".

—Es que éste es un periódico — afirmó Orloff — que carece de toda *base* intelectual.

Todos rieron, incluso los pinches de la redacción, pues como la voz de Orloff tenía un alcance extraordinario, habían oído todo.

Cuando las visitas se fueron, el secretario llamó a Riga.

En el momento en que el poeta entraba en la secretaría, don Fernando, parado sobre su escritorio. trataba de arreglar un cuadro que se había caído. Y Orloff, al ver los pies del secretario sobre la carpeta, dijo con impávida seriedad, dirigiéndose al otro redactor y a Riga:

—Retirémonos, muchachos; don Fernando se dispone a escribir...

Don Fernando sonrió bonachonamente. Arregló el cuadro y bajó de la mesa. Era un viejo periodista, que había pasado la vida ennegreciendo hojas de papel.

—Hola, tengo que hablar con usted — le dijo a Riga, en cuanto le vió.

Los demás se retiraron.

—Siéntese, mi amigo — indicó el secretario con cierta solemnidad. — Usted sabe que este diario es esencialmente político y sospechará que el propietario no dispone de grandes capitales o no quiere emplearlos en esto, lo que hace bien.

Riga asentía con la cabeza, mientras don Fernando continua-

ba con la palabra. Bueno: en el mes que llevaba Riga en el diario, ¿qué había hecho? El primer día entregó un cuentito; al otro, unos versos. El se los publicó porque no eran malos y no todo había de ser política. Pero el diario no podía vivir de literatura. El ya le había aconsejado a Riga, le había dado varios temas para artículos políticos. El resultado había sido pésimo. Ahora el propietario había manifestado su descontento.

—Pero yo me he interesado por usted y he conseguido un nuevo plazo.

—Muchas gracias, don Fernando. ¿Y qué tengo que hacer?

—Pero ensayar el artículo político, pues amigo... Mire, escríbame algo muy violento contra el presidente, sobre la cuestión de San Luis.

—¿La cuestión de San Luis?

—Pero, mi amigo, ¿no sabe de qué se trata? — preguntó don Fernando mirándole con cierto enojo. — Así no se puede ser periodista. *El Orden* ha hablado del asunto hasta cansarse. Bueno, vaya; léase los diarios, escriba un artículo fuerte, ¿eh? bien fuerte, y tráigamelo dentro de una hora.

Riga fué a la redacción y, deseando informarse por sí mismo sobre la cuestión de San Luis, se puso a leer los montones de diarios de la semana, que colgaban, como reses, de grandes clavos metidos en la pared. Leyó los diarios opositores al gobierno, pero también, queriendo estar bien enterado, revisó algunos diarios adictos y otros que dragoneaban de imparciales. Vió con asombro que no había dos que refiriesen las cosas del mismo modo, y no sabiendo qué pensar de la cuestión de San Luis, fué a hablar con el secretario.

—Se ha despachado pronto; así me gusta, amigo... — le dijo don Fernando, sin mirarle, pues estaba escribiendo un editorial.

Riga explicó. El no podía atacar al presidente porque no estaba convencido de que las cosas hubiesen pasado como las pintaban los diarios opositores. Don Fernando dejó la pluma, y, volviéndose gravemente, se encaró con el poeta:

—Pero, amigo, ¿qué idea tiene usted del periodismo?

Y se quedó mirándole con sincero asombro. Riga, cortado, bajó la cabeza. Luego, tartamudeando, contestó:

—Cuestión de honestidad, señor, enterarse de...

—Pero, ¿qué tiene que ver la honestidad con el periodismo? Hace treinta años que soy periodista y es la primera vez que oigo semejante cosa.

—Yo creía...

—Es que no hay que creer nada, pues amigo.

En sus treinta años de periodismo él había escrito en diarios de todos los partidos. Había dicho improperios y después endiosado a cuanto político había en el país. ¿Y bueno? ¿Era un carnero por eso? No, señor. Era que el periodista no debía tener ideas propias, no podía creer sino lo que convenía al periódico.

—Mire, mi amigo — dijo levantándose y poniendo la mano en el hombro del muchacho. — Usted es una criatura todavía. Vaya a la mesa y escriba el artículo. Y no sea lírico, ¿eh? No me lo llene de literatura.

Riga salió cabizbajo, sin esperanza de conseguir resultado alguno. No se sentía periodista. La política le era profundamente antipática. ¿Qué le importaba a él que el presidente hubiera hecho elegir senador por San Luis a un paniaguado suyo, obteniendo el voto de los senadores provinciales por recompensas o amenazas, como aseguraban los opositores? A él sólo le interesaba el arte, la belleza. Sin embargo, se puso a escribir el artículo, pues no se resignaba a perder tan fácilmente el puesto. En la redacción, con la pluma en la mano, pasó una media hora sin escribir media línea. Era penosa su situación. Y además necesitaba estar solo, poder pasearse, decir sus frases en voz alta, para ver cómo sonaban, antes de fijarlas en el papel. Le era imposible, orgánicamente imposible, escribir como don Fernando, que llegaba de la calle, tomaba la pluma, enhebraba lugares comunes y se iba a hora fija, dejando el artículo en cualquier punto, para seguirlo a la tarde apenas volviese. El tenía el pudor del literato, y si, alguna vez, conscientemente, hubiera ensartado frases hechas, habría enrojecido como ante un acto vergonzoso. Pero, ¿qué hacer ahora? El tiempo pasaba y don Fernando esperaría el artículo. Entornó los ojos como quien bebe un purgante, y, apoyando la pluma en el papel, comenzó a deslizarla suavemente, cosiendo sus ideas sobre la cuestión de San Luis. Las frases hechas paralizaban su mano, le avergonzaban; y trataba de dar un giro a la frase. Comprendía que a veces se tornaba oscuro, demasiado literario, pero él no podía escribir de otra manera. Cuando acabó el artículo, lo llevó al secretario.

—Pero, amigo, — dijo don Fernando, a la vez con lástima y enojo — esto es impublicable.

Riga bajó la cabeza con desaliento.

—Aquí no hay nada concreto — continuó el periodista. —

Todo se vuelve frases bonitas, algunas tan decadentes que no hay cristo que las entienda...

Quedaron silenciosos. Luego se miraron, como si ninguno se atreviera a expresar sus propios pensamientos. Riga comprendió que a él le correspondía sacar del apuro a don Fernando y dijo:

—Entonces quiere decir...

—Sí, naturalmente...

—... que no sirvo para este oficio...

—¡Quién sabe, amigo! Con el tiempo...

Riga se levantó, dió la mano a don Fernando y, diciéndole que dispusiera de su puesto y agradeciéndole el interés que se tomara por él, abandonó la redacción. Se acercó a Orloff, que escribía en el cuarto vecino, y le dijo que deseaba hablarle. Orloff terminó un párrafo y siguió a su amigo.

—¿Qué te pasa, viejo? — preguntó Orloff.

—Por lo pronto me pagas un café con leche. Estoy en ayunas.

Fueron a un café próximo. Y mientras traían lo que pidieron, Riga, con acento fatalista y triste, dijo a su amigo:

—Acabo de dejar el diario.

—¿Porque no pagan? Si no hacía un mes que estabas allí...

Riga le habló con franqueza. Le habían echado, o poco menos. Don Fernando decía que sus artículos eran demasiado literarios y Basa estaba disgustado de su trabajo.

—Pero hablando en plata, ¿qué hubo?

—La cuestión de San Luis...

—¿La cuestión de San Luis? No entiendo, viejo.

—Es que yo no sé de qué se trata.

—Ni yo tampoco — contestó Orloff, que había escrito veinte artículos feroces sobre la célebre cuestión.

Riga se explicó. Don Fernando quería que él hablase mal del Presidente, y él no sabía hacer eso. Si el Presidente fuera escritor y mal escritor, entonces sí. Orloff se manifestó asombrado de que a Riga le costara hablar mal de alguien.

—Si se tratara de hablar bien, comprendo la dificultad...

Ambos bebieron su café con leche. Después de una pausa, Orloff, en tono de camarada, le preguntó:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer, hermano?

Riga no lo sabía. Por lo pronto recorrería las redacciones, ofreciéndose. Ya que no servía para redactor político, quizás le tomaran como crítico de teatros. Además escribiría cuentos,

versos, que publicaría en *Líneas y Colores* y que seguramente se los pagarían bien. El ya era una firma conocida.

—Yo no te ofrezco nada porque... tú sabes...

—Sí, hombre, ya sé...

Volvieron juntos hasta la puerta de *El Orden*. Orloff entró en el diario y Riga se dió a vagar por la ciudad.

Eran las once de la mañana. Un espléndido sol de invierno sonreía en las calles, dorando y deshelando el ambiente. Hacía frío, pero en las cosas y las gentes se sentía el contento de la vida, como si el mundo se hubiera transformado al ser envuelto por el sutil polvillo de oro de aquel sol de alegría. En Florida, delgadas y ágiles muchachas de aire un poco anglosajón, realizaban, a largos pasos, su aristocrático *footing* matinal.

Riga caminaba cohibido, sintiéndose mal trajeado y sucio. Llevaba una barba de tres días, y su ropa era una pura miseria. Iba arrimado a las paredes y encogido, como ocultándose. Temía encontrarse con algún condiscípulo, con alguna de las personas que conociera en la casa de los Itúrbide. ¡Qué dirían las amigas de Lita si le vieran así!

Y entonces pensó en ella. Durante cuatro años no había cesado de recordarla. Ahora no creía sentir amor ninguno, ¡pero al principio! Lo que sufrió él con el viaje a Europa de Lita, era indecible. Largos meses pasó en un desastroso estado de abatimiento y desesperación. Inútil fué la amistad de Ardoino, que se interesaba por él como una madre; lo único que le hacía olvidar sus penas era el alcohol. Había bebido angustiosamente, desesperadamente y, a causa de su estado de ánimo, que le impedía cumplir en la oficina, y del vicio de beber, había perdido su empleo. ¿Cómo pudo caer él de esa manera? Bebió y bebió, y se quedó sin trabajo y hasta sus amigos le huyeron. Por fin, después de cuatro meses, dejó el alcohol, aunque no absolutamente. Pero siempre se acordaba de Lita, y solía buscar en la crónica social de *La Patria* noticias de los argentinos en Europa. Dos años duró el viaje de los Itúrbide. Al volver Lita, él se hallaba mejorado en todo sentido. Era redactor de un diario de menor cuantía, pero le pagaban con puntualidad. Bebía relativamente poco, y como su organismo se había habituado al alcohol, apenas se le notaban los siete u ocho whiskys que cada día entraban en su cuerpo. No vió a Lita en ninguna parte, ni intentó siquiera ir a su casa. Por los diarios supo que los Itúrbide habían pasado en Mar de Plata una larga temporada y que, después de algunos meses, tal vez

un año, de estada en Buenos Aires, habían vuelto a Europa. Después, él llevó una vida accidentada, y pasó varias veces de la prosperidad a la dura pobreza de la bohemia. Llegó a ser secretario del doctor Lantero durante seis meses, y por él tuvo noticias de los Itúrbide. Luego vino una mala época, un año de miserias increíbles, de hambre, de humillaciones. Y en esta época se hallaba todavía. Pensó salir de ella con su entrada en *El Orden*, y he aquí que después de veinte días le echaban. ¿De qué iba a vivir ahora? Había vendido a un judío cuanto tenía; no podía, pues, empeñar nada. En la casa, debía tres meses. Los encargados eran muy buenos con él, pero el patrón les exigía que le apremiasen. ¡Y qué iban a hacer los pobres, sino amenazar a Riga con la expulsión! Se lo habían dicho varias veces, el día antes, sobre todo; y se lo habían dicho emocionados, sufriendo verdaderamente. En ciertos momentos de desesperación él había recurrido a su madre, pero hacía un año que muriera el procurador, dejando a su familia en la pobreza. El sabía que su madre, de conocer la situación del hijo tan querido, se quitaría el pan de la boca. Por eso le ocultaba sus miserias y le hacía creer que nada precisaba; prefería pasar por egoísta y mal hijo, antes que sus hermanas y su madre se privaran de algo.

Había llegado a la Avenida de Mayo. Se encontraba como perdido, sin saber adónde ir. En el reloj del gran diario *La Imprenta* vió que eran las doce. ¡Y él no tenía ni para pagarse un café con leche! Bueno; se quedaría sin comer, como otras veces. Y siguió por la Avenida de Mayo, mirando a cuantos pasaban, en la esperanza de encontrar algún compañero. Porque sus camaradas habían sido leales con él. Cierto que en sus buenos tiempos él les prestó dinero a muchos de ellos y los invitó a comer. Pero esto no amenguaba en nada el mérito de sus amigos. Era la solidaridad de la bohemia, la fraternidad en la Ilusión y la Pobreza. Ahora, desgraciadamente, él se había distanciado de sus amigos. El grupo se había disuelto; unos "hacían periodismo" en las provincias, otros cambiaron las letras por cómodos empleos. Ardoino, apenas terminados sus estudios, se fué a Salta. Además, a causa de su vicio, casi todos le huían. Se avergonzaban de andar con él, y esto era el mayor suplicio de su existencia.

Estaba en una esquina, con la mirada lejana, sin saber qué hacer. De pronto sus ojos leyeron el nombre de la calle transversal a la Avenida, y tuvo una inspiración. Era la calle Tacuarí, y, acordándose de doña Luisa, pensó que ella le ayu-

daría. Y se dirigió a paso rápido, a la casa de su antigua patrona. Ella le invitaría a comer, seguramente. Pero él prefería tomar pensión. Tenía la certeza de que ella confiaría en él. Por lo demás, le pagaría pronto, en cuanto consiguiese un puesto en algún diario, o, más probablemente, cuando se representase un drama que pensaba escribir. Y mientras se dirigía a la casa de doña Luisa, construía mentalmente aquel drama. Tendría tres actos, tres actos llenos, macizos, muy movidos. Todavía no había concretado bien el asunto, pero lo trataría sentimentalmente y pondría un poco de tesis, algunas palabras trascendentales, en la escena final. Gustaría mucho, no lo dudaba. Se daría treinta noches seguidas, por lo menos, y ganaría un platal. Todo ello, sin contar con la celebridad. Quizás algún personaje político se encantara con el drama, y le diera un empleo a su autor. El conocía casos. Sí, había que escribir el drama, escribirlo pronto, para tal fecha próxima.

En la casa de huéspedes acababan de almorzar. Doña Luisa salió a la puerta, y, al encontrarse con Riga, puso mala cara. El poeta a quien ella creía en la prosperidad, le debía seis meses. Riga comprendió la actitud fría de doña Luisa y sintió remordimientoss, ¡aunque él mismo no tuviese ni para comer! Cierto que cuando era secretario del doctor Lantero recibía un sueldo regular. Pero lo empleaba en vestirse decentemente, en desempeñar sus cosas, en ayudar a algunos amigos necesitados. Jamás hubiera logrado la suma suficiente para pagar a doña Luisa. Pero lo que a ésta le disgustaba, no era la deuda como el hecho de que Riga le recordara la desgracia de Nacha.

—¿A qué viene por aquí? — le preguntó de mal modo, con su brusquedad habitual.

—Deseaba verla; hacía tanto tiempo que no la visitaba... — contestó el poeta, cortado por el recibimiento.

Doña Luisa le hizo pasar, y comprendiendo, por su vestimenta y su aspecto, que su antiguo huésped debía estar en muy triste situación, se humanizó un tanto. Riga le preguntó por las muchachas.

—No me hable, no quiero saber nada de esas perdidas.

—¿Pero también Cata?... — exclamó Riga tímidamente, lleno de asombro.

—¿Ah, no sabe?

Y sin escrúpulos de ninguna clase habló pestes de las hijas. Cata se había dejado enamorar por un compadrito sinvergüenza. Ella se lo dijo mil veces: si se casaba con ese

atorrante, que se olvidara de su madre. Cata le contestó que trataría de romper, cuando una tarde se fué de la casa y se casó con el compadrito.

—Yo ya no tengo hijas — exclamaba la patrona manoteando con indignación. — Se me importa un rábano de las dos. Por mí que revienten. Y al fin de cuentas, mejor para mí. Ahora estoy libre, tengo menos preocupaciones. Que se vayan a la miércoles...

Riga quiso saber algo de Nacha y preguntó por ella con voz casi susurrante. Nacha había sido bastante amiga suya y más de una vez le hizo confidencias.

—¿Esa? Es una tal por cual. Y no me hable más de semejante arrastrada.

Quedaron en silencio. Luego hablaron de los antiguos huéspedes de la casa y de los actuales. El único que estaba era Gutiérrez. Pero ya no era apuntador, sino representante del aceite Pons y se encargaba de hacer propaganda. A veces iba a las provincias como viajante.

—Y ahora se me ocurre... Claro, viene de perilla, Riga. Voy a llamarlo a Gutiérrez.

Y salió del comedor como un balazo. Al rato volvió precediendo a Gutiérrez. El hombre llevaba zapatillas bordadas, un pijama de invierno y un gorro. Parecía un pachá, y traía un gesto severo y grave. Saludó a Riga hurañamente y se sentó cruzando las piernas.

—¿Siempre en el teatro, señor Gutiérrez? — preguntó Riga por hablar algo.

—¡Cá, hombre! — contestó agriamente.

Y quedó gruñendo, levantando los hombros con desprecio, y exclamando una incomprensible interjección que parecía un ladrido.

Doña Luisa, viendo que su cliente había amanecido con la luna, y que nada diría de lo que al poeta podía interesarle, dijo:

—Ahí tiene el hombre que necesita.

—¿Quién? ¿Para qué?

—¿No me contó que andaba buscando un poeta que le hiciera versos para el *réclame* del aceite?

Gutiérrez se echó para atrás, miró a Riga como examinando su capacidad literaria, y contestó, dirigiéndose al poeta:

—Efectivamente, señor de Riga, tengo *necesidat* de alguien que me escriba unos versetes. Podría escribirlos yo ¿sabe *ustet?*

que he sido crítico en Barcelona. Pero vamos, no se me da la gana... ¿estamos?

Miró a Riga agresivamente, como contestando a algún ataque del muchacho. Pero Riga estaba mudo.

—Sus ideas literarias — continuó el catalán sentenciosamente — eran una camama, ¿entiende *ustet?* Pero yo creo que habrá cambiado *ustet,* que será capaz de hacer lo que deseo, una buena *réclame* para el aceite, pero buena, ¿estamos?

Como Riga no contestaba, Gutiérrez agregó que se los pagarían bien, que por lo menos le darían cinco pesitos por cada composición.

—¿Qué, no contesta *ustet?*

Riga repuso que él no prostituía su inteligencia. El amaba el arte, la belleza, y no se rebajaría hasta escribir versos de esa índole. Prefería morirse de hambre.

—¡Pero se precisa ser sonso! — exclamó doña Luisa con enojo. — ¿Y para qué escribe? Se le presenta una ocasión de aprovechar su facilidad de escribir pavadas y no acepta.

—Señora, — dijo Gutiérrez, con sarcasmo — deje *ustet* a ese genio universal. El señor de Riga es un poetazo como esta casa, es un Núñez de Arce, ¿estamos? Déjelo, señora mía. ¿No ve *ustet* que vale más que nosotros, y que *ustet* y yo somos un par de paletos a su lado?

—Es que me da lástima, Gutiérrez, ver a un muchacho inteligente que... que...

Riga se levantó, disculpándose. Doña Luisa pretendió aconsejarle. Era preciso que fuera razonable, que hiciera caso a Gutiérrez, un hombre de mucha experiencia

Cuando estuvo en la calle, el poeta estalló en frases de indignación. Sentía una rabia atroz apretándole la garganta. Le habían dado deseos de pegarle "al gallego", pero pensó que era un pobre diablo, un ignorante, y que de buena fe le ofrecía aquel trabajo. No, no tenía razón para ofenderse. ¿Qué sabía Gutiérrez de la dignidad del arte? Se le pasó pronto el enojo, pero quedó triste, pensando que ya no podría recurrir a doña Luisa. Ella tal vez le hubiera dado de comer todos los días, por lo menos hasta que hallase ocupación. Pero después de lo que había ocurrido, era imposible. El conocía la terquedad de aquella mujer. Seguramente, ya estaba agraviada con él y no le perdonaría nunca su desaire.

Siguió vagando por las calles, pensando en su situación afligente, ilusionándose con el gran éxito que tendría su drama. Pasaba de la tristeza más profunda a la esperanza, y volvía a

ponerse triste y abatido. Poco a poco le invadió un gran cansancio, y, como no tuviese adonde ir, se sentó, como un desocupado vulgar, en un banco de la Avenida. Allí estuvo un largo rato, soñando quimeras. Conseguía un empleo y se convertía en hombre ordenado, abandonando la bohemia para siempre. Ahorraba hasta los centavos, y no bebía nunca más. Luego iba ascendiendo, adquiría fama literaria, ganaba mucho escribiendo artículos en los diarios. Y un buen día encontraba a Lita, y ella, que ya no era una chica, le aceptaba, — al verle tranformado en persona formal y célebre.

Una sensación de hambre le sacó de sus sueños. ¡Ah, si tuviese siquiera con qué beber un whisky, una copa del veneno que engañaba sus miserias y sus desesperanzas! Se levantó y siguió vagando. Iba casi insensible, con la mirada perdida, con un rictus doloroso en los labios. En las esquinas se detenía, y se estaba siglos mirando a las gentes que pasaban, esperando encontrar algún amigo. A veces, creyendo tratarse de un conocido, miraba pegajosamente a alguna persona, y hasta siguió a un hombre, a quien no viera de frente, imaginando que era Olmos. Casi no se daba cuenta de nada. Se encontraba en un estado como de somnolencia, y tuvo el propósito de ir a su casa y acostarse. Pero siguió vagando, parándose frente a los escaparates lujosos, quedándose allí largo rato, mirando sin ver, o frente a los bares y confiterías, contemplando con envidia a los hombres felices que veía beber detrás de las vidrieras. Pasó frente a un restorán donde había comido varias veces, cuando fué secretario del doctor Lantero. Miró la puerta, y hasta entró para ver el lugar donde se sentara. ¡Ah, cómo se iban los buenos tiempos!

Eran ya las cinco de la tarde, cuando al detenerse en una esquina, frente a un café, vió dentro, solo, a monsieur Durand. ¡Qué mala suerte la suya! Precisamente Durand era el único a quien por nada de este mundo, aunque estuviera muriéndose de hambre, le hubiera pedido un centavo. Era cuestión de decencia, de caridad. Todos le habían pedido, se habían aprovechado del buen belga. Además, ¿qué pensaría Durand de los escritores? No; por el decoro del gremio, él jamás pediría a monsieur Durand, que no podía ser un camarada y a quien jamás consideró como escritor.

El belga había renunciado a su mecenismo desde hacía tiempo. Pero continuaba escribiendo y conservaba amistad con algunos literatos. En cuanto vió al poeta le llamó, invitándole a tomar alguna cosa. Se sentaron frente a frente y se pusieron

a hablar de los amigos comunes. ¿Y Noulens? Fué íntimo de Durand. Pero acababan de pelearse y se odiaban a muerte.

—¿Sí? ¿Cuándo ha sido eso? — preguntaba Riga intrigado.

La célebre amistad entre el bohemio y el mecenas se había concluído, hacía pocos días, a consecuencia de ciertas críticas que hiciera el poeta a su protector. El resentimiento venía desde algunas semanas atrás, y las tales críticas no fueron sino un pretexto. En la Brasileña no se hablaba de otra cosa, y hasta hubo un conato de duelo.

—¿No le paguese, señor Guiga, que Noulens no ha pgocedido coguectamente? Yo lo he pgotegido, le he dado dinego, ha vivido en mi casa, y ahoga encuentga que no sé escgibig. No es coguegcto, me paguece que no es coguecto...

—Usted ¿cómo anda con su amigo Salvatiega?

—¿Por qué, Durand? ¿Habla mal de mí?

—¡Oh, usted sabe que el señog Salvatiega...!

—Dirá que soy un pechador, ¿no? Pues le pedí que me devolviera una miseria de lo que le he prestado antes. ¡Mal amigo!

El mecenas miró a Riga fijamente, inclinó la cabeza, y, bajando la voz, le dijo estas palabras, fruto de su larga experiencia:

—Le digué una cosa, señor Guiga, y se la digo a usted pogque es el único que nunca me ha pedido plata. Los litegatos son una punta de sinveggüenzas, de pechadogues, señog Guiga. Cgueamé que los conozco. Me ha costado algo, pego los conozco. Es una suegte conoceglos.

Y ofreció a Riga, que no le escuchaba, un tercer whisky.

Cuando dejó a Durand, el poeta prosiguió su vagabundeo. El frío había retornado: un frío penetrante, seco. Pensó que pudiera darle una pulmonía, y hasta se alegró, entreviendo el final de sus infortunios. Pero el frío le atería, y comprendió que necesitaba ir a su casa, a su único refugio. Aunque, ¿cómo quedarse sin comer? Cierto que los tres whiskys que le pagara Durand habían calmado momentáneamente su hambre, pero no podía, en el estado de su salud, pasar un día entero sin probar bocado. Y decidió seguir por las calles, endurecido de frío, en la esperanza de encontrar un amigo que le prestase dinero o que le convidara a comer. Pero todo fué inútil. Parecía que el frío hubiese barrido a sus colegas de bohemia; y en cuanto a sus amigos bienhallados, encontró a más de uno, pero todos iban demasiado de prisa y no podían detenerse a conversar con él...

Decidió entonces ir a su casa. Tal vez encontrara a Pedro

Rueda, su compañero de cuarto; y aunque Rueda era tan pobre como él, podía ser que tuviera esa tarde algún dinero.

Al llegar a su cuarto, tuvo una triste sorpresa. Sus ropas, sus libros y los pocos objetos que poseía, allí estaban, fuera del cuarto, dentro del cajón en que los guardaba.

—No es culpa nuestra, señor, no es culpa nuestra — decían los encargados de la casa, que vinieron al sentir sus pasos.

Y casi lloraban al explicar lo ocurrido. Había estado el propietario, que se había enojado con ellos; los amenazó hasta con arrojarlos de la casa. ¿Qué podían hacer? Luego el propietario los obligó a sacar las cosas de Riga y dejarlas fuera.

—Está bien, está bien — repetía el muchacho en tono dolorido. — Guárdenme mis cosas en cualquier parte; mañana mandaré a buscarlas.

Y salió a la calle, el pobre vencido de la vida. Iba a mezclar sus angustias, sus desilusiones, sus miserias, en el tumulto de la ciudad formidable, a ahogar sus sufrimientos en el estrépito de la Energía creadora y de la Riqueza fabulosa que agitaban intensamente a las calles de Buenos Aires, ¡aquella Energía y aquella Riqueza que le arrojaban a él, un pobre diablo de soñador, al pozo de su gran desdicha, barriéndole como se barre una miserable cosa cualquiera, arrancándole hasta sus ideales que eran lo más bello de su juventud, y convirtiéndole en una vil piltrafa humana: desperdicio social, simple basura de ensueño!

II

Desde entonces, Riga se pasó las noches y los días recorriendo las redacciones de los diarios y de las revistas. Llevaba cartas de recomendaciones para los directores, los secretarios de redacción, los empleados influyentes. Le hacían esperar horas, y después salían contestándole que no había puestos vacantes. Alguno le propuso que trabajara de balde siquiera un mes, así ellos se enterarían de sus aptitudes. Porque una cosa era escribir versos, y otra — ¿no? — ser periodista. Riga hubiera aceptado, pero donde le hacían semejantes proposiciones era en diarios fundidos, que sólo se proponían tener empleados gratuitos.

A las revistas llevaba versos. Pero no se los querían pagar o los rechazaban, diciendo que no eran para el público. Esto

le llenaba de tristeza. Hubiera preferido que le rechazaran sus versos por malos. Pero, ¿por qué afirmaban que no eran para el público? ¿Acaso el público no gustaba de leer versos? ¡Ah, así había de ser, seguramente! Por eso estaba él como estaba, por eso era un fracasado, un muerto de hambre.

Mientras buscaba trabajo, vivía casi a la ventura. Las primeras noches siguientes a su expulsión de la calle Suipacha, durmió en el cuarto de Orloff o en la casa de Escribanos. El médico, que ya había acogido en su casa a más de un amigo caído en la miseria, rogó al poeta que se instalara con él. Pero Riga no aceptó, pues le repugnaba vivir a costa de otro. Comía cuando le invitaban los amigos, especialmente algunos protectores de literatos, entre ellos Durand. Algunas veces no encontraba nadie que le invitase, y, no atreviéndose a ir en busca de sus amigos con tal fin, se quedaba sin comer. Conoció el hambre, pero no perdió sus esperanzas. Algunos íntimos — Reina, Orloff, Jacinto Viel y otros — le facilitaron dinero, y por fin, después de dos semanas de andar de acá para allá, viviendo como un vagabundo, logró reunir lo suficiente para pagar el mes adelantado de un cuartucho en una pensión miserable.

Una noche, mientras esperaba en la puerta del gran diario *La Patria* a que apareciera Jacinto Viel, uno de sus más influyentes redactores, a quien quería pedirle que le recomendara al director, vió entrar una figura que le era harto conocida. Corrió hacia ella y la alcanzó.

—¡Itúrbide!

—¡Riga!

Itúrbide llevaba a *La Patria* un artículo, mas como hacía cuatro años que no veía al poeta, prefería ir a otra parte, para charlar un rato. Fueron a un bar de la esquina. El poeta pidió un whisky.

—¿Y qué tal, Riga, cómo te va?

—Psh, voy viviendo, cosa que no es tan fácil como parece.

—¿Pero qué te sucede? ¿Estás enfermo, pobre? No hay que afligirse; todo pasa y la vida es buena.

—Por lo visto ya no eres escéptico.

Itúrbide se rió con ganas de su escepticismo. Literatura, cosas de muchachos, romanticismo, en el fondo. Su escepticismo era como la demagogia de Orloff, como el tolstoísmo y el pesimismo schopenhaueriano de Riga.

—¡Cuatro años que no nos veíamos! — exclamó el poeta. — ¿Pero dónde has estado?

Itúrbide había pasado en Europa dos años con toda su familia. Regresó con ella, dió casi todos sus exámenes y volvió a Europa. El no podía vivir sin su París. Buenos Aires le resultaba una aldea. En fin, había vuelto a Europa y se había quedado un año y medio. Hacía seis meses que estaba en la Argentina. Pero como pasara casi todo el tiempo ocupado en negocios y en instalar su estudio, no era extraño que no se hubiesen encontrado.

—¿Y los muchachos? — preguntó con interés. — ¿Orloff, Rueda, Reina?

—Todos han hecho camino menos yo — repuso el poeta tristemente. — Orloff es redactor de *El Orden* y ayer le han ofrecido la dirección de un gran diario de Mendoza.

Reina tuvo un gran éxito con su libro, un libro admirable, lleno de arte y talento. En cuanto a Rueda, era siempre el mismo: egoísta, pretensioso, agresivo.

—Pero tú, ¿qué has hecho en estos cuatro años? Cuando nos fuímos a Europa por primera vez, tenías un puesto en los Tribunales.

Entonces Riga le contó su vida en aquellos tristes cuatro años.

En los Tribunales poco había durado. Algunos empleados sacaban dinero a los litigantes, y el secretario llegó a saberlo. Le mandaban anónimos al secretario, indicándole a él como cómplice. Eran obra, sin duda, de gente que aspiraba a su puesto, de empleados que deseaban reemplazarle con algún amigo. El secretario destituyó a los responsables y le llamó a él. Era un hombre odioso el tal secretario. A él le ofendió la desconfianza y le ''refregó por la jeta'' su renuncia. Después fué empleado en algunos diarios y en la revista *Líneas y Colores*. Un intrigante, un galleguete que hacía las veces de secretario, le hizo perder el puesto. Luego anduvo rodando de diario en diario, cobrando por casualidad, pasando verdaderas miserias. Por fin llegó a caer en una revista semanal, por el estilo de *Líneas y Colores*. Allí publicaba versos y notitas humorísticas. Le pagaban veinticinco pesos al mes y esa era toda su renta. Ni para comer le alcanzaba. Una vez hizo una frase sobre del Palacio, el literato peruano, y del Palacio, que era un potentado, pidió al director su expulsión. ¿Parecía increíble,verdad? ¡Ah, él las había pasado buenas! ¡Y cuántas cosas por el estilo podría contar! Pero ¿para qué? No valía la pena...

—¿Y por qué no recurrías a los muchachos? Tú fuiste siempre generoso con algunos de ellos.

—Sí, algunos me han ayudado; los que menos favores me debían, por cierto.

Quedaron callados. Itúrbide, lleno de lástima, examinaba a su amigo. ¿Sería verdad que bebía? Le encontraba en los ojos algo de raro, una expresión vaga que antes no tuvo. Pero, ¿por qué se iba a perder un muchacho de espíritu sano como era Riga? La pobreza, solamente, no era motivo. ¿Tendría Lita, su familia, él mismo, alguna culpa en la situación dolorosa del poeta? Sintió remordimientos y pensó que hubiera sido mejor para todos que Riga no hubiera conocido a su familia. Pero, también ¿quién podía sospechar semejante pasión? Había ahora, ciertamente, individuos que sufrían de amor, que se pegaban un tiro por una mujer. Pero tales cosas sólo ocurrían entre gentes sencillas, en la clase media, donde todavía perduraba un fondo de romanticismo cursi. Nadie hubiera imaginado que un hombre culto, un poeta, llegara a esa situación. ¡Y cómo estaba el pobre! Le veía flaco, con el rostro hundido, con grandes ojeras, con la ropa sucia y vieja, una barba de varios días. Ahora se dejaba el bigote y sus puntas se le caían desairadamente.

Mientras tanto, Riga se había puesto a hablar del doctor Lantero, de quien fué secretario. Un sinvergüenza el tal Lantero. Le hacía escribir discursos y no le pagaba este trabajo, como si él estuviera obligado a eso. Una vez, le pidió un artículo, y después lo vió en *La Patria,* firmado por Lantero.

—Pero ahora que recuerdo, es pariente tuyo... — exclamó Riga, poniéndose colorado. — ¡Qué plancha!

—Puedes hablar tranquilamente, no más. Yo lo he tenido siempre por un farsante, un intrigante y un camandulero. Es una calamidad...

—Es un político — interrumpió Riga. — No hay que ser injusto.

Lantero era un exponente de nuestra politiquería criolla. Egoísta, materialista, ignorante, no pensaba sino en sus conveniencias. ¿El pueblo? Era bueno como carne de cañón, como elemento electoral, nada más.

—¿Y te pagaba buen sueldo como secretario?

—Ciento cincuenta pesos. Pero me hacía trabajar como un burro.

—¿Y por qué lo abandonaste?

—Porque yo no quise transigir con sus exigencias. Cuan-

do en el senado un miembro de la oposición atacó su elección, Lantero pretendió que yo escribiera artículos contra su atacante y los llevara a los diarios amigos. No era nada que se defendiera, que atacara decentemente. Pero quería que yo llamara cornudo a su enemigo y que lo calumniara. No, yo no las voy con esos procedimientos. Prefiero morirme de hambre...

Itúrbide quedó mirando a su amigo. No era común entre los periodistas tanta honradez. El pobre muchacho merecía otra suerte. Tenía talento, cultura, muchos méritos personales. Sin embargo, ¿por qué no triunfaba? ¡Curioso país el nuestro! Continuaba siendo un territorio admirable para los hombres de presa, para los conquistadores audaces. Y a Riga le faltaban brazos.

—Si acaso tuvieras necesidad, yo...

Y no se atrevió a seguir, por miedo de ofenderle. Su amistad con Riga era casi puramente literaria. Orloff, Rueda, eran amigos personales de Riga, camaradas, compañeros de pobrezas. Pero él no había sido nunca un bohemio, y con Riga sólo hablaba de libros, de autores. Seguramente, Riga aceptaría dinero de cualquiera de sus camaradas, pero nunca de él, del hermano de Lita.

—Gracias, pero no estoy tan necesitado — dijo Riga. — Ahora he escrito un drama. Me va a dar mucha plata, estoy seguro. Además, pienso colaborar más seguido en *Líneas y Colores*.

Itúrbide habló de ir a *La Patria*. Había escrito un artículo titulado *La sonrisa de París* y quería publicarlo en el gran diario. Era un artículo muy trabajado, bien compuesto, bien hecho. Le gustaría mucho a Riga, seguramente. Creía haber comprendido el alma de París. En fin, ya vería.

Salieron y fueron juntos hasta *La Patria*. A Riga le dijeron que Viel no había llegado. Itúrbide se hizo anunciar al director. Y mientras se despedían, Itúrbide rogó a su amigo que le visitase. Había puesto casa en la calle Esmeralda, donde vivía con una muchacha francesa. Todas las noches se hacían reuniones interesantísimas. Iban amigos, alguna amiga. Se charlaba de literatura, de arte, se hacía música.

—Podrás leer tu drama. No encontrarás un público mejor.

—Es una buena idea. ¿Cuándo vas a estar?

—Todas las noches, cualquier noche. No precisas avisar. Pero ¿por qué no vas pasado mañana?

—Bueno, iré pasado mañana. Les daré una lata número uno.

Y se alejó, sonriendo y contento ante la perspectiva de leer su drama a un grupo de personas inteligentes.

Al otro día, casi de noche, cobró en *Líneas y Colores* un cuentito que le iban a publicar. Y por cierto que había salido fastidiado, porque el secretario, un "galleguete" envidioso y petulante, había querido darle sólo diez pesos.

—Es que ustedes tienen muchas pretensiones — decía el español enfáticamente. — ¿Y dónde hay ahora un escritor como el doctor Wilde? Vamos a ver...

—Pero si Wilde no sabía escribir. Orloff...

—Orloff es un judío. ¿Y qué? Tendrá sus méritos; y bueno. Pero lo importante en este país no es escribir sino sembrar. Hacer plata, eso es lo que vale; no la literatura.

—Pero, ¿de qué habla usted?

—Además, — dijo el español con petulancia — ¿dónde me deja usted a Jacinto Viel?

Imposible hablar de algo con aquel hombre que cojeaba de una lógica reumática. Riga salió echando pestes y decidiendo no hablar más con él. Al pasar por una zapatería entró, y se compró un par de botines que "buena falta le hacían". Eran baratos y ordinarios y pagó los ocho pesos que le costaron. Luego entró en un bar y bebió dos whiskys, y al salir encontró a un periodista muy "latero", que le habló media hora de política. Cuando el hombre le dejó era tardísimo, cerca de las nueve, y ya no tenía tiempo de comer. Cenaría a las doce de la noche, como había hecho tantas veces. Fué a su casa, recogió el original de su drama, y se dirigió a encontrarse con Juan Luis Heleno, el crítico y dramaturgo, que le esperaba para oírle leer el drama. Se habían citado para las nueve y media en el *Minerva*, un viejo teatrito sucio, popular y feo. Cuando Riga llegó, acababa de terminarse el primer acto, y parte del público salía a la calle. En la puerta, Riga se topó con Belisario Ramos.

—¿Y que *hacéj* por acá, *chei* vate? — le preguntó su ex convecino en la casa de doña Luisa.

Riga sintió que su sangre generosa se rebelaba y estuvo a punto de negar el saludo al provinciano. Había recordado su actitud infame para con Nacha, a la que había puesto en la calle después de usarla dos años. Un canalla, Ramos. Pero al fin y al cabo él no tenía tanta culpa. Era como casi todos: un producto de la inmoralidad que le rodeaba. Y después de saludarle, como avergonzado de hablar en la calle con tal hombre, le preguntó tímidamente, mirando a su alrededor:

—¿Por qué hiciste eso con Nacha?

—¿El qué?

—No te hagas el sonso — contestó Riga fastidiado.

—Como *ei* hecho tantas cosas con la muchacha... — dijo Ramos sonriendo socarronamente.

Riga, sulfurado, le reprochó que abandonara a Nacha. Era una infamia, una canallada dejar a la pobre en medio del arroyo. Era arrojarla a la prostitución, envenenarle el alma para toda la vida.

—¿Y qué iba a hacer? Yo ya no podía mantenerla...

—Debías casarte, ya que la engañaste.

—¡Ta lindo! Si uno va a casarse con todas las muchachas que engaña, sería la poligamia, ¡caray! — repuso el provinciano con risa cínica.

A Riga le dió asco semejante punto de vista; y se iba a retirar, cuando Ramos le preguntó por doña Luisa. Riga contestó que la había visitado, pero no quiso entrar en detalles.

—¿*Ia* sabrás cual es su *pior* es nada?

—No sé, ni me importa.

—Gutiérrez, hombre. ¡Mire que meterse con ese *gayego!* Se precisa ser degradada. Con razón las hijas han salido tan cabras.

La campanilla eléctrica, avisando a los espectadores que iba a empezar el acto, impidió que Riga insultase a su interlocutor.

—Me voy yendo...

Riga se apartó, sin darle la mano ni decirle adiós.

Cuando todo el público hubo entrado en el teatro, Riga se acercó a uno de los porteros y preguntó por Heleno, que le había citado en el vestíbulo.

El cancerbero le examinó de arriba a abajo, y luego consultó con la mirada a su colega que se paseaba gravemente con las manos a la espalda. Debieron encontrarle una facha muy de poca cosa, porque el hombre, que sin duda quería demostrarle que sabía ponerse a la altura de su cargo, contestó con desdén y acento del Miño que allí no se podía estar. Era lo de siempre. En las antesalas de los diarios, de las oficinas, en todas partes, los porteros le rechazaban, se negaban a oírle, después de haberle mirado desde el sombrero hasta los botines. Se puso triste. ¡Qué pobre diablo debía ser para que hasta los porteros se lo conociesen! Pero insistió ante el otro hombre, que, al acercársele Riga, exclamó en un exabrupto terrible: "que si quería entrar debía pagar la función".

—No pretendo entrar, hombre. Sólo les he preguntado por el señor Heleno que me ha citado aquí mismo...

Ya se disponía el gallego a sacarle de un brazo, cuando apareció Heleno en compañía de Salvatierra. A Riga le desagradó ver a Salvatierra, quien probablemente quería quedarse a oír el drama. Se saludaron. ¿En qué andaba Salvatierra por el *Minerva?* El envenenado declaró que había llevado su drama a la compañía de los Caporal, que actuaba allí, y esperaba que se representase pronto. Era el célebre drama que, desde hacía cinco años, todas las compañías rechazaban, con terquedad inexplicable para el envenenado.

Salieron los tres del teatro y se encaminaron, por indicación de Heleno, a una confitería próxima. Por la calle, Heleno preguntó a Riga si le parecía bien el local "para eso". Salvatierra adivinó de qué se trataba, y Riga, con gran disgusto, no tuvo otro remedio que invitarle.

—Me interesa mucho, pero muchísimo — decía el envenenado, que, seguramente, pregustaba ya el placer de desacreditar el drama de su amigo.

Juan Luis Heleno era un hombre como de treinta y dos años. Tenía facciones vigorosas, gestos sobrios y elocuentes y mirada dominadora. Había pasado largos años en Italia y España, donde se representaron sus primeras obras. Al llegar al país, creyó que como escritor significaría algo; y al ver que en su patria ser escritor no significaba absolutamente nada, sufrió un gran desengaño. Poseía una cultura vasta y sólida, y, no obstante, había tenido que aceptar un empleíto de escribiente en un Ministerio. Era muy egotista. No hablaba sino de él y de sus libros.

Riga temía la opinión de Heleno. Era amigo del dramaturgo, pero conocía sus severidades, su dificultad para entusiasmarse con las obras de los escritores sin fama. Muchas noches salían juntos a pasear. Entraban en alguna Brasileña y luego caminaban largamente, charlando de literatura. Heleno era hijo de italianos, y, como acostumbran los italianos, solía detenerse en mitad de la cuadra y echar un párrafo. Esto ocurría, principalmente, cuando tenía que defenderse o hacer su propio elogio. Porque Riga se complacía en afligir a Heleno, que era muy quisquilloso. Le contaba los juicios desfavorables sobre él, que oyera a tal o cual literato. Y Heleno, dominando sus nervios, argüía con gesto solemne, en medio de la acera, que él había triunfado en Europa, que él había escrito libros, que conocía la lengua, que pocos manejaban como él el epíte-

to, y que su visión crítica era comparable a la de Taine. Y el hombre insistía tanto en saber quién era el que le había juzgado con tanta ignorancia, que Riga, para acabar con el machaqueo, no tenía más remedio que soltar el nombre del desdichado. Entonces Heleno fruncía adustamente el ceño, se detenía, tomaba a Riga de un brazo, y, conteniendo su enojo, preguntaba, con su hablar lento y vigoroso:

—Pero dígame, ¿qué ha-hecho-él?

Luego volvía a hacer su autocrítica, siempre muy favorable, por cierto, y obligaba al poeta a que asintiese a sus afirmaciones. Riga decía a todo que sí, y, para acabar de tranquilizar a su amigo, le daba su propia opinión favorable y le repetía los múltiples conceptos encomiásticos que había oído sobre las obras de Heleno. Riga se acordaba siempre, sonriéndose, de cierta noche, que, haciendo su propio panegírico, Heleno le detuvo en la vereda, y, moviendo su brazo, con gesto sobrio, voz rotunda y alta pronunció esta frase definitiva:

—Porque yo — y se detuvo unos segundos — tengo algo más que talento...

La lectura duró cerca de dos horas. Era una larga tragedia en tres actos y en verso. Los personajes, paisanos, gauchos algunos de ellos, soltaban a cada momento una tirada de versos modernistas, en ritmos raros, con imágenes sutiles y rimas detonantes. Salvatierra elogió algunos detalles sin importancia. Pero Heleno no decía una palabra, y, concluída la lectura, permaneció en silencio, con la mirada lejana. Por fin, contestando a la pregunta de Riga, dijo:

—Bueno; yo me encargo de hablarle a Caporal.

Y quedó callado, como si no deseara continuar el tema.

—Yo creo que es teatral — dijo Riga.

Heleno hizo un gesto vago.

—¿No cree usted lo mismo?

El dramaturgo no contestó. Se puso pensativo, y al cabo dijo:

—Mire, Riga; allí le dirán que no-es-tea-tral.

—¿Y qué sabe esa gente? — exclamó Riga.

Para ellos sólo eran teatrales las piezas efectistas, con escenas muy movidas y finales de acto sensacionales. Para esa gente, Shakespeare no sería teatral.

Salvatierra aprovechó la excelente ocasión para sacar el cuero a los Caporal. Habló mal de todas las personas que formaban parte de la compañía, del repertorio, de los autores que les daban piezas y hasta del público. Los autores que re-

presentaban allí, y en la otra compañía nacional que había, eran todos, según Salvatierra, una punta de analfabetos o de compadrones. Cuando ya no hubo ser humano de quien hablar mal, recurrió a las decoraciones.

Salieron del bar. Heleno ofreció a Riga presentarle a Pedro Caporal, el director de la compañía, y recomendarle el drama. Pero esa noche no podría ser, porque él tenía que ir a *La Patria*. Convinieron en verse una noche próxima. Y Salvatierra dijo que él también le recomendaría el drama a Caporal. Riga se lo agredeció.

—¿Adónde vamos? — preguntó el envenenado.

—Yo tengo que ir a Puerto Lápice — dijo Riga. — Mañana se va Orloff a Mendoza y habíamos arreglado en vernos allí. Me han de estar esperando, seguro.

Puerto Lápice era un café donde solían reunirse algunos bohemios. Salvatierra decidió acompañar a Riga. El también deseaba despedirse del ruso. Heleno se separó para tomar el tranvía.

—¿A dirigir un diario va Orloff a Mendoza, no? — preguntó el envenenado. — No le veo uñas para guitarrero...

—¿Por qué? Orloff tiene mucho talento, hombre...

—Puede ser — contestó Salvatierra con la boca torcida. — Pero lo que no tiene es gramática.

Y empezó a despacharse contra Orloff, a quien acusó de todos los delitos gramaticales que era posible imaginar. Riga defendió con entusiasmo a su amigo. ¿Que Orloff empleaba palabras no admitidas por el diccionario, pero usadas por todo el país? Pues hacía perfectamente. Una palabra empleada por ocho millones de hombres libres que hablaban castellano, era tan castellana como cualquier palabra usada en España. Era ridículo que una nación independiente, como la Argentina, dependiese de otra en cuanto al idioma y aceptase el gobierno de una institución extranjera sobre sus escritores.

—Desde que hablamos la lengua de España... — objetó Salvatierra.

—Niego que nuestro idioma sea exactamente el castellano — dijo Riga. — Nosotros tenemos una psicología distinta de la española y por consiguiente nuestro idioma, al ser una expresión de nuestro temperamento, resultará a la fuerza algo diferente del castellano. Es siempre castellano, pero un matiz nuevo que con los siglos llegará a convertirse en otra lengua.

—¡Lindo idioma va a salir de esta Babel!

—Además — continuó Riga, — los españoles tienen una

larga tradición literaria que no es la nuestra. ¿Qué hay de común entre el lenguaje de Berceo y el de varios millones de argentinos que descienden de italianos?

—Pero todo eso — dijo Salvatierra que ansiaba sin duda volver al tema inicial — no impide que Orloff sea un judío de...

Riga se enfureció. El no le permitiría que hablase mal de Orloff, que era un muchacho lleno de méritos y de talento.

Iban llegando a Puerto Lápice. Salvatierra detuvo al poeta para decirle que no podía entrar, pues no quería encontrarse con Rueda, que seguramente estaría allí.

—Y... éste... — balbucía el envenenado, rascándose arriba de la oreja. — Quiero pedirte un favor...

Sucedía que necesitaba dinero, y, como había visto que Riga sacó varios billetes en la confitería, le rogaba que le prestase unos cuantos pesos. Sería por dos días, no más.

Riga, acordándose de las palabras de Durand, tuvo ganas de mandar a cualquier parte al envenenado. Pero luego pensó que tal vez necesitara para comer; e imaginando que había estado un poco áspero al defender a Orloff, dió tres pesos a Salvatierra. Así quedaba con la conciencia tranquila. Aparte de que, ¿cómo negarse al pedido de un amigo?

—¿Quién se ha descuidado? — preguntó a Riga uno de los presentes, embromándole por verle con dinero.

—¡Ah! es un secreto — exclamó el poeta sonriendo. — Pero lo positivo es que hay plata. Aprovéchense, muchachos, que con tal que me queden tres pesos para cenar esta noche, me dejo desvalijar en obsequio al ruso.

—Te desvalijarán sin que se lo propongas — dijo Orloff.

Luego hablaron de literatura, cuerearon a los amigos ausentes, discutieron sobre si tal escritor valía más que tal otro, paradojearon interminablemente, expusieron teorías literarias y artísticas, y se enredaron en discusiones filosóficas. Por ahí uno, que siempre tuvo opiniones revolucionarias, expuso ideas católicas.

—¿Pero vos sos católico?

—Y muy católico.

Nadie se asombró, pues era cosa corriente cambiar de opiniones, simpatías y doctrinas. Todos ellos, como Riga, habían sido convencidos de diversas ideas filosóficas y literarias. Pasaban del tolstoísmo al nietzschismo, de la anarquía al catolicismo, con la mayor tranquilidad. Tan pronto defendían la

fórmula del arte por el arte como la atacaban en nombre del arte por la vida. Hoy admiraban a D'Annunzio y al día siguiente le despreciaban. Por la mañana, escribían versos elegíacos y aristocráticos a lo Verlaine; y a la noche imitaban a Walt Whitman, el cantor de la democracia y de la vida moderna. Era la eterna confusión estética de la juventud americana, bajo las influencias extranjeras que anulaban a tantos hombres de talento.

A la una de la mañana, después que Riga pagara los tres pesos del gasto, abandonaron Puerto Lápice.

Llegaban a la esquina cuando se les acercó un chicuelo pidiéndoles limosna. Riga le dió tres moneditas, y siguieron. Pero luego vieron a una mujer desharrapada que, llevando un niño de pecho, corría hacia el chicuelo, le agarraba de un brazo y le daba puntapiés y sacudones. El chicuelo lloraba desaforadamente, y la mujer, cada vez más exasperada, le golpeaba en la cara y en la cabeza.

—¿Por qué le pega? — le preguntó indignado Riga, que había corrido hacia ella.

—Es mi hijo, señor; es muy malo, me mata a disgustos.

Riga se acercó al chico, le acarició, le aconsejó que fuera bueno, que respetara a su madre. En seguida le habló enérgicamente a la mujer. La mujer lloraba, decía que era muy pobre, que no tenían qué comer y que el chico se negaba a darle todo el dinero que mendigaba. Riga sacó entonces del bolsillo tres billetes de un peso, se los dió a la mujer y corrió hacia sus amigos que contemplaban la escena estupefactos.

Pocas cuadras más lejos se despidieron. Todos abrazaron a Orloff, y Riga, cuando quedó solo, se encaminó a un restorán barato para cenar. Pero estando sentado, y mientras el mozo venía, metió los dedos en sus bolsillos. ¡No tenía siquiera un peso! Permaneció un rato con los índices en los correspondientes bolsillos altos del chaleco, asombrado, con la mirada vaga, sintiendo más hambre que nunca, con los ojos en los platos de los que comían en las mesas próximas. Pero ¿en qué había gastado los veinte pesos que cobrara esa tarde? Empezó a sacar cuentas y a enredarse, cuando vió al mozo que esperaba sus órdenes.

—Un whisky.

¿Qué otra cosa podía tomar? ¡No tenía lo bastante para comer! El whisky le alimentaba también, y, sobre todo, le hacía olvidar el hambre y la pobreza. ¡Pero esas cuentas que

no salían! A ver: ocho pesos los botines, un peso los dos whiskys que tomó en vez de comer, peso y medio que pagó en la confitería donde leyera el drama, tres pesos pagados en Puerto Lápice... Total, trece y medio. Faltaba algo. Ah, la limosna; tres pesos más y ya hacían diez y seis y medio. La verdad era que no se fijó cuánto le daba a la mujer. Pero no se arrepentía. La pobre mujer tal vez estaba a punto de perecer de hambre. Pero faltaba todavía. ¿Qué podría ser?

Y se quedó mirando el techo. Volvió a sacar las cuentas, a hacer sumas, a hurgar en los bolsillos, cuando al fin se acordó.

—Ah, los tres pesos a Salvatierra — exclamó hablando solo, y riendo de su imprevisión.

¡Buena la había hecho! Ahora se quedaba sin comer por haber prestado a Salvatierra. Pero no le importaba tampoco. Era un amigo y los amigos antes que nada. Salvatierra le había prestado a él una vez y le volvería a prestar en cualquier momento.

Y comenzó a beber su whisky con gran calma, escuchando la orquesta del restorán, acordándose que al día siguiente debía leer su drama en la *garçonniére* de Itúrbide, y sin pensar, ni por un instante, en las dificultades y miserias que pudiera traerle el Mañana.

III

Eduardo Itúrbide ocupaba un departamento en una casa moderna de la calle Esmeralda. Vivía allí, como un marido fiel y casero, con Margot, una francesita inteligente y distinguida. Se había acoplado con la muchacha, no tanto por simpatía ni por libertinaje, sino por esta razón fundamental: ella le evocaba a París. Porque desde que Eduardo fué a Europa, estaba chiflado por París. Un *beguin,* como él decía. Había pasado casi un año en la ciudad de sus ilusiones, levantándose a las dos de la tarde, paseando por el *Bois* su dandismo un poco *pays chaud,* recorriendo los sitios alegres en compañía de harto conocidas damas. La pasión de París había desalojado en él al escepticismo de antaño; y adoraba de tal modo a su "divina Lutecia", que viajar por otros lugares de la tierra le parecía perder tiempo, y solía decir que el centro de la vida moderna, el máximo de civilización, el ombligo del Universo, era el pequeño espacio parisiense que

se llama la *Place Pigalle*. Desde que llegara de París, vivía enfermo de nostalgia. Palermo, no estaba mal; pero ¡ah el *Bois!* Además, en Buenos Aires no se podía comer, no había teatros, no había libertad, no había mujeres... Era un país horroroso, macabro. No comprendía cómo había gente que pudiera vivir satisfecha en Buenos Aires y compadecía sinceramente a sus amigos y se compadecía a sí mismo. Por eso, apenas encontró a Margot, cuyo "amigo" acababa de abandonarla para casarse, le propuso vivir juntos. La había conocido en París, en el *Palais de Glace;* y al encontrarla tan dispuesta a aceptar su compañía, el hombre se sintió feliz. Era como tener en su propia casa, junto a su corazón, un pedacito de Montmartre, un rincón espiritual de la *Place Pigalle*, sin la cual la vida era inaceptable.

La casa estaba arreglada con gusto. Tenían una salita con muebles *laqué*, sillones amplios y muelles, y un piano. Allí había reunión todas las noches, con licores y té, habanos, música y versos. Se discutía de literatura, y, naturalmente, se hablaba de París. Margot solía cantar chanzonetas y tocar valses, y nunca faltaba entre los amigos de Eduardo quien maltratara sanguinariamente a Beethoven, a Schumann o a Grieg. Eduardo, de smoking, con su gran cigarro en la boca, echaba la cabeza para atrás y decía soñadoramente: ¡Ah, París, París!

Infaltable a estas reuniones era Calixto Albarracín, condiscípulo de Itúrbide, muchacho muy distinguido, muy inteligente, que pertenecía a una antigua familia porteña y era orgánicamente incapaz de trabajar en algo. Había cursado tres años de Derecho y hablaba siempre de continuar la carrera. Tenía aptitudes de escultor, de músico y de poeta y escribía versos aristocráticos, pequeñas piezas muy cinceladas y artísticas, en el estilo de Baudelaire o de Mauricio Rollinat. Tocaba en el piano cosas fáciles, con profundo sentimiento, y muchas veces sus amigos le vieron lágrimas de emoción. Beethoven, sobre todo, le hacía llorar, y en estas languideces sentimentales solía acompañarle Margot, que era muy sensible a la música. En ocasiones, Calixto los contagiaba a todos, y el que hubiera entrado en ese momento habría creído hallarse en un velorio. Hablaba poco, pero con gran pulcritud, y sólo para decir cosas raras o profundas. En casa de Eduardo le querían mucho. Iba siempre de smoking, prolijamente afeitado, con la camisa inmaculada, un gran anillo en un dedo, una flor en la solapa, el pelo partido en bandós, como planchado, y muy

cuidadas las manos y las transparentes y finas uñas. Tenía aspecto melancólico, que en ocasiones se le exacerbaba, y por su tipo, sus maneras aristocráticas y ligeramente eclesiásticas, parecía, a veces, un abate francés del siglo XVIII. Admiraba a Baudelaire, había tomado haschich y éter, era un poco morfinómano, y amaba, no muy discretamente, los vinos exquisitos. Cuando bebía con exceso, le brillaban los ojos, decía cosas poéticas y contaba anécdotas espirituales; pero, al fin acababa por callarse y hundirse en profunda melancolía. Se pasaba la vida enamorado y había tenido ya cuatro pasiones aniquiladoras. Ahora, amaba a una mujer casada. Se veía diariamente con la señora, y de sus "divinos amores delicuescentes", como los denominaba Itúrbide, salía devastado y quimérico. Si por casualidad pasaba dos días sin verla, Calixto se enfermaba, y entonces sólo el aparatito de Pravats acallaba el hondo sufrir del alejamiento. Esta pasión, que llevaba ya un año, le había agotado su salud y sutilizado a tal extremo su sensibilidad que vibraba como una lira eolia al menor vientito. ¡Qué no sería cuando el Pampero le convulsionaba las cuerdas del alma! Sus amigos solían decirle que era un hermano criollo de Des Esseintes y de Monsieur de Phocas.

Dos visitantes asiduos, y también invariables, eran Gabriel Quiroga y José Alberto Flores. Quiroga fué condiscípulo de Eduardo y de Riga en los tres primeros años de la Facultad, pero un cero en Comercial le demostró que no tenía vocación para el Derecho. Dejó la carrera y se fué a Europa, con las utilidades de una fortunita que le dejara su padre y que él administraba burguesmente. Pertenecía también a una antigua familia. Era distinguido, tenía gestos expresivos y vigorosos, se afeitaba el bigote e iba casi siempre de smoking a la casa de Eduardo. Su estrecha amistad con Itúrbide venía de París. Pero Quiroga, al revés de Eduardo, era un enemigo de Francia. Antes de su viaje maldecía de su patria, a la que llamaba país horrendo y miserable, pero en Europa se le había desarrollado un feroz nacionalismo. Maldecía de Francia, sobre todo, porque era el país que más había contribuído a nuestra descaracterización, y, con gran enojo de Eduardo, que le consideraba un blasfemo, hablaba pestes de París, de los franceses, de su literatura y de su arte. Decía paradojas y, por puro nacionalismo, planeaba ahora un largo viaje por las provincias, con el fin de respirar aire argentino, de empaparse de patria y de tradición. No era literato,

pero leía copiosamente y escribía un diario íntimo para su perfeccionamiento espiritual.

José Alberto Flores era cordobés y mayor cinco años que Itúrbide, Albarrán y Riga. Se habían conocido con Itúrbide en París, en plena *Place Pigalle,* en *L'Abbaye de Théléme* nada menos, acompañado cada uno de una dama. Flores había salido de Córdoba hacía diez años, a consecuencia de una aventura desgraciada. Su padre, que le había dado dinero para que se fuese a Europa, murió cuatro años después. ¿Para qué iba a volver? Siguió viajando, tirando el dinero de su herencia, viviendo como un rajah. Ahora, pasados ya los treinta años de edad, volvía a Córdoba cansado de la vida y casi pobre. Nada le interesaba, no tenía ideal ninguno, había perdido hasta la última ilusión. Los médicos, decía él, llamaban a eso neurastenia y le recomendaban Córdoba precisamente. Sólo tenía allí una tía vieja, santa mujer que le adoraba y que desde hacía seis años no hacía sino llamarle a su lado. Pero la idea de ese viaje le asustaba. Aunque sabía que la ciudad se había transformado, él la veía como cuando era chico: una ciudad colonial y eclesiástica, de costumbres severas, que le condenaría apenas supiese la vida que llevara durante diez años. Algo le decía en su interior que debía realizar ese viaje y quedarse en Córdoba a vivir. ¡Quién sabe si la existencia provinciana no curaba la enfermedad de su alma! Pero demoraba el viaje todos los días, con cualquier pretexto. Mientras tanto, la tía le esperaba y le pedía que fuera pronto, antes que ella muriese. Era alto, de ojos celestes; y con su fina barba rubia parecía uno de los cristos al por mayor de la actual pintura devota. Tampoco era literato, pero había educado su sensibilidad, y tenía pasión por el arte. En sus viajes había aprendido mucho, recorriendo museos, haciendo relación con pintores, leyendo libros de crítica.

También visitaban a Itúrbide algunos literatos, periodistas y abogados: entre ellos Alberto Reina, Salvatierra, Basa, Jacinto Viel y el doctor Escribanos. Pepito, el hermano de Eduardo, fué asiduo visitante al principio, pero resultó tan molesto que hubo que echarle ignominiosamente.

La noche convenida, Riga fué a la casa de Eduardo. Eran las nueve, y su amigo acababa de abandonar la mesa. Había tenido como invitados a Calixto Albarrán y a Gabriel Quiroga. Cuando Riga, con su pobre indumentaria, entró en la salita, estaban todos hundidos en los cómodos sofás, menos Margot, que tocaba un vals de moda. Albarrán, con los largos

párpados entornados voluptuosamente, fumaba un habano, y Quiroga discutía con Itúrbide sobre su proyectado viaje a las provincias. Hechas las presentaciones — Riga no conocía a Margot ni a Albarrán, — Itúrbide y Quiroga continuaron su tema. Albarrán volvió a su actitud, y Margot, rogada por Albarrán para repetir el vals, se puso a tocar pianísimo, a fin de no molestar a los discutidores.

—Es un viaje absurdo y disparatado, cosa de loco — decía Itúrbide fingiendo enojo. — Te aburrirás horriblemente, te comerán las chinches en esos hoteles. ¡Cómo serán esos hoteles! Si aquí en Buenos Aires son infectos, ¡imagínate en las provincias, hijo de Dios!

—Pero es que yo no hago este viaje para recorrer hoteles, ¡caramba! Lo que quiero es conocer mi país, impregnarme de argentinidad, de tradición, deseuroperizarme un poco, sacarme el revoque extranjero que llevo encima....

—¡Bah, bah, bah! Para eso cómprate un poncho y unas botas de potro en el Paseo de Julio, y frecuenta el teatro nacional. Además, que si a nosotros nos quitan el revoque extranjero apestaremos a indio — dijo Itúrbide.

Y metiéndose el habano en la boca, se quedó un rato dándole chupadas. Albarrán parecía no interesarse en la discusión, y continuaba, como en un nirvana, sin moverse, oyendo el vals de Margot. Parecía que aquella música sedosa le acariciara el alma, le evocara deleites exquisitos.

—Yo soy provinciano — intervino Riga, — y la verdad es que por nada de este mundo volvería a vivir en mi pueblo. Por nada de este mundo. Fuera de ir a la confitería, jugar a la baraja y dormir la siesta, ¿qué hace uno en esas aldeas?

—¿Y qué hace usted en Buenos Aires? — le preguntó Quiroga sonriendo irónicamente.

Riga comprendió que Quiroga había imaginado la vida miserable que él llevaba y no supo qué contestar.

—¿Qué hace uno en Buenos Aires? — volvió a exclamar Quiroga, generalizando su pregunta. — ¿Qué hace uno en París?

—*Ah, mais non, par exemple!* — saltó Margot girando media vuelta sobre su taburete. — *Ne touchez pas mon Paris!*

—No haga caso, Margot, son paradojas de Gabriel — dijo Albarrán, desolado por la brusca suspensión del vals.

Quiroga protestó. No había tales paradojas. Los mediocres daban ese nombre a las opiniones de los espíritus distinguidos,

y muchas veces lo que el vulgo tenía por complicado y paradójico era lo verdaderamente sencillo.

Riga interrumpió para decir que Buenos Aires, aunque estuviera muy lejos, espiritualmente, de las grandes ciudades europeas, era superior a los pobres pueblos provincianos. Había más ambiente, más...

—Amigo Riga — dijo Quiroga plantándosele delante, — está usted en un funesto error.

Porque precisamente lo que faltaba en Buenos Aires y había en las provincias era espiritualidad. ¿Qué hacía uno en las provincias? Pero gozar esa espiritualidad, el alma de las ciudades viejas, el encanto de sus calles solitarias, la emoción de sus atardeceres, la paz, el carácter, el silencio. El no conocía sino Córdoba y Santa Fe, pero sabía que las restantes capitales del interior eran más poéticas y características que aquellas ciudades, ya, desgraciadamente, en pleno progreso. Y bien: ¿qué ocupaciones más bellas y más nobles podía tener en Buenos Aires un verdadero temperamento artístico, un espíritu superior? ¿Pasear en coche por Palermo, aburriéndose, dando vueltas como un burro a la noria? ¿Vagar por Florida estúpidamente? ¿Ir a los teatros para ver repertorios ignominiosos? Buenos Aires era, sin duda, una ciudad admirable y civilizada, superior a todas las grandes ciudades europeas. Pero tenía el pecado original de ser una gran ciudad. Porque no había nada más inhabitable, más indecorosamente industrial, más plebeyamente antiestético que una gran ciudad.

—Tu París inclusive — agregó, paseándose por el cuarto con las manos en los bolsillos.

—¡Oh! — corearon todos.

—Sí, señor, tu París — gritaba Quiroga, encarándose con Eduardo. — Y sino, contéstame: ¿vivías allí espiritualmente, noblemente, estéticamente?

—¡Claro que sí!

—Falso, falsísimo. Pasabas tus días en el Bois, aburriéndote estrictamente a la moda en el *Palais de Glace*, en *L'Abbaye de Théléme*, en los teatros y *cabarets*, con rameras y rastacueros.

Eduardo declaró que él no conocía una vida más noblemente superior y estética. Pero, por desgracia, no siempre había empleado sus horas con tanto buen gusto y tanta ciencia de vivir. Había perdido mucho tiempo en ver museos e iglesias, en asistir a conferencias en la Sorbona.

—Todo eso que tú abominas, los cabarets, las cocotas, *L'Abbaye de Théléme,* es lo que ha convertido a París en la más bella, tolerante y supercivilizada ciudad del mundo.

Y agregó, repatingándose en el sofá, enviando al techo una amplia bocanada de humo:

—¡Ah, París!

—*Paris c'est Paris!* — exclamó Margot.

—Tiene razón, Margot. No les haga caso; toque la *Lettre a Manon.*

—¿Pero qué es lo que admiras en ese gran...? — preguntó Quiroga. — No digo la palabra por no ofender los castos oídos de ustedes. Pero París no es otra cosa.

Itúrbide se agarraba la cabeza, Albarrán reía, y el poeta, que por primera vez oía hablar a Gabriel Quiroga, estaba asombrado y escandalizado. Quiroga siguió hablando pestes de París y de los franceses. Francia era un pueblo degenerado, concluído. A los argentinos, sanos, robustos, optimistas, debía repugnarles esa nación afeminada, degradada, sin ideales, sin músculos. La literatura, el arte, era cuestión de *métier.* Literatura de pomada, literatura en calzones. Las escenas capitales en los libros de France, de Prevost y demás novelistas franceses, ocurrían en una alcoba elegante, entre una mujer que se desviste y un hombre en paños menores. Cuando él veía uno de esos tomos amarillos, a tres francos y medio, sentía ganas de vomitar. Puras porquerías, puras escenas de alcobas. ¿Y los diarios, y las revistas? Suciedades, *chantage.* En París la obscenidad lo llenaba todo, estaba infiltrada en el ambiente, se tragaba en los libros de Anatole France, se respiraba en el aire, se tomaba en el té de Rumpel Mayer y hasta se bebía en el agua de Evian.

—Por eso mismo debe ser admirable París — dijo Albarrán.

—No, hombre; una cloaca infecta — contestó Quiroga.

Y siguió con el tema. ¿Qué había en París? ¿Los teatros? Eran locales inmundos, que apestaban a orines, donde sólo se representaban piezas mediocres, bajas, sucias. La comida era insustancial, puros adornos, comida escéptica, enfermiza, falsificada. Las mujeres, feas, con la nariz en el aire, el rostro pinturreado, los gestos de monas, cargadas de postizos. Y luego, mal vestidas...

—¡Oh!

Salvo Margot, que, sin tomar a la letra las palabras de

Quiroga, sentía su patriotismo ofendido, los demás incluso Itúrbide, habían acabado por reír.

—Sí, señores, mal vestidas, no me echo atrás.

Porque convertir el vestido, que es un simple medio de cubrir las desnudeces, en un fin, era profundamente inmoral, valía decir profundamente feo. La mujer francesa se vestía como cocota, pues sus trajes no tenían otro objeto que excitar a los hombres. Y eso era lo feo: la cocota.

—Hombre, San Luis Gonzaga... — exclamó Itúrbide.

—Es que en París se ha llegado al endiosamiento de la meretriz.

. Un hombre salía del brazo con una ramera célebre, y al día siguiente, por desconocido que el hombre fuese en París, ya podía tener crédito en el *Crédit Lyonnais*. Los restoranes ofrecían comidas a las "grandes" cocotas, marquesas de cualquier cosa, como reclamo, pues el local resultaba pequeño para el rastacueramiento internacional que deseaba verlas.

Margot se había puesto triste. Sin duda pensaba en su pasado honesto, en su terror de caer en la prostitución. Sin duda pensaba que ella, contra todos sus deseos, no era sino una meretriz. Albarrán comprendió la tristeza de Margot y trató de darle conversación. Pero en ese instante se abrió la puerta y apareció Flores.

—¿Qué opina usted de las mujeres francesas, Flores? — preguntó Eduardo.

—¿De las mujeres...? Pero, ¿es posible tener alguna opinión sobre las mujeres, sean francesas o turcas? Nietzsche ha escrito que cuanto se diga sobre las mujeres siempre es verdad.

—¿Y sobre los hombres? — preguntó Margot.

La puerta se abrió de nuevo, y, como un huracán, entró una mujer gesticulante y frenética. Era Heloísa de Mayans, una uruguaya que vivía en un departamento del mismo edificio, mantenida por un viejo politiquero. La Mayans tendría cerca de cuarenta años y era de tipo interesante, aunque no hermosa. Hablaba con exuberancia tropical y vestía con idéntica exuberancia. Tenía pretensiones de intelectual, y en Montevideo había sido amiga o amante de conocidos literatos. En medio del torrente de su palabra, mezclaba versos y citas, a veces con mediocre oportunidad. Su tema era el amor. Cuando hablaba de amor se ponía delirante, lanzaba exclamaciones, ayes, adoptaba actitudes lánguidas o ardorosas, decía versos sentimentales con los ojos en el techo. Había publicado al-

gunos cuentitos sobre asuntos de amor naturalmente, y llenos de frases declamatorias y románticas. En la casa de Eduardo era amiga reciente, y a todos les hacía gracia y les divertía el temperamento volcánico de la uruguaya. No tenía ningún cariño hacia el viejo que la mantenía, pero aceptaba su situación como una necesidad.

—En este momento se va, en este momento. ¡Qué hombre! ¡Dios de mi alma! Y yo que deseaba ver a mis amigos, a mis queridos amigos. ¡Ah, la esclavitud de las mujeres! ¡Pobres nosotras, las mujeres! Comprendo la esclavitud por amor. Ah, por amor sí la comprendo. ¡Por amor! ¡Lo que haría yo por amor! ¡Dios de mi alma! ¡Ser amada por un hombre de genio, ser poseída por él...! ¿Puede haber felicidad mayor en la vida? No, no puede haber. ¡Ah, un hombre de genio, un corazón grande...! ¡Es el ideal del amor!

Estaban todos en pie, pues la retahila la había soltado al entrar, con una velocidad y un fervor increíbles. Todos los presentes la conocían, menos Riga.

—Heloísa — dijo Itúrbide, adoptando una actitud seria, — quiero presentarle a uno de nuestros grandes poetas, a Carlos Riga, el autor de los sonetos de amor que leímos anoche.

La Mayans quedó muda de emoción. Juntó las manos, en actitud de plegaria, y elevándolas, y con los ojos en el techo, exclamó exaltadamente:

—¡Dios de mi alma! Riga, Carlos Riga, el poeta del amor, el genio del sentimiento. ¡Ah, aquel soneto en que él la besa apasionadamente, en un parque silencioso! ¡Cuánta poesía, cuánto romanticismo! Ustedes no creerán, pero yo he soñado con esos sonetos. Gracias, amigo Itúrbide, gran artista usted también, oh, no niegue, que ofende al cielo; gracias, amigo mío, por haberme hecho saborear esa ambrosía ideal, por haberme elevado a regiones divinas... Y a usted, poeta admirable, a quien ya considero un amigo, a usted Riga, ¿cómo expresarle mi agradecimiento y mi admiración?

Riga estaba algo confuso ante la exageración de aquellos elogios. Los demás reían sin que Heloísa se diese por aludida. La uruguaya había tendido la mano al poeta, y, mientras se la apretaba con excesiva fuerza, continuaba en su desborde poético-sentimental.

—Le advierto, Heloísa, que nuestro poeta ha traído un drama para leérnoslo.

—¿Un drama, Eduardo? Será un festín de poesía, sí, un festín. No perdamos tiempo, pues, Margot, ¿qué dice mi Mar-

got querida? ¡Ah, la feliz, la satisfecha, porque se sabe amada! ¡Su Eduardo...! ¡Cómo se adoran ustedes! ¡Margot, vamos a oír el drama, sentémonos en seguida! Usted, Albarrán, el sensible, el artista del sentimiento, acompáñenos. Y mis amigos Quiroga y Flores, el pensador y el desilusionado, ¡escuchemos al querido poeta del amor!

Riga ocupó un lugar en el sofá de marroquín, y, frente a él, Margot colocó una mesita para los papeles. Mientras los demás sentábanse, Heloísa continuaba hablando, prometiéndose goces divinos con la lectura del drama. Cuando se hizo silencio, lo que costó algún trabajo, Riga, emocionado, empezó. Leía muy bien los versos y daba a cada personaje un acento propio. La Mayans no cesó, durante la lectura del primer acto, de comentar el drama con los más variados y expresivos gestos de admiración. Se mordía los labios al par que cerraba los ojos y sacudía la cabeza; apoyaba la frente en una mano, como vencida de emoción; aspiraba con fuerza y cabeceaba aprobatoriamente. A veces, mientras se desarrollaba alguna escena importante, Heloísa seguía al lector con la cara entre las manos o en otra actitud de estar absorta, y, al terminar la escena, daba algún hondo suspiro y exclamaba: "¡Señor!" o "¡Dios de mi alma!" Al acabarse el primer acto, Eduardo hizo traer champaña. Hubo diez minutos de comentarios. Heloísa se lo hablaba todo y no dejaba opinar a los demás. Riga, saboreando el champaña, escuchaba sonriente los elogios disparatados que hacía la uruguaya a su talento.

—Es un poeta genial, enorme, un alma exquisita y soñadora, un alma abierta a toda las delicadezas — exclamaba la uruguaya con exaltación.

Los dos actos siguientes tuvieron también gran éxito. Heloísa, en algunos momentos patéticos, había llorado. Y al terminar la lectura, antes que Riga pronunciara la última palabra, ella exclamó:

—¡Vibrante, hermoso! Es la suya un alma llena de ternura, ¡alma de po-e-ta! ¡Qué sublime el último acto! Ah, pero la escena del amor en el segundo... aquel arrebato de pasión... aquel beso... yo lo he sentido, yo me he estremecido. ¡Qué hermosura, Dios de mi vida! ¡Feliz la mujer a quien usted ame!

—¡Pero qué sensibilidad la suya! — exclamó Riga dirigiéndose a Heloísa.

—Yo hubiera dado cualquier cosa por haberla visto a us-

ted la noche que se casó — dijo Gabriel Quiroga sonriendo.

—¡Ay, hijo de mi alma! Si viera qué emoción. Cuando dejamos la casa de mis padres para dirigirnos a la nuestra, a nuestro nido de amor, yo — ¡ah, qué recuerdos, Dios de mi alma, cómo pasan los años! — al encontrarme sola con el elegido de mi corazón, con el hombre que había despertado mi... con el ser que amaba, en fin, me desmayé; y desmayada llegué a mi casa. Y cada beso y cada caricia me enfermaban, me enloquecían. No sé cuántas veces me desmayé aquella noche.

Eran más de las doce y algunos hablaban de retirarse. Pero Eduardo hizo servir un licor y todos se quedaron.

—Hago moción — dijo Gabriel Quiroga, desde el sofá en que estaba repantigado — para que Heloísa nos describa su noche de bodas.

Esta frase originó una serie de bromas a la uruguaya. Ella seguía la corriente, pues sabía que eran bromas cariñosas. Pero no disminuía en lo más mínimo el carácter confidencial de su conversación, y era capaz, si se lo pidieran, de revelar sus intimidades sentimentales al público de un teatro.

Riga, mientras tanto, se hallaba como envuelto por una multitud de sensaciones confusas. Los recuerdos de Lita que, ahora, en presencia del hermano, después de varios años sin haberle visto, le entristecían y emocionaban; el éxito de su drama, que había gustado a aquellos espíritus exigentes; el champaña y los licores que había bebido; los elogios intrépidos de la uruguaya a su talento; el hallarse, después de tantas pobrezas y humillaciones, en aquel ambiente de lujo y bienestar; todo le había sumido en una especie de ebriedad. Apenas se daba cuenta de las conversaciones, pues estaba absorto por el coloquio de las ideas y los sentimientos que dialogaban en su alma.

—*Il est triste* — observó Margot, refiriéndose a Riga.

—Es la tristeza de los poetas — dijo Albarrán.

Riga, entonces, trató de mezclarse en la conversación. Se hablaba de amor. Albarrán sostenía que el amor profundo, el amor interior, no podía existir sin el sufrimiento, pues éste era uno de sus elementos más eficaces. El sufrimiento nos hacía adquirir la conciencia del amor, nos hacía refugiar en el amor, ahondar en nuestra alma. El sufrimiento aumentaba nuestra sensibilidad y, por consiguiente, nuestra aptitud para amar. El sufrimiento conducía al análisis, a la vida interior,

y nos enseñaba que para los dolores no existía otro remedio que amar.

—Pues yo no concibo el amor sino en la alegría — objetó Eduardo.

El amor no era una cosa puramente ideal, una poesía del alma. Era también expansión de los sentidos, plenitud del instinto; era vida, explosión, energía, entusiasmo.

—¡Ah, cuánta razón, querido Eduardo! — exclamó Heloísa, tomándole una mano y apretándosela con agradecimiento, como si Eduardo hubiera hecho su defensa.

Y se derramó en un monólogo sesgoso, entrecortado, pasional y torrencial. Subrayaba sus frases con infinitas y expresivas actitudes de desmayo, de pasión y de ardimiento. De cuando en cuando miraba a Riga tierna y poéticamente, o le consagraba un breve paréntesis. No acababa de hablar, y las interrupciones no hacían sino estimularla. Riga, completamente extraño a la reunión, paseaba sus ojos vagos y tristes por las caras de sus amigos. No veía ni oía, y, por su gusto, se hubiera quedado allí, en aquel sillón, eternamente. ¡Pensar que le esperaba un cuarto infame, maloliente y húmedo, un cuarto donde apenas cabían una cama estrecha, una silla, una mesita y los cuatro o cinco libros que constituían todos sus bienes!

Por fin, pasada la una, cada cual se fué a su casa. Heloísa ofreció la suya al poeta, y le pidió que otra noche leyera sus poesías líricas para que así ellos, de nuevo, pudieran "rendir culto a su talento".

Riga y Albarrán llevaban la misma dirección. Pero en vez de dirigirse a sus casas, entraron en un bar, sólo con objeto de calentar algo más el cuerpo, pues la noche, de mediados de Julio, estaba horriblemente fría. Albarrán había simpatizado con Riga, y al cabo de un cuarto de hora, mientras liquidaban una botella de Oporto, empezaron a hacerse mutuas confidencias con lágrimas en los ojos.

—¿De manera que usted se enamoró apasionadamente de la hermana de Eduardo?

—Apasionadamente, con toda el alma, quizás para mi mal, porque esa pasión ha sido la gran desdicha de mi vida.

—¿Un amor idealista, platónico de veras?

—Sin materialidad ninguna; y sin esperanza, que es lo más triste...

—¡Qué lindo, pero qué lindo! — exclamaba Albarrán. — Es usted un romántico prodigioso, un hermano espiritual de

aquel trovador de la Provenza que atravesó el divino mar azul, buscando a la princesa lejana que no había visto nunca.

Riga quedó triste y pensativo. ¡La princesa lejana! Esa era la desgracia de los poetas. Soñaban absurdamente, imaginaban la vida según sus sueños maravillosos, se apasionaban de una princesa que no existía, de una Princesa que jamás verían sus ojos, y cuando comprendían que la vida no tenía la belleza de sus quimeras, que la Princesa no llegaba nunca, se convertían en pobres seres desgraciados.

—¡Qué lindo, pero qué lindo! — repetía Albarrán, saboreando su quinta copa de Oporto, admirando, él, que había gustado todos "los paraísos artificiales", ese desconocido paraíso que debía procurar a las almas ingenuas la embriaguez deliciosa de la Ilusión.

IV

La noche siguiente, Riga y Heleno se encontraron para ir al teatro *Minerva,* donde trabajaban los Caporal. El poeta ansiaba conocer a los fundadores del teatro argentino, a aquellos artistas modestos que venían desde la pista del circo. El recordaba haberlos visto en Santiago, siendo niño, cuando aun no soñaban en representar dramas, cuando Pedro Caporal, director de la farándula, se embadurnaba la cara, y, vestido de payaso, hacía reír al público del circo. Los Caporal formaban una vasta familia de acróbatas. Pedro era payaso; Alberto, ahora un gran artista dramático, levantaba entonces pesas enormes, cabriolaba en las barras y en los trapecios; Juanita era *écuyére;* otra de las muchachas bailaba en la cuerda floja. Riga recordaba a Alberto Caporal, cuando, hecho una bala humana, salía de una boca de cañón y, dando contra un trapecio, quedaba allí colgado. Recordaba a Pedro, Perico el 89, cuando cantaba en la guitarra sus milongas, aquellas coplas políticas que enardecían al pueblo y contribuyeron a producir la revolución del 90. Llegaban los Caporal a las ciudades provincianas, instalaban su lona en algún terreno baldío, y a la tarde, ante la curiosidad de las gentes, recorrían las calles solitarias, despertando, con el estruendo abigarrado de su murga, el silencio eterno de la aldea. Poco a poco los Caporal habían ido abandonando el circo. A las milongas de Perico se agregaron las canciones criollas de Juanita: tristes

del litoral, vidalitas, músicas dolientes que la muchacha cantaba con un sentimentalismo dulzón que aumentaba la melancolía del pobre circo. Años atrás, Perico tuvo la idea de alternar los espectáculos acrobáticos con escenas campestres: payadas de contrapunto, bailes junto al rancho, malones de indios, domas de potros. La escena del baile, grata al público, fué agrandándose con cantos, adivinanzas, diálogos. Y así apareció el gaucho viejo, ladino y dicharachero; Cocoliche, el italiano acriollado; el cura pelafustán, italiano también; el gaucho perseguido por la policía; "la prenda" del payador. Un escritor aprovechó estos elementos y convirtió en drama la novela *Juan Moreira*. Fué un éxito enorme. Se agregó entonces un escenario al circo, y en él representaron las escenas dramáticas. Pero la fiesta criolla era en la pista. El público deliraba de entusiasmo cuando, al son del pericón nacional o de la huella, entraban en la pista los Caporal, con sus trajes gauchescos — el chiripá, el calzoncillo cribado, el ancho chambergo con barbijo, — la melena nazarena, el facón al cinto, jinetes en briosos caballos con aparejos de plata.

—¡Ah, tigre! ¡Hijuna! — gritaban entusiasmados los criollos de las gradas.

Luego vinieron las adaptaciones de novelas y poemas gauchescos. Apareció Santos Vega, el gaucho poeta, a quien sólo el diablo pudo vencer en la payada; Martín Fierro, el gaucho bueno, el personaje del genial poema de la raza; Juan Cuellos, Julián Giménez, los hermanos Barrientos y muchos otros. Eran idénticos aquellos dramas. Siempre la policía campestre, "la partida", persiguiendo al desgraciado criollo; las luchas de Ilíada pampeana con los soldados; el abandono de la prenda; la fiesta junto al rancho, terminando en jornada sangrienta; los bailes, las canciones de la tierra. Y los Caporal, como en los tiempos de Lope de Rueda y de Agustín de Rojas, llevaban por toda la extensión de la República, con la carpa del circo pobre y su trivial acrobacia, aquellos dramas profundamente nativos, dramas de heroísmo y de libertad, dramas bravíos y tristes como la Pampa infinita.

Riga recordaba, luego, la evolución de los Caporal. De los dramas criollos pasaron a representar piezas deplorables, escritas con ciertas pretensiones por autores semianalfabetos. El heroísmo rebelde y romántico de los gauchos fué reemplazado por escenas del tiempo de Rosas, por sainetes de suburbio, por burdas comedias innominables. Un viento de mal gusto y de bajeza mental amenazó ahogar el teatro naciente. Pero

la reacción vino pronto. Surgieron escritores de talento; Alberto Caporal se reveló un gran actor dramático; se formaron varias compañías. El circo estaba ya muy lejos, y la lona nómada y maternal pasaba a convertirse en leyenda; pero muchos otros circos criollos, ambulando desde los arrabales porteños a los pueblos provincianos, continuaban la tradición heroica de los dramas nativos, y prolongaban, en la Pampa vencida por el arado y el extranjero, el recuerdo romántico de aquellos gauchos cuya épica bravura se suavizaba de nobleza, y cuyos dolores profundos e irremediables no estallaban en odios sino en hondos lamentos de guitarra.

—Usted no se imagina — dijo Riga — el delirio del público por los dramas criollos. Seguramente han influído en la exacerbación del culto del coraje, del matonismo, de la criminalidad.

—¿Sí?

—Yo creo... Y creo también que ellos han puesto algo de poesía en el alma del pueblo. Aquella vida romántica, llena de peligros y de intrepidez, aquel amor anárquico del gaucho a la libertad, aquellas músicas profundas y dolorosas, han debido influir en el alma de nuestro pueblo.

—Pero era una literatura muy subalterna — objetó Heleno.

—No lo creo. Una literatura que despierta el amor al heroísmo y a la libertad, que nos penetra del espíritu de la Pampa, no es una literatura subalterna. Para mí, vale más que nuestros versos pretensiosos y extranjeros y que gran parte del repertorio teatral, más evolucionado sin duda, que le siguió.

Heleno iba a replicar, pero Riga, deseando contar algo que presenciara en Santiago, le interrumpió. Era en una representación de *Juan Moreira*. El alcalde acababa de poner en el cepo al gaucho, que se sometía resignadamente. Y ya se retiraba, cuando un espectador, con un cuchillo en la mano, cae a la pista a defender al gaucho. Amenaza al alcalde, y le alcanza en el saco una puñalada. Gran alboroto. La policía quiere llevar preso al espectador, pero el público, gritando en masa "que lo larguen, que lo larguen", atropella a la policía y deja escapar al defensor del gaucho.

Llegaron al *Minerva*. Aquella noche había un estreno, y Riga pudo leer en las caras de los espectadores la ansiedad de la espera. La petipieza inicial había concluído, y en los pasillos se comentaba y juzgaba la obra todavía desconocida. En un grupo hablaban Salvatierra, Pedro Rueda y dos autores

teatrales. Riga y Heleno pasaron de largo, cruzaron la sala del teatro, llena de público, y entraron en el escenario. Querían aprovechar el entreacto para la presentación de Riga a Caporal. El poeta, desde aquellos años de las zarzuelitas, no había entrado en un escenario, y sentía ahora cierta emoción, como si penetrase en un lugar prohibido y delicioso. Además, iba a conocer a los Caporal, los artistas que, en el circo de Santiago, maravillaron su niñez, y que, más tarde, hicieron vibrar su alma criolla en los dramas de sangre y de coraje.

En el camarín de Pedro Caporal, el director de la compañía, conversaban autores, periodistas y cómicos. Era un cuarto bastante grande; colgaban de sus paredes algunas prendas de indumentaria criolla. Caporal vestía de frac y estaba en pie, recostado contra su mesa de tocador. Era un hombre alto, erguido sin tiesura, picado de viruelas, de nariz grande y algo corva y de ojos muy vivos. Hablaba suavemente, con un acento criollo y medio quejoso, adquirido de los gauchos desgraciados, acompañando sus palabras con movimientos de cabeza y menudeando cierta sonrisa oblicua y, sin duda, de una ironía inconsciente. Usaba un largo jopo que le caía sobre la frente, y que él solía echar hacia atrás de una cabezada.

Heleno llamó a Riga y le presentó elogiosamente al actor.

—¿El señor es poeta? — preguntó Caporal a Riga, sonriendo.

Caporal sabía que los jóvenes poetas no simpatizaban ni con su arte, ni con su actual repertorio. A su poeta predilecto, un viejo procurador que representara con gran éxito varios dramas de un romanticismo ñoño e ingenuo, le habían juzgado duramente desde los diarios subalternos; y él les correspondía despreciándolos.

—Sí, señor — contestó Riga firmemente.

Caporal hizo un brusco movimiento de cabeza, hacia arriba, al tiempo que sonreía. Luego dijo:

—Ah, bueno. Entonces escríbame algo para el teatro.

—Precisamente, tengo un drama.

—Porque es muy fácil — interrumpió Caporal, — hacer versos sueltos, sonetos y hasta décimas. La cuestión es hacer un drama con cuartetas como éstas...

Y citó dos o tres cuartetas del procurador, que él encontraba sublimes. Eran frases vulgares, pero como se decían en escenas de cuchilladas y balazos, o en momentos melodramáticos, el teatro "se venía abajo" aplaudiendo.

—¡Pero eso no es poesía! — dijo Riga.

—¡Ja, ja! — exclamó Caporal riendo y dando cabezadas. — ¿Le parece, joven?

Los demás presentes sonrieron o miraron al poeta con desprecio. Caporal y los tertulianos de su camarín consideraban como ofensa personal que se negase admiración a los dramas del procurador. Uno de los presentes, que usaba barba negra y llevaba la cara inclinada a causa de tres o cuatro voluminosos granos que le habían brotado en el pescuezo, demostró el valer del procurador por el éxito de sus obras. El público aplaudía, luego eran buenas. Riga objetó que si se tratara de un público ilustrado, no diría nada; ¡pero el público de aquellos teatritos!

—Usted lo desprecia porque no es un público de literatos. Pues mire: esos muchachos que van sin cuello al paraíso, esos saben más de teatro que usted. Y que yo también.

Riga protestó. Esos individuos conocerían algunas obras argentinas y nada más. El, en cambio, conocía el teatro francés, el español y las grandes obras maestras del mundo entero.

—Pues esos... saben todo — repitió el de los granos. — Conocen el teatro francés, el español, el italiano. Saben todo, esos muchachos. ¡Ah, y son más inteligentes! Esos sí que son críticos, no como los de los diarios...

Llamaron a escena, y los tertulianos se dispersaron. Unos fueron a sus localidades, otros se quedaron en el escenario. Riga y Heleno permanecieron entre telones durante todo el acto.

La pieza que se estrenaba era una comedia de un tal Alcañiz, autor de una docena de piezas: zarzuelitas en su mayoría, representadas por compañías españolas de género chico. Y todas habían fracasado. La que no fué silbada terminó entre la indiferencia y los bostezos del público. Aquella noche, Alcañiz tenía el presentimiento de un gran éxito. Se había instalado en el camarín de la primera dama, donde su temperamento mujeriego se satisfacía con sólo estar allí, y desde tal lugar hacía incursiones al escenario para preguntar, a cuanto bicho viviente hallaba en su camino, su opinión sobre el éxito de la obra.

—¿Qué me dice de esto? — preguntó Heleno a Riga, aludiendo a la mediocridad de la pieza.

—Aplastante.

Era una de las primeras escenas de importancia en la obra. Hleno y Riga no salían de su asombro, pero su estupefac-

ción no tuvo límites al oír que aplaudían estruendosamente. Los aplausos no eran unánimes, pero de una insistencia de matraca. El público, cosa nunca vista en medio del acto, pedía la salida del autor, y Alcañiz, desbordando felicidad, apareció en la escena lleno de saludos.

—¡Qué vergüenza! — exclamó Riga. — No debía permitirse que hubiera *claque*.

Heleno adoptó una actitud grave, y, con su voz rotunda, lentamente, en el tono de quien hace una observación capital, dijo:

—Esto no-es-la-*cla-que*.

Y efectivamente, no era la *claque*. Al terminar el acto, estallaron los mismos aplausos: descomunales, inacabables, acompañados de gritos de toda especie. El autor salió como treinta veces a saludar, y hasta le obligaron a echar un discurso. Y no bien hubo caído el telón definitivamente, Heleno señaló a Riga los autores del éxito. Escribanos y una veintena de amigos se precipitaron hacia el autor abrazándole. El triunfo del pobre Alcañiz había sido una broma de la Syringa.

Riga y Heleno retornaron al camarín de Caporal. Estaba allí Alberto Caporal, a quien Riga fué presentado. Era un actor de gran temperamento, un hombre fuerte, musculoso, que respiraba energía. En las escenas brutales era extraordinario; y cuando encarnaba tipos de suburbio o de bajo fondo y bailaba el tango, alcanzaba el máximo de realidad artística.

—Yo no tuve la culpa — decía Pedro Caporal.

Se hablaba de una grave equivocación cometida por el actor, quien, en una escena trascendental, en vez de decir: "voy a saciar mi sed de venganza", había dicho: "voy a escanciar mi ser de vergüenza". Riga y Heleno se miraron, y el de los granos declaró que a Perico le faltaba memoria, nada más, y que esa equivocación no probaba nada en contra de él.

—Es claro — exclamó Perico. — Yo, genio, tengo; lo que me falta es memoria.

Riga y Heleno se despidieron. El poeta, tímidamente, habló de su drama, y Caporal le dijo que se lo llevara. Pero Heleno, que conocía la poca eficacia de tal procedimiento, pidió a Caporal que designase un día para que Riga le leyera el drama. Caporal resistía.

—Es que tenemos mucho trabajo, don Juan Luis... Pero, bueno. Mire, joven, venga la semana que viene, el lunes.

Y se despidió de Riga, sacudiéndole la mano y sonriendo

con lástima, como si le compadeciese por no entender la literatura del procurador.

Riga salió, y al pasar por el escenario vió a Alcañiz, rodeado de amigos entusiastas, a los que invitaba a beber champaña. En el vestíbulo, Riga se acercó a un grupo de literatos y periodistas que comentaban el éxito de Alcañiz.

—¡Y el público premia estas inepcias! — exclamaba con acento desoladamente amargo, Jacinto Viel. — ¡Qué gran país!

—Una vergüenza, una idiotez — agregaba Salvatierra, sin lograr esconder la satisfacción que le rebosaba por todo el cuerpo.

—No se olvide, Viel — dijo Reina — que no es todo culpa del público.

Y terminó empleando una palabra francesa, debilidad que se le había agravado desde el gran éxito de su libro:

—Es una *blague.*

Todas las opiniones eran adversas a Alcañiz, y, como nadie lo defendía, la conversación cesó. Pero Salvatierra parecía empeñado en ultimar a Alcañiz, y ya se preparaba a acometerle en su vida privada y en la de sus ascendientes cuando, con sorpresa de todos, salió una voz en su defensa. El que hablaba era un hombre bajo, muy feo, y con tal aspecto de cochero que, al verle, se pensaba fatalmente en el pescante. Se llamaba Vilanova, usaba un garrote formidable y escribía zarzuelitas. Hablaba con un énfasis tan exagerado y frases tan declamatorias que resultaba un tipo de caricatura. El hombre no elogió precisamente la pieza de Alcañiz, pero desaprobó, en términos de una elocuencia digna de las grandes asambleas de las "Sociedad Cocheros Unidos", que se criticase a Alcañiz con tanta severidad. Y atribuyendo excesiva trascendencia al "alacraneo", imaginando que tales desahogos iban a hundir al desdichado Alcañiz, declamó, con la voz alta y tremante, ademanes de orador de comité, y redoblando las erres:

—¿Porr qué, señores... porr qué... se le ha de tronchar en su carrera?

Nadie pudo contener la risa, pero el hombre, inmutable, siguió perorando. Se acercaron al grupo Escribanos, Noulens y Rodríguez Pirán. Vilanova se calló y se fué; sin duda a ocupar su pescante, pensó Riga, que no podía imaginarle sino encima de un coche de alquiler.

—¿Qué piensas de Fermín López? — preguntó Escribanos a Viel.

—López es uno de los más grandes dramaturgos del mundo.

Escribanos y Rodríguez Pirán habían discutido sobre Fermín López, cuyas obras dramáticas habían tenido una resonancia enorme entre los literatos y entre el público. Era un autor inquietante. Sus obras, profundamente humanas, dialogadas con un prodigioso sentido de la realidad, habían revelado un maestro que podía parangonarse con los más eminentes dramaturgos modernos.

Pero Rodríguez Pirán, siempre atildado y afectado, no aceptaba la literatura libre, realista, escrita en dialecto, de Fermín López, considerándola vulgar y callejera.

—¿Has visto? — le preguntó Escribanos, satisfecho de que Viel, tan entendido en cosas de teatro, coincidiera con él.

Pero el vate romántico insistía.

—Literatura de suburbio, estética de tango — exclamó con arrogancia habitual.

—Fegmin es un agtista, ¡cagamba! — dijo Noulens.

El timbre llamando al público cortó la conversación, impidiendo hablar a Salvatierra, que se preparaba para cuerear a Fermín López.

Riga volvió a la noche siguiente a la casa de Itúrbide, y continuó visitando a su amigo todos los días. Para el pobre bohemio era algo extraordinario, cosa de sueño o de leyenda, haber encontrado aquel lugar de *confort,* donde tenía amigos que creían en su talento, donde hallaba una mujer inteligente que sentía singular admiración por sus versos y donde la buena comida, los buenos vinos, la música, las amables disquisiciones sobre arte le transportaban a un mundo de sentimientos bien distintos de aquellos que le inspiraban su pobreza y la covacha infame donde vivía.

Pero lo que más subyugaba al poeta eran los elogios de la Mayans. La fantástica admiración de la uruguaya hacia sus versos le había abierto una nueva comarca de ilusiones. Lita y alguno que otro amigo habían sentido sus versos y creían en su valer de poeta. Pero había en ellos cierta reserva, y parecía que más le considerasen como una esperanza que como una realidad. El caso de Heloísa era distinto. Se veía que sus versos habían impresionado hondamente a la uruguaya. El poeta había sentido pasar, en aquella admiración ingenua y desorbitada, un poco de la verdadera gloria. Heloísa leía en alta voz los versos de Riga, les daba un sentimiento y una

expresión incomparables, y luego los comentaba con un entusiasmo espumante. Sus elogios trastornaron al poeta, que no tardó en encenderse por la uruguaya. A veces conversaba aparte con ella, pero no sabía mostrarse galante y enamorado y la presencia de Itúrbide aumentaba su timidez. Y es que él suponía cometer una infidelidad hacia Lita, hacia la memoria de su amor a Lita, mejor dicho. No había querido a ninguna mujer sino a ella; y aunque no sentía amor por la uruguaya, temía llegar a enamorarse. Y él quería conservar el recuerdo de aquel amor en toda su plenitud, porque era fuente de ensueño en cuya agua había calmado, aun en medio de sus mayores desdichas, su sed de ideal.

Pero la naturaleza y la vanidad pudieron más que la ilusión. Y una noche de principios de Agosto, quince días después de haber conocido a Heloísa, le anunció, cuando nadie le oía, su visita para la siguiente noche.

Y fué a visitarla. Ella vivía en el tercer piso y Eduardo en el cuarto. Riga se preparaba a llamar el ascensor cuando vió entrar a José Alberto Flores. Tuvo intenciones de suspender su visita y subir con Flores al departamento de Itúrbide. Le avergonzaba pensar que Flores se enterase y que hablase del hecho en casa de Eduardo. No era tanto la moral lo que le importaba, sino que Eduardo lo supiese y se lo refiriera alguna vez a Lita, y que Albarrán, a quien había contado su historia de amor y de romanticismo, llegara a dudar de su sinceridad.

El ascensor no descendía. Se pusieron a conversar, y Riga, incapaz de mentir, le declaró que iba a la casa de Heloísa.

—Pero estaré un rato, no más. Es un compromiso — agregó poniéndose colorado.

Flores le miró como tratando de leer su pensamiento. Riga no sabía dónde poner los ojos, hasta que Flores, tocándole en un brazo, le invitó a acercarse a la puerta de calle. El poeta le siguió, y allí el cordobés comenzó a darle consejos.

—Tengo alguna experiencia de la vida, Riga, y conozco a las mujeres de esta clase. Aléjese de ellas, no pierda su juventud. He vivido diez años una vida crapulosa, y ahora no tengo fe, ni ilusiones, ni nada. Es decir, que he perdido lo más importante que puede perder un hombre. Yo lo veo a usted dispuesto a reformarse y lo considero capaz de ser un hombre útil. No pierda su vida, Riga.

El poeta permaneció en silencio, y Flores, poniéndole una mano en un hombro, agregó:

—Le aseguro que no hay cosa más mala que fracasar en la vida, y le aseguro también que meterse con mujeres es caminar al fracaso.

Riga le dijo que él no tenía relaciones con la uruguaya y que si iba a visitarla era por compromiso. Flores se tranquilizó, sobre todo cuando Riga le prometió no repetir aquella visita.

—Yo le digo estas cosas porque es usted un buen muchacho y necesita consejo. A Eduardo nada le diría, porque él no corre peligro. Pero usted, Riga, usted es otro temperamento...

Subieron al ascensor, que Riga detuvo en el tercer piso. Las palabras de Flores habían producido cierta impresión al poeta, pero no creyó que su peligro estuviera allí. ¡Ah, él bien sabía cuál era el camino de su fracaso!

Una muchacha le abrió la puerta muy sonriente y le indicó una salita. El poeta entró. Heloísa, sentada en el extremo de un sofá, no se levantó al verle. Le tendió las manos con decisión; le sonrió, mostrándole los dientes, mientras los ojos echaban fuego; y luego tomó una actitud de aplomo como si una profunda emoción le hubiera apagado su ardimiento.

—¡Cuánta felicidad, cuánta dicha, recibir la visita del poeta! ¡Del poeta sentimental y enamorado, del alma noble, perfecta, grande, romántica! El poeta honrando mi casa, el poeta...

Y siguió su largo monólogo. Mientras tanto, Riga la observaba. Nunca la consideró una mujer hermosa, pero aquella noche le pareció que lo era. Estaba interesantísima, con su harto llamativo traje solferino, su exceso de moños y cintas, su peinado monumental. Sus ojos tenían más brillo y movilidad que nunca, sus actitudes eran más románticas que nunca y su palabra fué ardorosa y exaltada como nunca. Se había sentado sobre una pierna, y movía la otra incesantemente. El vestido se le levantaba de cuando en cuando y dejaba ver el comienzo de una sólida pantorrilla. Al través de la media calada, Riga descubría una carne blanca como el papel.

—¡Cuántas víctimas habrá hecho este poeta! ¡Cuántos corazones de mujer se habrán trastornado leyendo sus poesías!

—Ninguno, Heloísa — dijo él, blanqueando los ojos coquetamente.

En este país las mujeres no se enamoraban de los poetas. Musset recibió muchas cartas de amor; aquí, él no conocía un solo poeta que hubiese recibido una carta de ese género. Las mujeres se enamoraban de los cómicos buenos mozos, de

los oradores políticos. Escribir versos era un motivo, en este país de Caliban, para que las mujeres le despreciaran a uno.

—No, no creo, no, no, no, no puedo creerlo. ¿Cómo es posible, Dios de mi alma, que un poeta no inspire amor? Ah, para mí no habría gloria más grande que ser amada por un poeta...

Y agregó con la cabeza hacia arriba y los ojos entornados, con las manos levantadas y paralelas y estremeciéndose, casi en la actitud de una medium:

—...¡tener un hijo de un poeta!

Luego se recostó en el sofá, tapándose el rostro con una mano, vencida por la emoción.

Riga aprovechó el silencio de Heloísa para anunciarle que le había escrito unos versos.

—¿A mí? Pero, ¿quién soy para merecer esa dicha? No, no, no puede ser.

—Sí, y aquí están — dijo el poeta, sacando del bolsillo un papel ajado.

Y empezó a leerlos. Heloísa escuchaba en un estado de paradisíaca beatitud. Apartado el busto del espaldar del sofá, su cuerpo parecía elevarse como en éxtasis. Tenía el mentón levantado, las manos a la espalda, blanqueaba los ojos, y sus facciones y su busto se contraían en fugaces espasmos de emoción. Riga leyó mal al principio, pero luego se posesionó de sus versos y puso en ellos gran sentimiento. Eran versos resonantes, ardientes y algo vulgares. Riga los había escrito al correr de la pluma, sin darles importancia, como versos de ocasión que eran. Pero Heloísa, a juzgar por lo conmovida que estaba, debía considerarlos sublimes. El poeta le alababa sus ojos de fuego y su cuerpo de serpiente, le decía que soñaba con ella, que anhelaba hacerla suya; hablaba de besos locos y brutales, y un espeso perfume de deseos impregnaba toda la composición. A medida que el poeta avanzaba en su lectura, aumentaban las palpitaciones de Heloísa. Ya había abandonado su primitiva actitud casi mística. Ahora pasaba del desmayo al frenesí, del suspiro a la exaltación. Riga se había acercado a ella, y sus rostros casi se tocaban. Cuando llegó la última estrofa, el muchacho, excitado por aquella proximidad y por sus propios versos, apenas podía leer. Ella, lánguidamente, puso un brazo sobre el cuello del poeta, que precipitó su lectura. Al terminar, sus labios encontraron los de ella. Se besaron torrencialmente.

—¡Al fin, Dios mío! — exclamaba Heloísa.

La escena de besos y caricias duró largo rato y tuvo su lógica conclusión.

De este modo, análogo al que usan los demás hombres para seducir a las inocentes mujeres, Carlos Riga conquistó, según él creía, a Heloísa de Mayans.

V

Más de un mes había pasado desde que Riga conociera a Caporal y, no obstante la intervención de Heleno, aún no conseguía que Caporal le fijase fecha para la lectura de su drama. Con pretexto de ensayos, de lectura de otras obras a la compañía, o de simple cansancio, el actor iba relegando al poeta de un día al siguiente y de una semana a otra. Por fin, a ruego de Heleno, Caporal esperó una tarde al poeta. No pudo asistir Heleno a la lectura y Riga lo sintió en el alma, pues sabía que la sola presencia del dramaturgo era un argumento en su favor.

En el vestíbulo del *Minerva,* el poeta encontró a Caporal. Fueron al escenario, y entraron en un pequeño camarín desguarnecido. Caporal trajo dos sillas; y Riga se disponía a empezar, cuando el actor le dijo que esperara. Después de unos segundos, Caporal salió al escenario y volvió con un individuo a quien Riga no conocía. Era un hombre como de veintisiete años, alto, de bigotes caídos, de piernas largas y talle corto, y al caminar hacía un movimiento combinado de caídas ''compadronas'' e inclinaciones hacia adelante. Se llamaba Pedemonte, ostentaba el mayor aspecto de compadrón que Riga había visto en su vida, y era prodigiosamente sucio. Sus largas uñas y el cuello y los puños de la camisa estaban de luto riguroso. El pelo le crecía silvestremente por todas las inmediaciones de la cabeza, y debía hacer por lo menos un año que allí no entraba tijera. La cara estaba en relaciones nada cordiales con la navaja de afeitar; y en cuanto a los arrabalescos botines que llevaba, podía afirmarse que no conocieron jamás la simulación del betún. La ropa no era quizás vieja, pero sí espesamente mugrienta. En el saco blanqueaban vastas zonas de caspa que el Vesubio de la cabeza alimentaba sin cesar; debajo de los pantalones, que formaban en las rodillas un ángulo obtuso, asomaban las tiras de los calzoncillos.

Riga preguntó a aquel hombre, intrigado al verle allí, si

era representante de la empresa. Caporal sonrió con lástima, compadeciendo a Riga por su ignorancia, y Pedemonte, fastidiado de que no supiesen quien era, con su voz de suburbio, limpia de toda civilización, lo único limpio en él, contestó, echando la cabeza hacia atrás y pasándose la mano por la nemorosa cabellera:

—Soy el *diretor* artístico de la compañía.

Riga, fastidiado por la presencia de Pedemonte, comenzó a leer de pésima gana. ¡Pensar que semejante individuo iba a juzgar su drama, que iba a opinar sobre sus versos, a sentenciar sobre aquella obra donde él había puesto su alma y su sensibilidad de artista! Hubiera dado algo porque la lectura se suspendiera, aunque su drama no se representase. Pedemonte escuchaba inmutable, pero Carporal sonreía irónicamente, sin duda comparando los versos de Riga con las notables cuartetas de su amigo el procurador. Riga leyó de un tirón, sin descansar entre un acto y otro. Al terminar, quedó esperando la sentencia.

—Hay *ecena* muy larga, hay *escena* — dijo el director artístico, pronunciando las vocales muy abiertas, suprimiendo las eses, alargando la última sílaba acentuada de la frase, y repitiendo al final las primeras palabras, como hablan los compadrones.

Riga le pidió que citara. Entonces Pedemonte mencionó la escena de amor del segundo acto, que necesitaba ser acortada.

—¡Pero si no dura ni dos minutos! — exclamó el autor. — Son dos palabras.

—*¡Do minuto! ¡Do minuto e* mucho para una *ecena* de amor! — sentenció el director artístico.

Riga comenzó a incomodarse, sobre todo al notar la sonrisa irónica de Caporal y el incesante cabeceo que la acompañaba; y discutió su obra con denuedo, echando indirectas de cuando en cuando a Caporal y a su repertorio. Pedemonte le argüía no conocer el teatro.

—Mire — decía Pedemonte — yo he *ejcrito do obra ante* de conocer el teatro ¿sabe? *do obra,* y como yo creía que era cuestión de meterle no *má,* no hacía caso a éste, a Pedro Caporal, que sabe *má* de teatro que *nosotro.* Pero *aura...*

Se interrumpió para esgarrar y escupir. Y agregó:

—...pero *aura, recién aura* voy a empezar a escribir bien, *recién aura.*

Caporal aprobó con la cabeza, sin dejar de sonreír, y Riga se preguntaba qué entendería Pedemonte por escribir bien.

Se levantó, rabiando, y declaró que él no modificaba su obra. Que la aceptasen como la escribió, y si no la querían así, tan conforme. El era un poeta, un artista, tenía la conciencia de su arte y no podía someterse a las indicaciones de otros, sobre todo cuando estos otros no eran escritores ni artistas ni poseían una cultura literaria.

—¡Já, já, está lindo! — exclamaba Caporal, sonriendo siempre.

—Déjelo, no le haga caso don Pedro, no le haga — dijo Pedemonte.

Y agregó, dirigiéndose a Riga:

—Demasiado *hemo* hecho con escucharle su drama. Ya *sabíamos* lo que era por el *dotor* Salvatierra. Ese sí que *e* un *inteletual*, ese sí.

—¿Salvatierra les habló de mi drama? ¿Y qué les dijo?

Caporal lanzó una falsa carcajada, al par que sacudía la cabeza y se echaba el jopo hacia atrás. Pero no habló.

—¿Qué va a decir? Que no *e* teatral, que no *e*. Su obra ¿sabe? será buena como novela, pero no como teatro. Como teatro, no sirve. *Aura* como novela...

Riga salió echando chispas. ¿Cómo había soportado las risas de Caporal y las opiniones literarias de Pedemonte? ¡Y pensar que todos los que escribían para el teatro debían ser juzgados por semejante analfabeto que se imaginaba escritor! Le había indignado a él que su amigo Salvatierra le hubiese desacreditado; tan luego Salvatierra, a quien, aquella noche que leyera el drama a Heleno, le prestó tres pesos — nunca devueltos, — y por el cual préstamo se había quedado sin comer. Pero estaba acostumbrado a tales ingratitudes. Lo peor, lo que le hacía sufrir y le exaltaba de rabia, eran las opiniones de Pedemonte, el desprecio con que aquel compadrón de barrio le trataba a él: un artista y un poeta.

Además, el rechazo de su drama representaba la pérdida de todo un mundo de ilusiones. Tan convencido estaba del valer de aquella obra, que imaginó muchas veces a sus oyentes sugestionados por su gran belleza. Había esperado todo de aquel drama: éxito, renombre, dinero, y he aquí que la estupidez de un hombre destruía por completo su castillo ilusorio. Sin embargo, no sufría precisamente por ello. En su vida de bohemio y de poeta las desilusiones le habían visitado a menudo, le habían habituado a ver cómo venían y se alejaban las más bellas quimeras. Pero si el rechazo de su drama no le causaba una pena en relación a sus ilusiones, era

indudable que había contribuído a exacerbar el malestar de su espíritu. Estaba descontento de sí mismo. Los amores con la uruguaya, una vez satisfecho su deseo, no le habían procurado los goces espirituales que imaginaba. Heloísa le pareció al principio una mujer de gran sensibilidad, una artista. Pero ahora, después de veinte días de relaciones, ya le cansaba. Era harto locuaz y desorbitada. Vivía en continua exaltación, sin un momento de serenidad, y carecía de la calma suficiente para gustar la belleza de los libros y de la vida. Toda su alma se iba en la espuma de su charla insustancial y a veces molestadora. Era exagerado su entusiasmo, exagerada su conversación, exagerados sus sentimientos. Su temperamento teatral gustaba del exhibicionismo; y así aquella relación, que él hubiese querido mantener oculta, fué revelada por la propia Heloísa en la *garçonnière* de Itúrbide.

En su conciencia oía una voz incesante que le reprochaba aquellos amoríos. ¿Por qué había sido infiel a Lita? ¿No comprendía él, un poeta, que había más belleza en amar espiritualmente a Lita, amarla tal vez sin esperanza, que enredarse en un episodio vulgar con aquella aventurera? Pero lo peor de todo era para Riga el haberse enterado Eduardo y sus amigos. ¿Qué diría Eduardo, que le creía románticamente apasionado de Lita? ¿Qué diría Flores, a quien prometió huir de la uruguaya? ¿Qué diría Albarrán, que amaba con pasiones tan hondas y originales? El había pasado siempre por un gran idealista, por un hombre que miraba las cosas de la vida desde su lado poético, y he aquí que venía a destruir todo su prestigio, lo mejor que él tenía, por una relación sensualista a la que no era posible, sin grave ofensa, darle el nombre de amor. ¡Ah, la vida! Era una perpetua claudicación, un abandono constante de los más bellos ideales.

Felizmente, a estas inquietudes y malestares no acompañaba la situación económica deplorable de otras veces. Pagaba una miseria por su detestable cuarto, y como apenas gastaba en comer, pues Eduardo y Heloísa le invitaban casi diariamente, todavía le sobraba del poco dinero que solían darle por sus artículos o por sus versos en las revistas semanales.

Pero aunque comenzaba a aburrirle la uruguaya, reconocía deberle mucho. Físicamente, por lo menos, era otro hombre. Ya no tenía aquel aspecto de desaliño, de suciedad en que le había sumergido la pobreza, si bien esta transformación no era sólo por Heloísa, pues habían contribuído a ello sus fre-

cuentes visitas a la *garçonnière* de Eduardo. Ahora, para comprarse ropa y hacérsela lavar guardaba cuanto dinero podía. Se había provisto de cuellos, corbatas y de otras piezas de que carecía. Se preocupaba más de la higiene, no por amor a Heloísa, sino por dignidad, pues le hubiera humillado que su amante le considerara sucio. Además, y en esto había ejercido Heloísa una influencia directa, había dejado casi de beber. Desde el primer día, ella le combatió su inclinación, y él cedía gustosamente, no deseando apestar a whisky. Había en estos sentimientos mucho de amor propio, pero también el caritativo deseo de no molestar a nadie. Ahora, sólo bebía los buenos vinos con que le convidaba Eduardo y, por excepción, su whisky, los días que no visitaba a la uruguaya.

Hacía poco, había comenzado a escribir "al centímetro" en *Los Debates*, un buen diario de la tarde, y tenía esperanzas de conseguir la crítica teatral. El crítico era un hombre terrible que, en su fervor por vapulear a todos los autores, había agraviado a dos amigos del director. Ya se hablaba de buscarle un reemplazante, y como Riga tenía aspecto de contentarse con poco sueldo, y además sabía escribir, era el señalado para tal cargo. Y fué nombrado, en efecto, al día siguiente mismo de la lectura del drama a Caporal.

Aquella noche no había ningún estreno. Riga decidió ir a casa de Eduardo para comunicarle la nueva a sus amigos.

—¡Pero, hombre, tanto tiempo sin venir! — le dijo Eduardo.

—Ha tenido gravísimas ocupaciones — gritó Albarrán, riendo alegremente, mientras los demás sonreían y el poeta se avergonzaba.

Hacía más de una semana que no iba. Al principio de sus amores con Heloísa, no se cuidó, en la seguridad de que ninguno sabía nada, de frecuentar la casa de su amigo. Pero una vez, Flores, a quien encontró en la calle, le dijo que todos estaban enterados y le reprochó su conducta. La uruguaya, una tarde, le había hecho confidencias a Margot, y luego, en varias noches sucesivas, había dejado ver la felicidad de que desbordaba. En la casa de Eduardo todos la volvían loca y decían pestes de Riga para hacerla hablar. El poeta tuvo un gran disgusto, y decidió no ir más a la casa. Heloísa le pedía que fuese, asegurándole que nadie le diría nada; pero él no consentía. Por último, aquella noche decidió abandonar su actitud. Al fin y al cabo, Eduardo y Albarrán vivían peor que él; y en cuanto a Flores, a Quiroga y a otros concurrentes, ninguno podía tirar la primera piedra.

Las bromitas sutiles de Quiroga y Albarrán duraron un buen rato. Eduardo, sin decir una palabra al poeta, sonreía.

—¿Saben la noticia? — preguntó Riga para cortar las bromas.

Y refirió su entrada en *Los Debates*. Fué muy felicitado. Todos le abrazaron y le auguraron un gran éxito en su nuevo oficio de crítico teatral.

—Ahora se representará el drama — dijo Eduardo.

—Ahora menos que nunca, hombre. ¿Cómo quieren que me valga de mi posición para imponer a las compañías mi drama? Sería muy feo hacer eso.

—¡Ah, siempre el mismo! — exclamó Heloísa entusiasmada. — ¡El hombre correcto, noble, lleno de delicadezas!

Cortó la retahila de la uruguaya, la entrada de una persona que Riga jamás imaginó encontrar allí: Grajera. Estaba más negro y feo que nunca y sonreía con toda la cara.

—¡Hola, negro! ¿Y de dónde has salido?

—¿Qué tal, viejo?

Se abrazaron Riga y Grajera, y, después de los saludos, como Riga se empeñara en saber qué había hecho el Mono en los dos años que no lo veía, Grajera refirió una serie de historias ya conocidas por los demás. Había estado en las provincias. Al principio dió conferencias. La de Catamarca, sobre la tuberculosis, le produjo mil pesos líquidos; la de Santiago, contra los milagros de San Francisco Solano, cerca de ochocientos; la de Córdoba, sobre mutualismo, fué "un éxito bárbaro". Sólo en Santa Fé había fracasado lamentablemente.

—¿De qué hablaste en Santa Fé?

—Sobre un nuevo medio de matar la langosta. Pero creyeron que era cuento, y no fué nadie. Los pocos que pagaron la entrada, me silbaron.

—Pero cuéntele su estada en Jujuy, que fué lo mejor de todo — dijo Albarrán.

—No tiene nada de particular — habló Grajera. — Es que fundé un diario, un diario anticlerical.

Como llevaba un capitalito ganado con las conferencias y no sabía en qué emplearlo, se le había ocurrido comprar una imprenta y fundar un periódico. ¡Los horrores que le había dicho al gobierno, a la sociedad y a los curas! Provocó manifestaciones anticlericales y políticas, y una huelga que acabó a balazos. Entonces el gobierno mandó empastelarle la imprenta, y él no tuvo más remedio que emigrar. Se fué a Bolivia, con un par de llamas que había comprado y un peón que

le servía de guía. Pero en Bolivia no había programa para sus empresas y se volvió.

—Me dediqué al arte, viejo.

—¿Al arte?

—Sí, hombre. Estando en Salta, me encontré con una compañía nacional y me ofrecí como actor. Me admitieron y debuté en seguida.

—¿Y qué papeles desempeñaba? — preguntó Quiroga.

—De galán — contestó Grajera seriamente, mientras los demás reían a carcajadas.

Todos se imaginaban al Mono, tan feo, tan negro y tan bajito, con la boca de oreja a oreja, haciendo las veces de galán enamorado.

Pero Grajera continuó su relato. En Salta estuvo como un mes, representando todo el repertorio nacional. De allí la compañía salió para Santa Fé, donde él, como su padre había tenido tantas relaciones, pudo conseguirle una subvención del gobierno.

—¿Y en Santa Fe también trabajaste?

—¿Y por qué no?

—En Santa Fe tuvo un grave percance de orden económico — dijo Quiroga.

—Es una calumnia, no vayan a creer eso — contestó Grajera, riéndose.

Quiroga explicó. Parece que Grajera, encontrándose mal de fondos, había decidido no pagar la cuenta del hotel, y una noche se descolgó de su cuarto, se escondió en el puerto y tomó el vaporcito de la carrera al Paraná, mientras en el hotel le suponían durmiendo.

—Lo voy a acusar por calumnias e injurias, señor Quiroga — decía Grajera riendo y moviéndose como un monito.

—¡Ah, el hombre original, el interesante, el aventurero! — exclamaba Heloísa. — ¡Qué vida tan extraña, tan romántica la suya!

—Pues ya ha ejercido oficios distintos — dijo Flores para cortar el amenazante monólogo de la uruguaya.

—Pero eso no es nada.

En Bahía Blanca había puesto con un amigo una sastrería; en Río Cuarto fundó una casa de remates y estuvo en un tris de casarse; y en San Luis, donde estaba de moda patinar, ejercicio que la sociedad realizaba en el patio de la casa de gobierno, trabajó como profesor de patines.

Grajera contaba las cosas con tanta gracia que algunos llo-

raban de risa. Y así continuaron un largo rato, festejando la charla de Grajera y bebiendo los licores de Itúrbide. Luego empezó la sesión musical y literaria; y mientras Margot tocaba el piano, y Heloísa conversaba con Quiroga, Riga pidió a Grajera noticias de Nacha. Como Grajera era tan amigo de Ramos y la había tratado mucho, tal vez supiera algo de ella.

—Me han dicho que tuvo un hijito y que ahora está de camarera en un café cantante — dijo Grajera.

Y agregó, señalando a Heloísa:

—¿Quién es esta loca de verano, che? Me parece candidata para hacerle los bajos...

—Señores, una palabra... — habló en este momento Gabriel Quiroga, dirigiéndose a todos los presentes, que se pusieron a escucharle. — Nuestra gran Heloísa ha tenido una admirable idea: que nos coticemos entre todos para imprimir los versos de su Abelardo.

—¡El mordaz, el sarcástico! No, Abelardo no, ¡por Dios! Todo menos Abelardo — exclamaba la uruguaya, que consideraba semejante nombre como una calumnia a su poeta cuya integridad le era bien conocida.

Y mientras todos se reían de la indignación de Heloísa, y Grajera felicitaba al poeta por su conquista, Riga protestaba por la idea de su amante. Era un propósito manifestado por ella varias veces y que Riga había escuchado con enojo. No, él no aceptaría jamás que ella costeara la impresión de *Los jardines místicos*. Se lo había dicho mil veces y no cambiaría de opinión. El dinero de ella era el dinero del político que la mantenía, y él no se rebajaría hasta aceptarlo. Heloísa ya no insistía, pero esa noche se le ocurrió que, si todos contribuyeran a la edición, tal vez Riga aceptase.

—Ya le he dicho, Heloísa, que no quiero. Y no hable más del asunto.

Pero los amigos se empeñaron en convencerle. Cada uno pondría cincuenta pesos y el resto se pagaría con el producto de la venta. Era un regalo que deseaban hacerle sus amigos; él los ofendía rechazándolo. Heloísa contribuiría con su parte, como uno de tantos, en calidad de admiradora del poeta.

—Bueno; en esas condiciones, acepto.

Y quedó decidido que el día siguiente Riga llevaría a una imprenta el original de *Los jardines místicos*. El poeta eligió la misma que en otro tiempo imprimiera *La idea moderna*.

La composición del libro marchó con gran lentitud, no obs-

tante que Riga pagara por adelantado casi todo el costo de la edición. Pero el implacable impresor parecía interesado en trastornar la cabeza al infeliz poeta. Le entregaba las pruebas, por falta de corrector, hirviendo de errores. Luego, las informalidades de siempre. Riga pasó dos meses consagrando enteramente a sus versos los pocos ratos que le dejaba libre su crítica teatral en *Los Debates*. A causa de los teatros y de la corrección y terminación del libro, apenas frecuentaba la casa de Eduardo. Tampoco se veía mucho con la uruguaya, no obstante el empeño de ella en mirar las pruebas de imprenta. Pero en realidad no tenía tiempo, pues la tarde, su único momento desocupado, la consagraba a corregir sus versos y a escribir; sin contar con que era la hora amorosa del viejo político.

Riga había tenido, pues, que cambiar de vida. Al diario iba por la mañana y, a veces, en seguida de haber almorzado. A la tarde, después de escribir, solía frecuentar la Brasileña, y en ocasiones iba de noche, antes de recorrer los teatros. Pero la Brasileña había cambiado en los últimos tiempos. El ambiente era otro; y hasta las pinturas habían desaparecido, por lo cual él extrañaba a aquellos negros de las paredes, a los que casi consideró como amigos. La concurrencia también se había renovado. Ahora jamás encontraba a Escribanos, convertido en médico célebre, ni a Viel, redactor de *La Patria*, ni a Noulens, que había emigrado a otros lugares, ni a la mayoría de sus amigos, algunos de los cuales, como Orloff, vivían en las provincias. El único que jamás dejó de ir una tarde ni una noche, el único que desde hacía diez años ocupaba la misma mesa y el mismo lugar y que revelaba con ello un espíritu formidablemente conservador, era el poeta anarquista Gualberto Garibaldi. Hasta sus satélites habían cambiado de café o habían desaparecido apenas lograron transar con el Estado. Solamente Garibandi permanecía fiel a la tradición. Muchas veces, Riga le encontraba solo, meditando tal vez sobre los sinsabores del abandono y de la inconsecuencia; y entonces se le acercaba. Los dos poetas, que eran los más fieles clientes de la casa, habían acabado por hacerse íntimos. Garibaldi, soñando siempre con la revolución social, que esperaba de un año para otro, solía tomar de confidente a Riga, y le espetaba discursos revolucionarios. Pero Garibaldi no tenía ya la integridad de sus viejas convicciones. Ahora había entrado la duda en su espíritu, y en sus peroraciones y en

sus versos comenzaba a aparecer un leve matiz de melancolía. Era el crepúsculo de la Acracia.

Mientras tanto, el amor de Heloísa a su poeta parecía aumentar cada vez que llegaban nuevas pruebas de imprenta. Ya no le bastaba la sumisión amorosa del literato, ni la difusión de aquellas relaciones entre todas sus amistades, salvo el político; ahora quería exhibirse con Riga.

—Es que pueden vernos algunos conocidos — protestaba el poeta.

—¡Vernos! Publicar nuestra felicidad, nuestra dicha, ¡qué hermoso, poeta mío!

Y el pobre poeta tenía que acceder. En un teatro de segundo orden pidió un palco alto, para que no le viese sino el menor número posible de gente, y, ocultándose en el fondo, permaneció invisible toda la noche.

Una vez, cuando Riga le llevó los primeros pliegos impresos, Heloísa tuvo tal acceso de amor que pretendió hacer un paseo con el poeta: "un paseo de amor y de poesía donde pudieran soñar románticamente y cuyo recuerdo les quedara en la memoria durante toda la existencia". Habló del Tigre. ¡Ah, sería divino, sublime, recorrer al atardecer, en una lancha, los canales orillados de sauces, diciéndose palabras de amor y de belleza! Soñaba con ese paseo. Pero Riga resistía. ¡Tan luego el Tigre, que se llenaba de gente! Inventó mil peligros: podía volcarse la lancha, había fiebre tifoidea. Discutieron hasta hartarse, y por fin el infeliz poeta, para verse libre de la verborragia de su amante, accedió al proyecto del paseo, con la condición de excluir el Tigre. Pero no sabía qué lugar proponerle, hasta que, hablando una vez con Garibaldi, el libertario le aconsejó la Isla Maciel. Era un lugar delicioso, parecido al Tigre, y no lo frecuentaba sino gente del pueblo. Los anarquistas celebraban allí sus *pic-nics*. Riga no había estado jamás en la Isla Maciel, y, como Garibaldi habló de ir con su amiga, se decidió por aquel lugar. Allí se encontrarían las dos parejas.

El domingo del paseo hizo algún calor. Riga y Heloísa tomaron por la mañana el tranvía para la Boca. La uruguaya, encantada con el lugar elegido, se había negado a ir en coche. Debían pasear como pequeños burgueses o como obreros. Hasta dejó a un lado sus trajes vistosos, contentándose con un sencillo vestido de brin blanco y un sombrero de paja. En la Boca bajaron del tranvía y se acercaron al muelle del Riachuelo, para tomar allí un bote que los llevara a la Isla.

A Riga, los grandes barcos le entristecieron. Eran barcos viejos casi todos, barcos veleros en su mayoría, pintados de azul, de amarillo, de rojo. Nada tenían que ver con aquel *Cap Ortegal* que se llevó a Europa todas sus ilusiones, pero, no sabía por qué, le recordaban aquel día de dolor y de vergüenza. Evocó los sufrimientos de su pobre corazón de veinte años y aquel momento de desesperación que fué el orígen de su vicio. Ahora, había cambiado un poco, pero ¿duraría mucho su nueva vida?

Subieron al bote que los esperaba. Heloísa, al verse en el bote junto al poeta, en aquella mañana serena y cálida, bajo un cielo de perfecta limpidez, deslizándose sobre las aguas quietas del río, con la visión de barcos que hablaban de países lejanos, se tornó insufriblemente sentimental. Quería que todo el tiempo fuesen unidos de las manos, mirándose a los ojos. Pero su sentimentalismo se hizo agudo cuando entraron en el riacho. El bote se deslizaba con calma, y, buscando la sombra, se acercaba a la orilla, bajo los sauces cuyas cabelleras peinaban el agua. Heloísa, románticamente, se recostaba en el poeta, y, en actitud lánguida, abandonaba una mano sobre el agua. A veces le pedía besos o se los daba, le rogaba que la abrazase, decía estrofas "del amado". En ocasiones, un rinconcito del río la entusiasmaba, y entonces era un torrente de exclamaciones y frases de admiración.

Riga iba triste, profundamente triste. ¿Por qué se acordaba tanto de Lita? ¿Era posible que la sola vista de los barcos le evocara tantas horas dolorosas? Consentía en las caricias de Heloísa casi mecánicamente, apartándolas cuanto podía. Se sentía disgustado de aquella mujer desorbitada y hubiera dado algo por no verla más. ¡Y pensar que ahora más que nunca estaba ligado a ella, ahora que, por su iniciativa, y con su contribución, iba a aparecer su libro! ¡Era fatalidad la suya! En todos los momentos de su vida habían de perseguirle la inquietud, el malestar, la desgracia.

El bote había atracado junto a un desembarcadero, y bajaron. A pocos pasos del río había una casa de madera, y a un lado, bajo los árboles, mesitas donde almorzaban parejas y familias modestas. Heloísa, sin cesar de hablar, se apoyó en el brazo de su amigo. Cuando llegaron bajo los árboles, Riga vió a Garibaldi con una muchacha. El anarquista se levantó, presentó a su amiga y pidió a los recién llegados que los acompañaran. Y los cuatro se instalaron para comer.

—¡Ah, qué hermosa mañana! — exclamó Heloísa con ardor.

—Una delicia, ¿verdad? Es una mañana que invita al amor — dijo la amiga de Garibaldi, sonriendo y apretando la mano a su poeta.

Heloísa no necesitaba más. Habían tocado su tema, y se lanzó vertiginosamente en un monólogo sobre el amor. La amiga del anarquista era partidaria del amor libre, y a cada paso exclamaba:

—¡Hay que vivir la vida!

Riga observaba a la muchacha. Era bastante bonita: tenía rostro armonioso, el cabello y los ojos negros y bien formado el busto. Se llamaba Amelia, hablaba con tonada provinciana y debía ser de buena familia. No parecía tener cultura ninguna; y cuanto hablaba era sin duda un reflejo de las doctrinas de Garibaldi.

Trajeron el primer plato. Riga, ausente de la conversación, miraba el paisaje. Era aquel un rincón apacible y rústico. Parecía que las parejas amorosas y las familias de pequeños burgueses que comían, turbaban la serenidad y el silencio, los verdaderos moradores de aquel sitio. Todo estaba verde, de un verde intenso y cálido. El arroyo formaba cuadritos encantadores, se oía el píar de diversos pajarillos, y los sauces llorones ponían en el paisaje su nota melancólica. De cuando en cuando pasaban botes, conduciendo a gentes que iban a otros recreos. El suelo estaba lleno de hojas y muy húmedo, y el cielo era una vasta extensión uniformente luminosa y trasparente, un cielo sin nubes y casi sin azul, un cielo brillante que haría desesperar a los pintores. Bajo los árboles, la gente comía con avidez, y los rostros mostraban un gran contento de vivir. Se oían, lejanos y dolientes, los sonidos de un acordeón.

Pero Riga continuaba triste, y aquella mediocre e ingenua alegría dominical, un poco burguesa y un poco de bajo pueblo, no le interesaba. Sentía un hondo disgusto de sí mismo, de su relación con Heloísa, de encontrarse en aquel lugar y en semejante compañía. Apenas probaba la comida, y tenía la mirada lejana mientras los demás seguían discutiendo. Su alma nómada viajaba por países de recuerdo y de ideal. ¡Qué distinta fuera su vida de haberse casado con Lita! Comparaba las conversaciones en la calle Río Bamba, el ambiente de aquella casa aristocrática, con la conversación de sus compañeros y el ambiente que le rodeaba, y experimentaba una profunda vergüenza y un penetrante dolor.

—¡Hay que vivir la vida! — repetía la amiga del anarquista, un poco alegre por el vino.

Garibaldi aportaba argumentos sociológicos a la discusión. Para él, el matrimonio era uno de los medios de que se valía la sociedad burguesa para oprimir al proletario. Había que romper los lazos religiosos y legales y amarse libremente, en la absoluta libertad del instinto.

—¡Seamos dioses, creemos nuestra propia felicidad y nuestra vida! — exclamó Garibaldi, en tono altisonante, convencido de haber dicho una gran cosa.

Riga, mientras sus compañeros discutían, no hacía sino beber. Una sed anormal le dominaba, y hubiera bebido y bebido hasta anegarse en la inconsciencia. Pero de pronto, con una voz dolorosa y extraña, exclamó, como contestando a las ideas de sus compañeros:

—¡La vida es un puro lodo, una pura miseria...!

Todos quedaron estupefactos. Riga se había llevado las manos a la cara, y parecía hondamente conmovido. Nadie se explicaba semejante salida, y Garibaldi, interpretando el pensamiento de los tres, señaló una botella.

—¡No, yo no estoy borracho! — le gritó Riga, que había notado el gesto del anarquista. — La vida es un puro lodo, repito, y yo no soy sino un desdichado, un...

Se calló y volvió a llevarse las manos a la cara. Así estuvo un momento. Luego llamó al mozo y pagó su parte y la de Heloísa.

—Vamos a dar un paseo en bote, un paseo encantador — rogaba la uruguaya temerosamente.

Se despidieron. Amelia y Heloísa prometieron visitarse, y Garibaldi acompañó a Riga hasta un bote. Riga se hundió en la embarcación, e hizo señas al botero de regresar a la ciudad. Heloísa se oponía, quería gozar del paseo esperando que Riga se tranquilizara. Pero Riga impuso su voluntad.

—¿Qué es esto? ¿Qué te pasa? — le preguntó la uruguaya cuando el bote se apartó de la orilla.

Riga levantó los hombros y no respondió. Tenía los ojos cerrados, las facciones contraídas en un gesto de dolor, y respiraba como con dificultad. Cuando llegaron a la orilla del Riachuelo, bajaron lentamente y tomaron un coche.

—¡Pero algo te ocurre! No me explico, no sé qué pensar... — decía la mujer en el coche.

—Estoy enfermo, me duele la cabeza — habló el poeta con infinito desconsuelo.

Heloísa pretendió llevarle a la calle Esmeralda, pero Riga se negó violentamente. Y al llegar el coche a la Avenida de Mayo, ordenó al cochero que se detuviese; y, sin decir adiós a la mujer, se perdió entre el tumulto de la Avenida.

VI

A fines de Octubre apareció, en las vidrieras de las librerías centrales, *Los jardines místicos*. Era un volumen de doscientas páginas, y contenía sesenta composiciones. Se hallaba dividido en dos partes. La primera, donde estaban los versos más antiguos de la colección, era elegíaca, melancólica, de una tristeza lluviosa, de una tristeza de tuberculosis o de domingo en provincia. La segunda parte se componía de veinte poemas de índole realista, escritos en el idioma de todos los días, versos innovadores en cierto modo, llenos de carácter, que revelaban el odio a la belleza convencional y a las jergas poéticas de todos los tiempos.

Riga esperaba un gran éxito. Tenía la convicción de que sus versos estaban penetrados de sentimiento y de que eran humanos y verdaderos. No dudaba de que habría discusiones en los diarios, de que el público se apasionaría, de que la edición de quinientos ejemplares se agotaría en poco tiempo. El primer ejemplar renovó sus emociones de hacía cinco años, al salir *La idea moderna*. Pensó en el pasar de las horas; y al comparar aquellos días, relativamente tranquilos y felices, con los de ahora, sintió penetrar en su ser un pampero de tristeza. Pero la esperanza, más fuerte que el dolor y que la experiencia, cantó dentro de su alma la dulce Balada de la Ilusión.

Con los primeros ejemplares, cariñosamente dedicados a sus amigos, se presentó a la noche en casa de Eduardo. Además de los visitantes habituales, salvo Flores, que en Agosto se marchara a Córdoba, estaba Alberto Reina. El poeta fué recibido con aclamaciones, y cada uno, apenas recibió su ejemplar, se apartó para hojearlo.

—¡Delicioso, exquisito! — exclamaba Albarrán, con sus finos modos de abate.

—¿Le gusta? Denme su opinión franca, sin reservas de ninguna especie.

Y empezaron a comentar el libro. Heloísa, apenas oía in-

sinuar una opinión, se apoderaba de la palabra y no había quien se la quitara. Pero, a pesar de este inconveniente, entre frase y frase, y en los intersticios que la uruguaya dejaba descubiertos, cada cual logró encajar su juicio. Todos conocían la mayor parte de las composiciones del volumen; y así, para tener la visión de conjunto, les bastó con una rapidísima lectura.

—Es un libro elegante, distinguido, escrito con armonía y claridad — había dicho Eduardo. — Yo encuentro cosas dignas de Samain.

Para Alberto Reina, *Los jardines místicos* era el libro de un escritor de *élite*. Había en él mucha vida interior, y, sobre todo, un gran sentido de las *nuances*. Encontraba muchos *vers à citer*, y muchas cosas sutiles. Pero a él le gustaba el libro, principalmente, por su dolor discreto, por su sensibilidad atormentada. Esa poesía *verlainiana*, otoñal, exquisita, era, en la deplorable época actual, la única poesía admisible. Lo demás era *tout le reste...*

—*Et tout le reste est littérature...* — terminó, citando aquellos versos de Verlaine que los jóvenes literatos sacaban a dos por tres, y contrayendo la boca en un rictus de desprecio hacia la época y de triste resignación por vivir en ella.

Gabriel Quiroga fué más reservado en sus elogios. La primera mitad del libro, la parte elegíaca, no le entusiasmaba. Encontraba en ella todas las cualidades de que hablaron Albarrán, Eduardo y Reina, pero le parecía como que no hubiese allí originalidad.

—¡Pero si son cosas mías, Quiroga! — exclamó el poeta. — Son mis sufrimientos, mis ilusiones, mi vida entera. No concibo un libro más personal.

—Más personal, concedo. Pero la personalidad es una cosa y la originalidad es otra. Usted ha sentido y vivido cuanto ha escrito; muy bien. Pero todo ello recuerda a lo que han sentido y vivido otros poetas anteriores. No niego la sinceridad de sus sentimientos, pero afirmo que usted, al expresarlos, se ha valido de formas ajenas.

—Pero, Quiroga... La prueba de que mis versos son personales y originales es que emocionan. Si fueran sólo imitados...

—No he hablado de imitación — interrumpió Quiroga.

Y para contentar al poeta, a quien el juicio había molestado, Quiroga comenzó a hablar de la segunda parte, que

contenía una veintena de composiciones del género realista. Para Quiroga, esta segunda parte revelaba un gran progreso. La primera era vaga, inconcreta, y se abusaba en ella de los ruiseñores, los parques, las noches de plata, los violines, los lagos y la luna. La segunda parte era original y tal vez importaba una renovación. En ella se mostraba, hasta la evidencia, cómo en la realidad que nos rodeaba, en las cosas vulgares, en la vida cotidiana, existía verdadera poesía. Estábamos ya hartos de la poesía convencional, imitada de los clásicos, los románticos o los decadentes. Y otro mérito de *Los jardines místicos*: que a la renovación de asuntos correspondía una renovación de lenguaje. Nada más odioso que esa vieja forma poética de que nos hablaban en el colegio. Cuando él veía un libro en el que se decía "do" en vez de donde, "natura" en vez de naturaleza y se empleaban palabras del falso, estúpido, libresco y retórico lenguaje poético de los casticistas, mandaba al libro y al autor a cualquier parte; los decadentes también tuvieron un lenguaje poético convencional, y había ya llegado la hora de acabar con eso. No había palabras poéticas, señores. Todas las palabras eran buenas. Necesitábamos convencernos de que nuestro lenguaje de todos los días podía expresar los más profundos sentimientos y las más sutiles bellezas.

—Además, en el libro de este muchacho — continuó paseándose — y en las composiciones realistas, hay otro gran mérito: allí se afirma la estética del carácter.

—¿Cómo del carácter? — preguntó Albarrán, muy interesado.

Quiroga explicó, sin consultar al poeta, que se dejaba interpretar, desbordando satisfacción. La retórica libresca y los escritores que creían en ella, establecieron que la belleza era el motivo y el fin de la obra de arte, aunque jamás pudieran entenderse en la definición de la belleza. Pero vino la época actual, tan fecunda en revoluciones y renovaciones, y los valores estéticos comenzaron a trasmutarse. Y entonces, si no en los tratados, en la creación artística, a esa vieja, vaga e indefinible noción de la belleza reemplazó la noción del carácter, más moderna, más fecunda y más concreta que aquella. Los pintores, los escritores modernos, ya no se preocupaban de la belleza. Se preocupaban del carácter. A veces, carácter y belleza coincidían, pero casi siempre era en la fealdad donde se hallaba el carácter.

—En la fealdad exterior — agregó Reina.

—Muy exacto, Reina. Porque a la fealdad exterior suele corresponder la belleza interior: más clara, más visible, más eterna que la belleza exterior.

—Pero, según ustedes — objetó Albarrán, — habría que rechazar toda la literatura antigua por no estar de acuerdo con la nueva noción estética.

Quiroga negó. Los grandes libros antiguos, los que habían dejado de ser clásicos para ser de todos los tiempos, parecían realizados según la estética moderna. *El Quijote, La Divina Comedia,* eran libros de un carácter formidable.

Riga se había distraído, y no siguió la discusión que originaron estas palabras de Quiroga. Pensaba en Lita, con una pertinacia que no comprendía. Desde el paseo a la isla Maciel, hacía dos semanas, no cesaba de evocarla, de recordar uno por uno todos los momentos de su fugaz amistad con ella. ¿Cómo se explicaba esto, después de cuatro años? Cierto que el ver a Eduardo y que las confidencias a Albarrán habían renovado sus recuerdos y sus emociones; pero todo ello no era bastante explicación. Esa noche encontraba la causa de su estado de ánimo en aquellos célebres versos que constituyeron su declaración. Allí estaban los versos, en *Los jardines místicos.* No había vuelto a leerlos, desde hacía cinco años, hasta el día que los incorporó al volumen. Y ahora no podía apartar la vista de ellos. Sucedía que estaban en cierta página vecina a una de las costuras, lo cual determinaba que el libro se abriese por dicha página. Y así, no había vez que Riga tomase el volumen, sin que tropezara con aquellos versos que hacían revivir, en su corazón y en su alma, el encanto marchito de los antiguos días. ¡Ah! ¿por qué no retornaban las felices horas que se fueron, por qué no volvían a oír sus oídos los sones jubilosos de su Buena Canción?

Dejó la casa de Eduardo muy tarde y en un estado que alarmó a sus amigos. No había hablado con Heloísa en toda la noche, y parecía experimentar cierto disgusto cuando ella se sentaba junto a él o le dirigía la palabra. No obstante, el contento que causaban a Riga los elogios, sus amigos notaron en su espíritu una intensa preocupación, y como Ardoino, hacía cinco años, creyeron ver de nuevo, amenazante y terrible, la presencia del Vicio.

Durante los días que siguieron, el poeta frecuentó la Brasileña, las redacciones, los cenáculos literarios para recoger opiniones sobre su libro. Creía que, cuando iba por la calle, la gente se fijaba en él, y que al entrar en la Brasileña la con-

currencia se conmovía. Pensaba que era un hombre célebre. ¿No estaba su libro en las vidrieras, no estaban hablando de él los diarios? Era un poeta que surgía, y este hecho, según él, debía tener verdadera trascendencia.

—¿Qué te ha parecido mi libro? — le preguntó a Pedro Rueda en la Brasileña.

—¡Je, je!

—¿Te parece tan malo?

—No, no me parece malo — contestó Rueda, sin cesar de reír y hacer movimientos con todo el cuerpo. — ¡Pero hay cada cosa! ¡Je, je!

Riga quiso saber cuáles eran "las cosas" que había encontrado Rueda, pero no pudo saberlo. El amigo le dijo que él se las indicaría con el libro en la mano; él no hablaba por hablar, y cuando hacía una crítica era porque el libro la merecía.

Las opiniones de Rodríguez Pirán y de Salvatierra fueron aplastantes para el libro. El vate romántico no quería ni hablar de él, y se limitaba a hacer con todo el brazo un amplio gesto como si echase de sí algún mal pensamiento. Salvatierra reputaba al libro: idiota en su primera parte, y chabacano y rastrero en las composiciones realistas. ¿Era poesía hablar de quesos, de verduras y de las vulgaridades diarias? Además, había varias palabras que no estaban en el diccionario de la Academia y un "recién" mal empleado. No, eso no era ni poesía ni literatura.

—Prosa, detestable prosa — había sentenciado un valeroso purista, que cantaba a la desdichada Grecia en un castellano que sabía a tocino y a garbanzos.

—El defecto que yo le encuentro a sus versos — le dijo Garibaldi — es el de ser poco viriles.

Aparte de que los reputaba aristocráticos. El hubiera deseado un poco de rebeldía, un poco de amor hacia el pueblo, hacia los que sufrían. Muchas de las composiciones del volumen respondían a la fórmula burguesa del arte por el arte. Era literatura para los ricos, para los enemigos del pueblo, para los esbirros de frac.

Cartas hablándole de sus versos, recibía muy pocas. Había enviado el libro a los escritores más prestigiosos; y esperaba con tanta inquietud la opinión de algunos de ellos, que si le hubieran enviado cuatro frases de elogio le hubieran hecho muy feliz. Pero, ¡qué iban a escribirle! En su mayoría, los "consagrados" eran egoístas y envidiosos. Conscientes de lo

deleznable, inorgánico y fragmentario de la obra realizada por ellos y de que sus famas eran debidas a la carencia de verdaderos escritores, miraban con recelo y con envidia a los jóvenes, sobre todo cuando éstos anunciaban poderosos trabajadores, creadores de libros orgánicos y robustos.

Pero a falta de las cartas elogiosas de los figurones de las letras, recibió una epístola que le produjo gran sorpresa. Era de don Pacífico, y comenzaba de este modo: "Si como ordenan y disponen todos los preceptistas, la poesía debe someterse a determinadas normas y leyes sin las cuales el verso no existe ni existirá jamás, pues dejar correr la pluma sin orden ni concierto y llamar versos a lo que de tan descabellada y bárbara intención resulte es arbitrario e ilegítimo abuso, tu librillo no puede merecer aplausos de ningún arte. Aunque no tuviste el buen acuerdo de enviármelo, leído lo hé, si bien manifestarte debo cuán grande fué mi desagrado cuando vieron mis pecadores ojos que eras convencido alumno y visible portaestandarte de una escuela tan repudiada y perniciosa como es la justamente llamada del decadentismo". Don Pacífico continuaba extendiéndose en sabios consejos y en apropiadas citas de gramáticos y clásicos, y terminaba con estas elocuentes palabras: "¿Adónde vais, los jóvenes de esta edad? ¿Dónde habéis dejado las enseñanzas de aquellos antiguos maestros que fueron norte de discretos, espejo de hablistas, guía de corazones, ejemplo de cristianos y molde y linaje de principalísimos y juiciosísimos autores?"

Las opiniones de los diarios no hicieron otra cosa que dar disgustos al poeta. Ante todo, costaba un triunfo conseguir que se ocuparan del libro. En algunas redacciones de diarios subalternos, no hallaba Riga un individuo capaz de borronear un mal suelto de crítica. Pero al fin logró que casi toda la prensa juzgara su obra.

¡Eran de leerse aquellos juicios críticos! La mayor parte no decían sino vaguedades, y algunos incurrían en inexactitudes y disparates que sulfuraban al autor. Un crítico condenó al libro por escéptico, otro por venir del Bulevar; éste encontraba en *Los jardines místicos* influencia de autores tan distintos como Verlaine y Banville; el de más allá reprochaba al poeta que no siguiese las huellas de Guido y Spano y de Obligado. ¡Pero si aun los que lo elogiaban no lo habían comprendido! ¿No hablaba cierto crítico del "lenguaje magnífico y sonoro" del poeta, cuando era un lenguaje modesto y hasta pobre, como correspondía al espíritu de sus versos?

—No haga caso de los diarios — le decía Gabriel Quiroga. — Recuerde que cuando Heleno estrenó uno de sus dramas filosóficos, *La Imprenta* encargó el juicio crítico al repórter de la Bolsa.

—Es que me indigno al ver que...

—No se indigne, Riga. Así es todo en este país. Un hombre se improvisa crítico como otro se improvisa político, rufián, financista o predicador.

—Pero para hablar de versos es preciso entender de versos, haber educado su sensibilidad.

—Eso cree usted, pero no es así, amigo poeta. Si en este delicioso país no hablara o no se ocupara de cada cosa sino el que sabe, no habríamos realizado absolutamente nada en todo un siglo de independencia.

Además, a esos críticos analfabetos, había que reconocerles, según Quiroga, como a todo el periodismo argentino, una gran utilidad. Era indispensable, a fin de estimularse, tener siempre presente hasta donde llegaba la inepcia, la vanidad, la estupidez de nuestros compatriotas; y para este patriótico propósito, nada tan excelente como la lectura de los diarios.

—Pero no se queje — terminó Quiroga. — Su libro ha sido un éxito; aunque no se venda, como sospecho, ni lo hayan leído más de diez personas. Basta con que yo lo encuentre bueno.

Y en efecto, no se vendía. El pobre autor se lo pasaba de librería en librería, pidiendo noticias. Pero los libreros le atendían de mala gana. Algunos se negaban a exponer el libro en la vidriera, y él sabía de uno que, a cierto interesado en comprarlo, le aseguró no tenerlo. En un mes, apenas vendieron los libreros de Buenos Aires veinticinco ejemplares de *Los jardines místicos*. Y era sin embargo un éxito, como afirmaba Gabriel Quiroga.

—Es que ustedes — decía Flaschoen — no quieren con-ven-cer-se de que al público se le importa un pito de estas cosas. A nadie le interesa que usted se haya "agravado de melancolía", ni que la luna "rime" con el lago "sus nostalgias de plata". Escriban ustedes novelas donde haya vida y verán cómo el público las compra. El público no es sonso como creen ustedes, los literatos.

Mientras evidenciaba el fracaso de sus ilusiones, Riga sentía desbordar la amargura de su alma. Estaba habituado a ver cómo sus esperanzas se desvanecían, sabía por la experiencia de su vida literaria que el público desdeñaba el libro

argentino; y, sin embargo, confió hasta el último momento en un éxito resonante. Veía cómo sus mismos amigos no se interesaban por sus versos; cómo pasados los primeros días, nadie hablaba de ellos. Al principio, muchos defendían al poeta, le elogiaban entusiastamente; pero a medida que corría el tiempo, los elogios se iban convirtiendo en frases despectivas. En las redacciones y los cafés comenzaron a sacarle el cuero; y al cabo de un mes de publicado el libro, Salvatierra no encontraba quien discutiera sus envenenadas opiniones. A estos sinsabores se agregaron los producidos por tres anónimos que recibió. Uno se burlaba de los versos; otro, después de insultarle cobardemente, le amenazaba con darle una paliza si continuaba escribiendo tales "macanas". Pero el mayor sufrimiento se lo produjo el tercero, que le preguntaba cómo se había atrevido a festejar a Lita siendo un borracho, un poeta de mala muerte y un fracasado.

¡Un fracasado! El solo pensar en ello le entristecía profundamente. No le importaban, en el fondo, las opiniones desfavorables de los diarios, ni los mismos anónimos. Unos y otros le indignaban porque veía en ellos la estupidez, la bajeza humana. Tampoco le preocupaban, pasados los primeros instantes, las opiniones de sus amigos. Conocía demasiado el ambiente literario y sabía que ningún libro, por admirable que fuese, escapaba a la ley común de la maledicencia. En cambio, no podía tolerar la sola idea de que era un fracasado, un poeta sin personalidad, un imitador vulgar. Muchas veces, atormentado por este pensamiento y por los recuerdos de Lita, había entrado en un bar y bebido algunos whiskys. El anónimo en sí, aunque le hizo rabiar dos días, no le importaba gran cosa, pero le había exacerbado sus recuerdos y sus preocupaciones. Había enviado a Lita su libro, sin decírselo a Eduardo, y sus pensamientos lo siguieron desde que lo dejó en el correo. Lo vió entre los innumerables paquetes certificados en el fondo del transatlántico, como una perla entre guijarros; lo vió bajar en Boulogne, ir en tren a París, meterse en la cartera del repartidor, llegar a manos de Lita. ¿Qué diría ella? El imaginaba que tendría una inmensa alegría en recibir aquel libro, en leerlo y sobre todo en ver aquella composición escrita para ella. ¡Ah, Lita lo comprendería! ¿Cómo pudo creer que Heloísa había penetrado y sentido sus versos más que Lita? Ahora veía la inferioridad intelectual de la uruguaya, y hasta se despreciaba por haber creído en ella. El daría cualquier cosa, años de su vida, que era lo

único que podía dar, por conocer el efecto que sus versos producirían en Lita. La imaginaba paseando, con el volumen en la mano, por alguno de aquellos parques de París que cantaban siempre los poetas. Lita bajaba de su automóvil frente al Luxemburgo o al Monceau, se sentaba junto a las aguas quietas del estanque y se ponía a leer. Era al atardecer y mientras caían las hojas, pues en Europa estaban en otoño. Lita prolongaba en su ensueño los versos de su poeta. Abandonaba el libro en su regazo, y, con los ojos impregnados de infinito y de poesía, dejaba vagar su alma por regiones ilusorias, dejaba surgir los recuerdos y ver cómo crecían y se tornaban en bellas realidades.

Cierta noche, mes y medio después de haber aparecido el libro, fué a casa de Eduardo. Había ido muy poco en todo aquel tiempo, por no encontrarse con Heloísa. Se hallaba muy triste. El día anterior había dejado la redacción de *Los Debates*, y entreveía un porvenir de sufrimiento y de miseria.

No encontró sino a Margot, que también estaba triste.

—¿Y por qué salió del diario? — le preguntó la muchacha.

—Cuestiones... — decía el poeta, que no quería hablar del caso.

Pero Margot insistió tanto, que él terminó por explicarle. Ocurría que el director de *Los Debates*, hombre joven, hacía la corte a una niña muy distinguida y muy escrupulosa. Dos noches antes, la compañía francesa que trabajaba en el Odeón iba a representar una reciente comedia del Bulevar; y el director esperaba encontrar en el teatro a su festejada y avanzar resueltamente en el asunto. Pero se corrió la voz de que la comedia "no era para niñas", el director se puso furioso y ordenó al crítico, que era Riga, dar una paliza a la obra y al autor. Riga no aceptaba semejante criterio literario. Juzgaría duramente a la pieza si le parecía mala, pero no por imposición de nadie; y menos tratándose de motivos tan poco artísticos. El director se enojó con el crítico y lo despidió.

Margot estalló en frases de indignación y dijo que en cuanto llegara Eduardo se lo contaría.

Luego hablaron de diversos temas. Margot tenía cariño al poeta y trató de averiguar sus penas. Le preguntó por Heloísa, y Riga hizo un gesto de hastío. Margot sonrió al recuerdo de la uruguaya, y se pusieron a hablar de ella. Margot la había juzgado bien, y, como Riga, estaba harta de Eloísa.

—Ah, es una mujer... por ejemplo, un poco exagerada.

Y mientras ella refería algunas anécdotas de la uruguaya, Riga, desinteresado de la conversación, paseaba sus ojos por el cuarto. Al llegar su mirada al piano, el poeta se estremeció todo entero.

Margot no había notado su movimiento, y él pudo disimular. Se levantó y haciendo como que paseaba por el cuarto, y deteniéndose frente al piano, preguntó a Margot, señalando un retrato:

—Este retrato, ¿cuándo ha llegado?

—Es la hermana de Eduardo; ha llegado hoy mismo.

Era, en efecto, el retrato de Lita. El poeta no le quitaba los ojos. ¡Qué deliciosa estaba Lita! Parecía más bella, más mujer; pero la expresión de su rostro era siempre la misma.

—Ha llegado hoy — repitió Margot, con tristeza. — La carta dice que vendrán pronto.

Riga se paseaba inquieto. Parecía que su ser se hubiera transformado repentinamente, pues de la situación de decaimiento, de desilusión en que se hallaba, había pasado a un estado de nerviosidad que Margot apenas le conocía. Miraba sin cesar el retrato, y hablaba a borbotones, sin darse cuenta de que Margot no siempre le comprendía. Tenía gestos raros, poco de acuerdo con lo que hablaba. Tanto que Margot comenzó a alarmarse. Ella no conocía la historia de Riga y no encontraba razones para semejante excitación. Tuvo miedo y se levantó.

—Un momento, Riga — dijo Margot, que fué a buscar a la sirvienta.

El la siguió con la vista, y, cuando creyó que estaría en el otro cuarto, se acercó al piano temerosamente. Le temblaban las manos como si fuera a cometer una mala acción. Alargó un brazo y lo retiró en seguida, creyendo haber oído pasos. Lo alargó otra vez, temblando, volvió a retirarlo. Pero al cabo, resuelto a todo, resuelto a vivir aquel minuto trascendental de su vida, alcanzó el retrato, lo tomó entre sus manos, lo miró apasionadamente, intensamente, y, sintiendo que todo el dolor de su vida resurgía, viendo en aquella imagen el fracaso irremediable de su existencia, ahogando un sollozo, lo besó con ansias y lo apretó contra su pecho.

Margot, que entraba en aquel instante, comprendió la tragedia del poeta.

VII

Volvieron los días de amargura.

El retrato de Lita, la emoción dolorosa del momento en que besara aquella imagen, su inmediata confidencia a Margot, la evidencia de sus ilusiones idas y de su presente sin esperanzas, la certidumbre de su fracaso en la vida, revelado por aquel retrato al hablarle de lo que el pobre poeta pudo haber sido, todo contribuyó para agobiarle de desesperación y de pena. De nuevo quiso olvidar. Y retornó al Vicio con su cortejo de vergüenzas, de miserias, de malestar moral y físico. Para mayor desgracia, no tenía una obligación que, ocupándole algunas de sus horas, le distrajera de sus tristezas y lo apartara un tanto del mal. Dejó de escribir, dejó de leer, de frecuentar a sus amigos. Quería estar solo, el día entero, para roer, como un perro, el hueso de su desdicha.

En los quince días que siguieron a aquella noche, no fué sino una vez a la casa de Itúrbide. Le llevó el deseo de ver la imagen de Lita, pero Margot, comprendiendo que a Riga le hacía mal aquel retrato, lo había guardado. Era a la tarde, y él adivinó que Eduardo no estaría. Desde hacía tiempo, Eduardo ya no era el amante fiel y casero de otros meses. Ahora, apenas paraba en su casa, y, aun de noche, eran raras las veces que se quedaba. Riga no hubiera ido de noche por nada de este mundo. Temía que Eduardo notara en él las huellas del vicio; pero sobre todo le horrorizaba imaginar que Margot le hubiera referido la escena del retrato, pues él creía haber cometido una mala acción, un acto de deslealtad hacia el amigo. Además, no quería encontrarse con Heloísa. Sin odiarla, pues no era capaz de semejantes sentimientos, deseaba no verla en su vida. El retrato de Lita había trastornado de tal manera todo su ser, que sentía una vergüenza lacerante por sus relaciones con Heloísa. Le parecía haber ofendido gravemente a Lita, a sus más bellos ideales, al Amor.

Aquella tarde, Margot y el bohemio se hicieron mutuas confidencias. La muchacha estaba muy triste; había pasado el día cavilando sobre sus temores de que Eduardo la abandonara. Evidentemente, Eduardo ya no tenía por ella el interés de hacía cuatro meses. ¿Qué pasaba? Ella temía que hubiese algún amor por medio; o cartas de la madre, que pudiera haber recibido informes sobre la *liaison* del hijo. Riga era la

única persona a quien Margot podía contar sus penas, y por eso, le refirió todo, sin reservas de ninguna suerte. El pocta trató inútilmente de olvidar sus propios sufrimientos, fingió escucharla con interés y le dió algunos vagos consejos. El, a su vez, le narró sus angustias, sus atroces padecimientos, sus deseos de acabar la vida, que le era tan adversa. Margot, buena y desgraciada como él, le comprendió, y, a su turno, le aconsejó y le infundió esperanzas de mejores tiempos.

Durante aquellos quince días, el poeta vivió en la soledad de su infortunio y de su pobreza. La salida del diario, complicándose con su tormento espiritual y sentimental, había sido funesta para Riga. Como en el diario le habían dado el sueldo adelantado, ahora no cobró nada. No tenía, pues, materialmente, ni para comer. Volvió a pedir prestado a los pocos amigos que no le huían, sobre todo a Pedro Rueda y a Alberto Reina que eran muy leales compañeros suyos. Heleno también le ayudaba, si bien no era realmente un camarada, por pertenecer a la generación anterior. Pero Riga no quería molestar siempre a los mismos amigos, pareciéndole que les obligaba a privarse de algo; y prefería tratar de recobrar antiguos préstamos. Así, cierta mañana fué a ver a Salvatierra, que, habiendo conseguido una secretaría de juzgado, gozaba de un magnífico sueldo.

—¡Hola! ¿Qué te trae por acá? — le preguntó al poeta en el vestíbulo, sin invitarle a entrar ni a sentarse.

Riga, lleno de timidez, mediante una explicación interminable, le pidió que le devolviera algunos pesos de los que le prestara en varias ocasiones.

—¡Caramba, qué mal momento! Si vinieras mañana...

Salvatierra se explayó en largas consideraciones sobre la situación de Riga. Eso le pasaba por su falta de orden, por gastar el dinero en cosas indebidas. Pero lo más triste para Riga sería no poder escribir.

—Porque en semejante situación, ¿quién escribe? — agregó, como complaciéndose en pensar que el poeta no podría trabajar.

—¡Oh! yo escribiré, no más. Cuando se tiene vocación, se lucha contra todas las miserias...

Salvatierra, con pretexto de la vocación, citó a varios colegas y amigos para decir horrores de todos ellos. El que no era un degenerado, era un ladrón o un plagiario. Riga comenzaba a fastidiarse, cuando Salvatierra, despidiéndole, sacó cinco pesos del bolsillo y se los entregó.

—Es todo lo que puedo darte. Pero me imagino que tendrás lo suficiente, siempre que no te lo gastes por ahí en...

—Gracias, te agradezco — dijo Riga y salió contento, convencido de que Salvatierra le había hecho un gran servicio y de que era un buen amigo.

En la Brasileña solía ver a Garibaldi, pero el anarquista no estaba como para ayudar a nadie. A otro café, concurrido por literatos y periodistas jóvenes, no quería ir. Temía exhibir sus sufrimientos y su vicio ante aquellos muchachos que no eran sus camaradas. Una noche, en la Brasileña, encontró a Reina con un individuo que no conocía. Era un tal Solís, empleado en la misma oficina que Reina. Tenía aspecto de enfermo, y habló de irse a alguna provincia del norte por causa de salud. Riga había oído hablar de Solís, un maestro normal que era amigo de Rueda, quien le consideraba como un hombre de positivas condiciones literarias. Esa noche hablaron de generalidades. Reina citó varios extraños casos de locura, de alucinaciones, y se quejó amargamente de cierto crítico que no le había comprendido. Otra noche, Riga y Solís se encontraron.

—¿Cuándo es su viaje? — preguntó Riga.

—No sé, porque todavía no hay vacantes de cátedras en ninguna provincia.

—¿Y tiene ganas de irse?

—Tengo ganas de cambiar de vida, de encontrarme a mí mismo, y espero que en otra parte, sin las tentaciones de esta ciudad que no es para nosotros los débiles, pueda hacerme un hombre distinto del que soy.

Riga quedó profundamente pensativo. ¡Ah, si él se hubiera ido a Santiago cuando murió su padre! Tenía razón Solís. Esta ciudad no era para los débiles. Porque él también era un débil, un enfermo de la voluntad. Cierto que podría salvarse aún, si fuera capaz de abandonar Buenos Aires e irse a Santiago. ¡Pero él ya no podía dejar la ciudad! Los horribles tentáculos de la Cosmópolis formidable le habían aprisionado para siempre, y sólo una grave enfermedad podría obligarle a emigrar.

—¿Y qué va a hacer usted en las provincias?

—No sé, me parece que allí la vida es más sana — contestó Solís — y yo deseo, créame que deseo con toda el alma, hacerme un hombre normal.

—¡Debe ser lindo ser un hombre normal! — exclamó Riga, con ingenuidad que hizo sonreír al amigo.

Desde esa noche, estrecharon su relación. Solís, que ten un regular empleo, invitaba a comer al poeta. Hablaban la gamente de Santiago, de la vida de aquella ciudad adon Solís pensaba que el destino podría llevarle. Solís no permit al poeta que bebiese demasiado, y esta actitud del maest contribuyó en algo a que el poeta, por entonces, no se hu diera del todo en la ignominia.

Una tarde, el último día de aquellas dos semanas de dolo Riga volvió a la casa de Eduardo. No esperaba encontrarle lo deseaba tampoco. El iba por saber algo de Lita, por vis tar a Margot y contar sus penas a la muchacha. Como too sentimental, necesitaba una alma femenina a quien confiars

Subió en el ascensor y llamó a la puerta de su amigo. Nad salía, y entonces empujó una hoja que se abrió fácilmente. R ga golpeó las manos, y, viendo a Margot en la salita, entr La muchacha, sentada al piano, acodada sobre las tapas cerr ds del teclado, lloraba silenciosamente.

—¿Qué le pasa?

Margot movió la cabeza con desesperación.

—Contésteme, Margot. No llore así...

—¡Han llegado de Europa, hace tres días! — exclamó muchacha afligidamente.

—¿La familia de Eduardo?

La noticia impresionó a Riga. ¿La vería de nuevo a Lita ¿Cómo le recibiría? No comprendía por qué se impresional tanto. Su pasión por ella era un absurdo, y sabía que nada podía esperar. Sin embargo el corazón le palpitaba.

—Y usted cree que Eduardo...

No se atrevió a terminar su frase.

—Oh, sí, me abandona, Riga, me abandona; yo creo.. que ya me ha abandonado...

Y con la cabeza entre las dos manos se puso a solloza Riga le tomó una mano y trató de consolarla. ¿Por qué iba a abandonar? ¿Acaso no la quería? Eduardo era libr mayor de edad, y su padre no le exigiría que abandonara Margot.

—Hace dos días que no viene... Dos días... *mon Die que c'est terrible!*

El primer día encontró natural que Eduardo se quedar con su familia. ¡Hacía tanto tiempo que no veía a sus pa dres y a sus hermanos! Pero el segundo día, ¿por qué n iba a verla? Ah, ella no había dormido la última noche, n había podido tragar bocado. Ella había sido una muchach

honesta, inocente. Su madre, ¡pobre su madre! la vendió a un argentino que vivía en París. Estuvo con él cuatro años y cuando empezaba a tomarle cariño, él la dejó. Eduardo era amigo de su amante, la había conocido en París y le propuso traerla a Buenos Aires. Ella había aceptado, contenta de alejarse de Francia, creyendo que en Buenos Aires podría empezar una nueva vida, ser una mujer honrada. Y ahora Eduardo la dejaba... Pero lo más triste era que ella le quería a Eduardo, le quería apasionadamente. ¿Qué le esperaba ahora? La prostitución, quizás. Ah, sufría horriblemente, se enfermaba sólo de imaginar que tenía que pasar a manos de otros hombres, que entregarse a otros queriendo a su Eduardo. ¿Había suplicio mayor en la vida? Y esto en el caso de que encontrara alguno que la mantuviese. Sino... la casa de citas, la degradación, la miseria moral y física. Ella no había creído, naturalmente, que pudiera vivir con Eduardo toda la vida, aunque en el fondo de su alma una lejana esperanza aparecía. Confiaba en que si era buena, cariñosa, Eduardo podría llegar a casarse. Pero, por lo menos, contaba vivir con él diez años, cinco años. Quizás algún día tuviesen resentimientos, llegaran a no quererse, y entonces la separación no le sería tan dolorosa. ¡Pero ahora, en plena felicidad!

—¿Y por qué cree, Margot...?

—Mire, lea esta carta...

Y le entregó una carta de la señora de Itúrbide, que Eduardo recibiera hacía una semana. La señora había sabido de *la liaison* de su hijo, le reprochaba su conducta, le hablaba del enojo de su padre, y le ordenaba que abandonara esa mujer antes que ellos llegaran.

—Y Eduardo, ¿qué ha dicho?

—El no me mostró la carta... no me ha dicho nada...

Pero, ¿qué podía hacer Eduardo? No tenía renta ninguna, ni más trabajo que la literatura. Sin lo que su padre le daba, no podía vivir. ¿Cómo pensar que resistiera la orden de su madre? Margot sabía que Eduardo debía abandonarla, que la había abandonado ya.

Y de nuevo soltó el llanto.

Riga, ante el dolor de Margot, había olvidado sus miserias y apenas si de cuando en cuando pensaba en Lita. Porque, ¿qué eran sus desgracias, más o menos remediables, junto a aquel gran dolor? Y diciendo a Margot todas las frases de consuelo que se le ocurrían, le tomaba las manos, le acariciaba la cabeza paternalmente.

—Yo lo veré a Eduardo — dijo Riga, como quien encue
tra una solución.

—¡Oh, gracias, mi amigo! ¡Qué bueno es usted!

El poeta no necesitó más, y se fué a la calle Río Bamb
Tenía el pecho oprimido, hasta hubiera llorado. Pensó en
situación de las pobres muchachas como Margot. Vivían
margen de la sociedad y de la existencia regular, como
borde de un abismo, agarradas a un simple arbusto. Se pre
dían con todas sus fuerzas, desesperadamente, para no roda
Pero el arbusto iba cediendo poco a poco, y casi todas ellas,
plena juventud, acababan por caer hasta el fondo de la sim

Cuando llegó a la casa de Itúrbide, se dió cuenta de q
su indumentaria le hacía impresentable. Podía encontrarse c
Lita, o lo que era peor, con la madre. Pero pensó que Li
no saldría. Ya tendrían cuidado de que no lo viera. Ademá
él iba en busca de Eduardo y ni siquiera preguntaría por
familia. El portero, nuevo en la casa, no le conocía, y
miró de arriba abajo con desconfianza. Por fin, ante la i
sistencia de Riga, le hizo pasar al vestíbulo. El portero tar
un rato en volver, y dijo que el señor Eduardo había salid
Creía que partía esa tarde para Montevideo.

—¡Para Montevideo! — exclamó Riga con un asombro q
hizo sonreír al portero. — ¿Y cuándo volverá?

En ese momento vió a Lita que venía hacia él. Pensó
sus botines viejos y sucios, en su saco lustroso, en su cha
bergo lleno de polvo, en su corbata rota, y se puso colora
hasta las orejas. Lita estaba un poco más gruesa y más b
nita. Había perdido aquel aire de *gamine* que a él le enca
taba, pero, en cambio, sus modos eran insinuantes. Fué mu
afectuosa con él. Le dió un largo apretón de manos y
rogó que se sentara. Riga no sabía qué decir. Tenía la ga
ganta oprimida, el corazón palpitante, y no se atrevía ni
mirarla.

—Lo encuentro muy cambiado, Riga. ¡También en cuat
años que no nos vemos!

Riga tuvo un estremecimiento. Luego bajó la cabeza y
llevó una mano a la cara, en actitud de absorberse en un pe
samiento doloroso. Lita le miraba y sentía una inmensa p
na, hasta un poco de remordimiento. La verdad que parec
otra persona, Riga. Diez años, por lo menos, se habían d
rrumbado sobre él. Veía la ropa vieja y sucia del poeta,
rostro sin afeitar, sus bigotes con las puntas caídas desai
damente, sus ojeras, su flacura, su aire de enfermo, y e

perimentaba una de las pocas penas grandes de su existencia de hija mimada. ¡Pobre Riga, qué dolor verle así!

Hubo un largo silencio. Riga permanecía inmóvil, como petrificado en sus sufrimientos, y Lita no se atrevía a hablar. Al cabo, temerosamente, con una sonrisa triste, ella dijo:

—¿Escribe siempre? ¿Tiene versos nuevos? Leí su libro... lo leí varias veces...

Riga no contestaba. La expresión de hondo sufrir de su rostro se iba intensificando cada vez más, reflejando una gran lucha interior. Pero continuaba en su inmovilidad trágica, agravada por el temblor de las manos y los labios. Lita, al verle así, empezó a alarmarse y se puso seria. Pasaron algunos segundos, y de pronto Riga, después de oprimirse la frente, de pasarse la mano por la cabeza y de contraer las facciones, comenzó a hablar. Su dolor se había hecho agudo, y ya no podía seguir guardando en su alma la angustia que le atormentaba. Lita no había sido seguramente la culpable de sus miserias, ni siquiera su causa; pero al sentirse frente a ella, toda la tragedia de su vida desfiló ante sus ojos. Los antiguos días se sumaron a la desolación del presente, y vió, en toda la plenitud de su gran horror, sus horas de hambre, sus horas de vicio, sus horas de humillación, sus horas de múltiple miseria. Y estalló en palabras de un dolor lacerante, en palabras lentas, cargadas de dolor. Hablaba con voz entrecortada por la emoción, con voz grave y viril.

—He sufrido mucho, Lita — dijo — y usted no ha sido ajena a mis sufrimientos. He pasado horas de angustia, de miseria, de desesperación; y sin tener a quien confiarme, sin tener una palabra de consuelo. La vida ha sido muy cruel, muy mala para mí. Y pensar que todo esto no habría pasado, que yo hubiera realizado algo si... si... ¡Perdóneme, Lita, si la aflijo, déjeme que siquiera una vez en la vida pueda hablarle como necesito! Usted sabe cuanto la respeto y la admiro. ¡Escúcheme por piedad, por piedad, Lita, por lo que más quiera en el mundo!

Lita había hundido la cabeza en el pecho y permanecía en actitud dolorosa.

—Yo hubiera sido algo — exclamaba el pobre muchacho con los ojos muy abiertos, la voz profunda, el tono doliente. — Hubiera sido un escritor, un hombre útil.... hubiera realizado alguno de mis sueños... ¡Pero todo me ha sido implacablemente hostil! La vida me detesta, me rechaza, Lita. Si usted me hubiera querido, yo me habría salvado. Salvado

del vicio, de la desgracia... ¡Soy un desdichado, Lita! ¡Soñar tanto para llegar a los veintiséis años inútil, enfermo, dolorido, miserable! He sido estúpidamente soñador. Me enamoré de usted cuando no debí hacerlo. Usted solamente pudo salvarme... Ahora soy un vencido, un paria, Lita. ¡Soy una vida muerta, soy un pobre diablo!

Y llevándose las manos a la cara soltó el llanto, un llanto trágico, ronco, afligente, viril. Lita lloraba también, y no podía decir una palabra. Por fin, temblando, se levantó y le trajo agua.

—Venga a la sala, pueden verlo así... — le dijo ella con voz desfallecida.

Riga la siguió, tambaleando, bebió el vaso de agua que ella le ofrecía, y permaneció un largo rato con los ojos en el suelo. Luego hizo un gesto brusco con el brazo derecho, como indicando la inutilidad de todo, y tendió a Lita la mano.

—Perdóneme, Riga, yo no tuve la culpa — le dijo ella, conmovida.

Riga le retuvo un momento la mano, la llevó a sus labios, miró en los ojos a Lita y salió huyendo de aquella casa.

Pasó un mes, un largo mes de miseria para Riga.

La escena con Lita había convulsionado todo su ser, y de nuevo quiso olvidar. Su salvación moral y física estaba, según creía, en olvidar hasta la existencia de Lita, en borrar de su alma hasta el recuerdo de aquella pasión devastadora. Y para olvidar, no conocía otro recurso que el alcohol. Vivía de pequeños préstamos que le hicieron algunos camaradas, de cobrar algunos versos que le debían ciertas revistas; y todos aquellos centavos se convertían en alcohol, engañaban sus penurias, atenuaban sus sufrimientos. Había conseguido no pensar en Lita, pero a costa de largas horas de inconsciencia en que el espíritu parecía envuelto en brumas, en que el alma era una tarde gris y monótona como la de los otoños de sus versos.

Vivía ausente de la realidad, al margen de la vida. Pero, no obstante, algunas noticias del mundo le llegaron. Así supo que Eduardo se había separado de Margot, pero portándose muy bien, pues le había dejado los muebles y dos mil pesos; y que Margot vivía en un departamento más modesto, protegida por Salvatierra, que se había encarnizado en conseguirla apenas se enteró de que estaba vacante. Supo también que Salvatierra le desprestigiaba, propalando que se había vuelto pechador. La pobre Margot, según le refiriera Garibaldi,

no tenía la menor simpatía hacia Salvatierra, pero le había aceptado como una necesidad. Garibaldi sabía estas cosas por Amelia, que había intimado con Heloísa, y, por medio de la uruguaya, conocido a Margot. En cuanto a Heloísa, vivía consagrada al culto de su poeta, y había adoptado, para lamentar su abandono, alternantes actitudes de viuda y de esposa desgraciada. Riga creía haberse salvado separándose de la uruguaya, que le aniquilaba física y espiritualmente. Y estaba convencido de que cuando dejara de beber, que sería pronto, apenas se olvidara de Lita, podría convertirse en un hombre normal. Porque ahora estaba resuelto a cuidar su salud.

Y buena falta le hacía cuidar su salud. Porque, desde varios meses atrás, se encontraba enfermo. Aquella neurastenia, a la que jamás dió importancia, había comenzado a agrandarse, y ahora le incomodaba el día entero. Sentía mareos cuando caminaba por la calle, se le ocurría que la vereda se inclinaba, que le iba a dar un ataque epiléptico; y se ponía tan nervioso, que tenía que irse a su casa o meterse en un bar. Tampoco podía atravesar las avenidas, las plazas, los espacios abiertos. En los teatros sufría, pues siempre que se hallaba entre mucha gente pensaba que podría darle algo, un ataque de cualquier laya. Al atardecer, experimentaba depresiones horribles; y sus únicas horas buenas eran las de la mañana, y las de la noche en compañía de amigos. Pero lo que más le angustiaba era el temor permanente, obsesionante de la locura. Se acostaba y amanecía con la atroz idea en la cabeza. Soñaba con casos de locura, y hasta a media noche, siempre que se despertaba, era para pensar en su tema. No podía leer un libro en que se hablara de locos, y en los diarios miraba con terror las crónicas de policía en que suelen referirse delitos cometidos por locos. Continuamente pensaba en personas que enloquecieron, y se veía en el manicomio, en plena inconsciencia. No podía afeitarse, pues ya se imaginaba, atacado por la locura, hundiéndose la navaja en la garganta. Una tarde encontró en la calle a Alberto Reina. Aunque quería mucho a su amigo, le desagradó el encuentro, pues ver a Reina era para él representarse manicomios, locos, epilépticos, toda la raza triste de los seres que viven en el confín de la normalidad. Era porque Reina escribía cuentos enfermizos y se interesaba por todas esas cosas. Riga llegó a tal extremo, que no podía ver en los diarios la firma de su amigo, o las de otros escritores que escribían sobre temas análogos, sin sentirse molesto.

Reina convidó a su amigo para tomar algo, y entraron en un bar. El aspecto del poeta era deplorable, pero Reina, aunque alto empleado e hijo de familia acomodada, tenía gustos bohemios, quería mucho a Riga, de quien era un leal amigo, y, además, no era hombre de dar importancia a las apariencias y a las materialidades. Hablaron de amigos comunes, de sus proyectos literarios.

—Mañana publico esto en *La Patria* — dijo Reina, echándose para atrás y sacando papeles del bolsillo interior del saco.

Y agregó, después de haber adoptado la expresión dolorosa y a la vez despectiva que le era habitual:

—Te voy a leer algunos párrafos para que me dés tu opinión.

Era un cuento horripilante, titulado *La mancha roja.* Se trataba de un hombre que sufría un acceso de locura y, que, en plena inconsciencia, cometía un delito. Riga no se enteró del argumento, no solamente porque Reina apenas le leyó algunos párrafos, sino también porque estaba aterrorizado, verdaderamente enfermo. Sudaba copiosamente, se le nublaban los ojos, y a veces creía desmayarse.

—Muy bueno, me parece muy bueno — hablaba el poeta, sin saber lo que decía y deseando que su amigo terminase pronto.

Reina, después de la lectura comentó algunos pormenores de su cuento, basados en sus estudios o en su experiencia personal. Pensaba que el cuento gustaría, porque era un asunto *poignant.* Riga no le contestaba, pues, en su estado enfermizo, creía que se estaba enloqueciendo.

—¡Ayer — dijo Reina al cabo de una pausa — he visto un caso!

Y contó haber presenciado cómo a una muchacha, que estaba en la puerta de su casa, un individuo que pasaba le cortó la trenza y huyó.

—Sería una venganza...

—No. ¡Venganza! — exclamó Reina, moviendo las facciones en forma tal, que demostraba su profundo conocimiento de las desgracias humanas. — Son enfermos, cortadores de trenzas... Y ahí tiene una muchacha que no sabrá en su vida por qué le hicieron eso...

Y quedó moviendo la cabeza, meditando, con la boca contraída en un gesto de amarga resignación.

Riga, al separarse de su amigo, comprendió lo grave de su

enfermedad. No, no podía continuar en esa forma, con el perpetuo miedo de sufrir ataques de toda índole, con el espectro de la locura a su lado, como el abismo de Pascal. Muchas veces pensó que esas preocupaciones carecían de importancia, que no eran sino restos o reacciones de los efectos del alcohol. Ahora veía que, viniesen o no del vicio maldito que devastaba su vida, sus terrores se habían apoderado de su pobre organismo, como un monstruo de tentáculos enormes y envolventes.

Y decidió consultar a Escribanos. El antiguo syringo tenía ahora cierta celebridad como médico y escritor. Había publicado varios libros, algunos de los cuales alcanzaron resonancia. Ya no era revolucionario ni árbitro de los elegantes, y, junto con este título, había abandonado el nietzschismo, la demagogia y las pampeanas levitas grises. Ahora decía que había transigido con todo: con el capitalismo, el militarismo, la burguesía, y que sólo le faltaba hacerse clerical. Vivía en una casa nueva, en los altos. Riga entró en el vestíbulo y allí tuvo que esperar un largo tiempo. Luego volvió el sirviente que le abriera la puerta, y le hizo pasar a una salita tan oscura que en ella apenas se veían las manos. Allí, con gran perjuicio para sus nervios, le hicieron esperar otro buen rato, al cabo del cual volvió de nuevo el sirviente, y, abriendo una puerta, le indicó que entrara. Riga se encontró en un cuarto misterioso, más oscuro aún que la salita; y no sabía qué hacer, excitadísimo, cuando divisó una insignificante claridad hacia el compartimento vecino. Apartó unas espesas cortinas y se halló en un largo cuarto, también oscuro, en el fondo del cual, rodeado de silencio, surgía Escribanos. Parecía un oráculo, al que iban a consultar los creyentes temerosamente.

—*Entrá*, no *tengás* miedo — le gritó Escribanos, que le esperaba sonriendo, con su sonrisa de fauno bonachón.

—Pero, ¿qué significa todo este misterio? — preguntó el poeta, algo tranquilizado al verse en presencia del médico.

—Para impresionar a los clientes — contestó Escribanos, que era especialista en enfermedades nerviosas.

Y levantándose, abrazó al poeta poniéndole ambas manos en la cintura. Luego, colocó la mano derecha sobre el hombro de Riga, dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda, y, mirando al amigo con la cabeza inclinada y sonriendo agregó:

—Si recibiera a mis enfermos sin aparato, mano a mano, me

tomarían por un zanahoria y además no se curarían. Mientras que así, *vos comprendés*...

Riga se reía, pensando que ni la reputación científica ni los años habían cambiado al temible syringo de otro tiempo. Hombre de talento y de saber, Escribanos no necesitaba de aquella aparatosidad; y si recurría a ello, era, seguramente, por no perder del todo su afición a la fumistería.

—Vengo como enfermo y no como amigo — dijo el poeta, después que hablaron algunas palabras.

Escribanos le examinó. Le hizo algunas preguntas y diagnosticó una neurastenia cerebro-espinal. Le recetó; y le dijo que era indispensable el abandono del alcohol, pues su enfermedad podía agravarse.

—Si no suprimes el whisky, serás candidato para el manicomio...

Riga quedó aterrorizado, pero, resuelto a cumplir las prescripciones del médico e interesado en la conversación con Escribanos, pronto se calmó. Charlaron largamente, recordando los años pasados, los amigos comunes. Escribanos no veía a nadie. Vivía consagrado al estudio, a sus trabajos científicos y literarios.

—Hay que trabajar — decía. — Sino ¿en qué vamos a pasar la vida?

—Sí, hay que trabajar — repitió Riga.

Y en tono confidencial, transformado por la eterna ilusión, continuó:

—Yo tengo varios proyectos muy lindos. En cuanto mejore de esta neurastenia, vas a ver.

Y le refirió sus planes literarios. Habló de una gran tragedia incásica, con algunos números musicales; de una novela colonial; de un libro de crítica donde analizaría a los grandes escritores argentinos desaparecidos. El esperaba mucho de la tragedia. Sería un éxito enorme, pues nada se había hecho en el género, y, probablemente, le daría buenos pesos. A él no le importaba nada el dinero, pero como desgraciadamente había que comer...

—A ver si *hacés algo*... — le dijo el médico, que no creía en la voluntad de Riga, y como reconviniéndole por la escasez de su producción.

—Sí, hombre; pienso trabajar seriamente. Y todavía verás cómo realizo mi ideal...

En este momento, Escribanos se empeñó en auscultar los pulmones al poeta. Y apenas comenzado el examen, una expre-

sión de tristeza, que Riga no podía notar, se asentó en el rostro del médico.

Y mientras tanto, Riga explicaba, una vez más, su ideal: un empleo decente, una casita en los alrededores de Buenos Aires, poder realizar la obra de sus sueños, una mujercita que le quisiera y que le diera algunos hijos...

Escribanos, a la vez serio y triste, asentía con la cabeza.

Durante quince días, Riga cumplió las disposiciones del médico. Pero luego, su orgánica falta de perseverancia, su certidumbre de que todo era inútil, y, sobre todo, la horrible penuria en que vivía, le abandonaron por completo a su destino triste.

VIII

Era en pleno verano, a fines de Febrero.

Riga salió de su casa al anochecer. Había pasado todo el día acostado en el jergón donde dormía, sin probar bocado, sintiéndose enfermo y en una depresión profunda. Vivía ahora en una casa de inquilinato de la calle Reconquista, una pocilga habitada por judíos. Ocupaba en la casa el peor cuarto, pero allí sólo dormía. No tenía ropas ni libros, pues en la última casa, como no había pagado, se quedaron con todo. ¿A dónde iría aquella noche? Le quedaban algunos centavos en el bolsillo, y pensó en tomar café con leche. Pero mientras anochecía del todo, recorría las calles en la esperanza de encontrarse con algún amigo.

¡Vana esperanza! El número de sus amigos había disminuído tanto desde su última caída, que ahora se hallaba casi enteramente aislado. Los que frecuentaron la casa de Itúrbide veraneaban en las estancias o en las playas. Los amigos antiguos, sus condiscípulos, le huían ya sin disimulo. Y era que bebía otra vez como antes, un poco por inclinación inexplicable, otro poco por olvidar las pesadumbres con que le atribulaba su destino.

Caminó varias cuadras por la calle Reconquista. No llevaba rumbo ninguno, y, para continuar sus cavilaciones, se detenía en las esquinas y frente a los humildes escaparates de la calle. Pensaba en Lita, y sentía vergüenza imaginando que ella pudiera verle en el oprobio en que vivía. Se acordó también de su pobre madre y se reprochó su actitud para con ella. No le escribía desde hacía meses, ¡y hacía años que no la veía! ¡Ah, cuánta razón tuvo su madre en oponerse a que él viniera a Buenos Aires! Ella conocía sin duda su falta de carácter, su temperamento sensible e impresionable. Si él se hubiera queda-

do en Santiago no hubiera escrito versos quizá, pero hubiera sido un hombre útil y ordenado. ¡Y cuántos habría como él, fracasados, llenos de vicios, perdidos irremisiblemente en esta ciudad de tentaciones!

—¡Cuidado, pues, amigo! ¡Vaya a dormirla! — le gritó un cochero que estuvo a punto de atropellarle al pasar una esquina.

Le creía ebrio, y, sin embargo, no había bebido ese día una gota de alcohol. Era que el mal había impreso sus garras inconfundibles en aquel organismo débil. Y así el pobre Riga, que bebía mucho menos que otros bohemios conocidos suyos, había adquirido toda la apariencia del borracho consuetudinario, sus gestos indecisos, sus temblores, su hablar cortado, y hasta su suciedad y su olor característicos.

Serían ya más de las ocho, y pensó en ir a la Brasileña. Tal vez encontrara allí algunos amigos. No sólo necesitaba su ayuda material sino también hablar con ellos, verlos siquiera. Desde hacía algún tiempo, se sentía espantosamente solo, en una soledad trágica. Estaba enfermo, neurasténico, y necesitaba verse entre sus amigos para recobrar la noción de la realidad.

Había llegado hasta la plaza de Mayo, solitaria a aquellas horas, y se detuvo, mirando hacia la plaza, cuando la visión rápida de una silueta femenina que iba en un tranvía le llevó a pensar en Nacha. Era idéntica la del tranvía. ¿No sería ella? Pero, no; Grajera le había dicho que trabajaba en un café cantante, empleada como camarera. Se quedó un largo instante, reflexionando. ¡Ah, si él la encontrara a Nacha! Desgraciada como él, sólo por eso ella le comprendería. Nacha era la única persona, entre sus conocidos, no estando Ardoino en Buenos Aires, a la que podía abrir su corazón. Y él necesitaba, necesitaba hasta la urgencia, una alma amiga que escuchase sus sufrimientos, que le diese un poco de fraternal cariño. Sí, tenía que buscarla a Nacha.

Y se dirigió hacia la calle 25 de Mayo, donde había varios cafés cantantes.

La calle 25 de Mayo, llena de hoteles ambiguos, de tabernas y de cafés, estaba aquella noche, por ser sábado, abigarradamente concurrida. Individuos de las más diversas trazas y nacionalidades entraban en los cafés, o paseaban por las estrechas veredas, contemplando las sucias y anárquicas vidrieras de las casas de compra-venta que abundaban en aquel barrio. A cada paso surgía algún café de camareras, desde cuyas puertas, descaradamente, mujeres con la cara pintada, el vientre fláccido, el rostro de depravación, llamaban a los marineros ves-

tidos de paisanos y a las gentes maleantes que pululaban por la calle. Abundaban los hoteles alemanes, las tiendas de turcos, los bares de nombres extraños. Riga recordó este barrio cuando los primeros días de su llegada a Buenos Aires, hacía ya diez años. No conocía a nadie, y su diversión favorita era curiosear en las subastas del Paseo de Julio y recorrer la calle 25 de Mayo. En aquel tiempo, la calle 25 de Mayo estaba llena de infectos cafés cantantes. Eran, generalmente, largos y angostos cuartos, con algunas mesas, y, al final, un tabladillo donde bailaban y cantaban las mismas mujeres que servían en las mesas. Una vez que entró en uno de aquellos antros de luz siniestra presenció una escena trágica. Un espectador acusaba a cierta gordota repugnante que se dormía en los ayes del *cante hondo*, de haberle robado. La mujer insultó a su acusador, y el amante de la mujer, un compadrito de pañuelo en el pescuezo, sacó un puñal e hirió al individuo. Riga había huído, temiendo ser complicado en el escándalo.

Había llegado al *Internacional*, el café concierto que tanto frecuentara en otras épocas. Desde los diez y siete hasta los veinte años, había ido al *Internacional* con amigos, en busca de las clásicas diversiones porteñas que consistían en originar trifulcas, en burlarse colectivamente de algún "candidato", y en hacer tales ruidos y bataholas que obligaban a bajar el telón o a que la policía llevase presos a los graciosos. Más tarde, vió cuánto color y vida había en el café concierto. Hasta llegó a creer que, por su movimiento y su luz, era el espectáculo moderno por excelencia. Y no le faltaba poseía: una poesía dolorosa, triste, con la tristeza del libertinaje y de las canciones sucias, que parecen creadas para hacer olvidar la vida. Y todo esto, sin contar con el público de abajo, un público cosmopolita y semisalvaje, que, a cada gesto obsceno de las mujeres que cantaban o bailaban, hacía estremecer el local con sus rugidos de lujuria bárbara.

Entró en el café concierto, y, como no hallara mesa desocupada, se sentó, después de pedir permiso, frente a un voluminoso individuo que se encontraba solo, acaparando una mesa, situada en un costado de la sala. El *Internacional* era una especie de teatro, con palcos a ambos lados, y mesitas en lugar de asientos de platea. En las paredes, grandes letreros prohibían gritar, silbar y cometer otros excesos. El local era inmenso, pero estaba abarrotado de concurrencia. En las primeras mesas se apiñaba un público pintoresco y maleante, público de sábado; y en los palcos, jóvenes "bien", acompañados de ar-

tistas, exhibían su aire desencantado. Algunos viejos verdes, medio deshechos por la acción del tiempo, se mostraban jóvenes y alegres y reían pilluelescamente. Había olor a tabaco, y el aire, a causa del humo y del polvo, estaba espeso e irrespirable.

Era el primer entreacto, y, a juzgar por la actitud del público, debía comenzar pronto la segunda parte. Riga miraba hacia todos lados buscando a Nacha. Las camareras iban de aquí para allí sirviendo a los clientes, sin detenerse, salvo por excepción, a conversar con ellos. Mientras tanto, el público se aburría, y, a fin de que la función recomenzara pronto, algunos individuos se dedicaron a hacer diversas demostraciones: pataleaban como caballos en sus cuadras, levantando un polvo insoportable; golpeaban las mesas con los bastones y las palmas de las manos; hacían con la boca cerrada el ruido sordo y mugidor que llamamos "pampero"; imitaban balidos, corococós, rebuznos, y exclamaban frases que debían ser muy graciosas a juzgar por lo que todos las reían y aplaudían. Los policianos, entretenidos en el más útil trabajo de mirar a las camareras, no se daban por aludidos. De vez en cuando, sin embargo, alguno de ellos se acercaba a los que hacían pampero o pataleaban; su presencia tenía la virtud de hacer cesar como por encanto todo murmullo, y él se apartaba en seguida y volvía a continuar su flirt camareril.

Riga esperaba el momento de que empezara la función. Porque entonces, no estando tan ocupadas las camareras, podría hablar a alguna que pasara y preguntarle por Nacha.

—¡Ah!... — exclamaron cien bocas a un tiempo, cerrando, momentáneamente, el ciclo de los pamperos, cacareos y aullidos.

—¡La Derval! — exclamaron varias voces.

Era una *diseuse*. Apenas se le oía, y el público, que en su mayor parte no entendía una palabra, se aburrió. La Derval era flaca, vieja, fea y tenía las piernas torcidas. Llevaba un sombrero monumental, que contrastaba ridículamente con la exigüidad de su vestido policromo que no le llegaba a las rodillas. Riga encontró que se expresaba muy bien y que sabía subrayar las frases de doble sentido con gestos apropiados. El público se puso a silbar; pero la mujer y la orquesta continuaron hasta que, por fin, cayó el telón.

—¿Por qué la silbarán? ¡Pobre mujer! — exclamó Riga.

—La silban por las piernas torcidas. ¡Quién le manda cantar con semejantes piernas, también! — dijo el compañero de mesa.

El telón se alzó casi inmediatamente, y, con sus saltitos de francesa, reapareció la Derval. El público le gritaba "afuera",

la silbaba; algunos individuos golpeaban sobre las mesas, pataleaban, rugían, hacían "pan francés". La Derval, que, sin duda, estaría habituada a tales manifestaciones, continuaba impertérrita. Al acabar, hizo al público un corte de manga, le sacó la lengua y remató sus gestos hostiles levantándose la pollera y enseñando el trasero. El público, riendo, redobló sus gritos y silbidos.

Tocaba el turno a una cantante italiana. Era una mujer joven, de cara redonda, ojos negros, dientes blanquísimos. Sonreía con gracia y cantaba agradablemente. Debía tener muchas simpatías entre los habituales, porque al aparecer se la aplaudió. El público, a gritos, pidió *La pulga.* Pero ya la orquesta había comenzado. La italiana, antes de cantar, dió algunos pasos caminando con coquetería y sonriendo a los de un palco *avant-scéne.* Luego empezó:

Una notte stava la luna, stava la lu-u-na...

El público, en masa, coreó a la italiana, diciendo a la par de ella:

stava la lu-u-na...

Era una canción de un sentimentalismo vulgar y cursi. A cada momento volvía el estribillo, y el público, que lo esperaba con fruición, rompía a cantar. Parecía el mugido del viento en una noche tormentosa. Y así se pasaron unos minutos, asegurando que "estaba la luna", aunque nadie sabía qué papel desempeñaba ella en la canción. Luego, *La pulga,* Fué un éxito brutal. La italiana cantaba, y, de pronto, sentía una picazón por todo el cuerpo. Se rascó suavemente, luego con más fuerza, hasta que, dispuesta a matar a la pulga, se desvistió a la vista del público. Los marineros parecían encandilados en la mujer. Abrían los ojos y no decían una palabra. Algunos graciosos gritaban "óigale", "ahora viene lo bueno", "¡a la gran flauta!". Un temblor de deseos estremecía toda la sala, y cuando la mujer quedó desnuda, un ah, mitad rugido y mitad asombro, se difundió espesamente por el local. Pero el compañero de Riga, que debía ser un eterno descontento, exclamó con indignación:

—¡Tiene malla, hombre!...

La pulga fué repetida tres veces. Luego vinieron una bailarina española, que parecía llegada de Batignolles, una cantante internacional, tres tirolesas. Las tirolesas eran rubias co-

mo choclo y feas. Se inclinaban melancólicamente, con una mano sobre el hombro de la vecina y la otra en la cintura, y salían con voz aguada, opaca, y con un desabrimiento espantoso:

Schaut der Jäger in das Thal,
sieht der Sonne goldnen Stralh...

Y después de acabar la estrofa, se pasaban media hora con la boca abierta, lanzando, en actitud inmóvil, sonidos guturales, monótonos y melancólicos:

Tra la la li i di dri a o i o
tri a o i i tri ri a ro i

Cayó el telón y comenzó otro largo intervalo. Riga sentía una pena profunda y sutil que se mezclaba al asco de la vida, a los tormentos de su espíritu, al dolor de su corazón. ¡Y pensar que alguna vez él había cantado a la vida! Pero, ¿qué era la vida, sino una paradoja absurda y brutal? ¡Ah, verdaderamente no valía la pena vivir entre tantas miserias, tantas decepciones y tanto lodo como contenía la existencia humana!

—Al señor le gustó la italiana, ¿eh? la de la pulga — le dijo misteriosamente el compañero de mesa, que empezaba a querer trabar conversación.

Riga se limitó a sonreírle, como asintiendo. Temía ofender al individuo si le trataba con desdén. El hombre elogió las buenas partes de la italiana, acosando a preguntas al poeta. Felizmente se reanudaron los pataleos, los gritos y los silbidos.

—¡Qué muchachos, qué punta'e locos! — exclamaba el hombre, gozando.

Volvió a tocar la orquesta, volvieron los aplausos y los gritos, y volvió a alzarse el telón. Y análogas mujeres volvieron a cantar análogas canciones y a hacer análogas piruetas. El público aplaudía o silbaba, sin que se supiera a veces los motivos. Los marineros seguían encandilados en la belleza de las mujeres, los jóvenes de los palcos continuaban con el mismo aire de hombres vividos y desilusionados, y los viejos verdes, riendo con sus ojuelos arrugados y sus dientes postizos, se empeñaban en exhibir su juventud y la frescura de su espíritu.

Riga había concluído hacía ya rato el whisky que pidiera, y hubiera deseado tener más dinero para ahogar su angustia en el alcohol. Por momentos, le venían ganas de llorar. ¿Por qué, por quién? No sabía. Tal vez por los hombres, por la tristeza de la vida, por las ilusiones que se pierden, por las

almas jóvenes que envejecen, por todo lo que muere, por todo lo que sufre, por la belleza que se enloda, por la virtud que se envilece. ¡Ah, la infinita tragedia de la miseria humana! Estaba en todos los momentos de la vida, en todas las cosas; y los hombres pasaban junto a las cumbres de sufrimiento y de miseria, indiferentes, como si el mundo fuera un paraíso de delicias. Allí no más, él veía hombres que reían, que gozaban, que alborotaban alegremente, sin comprender el dolor que les circuía. Porque en aquellos bailes, en aquellas mujeres, en aquellas canciones estúpidas o torpes, en aquel público había un vasto fondo de dolor humano. El veía en todo cuanto le rodeaba, no sabía qué hondas raíces de humanidad, algo que se perdía en las épocas nebulosas de la historia, y era tal vez la tristeza de la sensualidad. Además, ¿cómo no comprendía aquella gente, por llena de animalidad que estuviera, que las pobres mujeres a las que silbaban o aplaudían llevaban una vida dolorosa y terrible? ¡Pobres mujeres, que recorrían los tablados subalternos para exponer su carne usada y triste! Ganaban en los conciertos sueldos irrisorios, tenían que prostituirse para comer, y, al fin de una existencia nómada, sin familia, sin cariños, viejas, inservibles, convertidas en resaca humana, iban a concluir sus días en la melancolía monótona de un hospital. ¡Ah, las pobres, lamentables mujeres! Y el público las creía vivir una existencia de placer, hartándose de alegría. Eran objetos de lujo chabacano, simples cosas destinadas a la torpeza de los hombres, bestias inconscientes de la maldad y del vicio. ¡Sí, el café concierto era un espectáculo de color y de dolor!

No esperó Riga a que terminase la segunda parte, y, con el alma enferma, se dirigió a la calle. Pero, antes de llegar a la puerta, vió a Nacha. Allí estaba ella, detrás de un mostrador, para entregar a las camareras lo que pedían los clientes. Quedó plantado, mirándola. Ella le reconoció, y pareció avergonzada. Pero Riga la saludó cariñosamente y la llamó. Nacha salió a hablarle.

—Nacha... — pronunció el poeta con voz quebrada y sin poder decir una palabra más.

Ella le tendió la mano y bajó los ojos al suelo. Y en silencio, recordando cada uno la tragedia de su vida, se dieron un largo apretón de manos.

—Quisiera hablarla — dijo Riga después de una pausa.

—Espéreme luego, a la salida, cuando se acabe la función.

El muchacho no quiso quedarse en el café concierto y se fué.

Todavía faltaba cerca de una hora para que terminase la función. ¿A dónde iría? No tenía dinero y su espíritu no estaba como para dirigirse hacia las calles centrales. Se acordó entonces del Paseo de Julio, tan interesante a cualquier hora y sobre todo de noche. El lo había recorrido muchas veces, en busca de color local, entusiasmado ante el espectáculo que presentaba aquella calle, uno de los raros lugares característicos de Buenos Aires. Bajó la calle en brusca cuesta que conduce al puerto y se encontró en seguida en el Paseo de Julio.

El encuentro con Nacha había disminuído su amargura, y ahora, al verse en el ambiente de novela rusa, de cuento de Gorky que le ofrecía el Paseo de Julio, su alma de artista se olvidó por un instante de la penuria de su vida. Porque a él le parecía estupenda aquella calle. Con sus altas arcadas; sus tienduchas infectas; sus calidoscopios con vistas de guerras y con exposiciones de monstruos; los sombríos hoteles que alquilaban sucios lechos a parejas ocasionales; los bodegones siniestros que apestaban a mugre y donde, entre el vaho del alcohol, cantaban los marineros melancólicamente; las tiendas de turcos; sus rameras, que eran la más inmunda hez de la depravación; los organillos dolientes; los vagabundos que dormían junto a las columnas de los arcos; los vendedores de figuras obscenas; los olores nauseabundos de la suciedad humana; los rostros de borrachera, a la vez ridículos y siniestros, de los marineros ingleses; las subastas, donde sin cesar resonaba la voz gangosa del ''rematador'', y se veían ''gurupíes'' sugestionando a los clientes, entre los que figuraba el criollo de bombacha recién llegado del campo; la decoración de bajo fondo; la concurrencia heterogénea y maleante; todo hacía de aquella larga calle algo así como una avenida del crimen y de la miseria.

Al pasar por el teatro Kalissy, Riga se detuvo un instante. Era un calidoscopio, instalado allí desde hacía muchos años. La pared del frente se hallaba pegoteada de arriba a abajo con páginas de ilustraciones italianas: imágenes de crímenes espantosos, que agrupaban a los marineros, y de la guerra de Abisinia. Adentro, había aparatos de vistas calidoscópicas, espejos, pinturas horribles y una decoración fantástica. Un hombre, en la puerta, invitaba a los pasantes, con gritos estentóreos y chillones, a ver las notables y auténticas vistas de la guerra de Abisinia, la mujer monstruo, el toro doble vivo, la magnífica serie para hombres solos. Sobre las arcadas, en los balcones, se leían letreros en alemán, nombres de hoteles. Al-

gunas de estas casas, extrañas y características, tenían vastas terrazas llenas de tiestos de flores. Alternaban con ellas varias mansiones señoriles, en el estilo pretensioso y excesivo que dominó en la época de Juárez. Del otro lado de la arcada, había un largo terreno baldío, accidentado por enormes caños negros donde dormían los vagabundos, amparados por montículos de tierra y por aguas estancadas y malolientes. Más allá, se veían algunos galpones que negreaban en la noche, y más lejos aún, apenas visibles, mástiles de transatlánticos. A veces, Riga divisaba claramente algún trozo del puerto donde las chimeneas y los mástiles se amontonaban como si estuvieran en un solo plano. El puerto dormía profundamente.

Volvió al *Internacional.* La función se terminaba y el público salía. Algunos individuos se apostaron para esperar a las artistas y a las camareras. Riga, impaciente, aguardaba a Nacha. Salieron todos los espectadores, las artistas, las camareras. Riga no comprendía la demora de Nacha. Dentro del café concierto iban apagando las luces, la calle quedaba solitaria. En esto, tímidamente, observando por si la veían, surgió Nacha. Riga se le acercó, y, sin decirle nada, caminaron juntos algunos metros. En el hueco de una puerta se pusieron a hablar.

—¡Nacha, no sabe cómo me he acordado de usted! He sido un desgraciado, y lo soy ahora más que nunca; pero eso no me ha impedido sufrir también por los demás.

La muchacha bajaba los ojos, humillada ante Riga que la había conocido en su pasado honesto, y que ahora la veía en el lodo. Y no atreviéndose a hablar de ella misma, le preguntó:

—¿Y mi madre? ¿La ha visto?

Riga, para no hacer sufrir a Nacha, le contó a su manera su entrevista con doña Luisa, se ofreció para intervenir en su favor, y le manifestó su esperanza de que doña Luisa se ablandara.

—¿Y su hijito? Supe por Grajera...

—Nació muerto.

Nacha, emocionada por viejos recuerdos, padecía. Riga lo notó y quiso cambiar de conversación. Estaban los dos en la vereda, apoyados en la pared, hablando con voz casi imperceptible en aquel sitio oscuro de la calle.

—¿Se recibió, Riga? ¿Qué ha hecho en estos cuatro años?

Entonces él, con acento doliente, le refirió a grandes rasgos su vida en aquellos cuatro años, su pasión por Lita, cómo su desesperación le había llevado a beber y cómo había

caído en la miseria.

—Yo he adivinado sus sufrimientos, Riga. ¡Sus versos son tan tristes! Compré el libro, y ahí lo tengo.

—¿De veras, Nacha? — le preguntó el poeta tomándole una mano y soltándola después de oprimirla suavemente.

—De veras.

Quedaron silenciosos. Nacha miraba al poeta y lo encontraba tan flaco, tan descuidado, tan pobremente vestido que tuvo una inmensa pena. ¡Qué más necesitaba para saber hasta dónde habían llegado las miserias del pobre Riga!

—¡Nacha, si supiera lo solo, lo enfermo, que estoy! ¡No tengo nadie que me acompañe!

Y agregó, tomándole de nuevo una mano a Nacha y mirándola en los ojos:

—¿No quiere ser mi hermana, mi amiga? Los dos hemos sidos desgraciados y no tenemos ni a quien contar nuestras penas.

Nacha callaba, llena de emoción, casi a punto de llorar.

—A veces, hasta he pensado en el suicidio, Nacha. Sálvame, déjeme ser su hermano, deje que nuestras vidas miserables se ayuden en su dolor...

No pudo seguir.

—Váyase, déjeme sola — le dijo Nacha llorando.

Y agregó, al despedirse:

—Vuelva mañana... después de la función... Hablaremos otra vez...

Riga volvió la noche siguiente y la otra y la otra aún. Elegían los lugares más oscuros para no ser vistos, y allí conversaban largo rato. A la cuarta noche, Riga acompañó hasta su casa a la camarera. Era allí cerca, en la calle Paraguay, donde ella tenía un cuarto. Al decirse adiós, parada ella en el umbral de su casa y Riga en la vereda, le dijo él con tristeza:

—Me voy, Nacha, y tal vez no vuelva más. ¿Para qué seguir viéndonos?

Ella no habló una palabra, pero el corazón le palpitó violentamente. Y cuando Riga se dispuso a partir, ella le tomó una mano y le dijo dolorosamente:

—No... Riga... no se vaya... Seremos hermanos... si usted lo quiere...

Y así, aquellos dos pobres seres castigados por el Destino, unieron sus vidas tristes y fracasadas. Se unieron en la fraternidad del Dolor y del Vicio. Los unió la Desdicha, ¡aquella hermana grande de los vencidos de la Vida!

TERCERA PARTE

I

Una tarde, tres años después, Itúrbide y Orloff se encontraron en la librería de Flaschoen. No se veían desde hacía tiempo. Itúrbide, que se casara dos años atrás, vivía en un pueblo de los alrededores, consagrado a las letras. Había publicado dos libros: unas impresiones de viajes por Francia y Bélgica, y un tomo de cuentos elegantes e irónicos, a la manera de Anatole France. Los críticos le reprocharon que no se inspirara en nuestras costumbres y en nuestros paisajes. Pero Itúrbide decía que cada cual debía seguir su temperamento. Ahora preparaba una novela cuyos personajes eran argentinos, pero cuyo asunto ocurría en París, en Venecia y en Roma; y deseaba que Flaschoen se la editara.

—¡Pero, hijo, estás hecho un burgués! — le dijo a Orloff, midiéndole con los ojos de arriba a abajo.

Orloff, en efecto, estaba cambiado. Ahora era redactor de *La Patria* y tenía un buen empleo en la Municipalidad. Se había casado, y era padre de dos lindísimas criaturas. Estaba enorme de grueso, barrigón, pesado, y, naturalmente, ya había dejado de ser el demagogo de antes. Ahora veneraba a la sociedad, condenaba severamente las ideas antisociales de los anarquistas y de los socialistas, y hablaba con respeto de Dios. Sólo le quedaba de sus viejos tiempos, el hábito de "hacer frases" a costa de todo el mundo, cualidad que él consideraba como su mejor belleza, y que cuidaba y exhibía como cuida y exhibe una damisela los encantos de su piel. Orloff había publicado una novela que tuvo gran éxito. Reflejaba en ella

la vida de los israelitas en Buenos Aires, y era una obra dolorosa y humana.

—Tú tampoco puedes quejarte — contestó a Itúrbide, que, en efecto, había engrosado y tenía aire de salud.

—La paternidad... — dijo Itúrbide, que había ya contestado un millón de veces del mismo modo.

Y empezaron los dos a contar gracias de sus hijos, mientras el librero los gozaba. Pero ellos no hacían caso. Itúrbide refirió que su varoncito, a los diez meses de nacido, sabiendo decir varias palabras, entre otras, *vaca* y *tutú,* nombre, este último, con el que designaba a la flauta, y viendo cierta vez una lámina donde había un elefante, se fijó en la trompa, y exclamó: vaca tutú. ¡Una vaca tocando la flauta! Orloff, que apenas había escuchado el cuento, buscando algo prodigioso de su chica de dos años, habló de las coqueterías, exclamaciones y metimientos de la señorita. Una vez oyó leer un cuento donde se comparaba la belleza de una mujer con la noche y la luna, y, aplicándose una frase, salió diciendo: ¡soy linda como la noche, soy linda como la luna!

—¡Eso no es nada! El mío una vez, ¡qué notable!... esto es estupendo...

—Escúcheme una gracia genial de mi chica...

Flaschoen, sonriendo, interrumpió a los jóvenes padres.

—No hay cosa más ridícula que contar las gracias de los hijos.

—Pero no, Flaschoen; es que el mío es algo extraordinario...

—¡Y mi hija! — exclamó Orloff con gesto de asombro.

Flaschoen continuó bromeando. Pero dejaron el tema y se pusieron a recordar los años que pasaron. Recostados contra uno de los anaqueles de la librería y fumando, hablaron de su existencia de hacía diez años con aire melancólico, como hablarían dos viejos de su juventud. ¡Cómo pasaba el tiempo! ¡Mire que habían ocurrido cosas desde entonces! Los dos se habían casado, tenían hijos, se habían formado una reputación literaria.

—Decididamente la vida no es como la imaginábamos entonces — dijo Itúrbide, recordando su escepticismo implacable y la violencia demoledora de Orloff.

—Es mejor que como nosotros la veíamos; más interesante, menos trágica, menos unilateral.

—La verdad es que no podemos quejarnos — interrumpió Itúrbide.

Y no lo decía por él, pues al fin y al cabo su padre era

hombre rico. Pero a los compañeros, a todos los muchachos del grupo les había ido bien. Algunos eran ya personajes, otros disfrutaban de buenos empleos. Ninguno era insignificante. El único que no había triunfado y teniendo talento, sin embargo, era el pobre Riga.

—Y a propósito, hombre, ¿qué se ha hecho Riga? Hace muchísimo que no lo veo.

Orloff se puso triste, y, lleno de pena, dijo:

—El pobre Carlos es un vencido, un muerto...

—¿Pero por qué, digo yo? Un muchacho bueno, talentoso, culto... Yo no comprendo por qué ha caído de ese modo. ¿Qué le habrá impulsado a la bebida?

—Su propia inquietud, nada más. Carlos necesitaba estímulos, simpatías, y en este ambiente no los hay para los poetas. Además, tu recordarás como éramos nosotros. ¡Aquella manía de hacer frases hirientes! Después hubo un episodio sentimental...

—Sí — interrumpió Itúrbide, desviando el recuerdo. — Los amores con aquella uruguaya...

Orloff quedó un momento silencioso, y, por no meterse en explicaciones, dijo:

—También eso.

Y empezó a referir la amistad de Riga con una hija de la patrona en cuya casa el poeta había vivido, con una tal Nacha — ¿no la conoció Itúrbide?, — muchacha bonita que se escapó con un estudiante. Más tarde, Riga, en una noche de decepciones, vagando por las calles, se metió en un café concierto, el *Internacional*. Y allí se encontró con Nacha de camarera. Los dos unieron sus inquietudes y vivieron juntos cerca de tres años. Ella trabajaba, él escribía algún artículo de vez en cuando, y cobraba viejos préstamos a algunos amigos. ¡Fué siempre tan generoso el pobre! Una vez tuvo un ataque; le llevaron al hospital y allí pasó un mes. Nacha le visitaba, y reunía sus ahorros para cuidarle cuando dejara el hospital. Salió bien; había escapado a una parálisis. Estuvo sin beber un mes, pero luego le agarró otra vez el vicio y él y su compañera cayeron en la más espantosa miseria.

—¡Qué desgracia! — exclamó Itúrbide dolorosamente. — ¿Y de qué vive ahora?

—Nadie sabe. Yo no lo veo desde hace tres meses.

Flaschoen, que pasaba junto a los literatos en busca de un libro solicitado por un cliente, se detuvo para contar que él lo había visto una noche, hacía dos semanas. El acababa de

subir a un tranvía, cuando vió al boletero que intentaba despertar a un borracho. El ciudadano dormía como una piedra y la cabeza se le caía contra el vidrio, exponiéndose a un accidente. Los pasajeros se reían.

—Yo entonces miré, y vi que era Riga. Borracho, completamente borracho. Así son estos literatos, pensé yo; una punta de sinvergüenzas y chupistas.

—No es eso. Riga ha tenido inquietudes que nosotros no comprendemos — contestó Orloff, mirando a Itúrbide significativamente.

—¡Qué inquietudes ni qué niño muerto! — exclamó Flaschoen sonriendo. — ¿Qué inquietudes tenían...?

Y luego de citar a varios periodistas y literatos conocidos que tenían el vicio de beber, se apartó para llevar al cliente el libro que aguardaba.

—Indudablemente, hay un misterio en esto — dijo Orloff, que de cuando en cuando sacaba un libro de los anaqueles y se ponía a hojearlo. — Todos hemos sufrido, hemos tenido desilusiones. Tú conoces mis pellejerías. Y, sin embargo, nunca se me ocurrió rivalizar con Noulens o con Rodríguez Pirán. Riga es seguramente un abúlico, un incapaz para la lucha.

—Es poeta...

Orloff objetó que había poetas sanos, llenos de voluntad. Y citó unos cuantos nombres. Pero Itúrbide contestó que Riga era un poeta elegíaco, un melancólico. El creía, sinceramente, que no había nacido un hombre más poeta de vientre de mujer. No quería decir que fuera el mayor poeta del mundo, ¡qué horror! Quería decir que todo en él era poesía, lirismo. Nada le interesaba fuera de la poesía y de la belleza. La política, la ciencia, la filosofía, la vida, la maledicencia, el dinero, nada, nada le importaba. Veía el mundo poéticamente, o, lo que era lo mismo, falsamente. Cuanto hablaba, pensaba, soñaba, no era sino poesía. Poesía secundaria, quizás, pues Riga no era un gran poeta; pero poesía, de todas maneras.

—Muy exacto — interrumpió Orloff. — Por eso no pudo ser empleado, ni periodista. Yo me acuerdo cuando escribíamos en *El Orden*. Sus artículos políticos eran pura literatura. Y luego, una honestidad anormal. No puede ensartar lugares comunes, incapacidad funesta para un periodista...

—Y aquel drama, ¿te acuerdas?

—Ahí tienes. Era un drama excelente, escrito en versos admirables. Pero solamente a Carlos ha podido ocurrírsele que-

rer hacer representar por los actores argentinos, que ayer no más llegaron del circo, un drama en versos decadentes...

Flaschoen volvió a acercarse. Renegó de los literatos, y dijo que él no editaría más libros argentinos. Itúrbide le discutió largamente, hasta que, hartos de estar en la librería, los dos escritores salieron a la calle. Itúrbide dijo que se pondría en busca de Riga, y pidió a Orloff que si tenía alguna noticia se la comunicara.

—Ya lo creo, viejo. Yo también lo buscaré.

—Es necesario que lo ayudemos hasta que se cure ese mal terrible. Después se le conseguirá un empleo. Pero no podemos dejar en la miseria, en medio del arroyo, a un amigo íntimo, a un muchacho tan bueno.

Se despidieron. Orloff fué a la Brasileña, donde esperaba saber algo del poeta. Itúrbide tomó un automóvil, y, dando una dirección al *chauffeur*, le rogó que marchase rápidamente. Se le había ocurrido que Marcelo Aguiar, que tantas veces ayudara a Riga, debía tener noticias suyas. Marcelo Aguiar, casado con una prima hermana de Itúrbide, con una Olózaga, sufría la desgracia de una gran tragedia íntima. Los Olózaga le odiaban, y, fundándose en que estaba arruinando a su mujer, habían convencido a ella para que pidiese el divorcio. Aguiar era un romántico, y, sin tener aptitudes de administrador, gastaba su fortuna y la de su mujer en admirables obras de caridad. Los Olózaga habían triunfado contra "el apóstol", como le llamaban sarcásticamente, y ahora, divorciado, el pobre Marcelo vivía en un barrio miserable de la ciudad, cerca de la Quema de basuras. Allá iba Itúrbide a buscarle.

La vivienda de Aguiar era una casa baja y muy amplia. Seguramente, se alojaban allí, a cargo de Marcelo, algunas familias pobres, pues Eduardo veía, desde la puerta, un corro de chiquillos mugrientos y descamisados que jugaban a la "rueda, rueda". Eduardo golpeó las manos varias veces hasta que apareció una mujer.

—El doctor Marcelo Aguiar, ¿vive aquí?

—Sí, señor; pero ahora está ocupado. Está dando lecciones...

—No importa. Pásele esta tarjeta, y dígale que es cosa urgente.

En seguida apareció Marcelo, que abrazó cariñosamente a Eduardo.

—¡Qué gran placer me das! ¡Eres el único pariente que se ha acordado de que existo!

—Pero dime: ¿qué lecciones estabas dando?

Marcelo explicó. Tenía el día ocupadísimo, y entre sus diversos trabajos figuraba el enseñar a leer. A la noche iban obreros; ahora era el turno de las mujeres del barrio.

—¿Y a qué debo esta visita?

Eduardo, en pocas palabras, le enteró de la situación en que se hallaba Riga. Pero Marcelo ignoraba donde pudiera vivir el poeta. Hacía seis meses vivía con una tal Nacha en la calle Paraguay, al llegar a 25 de Mayo, en una casa de inquilinato. Pero no sabía el número.

—Es bastante — dijo Eduardo, disponiéndose a salir.

Pero antes, preguntó a Marcelo por su vida. Marcelo declaró que era feliz y que, dentro de sus fuerzas, contribuía a la obra de justicia social que se iba realizando. El no tenía rencor hacia sus cuñados ni hacia su mujer, a la que quería con toda su alma. Pero, no obstante, entre habitar lejos de ella, consagrado a vivir según su conciencia y sus ideales y estar a su lado, transigiendo con la vanidad y la iniquidad, prefería lo primero.

—Eres un santo, Marcelo — le dijo Eduardo despidiéndose; — un santo revolucionario, tocado de socialismo sentimental.

—Soy un cristiano, y gracias — contestó Marcelo, riendo buenamente.

Con el dato que acababa de darle su amigo, Eduardo se trasladó a la calle Paraguay. Buscó la casa donde Riga viviera con Nacha, y la encontró fácilmente. Pero allí nadie sabía el nuevo domicilio de Riga. Eduardo ya desesperaba de hallarlo, cuando un muchacho, habiéndole oído, le dijo que él solía encontrar a Riga por el barrio, y que una tarde le vió entrar en una casa de la calle Córdoba, muy cerca de allí. Eduardo se hizo acompañar por el muchacho. Eran ya cerca de las ocho de la noche, hacía bastante frío, y, aunque su mujer le estaría esperando, no quiso abandonar su empresa.

La casa era un miserable conventillo, de lo más sucio e inhabitable que pudiera hallarse en toda la ciudad. Desde la puerta, Eduardo, sintiendo el mal olor, se llenó de asco. Subió unos escalones y se encontró en un patio cuadrado, que había perdido su forma a causa de varios cuartuchos de madera construídos en dos de sus lados. Golpeó las manos y nadie contestó. Entonces se acercó a un cuarto que sospechaba fue-

se el del encargado; y se preparaba a llamar, cuando una vieja astrosa y mugrienta asomó la cabeza. Parecía una verdadera bruja, con la cabeza envuelta en trapos, la nariz afilada y enorme, la ropa hecha un harapo, los ojos minúsculos y vivaces. Por el acento debía ser israelita.

A la pregunta de Eduardo sobre si allí vivía Riga, contestó no conocerle. Pero Eduardo insistió, asegurando que en esa casa vivió hasta hacía pocas semanas y haciendo el retrato de Riga para que la bruja le recordara.

—Ah, sí, abajo de la escalera — contestó la mujer despreciativamente, pues sin duda consideraba a Riga, que vivía debajo de la escalera, como muy inferior a ella en categoría social.

Eduardo despidió al chico que le acompañara, dándole unas monedas, y se dirigió al cuarto que le indicara la vieja. Bajo la escalera que subía al segundo y último piso de la casa, había un agujero, un nauseabundo nido de ratas, sin aire y sin luz, donde parecía absurdo, humillante, que pudiera vivir un ser humano. Eduardo abrió la portezuela, que era de tablas rotas y podridas, y, bajando la cabeza, pues no cabía en pie, penetró en el antro. Tan oscuro era el lugar, que el jergón que cubría el suelo apenas podía ser visto. Eduardo no quería creer que su amigo viviese allí; y cuando aceptaba la triste realidad, sentía remordimiento, imaginándose culpable no sabía por qué. Resuelto a enterarse, encendió un fósforo; pues si Riga vivía en aquel antro, encontraría allí algún objeto suyo. El fósforo se le apagó y encendió otro; y al mirar, hacia un rincón, vió un ejemplar deshecho y sucio de *Los jardines místicos*. Tomó el libro, que se abrió en la página donde se hallaban los versos a Lita, y leyó varias anotaciones llenas de dolor, de amargura, escritas con una mano nerviosa. Quedó inmóvil, profundamente apenado, mientras en sus ojos aparecía una lágrima. En seguida salió, y en momentos que llegaba a la calle, vió venir a Orloff con Pedro Rueda.

—Y si usted sabía la situación de este muchacho, ¿por qué no nos avisó? — preguntó Eduardo a Rueda.

—¡Je, je! ¿Y para qué? — dijo Rueda, con su tonillo agresivo, que no había perdido en diez años.

—Pero hombre, se trata de un amigo...

—¡Amigo! Yo no sabía si usted era amigo de él. ¡Je, je!

Eduardo hizo un gesto de enojo, pero no dijo nada. Y llevó a los recién llegados a que viesen el cuarto del poeta.

—¡Y después dirán que en este país no se hace rico el que no quiere! — exclamó Rueda, sonriendo amargamente.

—Ante una cosa de estas — dijo Orloff, mientras bajaban las escaleras — uno siente ganas de tirar bombas de dinamita.

Ya en la vereda, hablaron de esperar. Pero Itúrbide dijo que era mejor ir al centro y volver al cabo de un rato. Fueron a una confitería, y volvieron después de media hora. Un individuo, que debía ser el encargado, les dijo que Riga no había vuelto.

—¿Y no sabe adónde puede haber ido? — le preguntó Orloff.

El individuo lo ignoraba. Dijo que Riga era un mal elemento porque debía varios meses. Primero, ocupó el mejor cuarto de la casa, cuando estaba con Nacha; pero luego, por no dejarle en la calle, le habían cedido, de lástima, el cuarto de la escalera.

—Ha hecho usted una gran obra de caridad en darle ese cuarto — exclamó Orloff, muy seriamente.

—¡Je, je, je! — estalló Rueda, lleno de movimientos, con asombro del individuo, que no sabía la razón de esa risa tan intempestiva.

—¡Las nueve menos cuarto! — dijo Itúrbide, que pensaba en su mujercita y en su hijito.

Pero como vivía en un pueblo de los alrededores, no tenía tiempo para ir a comer y volver temprano. Y no quería que el poeta se le escapara. Riga, por lo que contaba el encargado, debía haber llegado a una de esas situaciones que conducen a la desesperación. No era posible, pues, perder un solo instante. Invitó a los dos amigos para comer juntos; y rogó al hombre que si llegaba Riga, le dijese que los esperara.

Fueron a un restorán, desde donde Itúrbide habló por teléfono con su mujer. Cuando acabaron de comer eran las nueve y media, y decidieron volver al conventillo.

—¿Ha vuelto?

—No, señores.

Itúrbide comenzó a inquietarse, pero, resuelto a encontrar a su amigo esa misma noche, decidió volver. No sabía por qué, pero tenía un presentimiento que no osaba comunicar a Orloff y a Rueda. Fueron los tres al centro, caminando lentamente, hablando de literatura, y, cerca de las once, estuvieron de nuevo en el conventillo. El encargado no se encontraba en la puerta. Itúrbide subió al cuartucho de Riga, empujó la portezuela y no vió dentro a su amigo. Rueda acon-

sejó esperar allí mismo una media hora, y esperaron los tres con verdadera impaciencia. Pasó la media hora, pasó otra media hora y Riga no vino. Eran ya las doce.

—¿Qué hacemos? — preguntó Orloff.

—Esperar, no más — dijo Itúrbide.

Y empezaron a pasearse por la vereda, yendo de una esquina a la otra, espiando las sombras que se acercaban, mirando hasta el fondo de las calles próximas. En la noche oscura, de una oscuridad espesa y monótona, nada interrumpía el silencio y la soledad. Las puertas estaban cerradas, no se veían una sola luz interior. Pasó una media hora y otra media hora todavía, y Riga no llegaba. Itúrbide había concluído por afligirse, pero trataba de ocultar sus preocupaciones. Orloff opinaba que no existía un verdadero motivo para temer por el poeta; pues dada su manera de vivir, no era imposible que estuviera en algún bar. Además, su casa era tan poco tentadora que todo retardo se explicaba.

—¡Pero es que ya son las dos de la mañana! — exclamó Itúrbide.

—Esperemos un rato más — dijo Rueda.

Y se quedaron allí hasta las tres, paseándose por la vereda, sentándose en los umbrales de las puertas. Ya no hablaban casi, y apenas si de cuando en cuando decían en voz baja una palabra que denotaba el temor por el amigo, sus presentimientos dolorosos, sus sospechas de una desgracia.

Se alejaron tristemente y en silencio. Y, al separarse, Orloff preguntó:

—¿Qué decidimos?

—Encontrarnos allí a las seis de la mañana.

II

Riga, desde que Nacha le abandonara, hacía sólo dos meses, vivía como envuelto por una espesa niebla. El alcohol le libraba momentáneamente de sus brumas mentales, a las que temía porque adivinaba que eran el camino de la inconsciencia. Mientras el alcohol ejercía acción en su organismo, apenas se acordaba de sus penurias; pero con la lucidez retornaban los más atroces sufrimientos. Pasaba hasta dos días sin comer y andaba con barbas, sucio, apestando a bebida y miseria. Tenía asco de sí mismo, y se despreciaba y se compadecía al propio tiempo.

Muchas horas pasaba pensando en Nacha. El no sabía por qué ella le abandonó. Vivieron tres años desde aquella noche que la encontrara de camarera, en la fraternidad del dolor y en la pobreza. No se habían reunido como amantes sino como amigos. Pero acabaron por quererse y por ser indispensables el uno al otro. Los dos trabajaban. Nacha ejerció diversos oficios, y Riga publicaba artículos y versos en diarios y revistas. Pasaron momentos de verdadera miseria, que Nacha, con una energía admirable, cosiendo por centavos para las grandes tiendas, logró salvar. Riga ya no tenía aquella ilusión literaria ni aquel amor a la Belleza que exaltaban sus días de mocedad. Ahora escribía principalmente para vivir, pues nunca hubiese aceptado que Nacha costease sola los gastos comunes. Llegó el poeta hasta escribir versos de reclamo, y por cierto que la primera vez tuvo un dolor profundo y un tenaz remordimiento.

En los tres años que vivía con Nacha, había seguido bebiendo. Ingería cuatro o cinco vasos de whisky por día. Se había acostumbrado al alcohol; y si algún día no lo tomaba, se ponía inquieto, malhumorado. Nacha le combatía su inclinación. Le quitaba el dinero de los bolsillos, le sermoneaba, le ponía el ejemplo de otros literatos devastados por el vicio; pero todo era inútil. Una vez, hacía diez meses, le vino una parálisis en un brazo, y tuvo que ir al hospital. Cuando el ataque pasó, Nacha le cuidó como una madre. El le prometió que no bebería más; y se lo prometió sinceramente, pues el peligro de una parálisis más grave le había asustado. Y en efecto no bebió durante dos meses, pero al cabo, cediendo a la fatalidad que le llevaba al mal, retornó a beber. Ya estaba enviciado hasta el alma y apenas tenía esperanzas de regeneración.

Pero, ¿por qué le abandonó Nacha? Esta pregunta le obsesionaba, le hacía imposible la existencia. Habían vivido como dos hermanos, en una constante fraternidad. Jamás tuvieron disgustos, salvo cuando él bebía con exceso. ¡Y qué buena fué Nacha para con él! ¡Cómo le soportaba sus cosas, sus caprichos y sus incoherencias de alcoholista! Le cuidaba, le hacía trabajar, le obligaba a andar limpio, le arreglaba la ropa. El la había querido también; sino con amor de amante, por lo menos con un cariño tranquilo y serio.

En los últimos tiempos, habían caído en la más negra miseria. Nacha había perdido su empleo en una tienda por no haber consentido en las solicitaciones amorosas del gerente, y

Riga encontraba dificultades para que le publicasen sus artículos. Habían surgido nuevos escritores, y sin duda el público quería otras firmas. Fué tal la pobreza, que los expulsaron de donde vivían, y tuvieron que alquilar un cuartucho en un conventillo de la calle Córdoba. Era un asco la casa. Nacha estaba profundamente desagradada y repetía lo que siempre había dicho: que ella soportaría todo menos la miseria. Riga sospechaba vagamente que Nacha le hubiera abandonado por no sufrir la situación en que se hallaban. Era una mujer excelente, Nacha: abnegada, cariñosa, de buen carácter. Pero habían pasado días calamitosos cuando la dejó Belisario Ramos; y la pobre prefería perderse antes que aceptar el infierno de la miseria. Ella pensaba que a su amigo jamás le faltaría qué comer, y sin duda creyó que, hallándose ella sin trabajo, era un estorbo para Riga. Y así una mañana, el poeta, al despertarse, no la vió en el cuarto. Creyó que hubiera salido a buscar trabajo, pero notó que faltaban todos los escasos objetos y las ropas de ella: las pocas ropas que aun no había vendido o empeñado. Saltó de la cama y se fué a preguntar a toda la casa, como un loco. Nadie sabía nada. Se desesperó, lloró el abandono de su amiga, y se dió a beber con frenesí, con ansia. El poco dinero que pudo conseguir en aquellos días lo empleó en beber. Debía tres meses en la casa y le pidieron el cuarto, quedándose el casero con la cama, que era el solo mueble que conservara la pareja. Por caridad le dieron un agujero debajo de la escalera. Allí el poeta dormía sobre un jergón, sin frazadas para abrigarse del frío.

En la última semana, su situación se hizo angustiosa. No tenía ni para comer; y su suciedad, su ropa, su rostro eran tales que no se atrevía a ir en busca de ningún amigo. La tarde en que Itúrbide y Orloff se dieron a buscarle, había llegado al colmo de su miseria. En dos días no había comido y no tenía en su bolsillo ni una triste monedita. Y estaba enfermo. Tosía mucho, con una tos breve y seca, y al levantarse del jergón, sentía mareos. Sufría horriblemente, tenazmente. Ideas siniestras pasaban por su imaginación, y él las aceptaba como se acepta un mal pensamiento. ¡Ah, la vida! Más valía morir, para quedar tranquilo eternamente. Total, ¿qué era la vida de un hombre? Un accidente sin importancia, un detalle nimio en la marcha de los mundos. Moriría, se uniría al gran Todo, confundiría su alma en aquella Alma Universal de que hablara alguna vez en sus versos. "Tienes que morir, debes morir", le decía la voz del mal consejo, pero su eterno opti-

mismo le hablaba de esperar, de agotar todos los medios, de no recurrir a la muerte que era el peor de los males. El tuvo siempre un verdadero terror a la muerte, y, sin embargo, ahora pensaba en ella como en una liberadora. Pero no moriría. Lucharía con todas sus fuerzas, las pocas fuerzas que le quedaban. El era un poeta, y jamás había sido recompensado por la belleza de sus cantos. Tenía derecho a reclamar su recompensa a la Sociedad, tenía derecho para mendigar a los hombres su salario de artista.

—Sí, tengo derecho, tengo derecho — se decía, como para hacer aceptable una idea que supliciaba su cerebro desde hacía una semana.

Era una idea que al principio le horrorizó, que rechazó como un propósito criminal. No, no era posible que él, un poeta, un artista, un hombre que tenía amigos ilustres, que había colaborado en los grandes diarios, saliese a mendigar por la calle. Sería deshonroso, humillante. Sufría espantosamente sólo de pensar en ello, y ya se veía atajando a los transeúntes en la calle, o metiéndose en las casas y hacer una historia cualquiera para obtener unos centavos. No, gran Dios, no era posible. ¡Si supiera Lita, si lo supiera su pobre madre, si lo supieran sus amigos!

—¡Pero es que tengo derecho! — exclamaba, hablando en voz alta, en el infecto agujero en que se hallaba. — Tengo derecho a vivir porque soy un ser humano, porque soy un poeta, porque desempeño una misión útil, porque todavía puedo escribir páginas que honren a mi patria, porque...

Estaba desasosegado, febril, y sentía una languidez invencible. Había pasado casi todo el día revolviéndose en su jergón, acometido por un lacerante malestar físico y una indefinible inquietud. A veces, caía en el abatimiento, en una especie de estupor doloroso; y este estado era como un descanso para su pobre cuerpo. Por fin, no pudo más, y salió.

Era de noche. Por las calles andaba mucha gente, individuos que sin duda se dirigían a los teatros, a los cafés. Los miraba con curiosidad, pero sin envidia, sometido a su destino, incapaz de maldecir ni de quejarse. Caminaba lentamente, como un enfermo. A veces, tenía que apoyarse en la pared para no cear. Se le iba la cabeza, las ideas se le hacían un caos en el cerebro, y se oprimía la frente como para coordinar sus pensamientos que se dispersaban. Frente al *Internacional* tuvo un mareo, y se sentó en los escalones de la

entrada. Un policía, que vigilaba allí cerca, le obligó a levantarse.

Hacía un frío cortante que parecía acuchillarle todo el cuerpo, y soplaba un fuerte viento que le hacía daño, pero, al mismo tiempo, le despejaba la cabeza. Estuvo un rato parado frente al *Internacional*, esperando que tal vez entrase Nacha, que pasara algún amigo, alguno de sus buenos amigos. Pero el recuerdo de Nacha le deprimió, evocándole todos sus sufrimientos de aquellos dos meses sin ella, todas las horas de sosiego y de esperanza que había vivido con ella. Y ahora, ¿adónde iría? Ya la gente había entrado al *Internacional*, y los transeúntes de aquella calle cosmopolita no eran los indicados para remediar su pobreza. Se dirigió entonces hacia el centro, hacia Esmeralda. Pero a medida que iba caminando, pensaba en su resolución. ¿No era el momento de empezar? La calle Corrientes, por donde iba, estaba oscura y favorecía su plan. Sí, era el momento. Comenzó a temblar, se llenó de vergüenza, y pensó que sería mejor retardar su ignominia, dejarla para otra noche en que tuviese más fuerzas. Pero el hambre podía más que el honor y la vergüenza, y le hostigaba a que mendigase. Un grave señor de aspecto aristocrático venía por la vereda de enfrente, a paso tranquilo, retirándose a su hogar sin duda alguna. "Es el momento" se decía Riga a sí mismo, turbado, excitadísimo. Pero no, no era posible que Carlos Riga, el poeta, recurriese a semejante medio de vida, a semejante bajeza. Y mientras tanto, cruzaba la vereda, algunos pasos detrás del grave señor. ¿Le hablaría, seguiría su camino? ¡Ah, la duda torturante, la horrible lucha interior de su pobre alma! No quería hablarle, no podía hablarle. Pero de pronto se vió enfermo, sumido en la más espantosa debilidad, sin comer un día más, dos días más. No podía, no, continuar esa vida. Recordó que tenía derecho a la ayuda de la Sociedad, que tenía derecho a vivir, siquiera como vive un perro, y se acercó al grave señor que caminaba tranquilamente.

—Señor, si me permite...

Sintió que había enrojecido, pero luego debió ponerse pálido. Sudaba un sudor frío, abundante, y le temblaban las manos y las piernas. El transeúnte no debió haber oído, pues tal vez le hablara en voz demasiado baja. Y casi desfallecido de emoción, creyendo que se le iba la cabeza y que caía al suelo, volvió a repetir:

—Señor, si me permite...

Esta vez el transeúnte había oído y se detuvo. Riga imaginó desmayarse, imaginó que todo su ser se desmoronaba, y se llevó la mano al corazón que golpeaba en su pecho como el aldabón de una puerta adonde se llama con alarma. Y ahí estaba el anciano frente a él, interrogándole con la mirada. Riga buscaba una palabra, sin saber cómo empezar, sin decidirse a pedir. Y abrió los labios temblantes, y con voz desfallecida, apenas pudo susurrar:

—Yo...

El anciano le miraba, esperando que hablara. Pero Riga no podía hablar. Toda su dignidad de hombre y de artista se había subido a la garganta, se había acumulado en sus labios; y al fin, recobrando un poco de valor, dijo:

—Yo... quisiera saber la hora...

El anciano le miró con cierto asombro, y, después de decirle la hora, continuó su camino, lentamente, por el borde de la vereda, lo mismo que había venido. Riga quedó anonadado, con un malestar violento, y tuvo que apoyarse en la pared. El anciano se alejaba, y su silueta se perdía en la noche. ¡Ah, ahora se arrepentía de no haberle hablado francamente ya que parecía una buena persona! Tal vez fuese un ser de corazón, un alma humilde, como parecía, no obstante su aspecto de hombre pudiente y aristocrático. Fué un estúpido en no hablarle. Había perdido la oportunidad mejor, pues quizá ya no encontrara otra persona tan accesible, de apariencia tan honrada, tan bondadosa. Tuvo deseos de correr, pensando que, tal vez, lograra alcanzarle. Pero no, ya no era tiempo, había pasado el momento.

Siguió caminando, con su paso vacilante, lastimado de amargura, de cansancio, de desaliento. No sabía ahora si resolverse por la abyección o por la muerte. Las imágenes del pasado, de los seres que había querido en su existencia se le presentaron. Vió a su madre, ya vieja, sufriendo por su hijo; vió a Lita, y una inmensa congoja se concentró en su garganta. ¡Ah, cómo había caído! Ya no tenía más allá su abajamiento, tan grande y tan hondo como su desdicha. Había rodado al abismo trágico de la miseria, con su poesía y sus ilusiones y su fe en la vida y su amor. Todo lo había perdido, absolutamente todo, y su sola esperanza estaba en la limosna con que el transeúnte anónimo podría salvarle de morir. Sí, la limosna era su salvación, y él correría hacia ella como un mendigo cualquiera.

En una puerta, un hombre parecía esperar a que abriesen.

Era un individuo de barba, fornido, y tenía aire de comerciante. Riga miró hacia todos lados y vió que no pasaba nadie en ese momento. Se olvidó de todo, y, ciego, sin querer pensar en su honor, acallando el rumor de la vergüenza, se dirigió rápidamente al hombre.

—Señor, si me permite...

El hombre le miró altivamente, como presintiendo lo que el intruso quería. Pero viendo que Riga se turbaba, que no podía hablar, le preguntó:

—¿Qué hay, qué es lo que quiere?

—No he comido, señor...

El hombre le examinó de pies a cabeza, le miró despreciativamente; y ya iba a entrar en la casa cuya puerta acababan de abrirle, cuando, sin duda pensando que podía ser verdad lo que el muchacho decía, echó mano al bolsillo.

—Es una vergüenza que usted ande pidiendo, un hombre joven, que podría trabajar. ¿Por qué no va a la cosecha? ¡Después nos quejamos de que faltan brazos!

Y poniéndole en la mano una moneda de diez centavos, se entró en la casa, refunfuñando.

Riga quedó destrozado, contemplando su degradación. La moneda le quemaba la mano y tenía tentaciones de arrojarla a la calle. Era un oprobio lo que había hecho. Había ofendido a su estirpe honesta, había insultado al arte, se había deprimido ante sí mismo, lo cual era la mayor de las abdicaciones a que puede llegar un ser humano. Era un canalla, un miserable. Volvió la congoja a acumularse en la garganta, y toda aquella angustia silenciosa, acabó por cuajarse en un sollozo. Pero pudo vencerlo; y siguió su camino. Pediría, mendigaría. Ya que había caído tan bajo, ¿qué significaba un paso más?

Esta vez era un joven que pagaba un carruaje frente a una confitería. Riga le tendió la mano y el joven le puso una moneda de veinte centavos. Luego Riga se encarnizó en mendigar, y pidió una, dos, tres veces. La vergüenza parecía haberse adormecido, y ahora, sin ver nada ni pensar en nada, rechazando sus timideces y sus remordimientos, iba jaloneando la calle con las etapas de su abyección. A veces, veía a su madre o a Lita, pero cerraba los ojos y alejaba estos recuerdos. Y pedía a los transeúntes que le parecían propicios, poniéndoseles al lado, hablándoles tumultuosamente de sus miserias, inventando otras, como si no bastaran las suyas para impresionar a las almas duras. Algunos le contestaban en

broma, otros le daban; uno le dijo que se fuese a dormir la mona. ¡Ah, era horrible! ¡Ya no tenía pundonor, no era un hombre decente! Había reunido cerca de un peso, pero las monedas le ardían en el bolsillo; y al sonar, parecíale al pobre Riga que era la amarga y triste canción de su desdicha lo que ellas decían.

El frío había aumentado, y él tiritaba. Se asomó a un bar, y vió en el reloj que eran las doce. E iba a entrar, cuando una pareja que subía a un carruaje le llamó la atención. Se plantó en la vereda; y cuando el coche pasó frente a él, toda su alma miraba por sus ojos. Reconoció en seguida a la mujer elegante del carruaje. Era Nacha. Nacha, que no había podido sufrir la miseria. El no la condenaba: comprendía que antes de sufrir el infierno lacerante que a él le atormentaba, el fuego lento de la atroz miseria, todo era preferible. ¿No había prostituído él su honor? ¿No se había arrojado a la más deprimente de las humillaciones? ¡Y humillación sin consuelo, sin gloria, sin placer! Nacha, en cambio, viviría con bienestar. Riga miró alejarse el coche en que iba Nacha y en seguida entró en el bar. Los centavos que había reunido no bastaban para darle de comer. Bebería no más, seguiría su destino, marcharía hacia donde la fatalidad quisiera llevarle. El ya no era nada, ni un hombre. Era un desperdicio social, una cosa cualquiera que para nada sirve, un muerto. ¿Qué importaba que bebiese o no? ¿Qué importaba su miseria? ¿Qué importaba a la sociedad ni a nadie que él se enlodara?

—¡Mozo, un whisky!

El mozo le miró de arriba a abajo, asombrado por el aspecto ruin del cliente y sus facciones atormentadas. Riga, de codos sobre la mesa, hundió la frente entre sus manos sin notar que todo el mundo le observaba. La cabeza se le iba, apenas veía ni oía. Hubiera querido hallarse acostado, en un lecho cómodo, muy hundido, muy hundido, bien abajo, bien abajo... Empezó a beber despacio; y a medida que bebía, notaba más despejada la cabeza, se sentía menos débil, con menos deseos de estar acostado. Y entonces, mezclada a las imágenes truncas de su vida que conducían a cada instante, a los recuerdos de Nacha, la voz del mal consejo volvió a susurrarle su canción trágica. ¿Para qué seguir viviendo? ¿No valía más concluir con esta larga vida de sufrimientos, descansar para siempre? El rechazaba tales voces, pero al querer pensar en otras cosas, en recuerdos amables, en algo que le hiciera olvidar, se encontraba con que no podía pensar en nada, con que no ha-

bía continuidad en sus recuerdos, y las imágenes de su vida que volvían eran las más tristes y las más penosas y aun ellas surgían tan confusas, tan truncas, tan desmayadas, que creía hallarse en la inconsciencia, en el umbral de la locura. Era mejor no querer pensar en nada, dejar que el mal consejo siguiera susurrando a sus oídos.

A las dos de la mañana se cerró el bar y tuvo que salir. Iría a su casa. Caminaba por la calle tambaleando, teniendo que detenerse a cada instante para no caer. Se sentía enfermo, dominado por un malestar infinito, con dolor de cabeza, con las extremidades heladas, con el cuerpo achuchado y humedecido por un sudor frío, con estremecimientos nerviosos en las facciones y las manos. Una vez, tuvo que sentarse en la vereda. ¿Qué tenía, santo Dios? ¿Sería aquel el último día de su existencia?

Llegó frente a su casa. ¿Entraría? ¿No sería mejor terminar con tantas miserias como las que le rodeaban? Allí estaba el río, solitario, a poca distancia de su casa; la noche era oscura... Un poco de coraje y todo había concluído, todas las desdichas desaparecerían al volver al gran Todo. Estuvo dudando un instante, febril, trágico, torturado por la mala idea, por el remordimiento, por los buenos recuerdos que le reprochaban su intención. Quiso levantarse y seguir hasta el río, pero no pudo caminar. Las piernas le temblaban, no tenía fuerzas para andar cien pasos. Se sentó en el umbral de la puerta y allí estuvo una larga hora. Luego abrió, empujó la hoja, y empezó a arrastrarse por los escalones. Fué interminable aquella subida. Toda clase de tormentos físicos y morales le abrumaban, le paralizaban en su marcha. Por fin llegó; pero apenas entró en su cuarto, cayó sobre el jergón.

A las seis de la mañana, Itúrbide, Orloff y Rueda le hallaron sin sentido.

III

Seis semanas en un sanatorio, adonde le llevara Itúrbide, transformaron a Riga. Salió de aquella casa contento, olvidado de sus miserias y con nuevas ilusiones. Había engrosado algo; y con su cara totalmente afeitada, su ropa decente, apenas se asemejaba al Riga de hacía tres meses. Ya no bebía y ni siquiera parecía acordarse de que existiese el alcohol. Itúrbide

le pagaba un cuarto en una buena casa de pensión, y, por medio de un ex condiscípulo que era subsecretario en el Ministerio de Hacienda, estaba en vías de conseguirle un buen empleo. Mientras tanto, Riga vivía tranquilo. Ocupábase en revisar sus cuentos, con los que formaría un libro. No salía de su casa sino para ir a la Brasileña o para visitar a Itúrbide en su estudio o a Orloff en su casa. En la Brasileña ya no conocía a casi nadie. Los escritores y periodistas de su tiempo habían abandonado aquella casa; y en cuanto a los de la nueva generación, se reunían en cierto café bullicioso, al que se le llamaba, en tono irónico, *El café de los inmortales.* Riga fué varias veces a este local. Los jovencitos que lo frecuentaban solían atraer al poeta a sus círculos. Le trataban con simpatía y respeto, a causa del prestigio literario de Riga. Le pedían su opinión sobre los escritores en boga, sobre los últimos libros aparecidos, y algunos le leían versos solicitándole su juicio. A Riga le complacían enormemente tales homenajes, y no trataba, como otros de su generación, de darse aires de importancia. Era sencillo, como siempre, aunque esto le restase autoridad entre los muchachos. Los trataba con cariño y se interesaba por cuanto ellos escribían o planeaban, les recomendaba ciertos libros cuya lectura les sería útil, les daba consejos. Para él, tenía más importancia la página de un principiante con talento que los libros de muchos consagrados. Pero sobre todo quería a los muchachos y los alentaba, porque él no encontró ayuda ninguna entre los viejos. Jamás, salvo casos excepcionalísimos, vió que escritores ilustres tomaron la pluma para alabar el libro de un muchacho, o que, siquiera en las conversaciones, difundiesen el valer de los jóvenes talentosos. Era el egoísmo y la envidia del ambiente literario. Todos querían ser únicos, y miraban con envidioso recelo a los nuevos escritores que surgían. Solamente cuando veían el empuje de algún muchacho, cuando él había triunfado con sus libros y merecido elogios del extranjero, de los artistas independientes, de los diarios representativos, sólo entonces los viejos figurones egoístas, los políticos literarios, los profesores pedantes, abrían la boca para favorecer al escritor joven con su trivial alabanza.

Apenas Riga salió del sanatorio, apareció un libro de Itúrbide. Eduardo había realizado una obra de arte, un libro de estilo. Los diarios lo habían elogiado sin entusiasmo, pero entre los artistas fué recibido con admiración. Riga publicó un artículo en *La Patria,* y ahora, un mes después de apa-

recido el volumen, los amigos del escritor triunfante le preparaban un banquete.

La fiesta fué realizada en los altos de un restorán democrático, en una bella noche de Agosto. Los organizadores habían querido que asistiesen principalmente escritores y periodistas, y por eso fijaron para la celebración de la fiesta el dos del mes, cuando todo el mundo acababa de cobrar su sueldo, y pusieron al cubierto un precio muy accesible para los bolsillos literarios.

A las ocho el local estaba lleno de concurrentes; y no bien apareció el obsequiado, todos se le acercaron para felicitarle. Se formaron pequeños grupos; algunos asistentes, que preferían determinados lugares en la mesa, esperaban parapetados detrás de las sillas elegidas. Casi todos eran escritores o periodistas, e Itúrbide se sorprendió al encontrar allí a antiguos conocidos como Goldenberg, como Grajera, que no pertenecían al gremio. No había entre las cuarenta personas ninguna figura célebre en la literatura o en la política. Sin duda no habían acudido por no tratarse de un restorán de lujo y por ser demasiado módico el cubierto, pues ellos hubieran sufrido una disminución de valer codeándose con bohemios y con gente de menor cuantía. El doctor Lantero, a quien Riga acababa de ver en automóvil, excusó su inasistencia por hallarse enfermo; cierto eminente político y orador envió una tarjeta desde la casa de su querida, rogando a Itúrbide que le tuviera presente y lamentando que una entrevista ineludible le impidiera hallarse en la fiesta; y un diputado nacional, que jamás iba a la Cámara, pariente de Eduardo y escritor intermitente y desteñido, pretextó las graves ocupaciones de su cargo. Otros consagrados ni se excusaron siquiera, no obstante su relación con Eduardo o los elogios literarios que le debían; ninguno quería contribuir a levantar a un hombre joven para no crearse un rival.

—Señores, me parece que podríamos comenzar a alimentarnos — dijo Orloff, que ahora se desquitaba ampliamente por todo lo que su estómago padeciera durante algunos años.

La moción fué aceptada de plano, y todos se sentaron a la mesa. Itúrbide tenía a su derecha a Moisés Roca, y a su izquierda a Juan Luis Heleno. Uno de los extremos de la mesa fué ocupado por Escribanos, Grajera y tres muchachos literatos que continuaban la obra syringuesca del médico y que habían arriado a Goldenberg para utilizarle como ‘‘candidato’’. Cerca de ellos se sentaba Riga, que tenía por vecinos

a Orloff y a Jacinto Viel. En el otro extremo reinaba Garibaldi, en la peligrosa vecindad de Salvatierra y de Rueda. Y en el centro, cerca de Itúrbide o enfrente, se hallaban Gabriel Quiroga, Calixto Albarrán y Alberto Reina.

La pequeña orquesta rompió en un tango sesgoso y dormilón, y en seguida las mandíbulas comenzaron a trabajar. Poco se hablaba, y no había mucha familiaridad, a pesar de que eran todos amigos. Pero a medida que nuevos platos iban llegando y que la orquesta tocaba más tangos, la charla comenzaba a propagarse por toda la mesa.

—*Tenés* que ser de los nuestros, Goldenberg, puesto que *sós* un elemento importante para nuestra obra cultural — decía Escribanos, agachando la cabeza, y braceando de tal modo que parecía echar bendiciones.

—Pero si yo no soy literato, ché hermano...

—No es necesario; además, que tu carácter de ex administrador de una revista literaria y filosófica te da título de sobra para ingresar en nuestra asociación.

Se trataba de una misteriosa sociedad formada por Escribanos y sus discípulos en "titeo" y fumistería, la que tenía por objeto llevar candidatos a las reuniones y divertirse a su costa. Escribanos, a pesar de su fama de médico y escritor, no perdía el vicio de bromear. El pobre Goldenberg prometió asistir a las reuniones en la casa del médico, con gran contento de Grajera, recién incorporado a la asociación, y de los demás muchachos.

Frente a Riga, un hombre de grandes y retorcidos bigotes, con algo de melena, onda sobre la frente, pelo aplastado y lustroso, mirada triste, facciones cuadradas, exhibía su corpulenta figura y sus aires donjuanescos. Era el hombre que había llegado de París, donde había enamorado a duquesas y escritoras, había comido en la mesa de célebres políticos y oído la palabra divina de los *cher maîtres* del Bulevar. El hombre que había llegado de París era un espíritu excelente y amable, pero su aspecto del que evidentemente no tenía la culpa, le hacía poco simpático para algunas gentes. Abrió la boca y preguntó por cierto poeta de quien solía reírse todo el mundo; buena persona pero detestable y cursi poeta. Alguien contestó que el poeta tenía enferma, en estado interesante, a su musa.

—¿Y las otras ocho? — preguntó Moisés Roca, levantando la voz para que le oyeran, y demostrar así sus conocimientos mitológicos.

Y entonces Orloff, aludiendo a los pésimos versos del poeta evocado, y suponiendo lo arrastradas que debían ser sus musas, dejó caer una a una estas palabras, pronunciándolas con su característico martilleo de las consonantes fuertes:

—Han pedido libreta.

Todos rieron pesadamente la frase de Orloff, que equiparaba las musas del vate a ciertas señoras poco honestas que se matriculaban en la Municipalidad y debían sacar libreta para poder ejercer su oficio.

—¿Han visto la novela de...? — preguntó una voz.

Era un libro reciente, que dió tema para que se hablara de las últimas obras aparecidas. Pedro Rueda las fulminó a todas en block, y afirmó, con gran satisfacción de Viel, que daba grandes cabezadas de asentimiento, que en este país no había literatura.

—No, eso no es verdad — dijo Viana.

Y recordó cómo hacía diez años, cuando él llegó a Buenos Aires de su provincia remota, apenas aparecía un libro por mes, mientras que ahora no había semana que no se publicara alguna obra interesante. Y cuarenta o cincuenta libros por año era proporción considerable para un país joven como el nuestro.

—Mejor sería que esos cagatintas fuesen a sembrar, que arrojaran la pluma y se apoderaran de un arado. ¡Qué gran país! — exclamó Jacinto Viel, desoladamente, esparciendo por toda la mesa su fúnebre pesimismo.

—¡Je, je! — saltó Rueda, a quien la franqueza de Viel, en presencia de aquellos mismos a quienes quería mandar a la cosecha, le hacía reír estrepitosamente.

Desollaron entre todos al autor de la novela, un hombre que, desde hacía veinte años, estaba fuera del país, viviendo de sus rentas en España y Francia, escribiendo novelas argentinas en que las gentes hablaban como se habla en los sainetes de Javier de Burgos o en los dramas de Echagaray. Hasta un ¡vive Dios! había en alguna de sus novelas de un casticismo postizo, pues ni siquiera eran profundamente españolas.

—Es la mala influencia de la literatura española — dijo Itúrbide que adoraba a los escritores franceses y a Gabriel D'Annunzio.

—Hombre, no diga usted eso — exclamó Heleno, con cierta indignación.

Y se produjo una erudita polémica sobre los caracteres de

la literatura española y el valor de su influencia en la Argentina. Itúrbide culpaba a los españoles de no saber escribir ni componer, de carecer de sensibilidad y del sentido de las proporciones, de ser improvisadores, y, sobre todo, de ignorar el *métier* del escritor, es decir, los mil procedimientos de que se vale un artista para producir una sensación, para describir, para hacer *ver* una escena, para dar la impresión del movimiento y del color. Para los españoles no había sino el estilo, y no preocupábanse sino de cualidades secundarias, como esa ridícula pureza gramatical, que obligaba, para ser obtenida, a un juego pueril y rural. Para los argentinos, escribir bien era decir las cosas con sobriedad y elegancia, con naturalidad, sin esas trasposiciones tan feas de los españoles y que si en ellos pueden ser toleradas, pues son un reflejo de la arrogancia y afectación de la estirpe, debían ser rechazadas entre nosotros.

—¿Qué entiende usted por elegancia? — preguntó Heleno.

Itúrbide se había referido a la elegancia moderna, no a ese señorío con algo de chabacano, de paternal y de populachero tan común entre los españoles. Valera, un gran señor de las letras, según los españoles, tenía expresiones dignas de un patán, y mezclaba sin escrúpulo frases familiares, refranes, lugares comunes. Su prosa no era distinguida como lo era la que realizaba un gran número de escritores americanos. A Valera le perjudicaba su españolismo agarbanzado...

—¿Le perjudica? — exclamó Heleno.

Quiroga intervino en la disputa para decir que Itúrbide tenía razón en parte. Los escritores españoles, en su mayoría, no vivían en nuestro tiempo. Sus giros, su adjetivación, su vocabulario pertenecía a épocas muertas, definitivamente muertas. La vida moderna, tan compleja, tan viviente, tan "americana", exigía un idioma nuevo, un idioma civilizado, un idioma libre que fuese "conductor de ideas", como decía Sarmiento. En nuestra época había que dejar a un lado toda preocupación de casticismo idiomático, olvidar la gramática, no leer a los famosos clásicos que sólo servían para pegarnos giros anticuados y palabras apolilladas, ajenas al alma de nuestro tiempo.

—Eso es verdad — interrumpió Rueda. — En los países civilizados como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, nadie se preocupa de si una palabra está o no en el diccionario; y si no está la inventan. Sólo en los países bárbaros como España, existe la preocupación gramatical.

Heleno y Orloff salieron en defensa de los escritores españoles, afirmando que la moderna literatura castellana repudiaba el casticismo rural y atrasado, y que los grandes prosistas jóvenes de aquel país tenían del estilo un concepto casi idéntico al de los escritores americanos.

Riga, mientras tanto, escuchaba lleno de interés, gozándose en la compañía de tantos colegas y amigos. Con gran asombro de los que le rodeaban, no probaba el vino. Pero, a pesar de su tranquilidad, de su satisfacción por haberse librado de las garras del vicio, no era enteramente feliz. No deseaba beber, pero sentía que le faltaba algo no bebiendo, y comprendía que con el menor pretexto podría volver al vicio. Además, notaba que todo el mundo le observaba, y experimentaba una vergüenza indefinible y compleja: por haber bebido, por la degradación a que había llegado, hasta por no beber ahora.

—Y en Francia, ¿qué hay? — preguntaba Heleno, enemigo nato de la literatura francesa.

La disputa continuaba, y como los ataques a los escritores españoles persistiesen, Moisés Roca, que se creía obligado a hacer su frase de cuando en cuando, exclamó, con el dedo levantado y acento oratorio:

—¡No olvidéis, jóvenes, que España tuvo un Castelar!

La comida iba llegando a su final, con cuyo motivo la animación había redoblado. Corría el vino; y entre las paradojas y citas con que se cascoteaban los discutidores, las copas se llenaban y vaciaban como sin pensar. Escribanos y sus satélites bromeaban y reían estrepitosamente. En el otro extremo, Salvatierra, mareado por algunas copas, se había puesto a hablar bien de todo el mundo; y dos jóvenes imberbes que, todavía, hacían versos mitológicos y versallescos, pretendieron subirse a la mesa para recitar sendos poemas.

La orquesta se hamacaba en las torcidas frases del tango *Golpiá que te van a abrir,* cuando apareció el poeta Jacques de Noulens.

—¡Noulens! ¡Aquí! ¡Salve! — gritaban de diversos puntos de la mesa.

El poeta saludaba hacia todos lados con su sonrisa suave, sin saber adonde dirigirse. Por fin se sentó junto a Escribanos, y, naturalmente, no se negó a aceptar la copa que le ofrecieron.

En ese momento, Heleno se puso en pie. Todos chistaron para que la música callara; y Heleno, sacando del bolsillo va-

rias cuartillas, comenzó a leerlas. Fué un discurso serio y sobrio. En seguida se levantó Itúrbide y pronunció bellas palabras de fraternidad y camaradería. Dijo que era necesaria la unión de los escritores, si ellos querían imponerse al ambiente, luchando contra su sensualismo, contra la envidia, contra el desdén, contra el mercantilismo. En lugar de atacarse los escritores unos a otros, debían formar una cadena irrompible, ayudarse entre sí, alabarse y defenderse mutuamente.

Las palabras de Itúrbide conmovieron un poco a todos y fueron sincera y entusiastamente aplaudidas. Cuando habló de que los escritores se destrozaban unos a otros, todos miraron a Salvatierra y a Rueda.

—¡Que hable Noulens! ¡Que hable!

Noulens no se hizo de rogar. Detrás de las sillas, accionando con los brazos, peroraba paseándose en un espacio de tres metros. Sus gestos no eran del todo armoniosos y coherentes, y su voz se arrastraba, como siempre, en los finales de frase. Noulens alababa a Itúrbide, porque siendo éste un hombre adinerado, escribía bellos libros en lugar de dedicarse a la vida ociosa de las gentes distinguidas. El dinero, según Noulens, era una gran tentación; y esto lo afirmaba él, aunque no corriera el riesgo de ser tentado por semejante conducto. Terminó por exigencias de toda la mesa, pues llevaba hablando más de un cuarto de hora. Luego, a ruego general, Moisés Roca pronunció un elegante discurso. Citó a Alberdi y a Sheridan, autores que no dejaba de mencionar en sus discursos, así le amenazaran de muerte; tocó la nota tierna y sentimental; fué lírico y poético, e interesó a todo el mundo.

—¡Garibaldi! ¡Jacinto Viel! ¡Riga! — exclamaban varias voces.

Habló Garibaldi. Tuvo palabras vibrantes y enérgicas, condenó duramente la ignorancia y el egoísmo del ambiente, y vaticinó el advenimiento de una sociedad donde habría más belleza y más verdad. Luego, la concurrencia pidió que hablaran otros comensales. Y no tuvieron más remedio que convertirse en oradores Jacinto Viel, Alberto Reina, Salvatierra y Escribanos.

—¡Estamos como en Colombia! — dijo una voz cuando llegó el décimo discurso, que era el de Riga.

El poeta, no pensaba hablar, pero le habían rogado con tanto empeño que debió someterse. Al ponerse en pie, se le aplaudió con verdadero afecto. Todos le miraban, y comparaban su aspecto de ahora con el de hacía diez años. Estaba

sumamente flaco y pálido; su mirada tenía una expresión de insistente tristeza y hablaba con un gran acento de melancolía. Había vuelto a afeitarse el bigote, y con ello su rostro parecía más hundido. Sus palabras, pronunciadas con timidez, pues había hablado en público muy pocas veces, interesaron singularmente a sus colegas. Algunos se emocionaron; y él mismo se conmovió de tal modo que, en cierto momento, apenas pudo hablar.

—Eduardo Itúrbide — comenzó diciendo, — es un gran corazón y el mejor de los camaradas. Yo he aprendido a admirarlo y a quererlo. Le debo todo lo que ahora soy, le debo mi salud y mis esperanzas. El me ha reconciliado con la vida, me ha infundido nuevas energías.

Luego habló del artista que había en Eduardo, de sus libros, de su obra por realizar. Después, evocando épocas ya viejas, recordó el escepticismo de Eduardo a los veinte años, y declaró que no había un alma más optimista, más creyente en la vida, más llena de fe.

—A él le debo todo — volvió a repetir el poeta, — porque sin él, tal vez yo no os hablaría en este momento, amigos míos.

Y entonces, sintiendo la necesidad de hacer una confesión pública de su vida, habló de sí mismo. Había sido combatido y desdeñado y no había sabido luchar. Era preciso defenderse contra los enemigos de fuera y de dentro: los bárbaros que nos rodeaban y el hombre miserable que llevábamos en nuestro interior. Era preciso vivir, vivir, vivir a toda costa. Era preciso oponerse a los obstáculos exteriores, dominar las incertidumbres, aplastar la serpiente de nuestros vicios, vencer al Destino.

Todos escuchaban con grave interés las palabras sinceras del poeta. Riga notó la simpatía que le rodeaba, y poco a poco se fué exaltando, transformándose. De nuevo la Eterna Ilusión vino a apoderarse de su alma y de su sentimiento, le hizo olvidar hasta el recuerdo del pasado, le trasladó, desde el presente triste, a una bella realidad quimérica. Vió su futura obra literaria, vió sus próximos días de gloria, y su imaginación se pobló de armonías, su alma se llenó de sensaciones y de colores y en su corazón se aglomeraron los más férvidos amores y los más dulces sentimientos. Aconsejó a sus amigos que trabajaran, que produjeran incesantemente, aunque no tuvieran recompensa alguna, y, con lágrimas en los

ojos y la palabra conmovida, habló de realizar, él también, sus sueños.

—Realizaré mis sueños de belleza, la obra tantas veces entrevista en los viajes ilusorios de la imaginación. Y todavía lograré realizar mi ideal de vida: una existencia tranquila, consagrada al arte... y...

No dijo más. Se había acordado de Lita; se había acordado de su eterna ilusión de casarse con ella y vivir juntos en una casita, cerca de Buenos Aires, rodeados de hijos que harían menos triste su muerte; se había acordado de estas palabras, que tantas veces repitiera en sus confidencias sentimentales. Estaba ahora triste, infinitamente triste, y continuaba en pie, sin saber cómo terminar la frase, mientras los amigos, que no sospechaban la verdadera causa de su silencio, se habían contagiado de su emoción. Por fin, se sentó de golpe, dando por concluído su discurso.

Los aplausos recorrieron la mesa durante un buen rato. Itúrbide se levantó y apretó entre sus brazos al poeta. Y mientras los dos permanecían abrazados, Escribanos, llamando aparte a Orloff, le decía con tristeza:

—¡Pobre Riga! Tiene muy poco tiempo de vida. Cualquiera enfermedad insignificante, cualquier descuido puede acabar con él. Hasta esos sueños para él irrealizables, son síntoma de su gravedad.

Riga y algunos amigos se acercaban a Escribanos y a Orloff, cuando Moisés Roca, que en ese instante se aproximara al médico, observó, mirando al poeta:

—Pero qué bien se ha puesto Riga; es un hombre curado, definitivamente curado.

Luego felicitó a Riga por su buen aspecto y su excelente salud, y el poeta, con cierta tristeza, contestó:

—Sí, me encuentro muy bien, admirablemente bien...

IV

Transcurrió un mes en perfecta calma para Riga. Sus inquietudes habían desaparecido, y ahora se sentía dominado por una inexplicable lasitud. No deseaba nada, sino seguir viviendo. La última crisis de su alma se había llevado todas sus ambiciones y sus deseos, y sólo le había dejado en su corazón un tenaz amor a la vida. Su salud era mediocre, y él atribuía

a debilidad su languidez espiritual, su indiferencia hacia todas las cosas y su escasez de voluntad.

Pasaba sus horas en la más absoluta inacción. Por la mañana, siguiendo el consejo del médico, solía ir a Palermo, a la Recoleta, al Jardín Zoológico. Se sentaba en algún banco de los jardines, y allí permanecía un buen rato mirando pasar la gente. A veces iba con algún amigo, generalmente con Pedro Rueda, o con algunos de los jovencitos literatos que buscaban la amistad protectora del poeta. Después de almorzar iba a la Brasileña, donde se quedaba una larga hora, y luego recorría las librerías, charlaba en la calle con los conocidos que encontraba. A la noche, en seguida de comer, volvía al café; y después frecuentaba las redacciones de los diarios, para pasar un rato con sus antiguos colegas.

Apenas escribía. Su discurso en el banquete a Eduardo, los aplausos que recibiera, le habían estimulado de tal modo que al día siguiente, comenzó a planear una novela. Pero como no tenía hábitos de trabajo, ni paciencia, ni energía, y le faltaba la visión del conjunto, al poco tiempo se convenció de que él no era capaz de semejante esfuerzo. También pensó en una importante obra de crítica literaria, y hasta inició sus trabajos; pero como le era indispensable leer mucho, y, por carecer de libros, en las bibliotecas públicas, acabó por cansarse. En definitiva, no había escrito sino versos, todos sin importancia, salvo una composición donde narraba, vaga y poéticamente, la historia de su vida.

A Itúrbide le visitaba en su estudio dos o tres veces por semana. Pero jamás le preguntó por Lita. No obstante todo lo que había ocurrido en los diez años últimos, Riga, frente a Eduardo, conservaba el mismo pudor de sus sentimientos y la misma timidez de toda su vida. Nunca dijo a Eduardo ninguna palabra que le permitiera adivinar su ya viejo amor hacia Lita y Eduardo jamás se dió por enterado. Riga, ahora, tampoco deseaba tener noticias de Lita. Pensaba siempre en ella, pero como en un recuerdo poético y legendario. No hubiera dado un solo paso por saber algo de Lita, y se diría que en esta actitud negativa había algo de pereza, de desconfianza, de egoísmo. ¡Se encontraba tan bien, en su actual vida tranquila y sin inquietudes! Por Lita había caído varias veces bajo las garras del vicio; ¿no era peligroso, pues, preocuparse de ella?

Sin embargo, él había hecho, respecto a Lita, su composición de lugar. No quería amarla como a una mujer de carne

y hueso, no quería amarla con pasión; pero ¿por qué no guardarle un culto silencioso, un amor espiritual como el que él profesaba al Arte, a la Belleza? En nada podía perjudicar a su bienestar ni a su salud amar las cualidades morales de Lita, llevar dentro del alma su imagen llena de gracia, pensar en ella con aquella vaguedad con que se piensa en Dios. ¿Qué podía estorbarle un recuerdo tan indefinido, tan inmaterial? Por el contrario, ¿no era para él un ennoblecimiento, un motivo de perfección, tener perpetuamente ante los ojos una imagen tan encantadora y en el alma un recuerdo tan puro y bello?

Una tarde se reunió con Albarrán, con quien había convenido en ir a la Exposición Internacional de Bellas Artes, inaugurada hacía poco, y que constituía uno de los más importantes números con que se festejaba el Centenario de la revolución de Mayo. Albarrán estaba muy flaco y abatido, a causa de una pasión devoradora. Se había enamorado deplorablemente de una maestra normal, muchacha bonita e inteligente, cuya resistencia le tenía desesperado.

—Pero, ¿qué le pasa, Albarrán? — le preguntó Riga, cuando estuvieron en el tranvía.

Albarrán, que conocía lo reservado que era el poeta, y que necesitaba confiarse, le describió su pasión. Era algo terrible, devastador, un amor que le robaba todas sus fuerzas, sus deseos, hundiéndole en un aplastamiento del que sólo la morfina le libraba. Riga le aconsejó que se dominara, que tratara de no ver a aquella mujer, que se buscara alguna ocupación absorbente.

—Aprenda de mí — dijo, muy convencido de haberse salvado de su pasión por Lita, y de deber su salvación a sí mismo.

—¿De usted? ¿Entonces aquello pasó completamente?

—Completamente.

—¿Está seguro?

Riga contestó que sí. Y entonces Albarrán, mirándole en los ojos, le preguntó:

—¿Y si Lita se casara?

Riga palideció repentinamente y el corazón empezó a latirle con celeridad. No sabía qué contestar a la pregunta del amigo. La verdad es que jamás pensó que Lita podría casarse. La imaginó siempre soltera, acordándose de él, guardándole un afecto silencioso. Y ahora, al escuchar las palabras de Albarrán, al ver que el casamiento de Lita era posible,

la idea se le hizo intolerable. Iba en el tranvía, nervioso, dominado por un malestar físico y moral. Mientras tanto, Albarrán le observaba, y él, con voz vacilante, sin intentar dominar su preocupación, le preguntó:

—¿Sabe algo? ¿Se va a casar ella?

—No sé nada — contestó Albarrán, con calma fingida; — fué una ocurrencia mía...

Riga no quedó completamente satisfecho, y Albarrán tuvo que convencerle de que Lita no pensaba casarse. El poeta acabó por recobrar su tranquilidad. Pero sólo aparentemente, porque la idea había entrado en su corazón y ella bastaba para hacerle infeliz.

En la puerta de la Exposición encontraron a Reina y al pintor Dalmiro Istueta. El pintor era un hombre violento y genial, un espíritu rebelde y enérgico que había tenido que luchar atrozmente contra el público y la crítica para imponer sus ideas estéticas. Apreciaba mucho a Riga; le dió un fuerte apretón de manos, y entraron los cuatro en la Exposición. Una enorme multitud recorría las innumerables salas, atestadas de cuadros y esculturas. Riga no entendía una palabra de arte, pero sus juicios eran tan sinceros, se plantaba ante los cuadros con tanta humildad, carecía tan absolutamente de prejuicios, que Istueta estaba encantado. En la sala de Ignacio Zuloaga se detuvieron un largo rato. Comentaban *Las brujas de San Millán*, cuando pasó Eduardo con su mujer y dos muchachas. Eduardo se separó de las señoras y se acercó a sus amigos. Hablaron dos palabras, y, al retirarse Eduardo, Riga vió cruzar por la sala vecina una silueta que le preocupó intensamente. ¿Sería Lita? Hacía tanto tiempo que no la veía, y había pasado la silueta con tanta rapidez, que no era de asombrar su duda. Tenía el presentimiento de que era ella; se lo decía el corazón, que había vuelto a latirle con violencia. Quedó inquieto, sin escuchar los comentarios de los tres amigos, mirando hacia la sala vecina. Por fin, no pudiendo soportar más su situación, se despidió de sus compañeros con el pretexto de estar muy fatigado, y, dando un gran rodeo, llegó a la sala donde viera la silueta que le preocupaba. Pero ya no estaba en aquel lugar. Pasó a la sala de Zuloaga, y allí, frente a *Las brujas de San Millán,* de espaldas a la puerta por donde él entrara, estaba Lita con su mamá. Se quedó un rato mirándola, temblando de emoción, ocultándose detrás de los grupos que llenaban la sala. ¡Qué encantadora estaba Lita! Apenas había cambiado, y sólo la encontraba más re-

posada, menos ágil, menos sonriente, y se diría que había adquirido un matiz de suavidad y de melancolía que le daba un encanto más. Embebido en ella, no veía nada. Pero al cabo de un instante de estar allí, notó que un hombre joven y elegante, que parecía acompañar a Lita, hablaba con ella en actitud sentimental. El temblor de sus manos se acentuó, los nervios empezaron a desajustársele y una gran marea de celos, de desesperación, de rencor, de pasión, de sufrimiento, subió a su corazón y amenazó desbordar angustiosamente. El joven y Lita hablaban como si fueran novios, y se miraban a los ojos de cuando en cuando. Sí, eran novios, se querían, y ahora se explicaba él las palabras de Albarrán. ¡Ya Lita era de otro, ya jamás se acordaría de él!

Las tres personas continuaron mirando los cuadros de Zuloaga, y luego pasaron a la sala vecina. Riga los siguió, siempre ocultándose. Y cuando entraron en otra sala y después en otra aún, él continuó detrás. Y así recorrieron casi toda la exposición; ellos deteniéndose en cada sala, Riga siguiéndolos desde lejos, tratando de que no le vieran, intentando dominar, sin conseguirlo enteramente, la desesperación de su alma.

En un momento, al cruzar la gran sala Internacional, le pareció que Lita, al volver la cabeza, le había visto. En seguida creyó que ella hablaba con su novio, que sin duda se lo señalaba a él, porque el novio volvió la cabeza como buscando a alguna persona, en la dirección en que él se hallaba. Riga pensó que a Lita ya no se le importaba nada de él, de él que la quería seguramente mucho más que su novio. ¿Para qué seguir detrás de ella? ¿No era eso marchar hacia el imposible, perseguir un absurdo? ¿Qué sacaba con aumentar su desesperación, con acrecentar su angustia, con exasperarse viendo cómo otro hombre se llevaba a Lita para siempre, a su Lita, que había sido la gran ilusión de su existencia? La congoja le oprimía tenazmente la garganta, y sentía deseos contradictorios y violentos: de huir, de insultar a aquel hombre, de continuar siguiendo a Lita, de consagrarse al trabajo para olvidar, de darse otra vez a la bebida para ahogar sus penas insufribles.

Estaba en la sala Internacional, y Lita se le había perdido de vista. Pasó a una sala próxima y no la encontró. Luego entró en otra, y en seguida en otra aún, y Lita no aparecía. Recorrió la Exposición de un lado a otro, sin ver nada, sin oír nada, medio loco, destrozado, enfermo. Volvió a la sala Internacional, y, sin poder dar un paso más, cayó en un largo so-

fá. Allí, en imágenes fragmentarias, incoherentes, vió toda la desolación de su vida. Había amado apasionadamente, exclusivamente, y ese amor había sido el origen de su infinita desdicha. Cierto que él era un hombre sin voluntad, un vencido, un enfermo de arte y de belleza, pero sin ese amor funesto tal vez hubiera sido otro hombre. Su pasión aniquiladora no era el único mal de su existencia. Lita no tenía la culpa de su tragedia, pero al verla, y al verla junto al hombre que la haría suya, él sentía renacer todo el dolor de su vida.

Desde ese momento, Riga no vió más. Las gentes que pasaban a su lado en procesión interminable, desfilaban como sombras fantásticas; los ruidos y las voces eran vagas armonías lejanas, cuyos ecos extraños y dolorosos herían su corazón; los cuadros salían de los muros, y, mezclándose y superponiéndose, formaban una delirante sinfonía que estallaba en plenitudes salvajes. La visión de Lita, como un huracán de viejos ensueños y de eternos dolores, acababa de destrozar su ser. Todo lo que había conquistado en pocos meses luchando contra el Mal; todo lo que salvara en la tragedia del hombre antiguo; todo el amor a la vida y al trabajo que habían despertado sus pobres energías nacientes; todas sus esperanzas de reposo y de bien; todos sus nuevos sueños, desaparecieron en un instante de las realidades de su vida. Y retornaron, como fantasmas trágicos, sus pasadas miserias, sus espantosas angustias, sus ensueños fracasados, sus ideales rotos, sus lentas y tristes horas de vencido. Una imagen de sus antiguos versos se instaló en su imaginación enferma; y vió a su alma como un parque abandonado, como la decoración de alguna tragedia lamentable. Bajo los árboles descarnados y tétricos que materializaban sus ensueños, vagaban sombras luctuosas, sombras de desaparecidos; en los estanques, las aguas yacían muertas y putrefactas; las columnas y las estatuas, despedazadas, enmohecidas, evocaban la ruina de sus quimeras de poeta; negras aves agoreras gritaban estridentemente la desolación de su alma y de su corazón solitario; y en la noche siniestra, una luna de pesadilla extendía sobre las cosas el blanco sudario de la muerte.

¡Y al lado de sus tristezas, la alegría y la vida cantaban su canción de júbilo! ¡Lita, sonrisa de sol, alegría de cielo, gota de agua fresca; Lita, primavera, romanza de la dulce ilusión, beso de las rientes mañanitas; Lita, celeste gracia, aroma de raras florecillas, alma de la brisa jovial; Lita, voz de coros infantiles, melodía de Mozart; Lita, atardecer de Abril,

paisaje de sol amable, de campos verdes y de colinas onduladas; Lita, ensueño feliz; Lita, madrigal de Dios! Y toda esta gran belleza del mundo, toda esta suma de armonía y de bien no era para él que la había soñado, que tal vez la había creado en la infinita sed de su corazón. ¡Ah, la vida, miseria vil, estúpida ilusión, canallesco engaño del Destino!

Y se lanzó a la calle, ciego, tambaleante, sin saber adonde iba. En la Plaza San Martín subió a un carruaje, e indicó al cochero una dirección central. Era un bar que frecuentara en otro tiempo. Entró y pidió un whisky. Cuando tuvo el vaso delante, lo miró con los ojos fijos, enormemente abiertos. No se atrevía a tocarlo. ¿Lo bebería? El médico le había dicho que un vaso de whisky sería fatal para él, pues un vaso traería otro y otro aún, y detrás de algunos vasos vendría la parálisis o la muerte. ¿Lo bebería? Al fin y al cabo, ¿qué le importaba morir? ¿Qué valor tenía su vida? ¿Qué ganaba el mundo con que él viviese, él, un pobre diablo de poeta, un paria, una basura? Además, ¿qué sabía el médico? Y sobre todo, ¿no tenía él que olvidar? ¿No era eso lo importante, olvidar, lo único importante de la vida?

Tomó el vaso con la mano temblante, con los ojos cada vez más abiertos, ojos de terror. Pero no se atrevía aún a llevárselo a la boca, cuando de pronto recordó a Lita mirando al novio, subió a su corazón la marea de su sufrimiento, de su rencor, de su desesperación, y, trágico en su dolor violento, ahogando un sollozo viril, con los ojos en una visión lejana, bebió casi de golpe el primer vaso de whisky.

V

Hacía mucho tiempo que Lita no tenía noticias del poeta que tanto la había querido. Eduardo, con fraternal cariño hacia el amigo y hacia la hermana, había ocultado a Lita la decadencia de Riga, sus relaciones con Heloísa y con Nacha, su pobreza, su vicio. Lita veía la firma del poeta, de cuando en cuando, en algún diario o revista; y le imaginaba viviendo una existencia difícil pero no miserable, absorbido por el periodismo. En más de una ocasión, pensó que Riga la amaba siempre; y entonces ella se complacía infinitamente, se complacía hasta el enternecimiento, en la pasión profunda del poeta. A veces, parecía convencerse de que él la había olvidado por completo; y sentía una pena indefinible, una nos-

talgia llena de recuerdos, una vaga saudade de sus antiguos días. Pero no era por vanidad femenina que ella deseaba el homenaje silencioso y noble del poeta. Era... ella misma lo sabía por qué. Tal vez por la dulce poesía que aquel amor romántico ponía en las trivialidades de su existencia diaria; tal vez porque el ser objeto de tan noble y fiel cariño la elevaba a sus propios ojos y porque ser olvidada significaba haber desmerecido aquel amor; tal vez... porque en el fondo de su alma, ella, sin saberlo o sin querer confesárselo, había amado al poeta.

Una tarde, mientras esperaba a su mamá para salir con ella, tomó el diario *La Verdad*, doblado sobre una mesita del vestíbulo, y, con displicencia, al solo objeto de hacer tiempo, se puso a leer. Pero de pronto sus ojos se detuvieron en un suelto de la primera página. Leyó el título, volvió a leer otra vez. Creía no comprender nada, y permanecía estupefacta, en un estupor doloroso, con el diario en la mano, sin atreverse a leer el suelto. "La enfermedad de Carlos Riga" decía el encabezamiento del artículo; y debajo: "El poeta se muere". Lita, profundamente conmovida, deteniéndose a cada paso para recordar al poeta, leyó aquel suelto cariñoso y triste, escrito sin duda por algún compañero que le quería. "En un hospital, en medio de la mayor pobreza, se muere Carlos Riga, el poeta bohemio. Pocas siluetas tan populares y queridas ha habido en nuestros medios literarios y periodísticos, como la de este muchacho lleno de ensueños, de bondades, de ternuras, de idealismos. Carlos Riga es un gran corazón y una gran alma, y estamos seguros de que cuantos le conocen, irán, después de leer esta noticia, a acompañarle en su lecho de dolor. Ha vivido una existencia de incorregible bohemia, y ha conocido los paraísos artificiales, impulsado por quién sabe qué dolores íntimos y qué tragedias ignoradas. Se daba entero a la amistad, y todo cuanto poseía fué siempre para sus amigos. No ha sembrado en su camino sino simpatías, pues fué generoso hasta lo absurdo". El suelto concluía haciendo votos porque la naturaleza fuese más fuerte que el mal, y pudiese devolver a sus amigos y a la patria un hombre de tanta nobleza, un poeta y un artista de tanto talento y sensibilidad.

—¿Qué te pasa? — preguntó a Lita la mamá, al verla tan conmovida, con los ojos llenos de lágrimas.

—Riga, mamá; se muere en un hospital... — expresó Lita, casi llorando.

La señora quedó silenciosa y triste, frente a Lita que tenía los ojos bajos. Miraba a su hija que permanecía bajo una inmensa emoción dolorosa, y no sabía qué decirle. Tomó el diario y vió la noticia. Y al cabo de un instante, exclamó:

—¡Pobre muchacho! ¡Era tan simpático!

Y agregó, adelantándose hacia la puerta:

—Bueno, vamos que es tarde.

—Yo no salgo, mamá; quiero hablar con Eduardo — contestó Lita con la voz empañada.

Y llevando el diario en la mano, se dirigió al teléfono.

Eduardo no sabía absolutamente nada y hasta se negaba a creer en la noticia. Hacía cinco días le había visto en la Exposición Internacional, sano y bueno. Además, ¿cómo era posible que nadie le hubiera avisado a él? Pero de todas maneras, iría a la ciudad inmediatamente para ver a Riga. Lita le pidió que, cuando volviese del hospital, pasara por la calle Río Bamba para contarle todo.

Terminó de hablar por teléfono, se quitó el sombrero, y fué a encerrarse en su cuarto. Quiso escribir en su diario, pero no pudo. Estaba demasiado impresionada y afligida, y no pensaba sino en el regreso de Eduardo. Se sentó en la silla transversalmente, puso las manos sobre el espaldar, y allí dejó caer la cabeza. Se estuvo así un largo rato, recordando. Veía a Riga aquella tarde cuando le conoció. Era un lindo muchacho, tímido, de ojos soñadores; toda su persona exhalaba una gran simpatía, y parecía tan bueno, tan sincero, tan afectuoso, tan sentimental, tan artista. Después le veía leyendo versos allí en su casa, contando anécdotas, entregándole su poema lleno de amor aquel día de su cumpleaños, despidiéndose de ella cuando partió para Europa. ¡Pobre Riga! Diez años habían pasado desde que ella le conoció, y en los diez años, ¡cuánto no habría él sufrido! Hacía tres años, cuando los dos se encontraron en el vestíbulo de aquella casa, todavía la amaba, la amaba con pasión profunda. ¡Ah, ella no podía recordar sin emocionarse aquella escena de dolor! Había estado enferma varios días, creyéndose culpable de la situación tan triste del poeta, culpable del fracaso de su existencia. Pero la vida de ella, ¿no era un fracaso también? Ahora estaba de novia, iba a casarse pronto. Su novio la quería, sin duda, pero la quería con un amor trivial y epidérmico. ¡Qué distinto de aquel amor espiritual, hondo, poético, casi místico que le tenía Riga! Ella quería también a su novio,

pero no era el amor con que soñó tantas veces, el amor que hubiera podido sentir por Riga.

Había dejado su asiento, e iba de un lado a otro de la casa, llena de inquietud. ¿Por qué no llegaba Eduardo? Era casi de noche. Se asomaba al vestíbulo sin cesar, tomaba el diario a cada instante, se colocaba detrás de la ventana de la sala para ver si venía Eduardo. Imaginaba alternativamente que Riga había muerto, que estaba mucho mejor. Le veía agonizante, recordándola; y entonces ella se emocionaba dolorosamente.

—¿Dónde estabas? — le preguntó Eduardo entrando en la sala. — Te he buscado por toda la casa.

Lita miró en los ojos a su hermano, sin atreverse a preguntarle nada. Eduardo se sentó junto a ella, y, con la voz quebrada por la emoción, le refirió su visita. Riga había caído gravemente enfermo, atacado por una tuberculosis, al parecer avanzada, pero que se había agravado de repente, a causa del vicio que le dominara. El no comprendía esto, porque Riga no bebía desde hacía varios meses y parecía completamente curado. ¿Qué nuevo motivo, qué tragedia inexplicable le había llevado a beber desesperadamente, como quien se suicida? El le había visto en la Exposición, y estaba sano y contento. Y, sin embargo, parecía que esa misma tarde había retornado al vicio furiosamente.

—¿Esa tarde? — exclamó Lita, cerrando los ojos y llevándose la mano a la cara.

Recordaba haberle visto, a cierta distancia de ella, y como siguiéndola.

Eduardo refirió su llegada junto al enfermo, que tenía cerca de su lecho a Orloff, a Jacinto Viel y a Escribanos. Al ver a Eduardo, el rostro del poeta se había iluminado; le tendió sus dos manos casi inertes y le hizo sentar junto a sí. Tenía una palidez amarillosa, tosía sin cesar, y había enflaquecido de una manera increíble. Nadie hablaba, y sólo al cabo de un rato de silencio Eduardo le preguntó cómo se sentía.

—Mejor, mucho mejor — había contestado el poeta con una sonrisa triste, mientras los amigos, profundamente apenados, trataban de disimular su dolor.

Y como nadie hablara, él había continuado, con palabra dificultosa:

—Esto va a pasar pronto... Cuestión de una semana... o de dos... Ahora pienso cuidarme, hacerme un hombre normal... Me hacía falta un buen susto... En cuanto me le-

vante, me pondré a escribir mi drama... Será un éxito... ya verán... una obra fuerte y bella...

—¿Ya lo tienes planeado? — preguntó Orloff.

Riga, entonces, se puso a contar el argumento, pero, apenas comenzara, un violento acceso de tos le cortó la palabra. Llegó la enfermera, y, como era tarde, rogó a los cuatro amigos que dejaran solo al enfermo. Riga se despidió de todos con gran cariño y serenidad. A Eduardo le había dejado para el último. Esperó que los otros se hubieran apartado, trató de sentarse en la cama, le tomó las dos manos, y, oprimiéndoselas, le habló. Y antes de que Eduardo se retirara, le dijo:

—A Lita... que la recuerdo... siempre... Adiós, amigo mío... hermano mío...

Y mientras Eduardo terminaba su relato, refiriendo cómo las palabras de Riga le habían destrozado el corazón, Lita, con la cara entre las manos, lloraba silenciosamente.

—¿Qué sucede? — preguntó el doctor Itúrbide, que entró en ese instante.

—El pobre Riga, papá, que se está muriendo... — dijo Eduardo.

El doctor Itúrbide pidió datos, y comentó la relación que le hiciera Eduardo, diciendo:

—¡Qué lástima de muchacho! Era muy caballero, muy inteligente...

—Más que inteligente — interrumpió su hijo. — Era talentoso, y tenía una gran alma y un gran corazón.

El había conocido pocos temperamentos como el de Riga. Había nacido artista y poeta. Amaba como nadie la Belleza y el Arte, y hubiera preferido morir antes que prostituir su pluma. En materias literarias, era de una honradez única. Jamás dijo cosa que no pensara, jamás transigió con la mediocridad. Era sincero, noble, bueno, infinitamente sensible...

—¿Pero cómo con tantas condiciones...?

—Era un vencido — interrumpió Eduardo. — En un país civilizado habría encontrado apoyo, alguna voz que le alentara. Aquí no encontró sino obstáculos.

—¿Obstáculos?

—Sí, papá. En su familia, entre sus condiscípulos, entre sus mismos colegas. Su libro, que era un bello libro, fué un fracaso. Y es que aquí nadie se interesa por los poetas. Más aún, se tiene desconfianza de los literatos, no hay simpatía hacia la literatura, y se odia al verso. ¡Pensar que cuando publicó *Los jardines místicos,* un libro de versos donde no

ofendía ni podía ofender a nadie, recibió anónimos insultantes e injuriosos!

Lita no decía una palabra. Había cesado de llorar, y, con el pecho palpitante y la mirada lejana, escuchaba la conversación.

—Pero si hubiera tenido confianza y voluntad... — dijo el doctor Itúrbide.

—Eso le faltó: voluntad.

Como casi todos los artistas, era un espíritu sin energía. Cualquier cosa le aniquilaba, le quitaba todo deseo de escribir. Una opinión desfavorable sobre versos suyos, una frase agresiva, el rechazo de una poesía en alguna revista, bastaban para tenerle afligido, preocupado. A veces, cualquier tontería de esas le dejaba sin dormir, le quitaba las ganas de comer. Era verdaderamente un enfermo.

—Recuerdo siempre — continuó Eduardo — la primera noche que fuí con él a la Brasileña. Estaba allí Jacinto Viel, hablando con otros muchachos. Y recuerdo que Viel, refiriéndose a nuestra condición de soñadores, de artistas, de literatos, decía que no teníamos razón de ser en este país. Eramos, según Viel, enfermos, inadaptados, enfermos del mal metafísico, la enfermedad de soñar, de crear, de producir belleza, de contemplar...

Riga no era otra cosa sino un enfermo del mal metafísico, el mal de los soñadores incurables, mal que no estaba en nuestro cuerpo sino más allá. Una enfermedad del alma, en definitiva. En todas partes, la vocación de soñar, de producir belleza, ocasionaba infinitos sufrimientos, pero en esta patria joven, que ignoraba el valor de semejante sacrificio, ello constituía una desgracia. Viviendo al margen de la riqueza, al margen de la acción, desdeñado por la sociedad, el artista era un paria, un pobre diablo. Los que tenían voluntad se adaptaban o transformaban. Los demás, sucumbían: morían en la miseria, los envenenaba el alcoholismo, Riga, demasiado artista, orgánicamente poeta, incorregiblemente soñador, no podía adaptarse a la estupidez, al prosaísmo, a la bajeza de nuestra vida moderna. El alma romántica de Riga estaba demás en la Cartago que era Buenos Aires.

Cuando la conversación terminó, Lita fué de nuevo a encerrarse en su cuarto. Luego, en la mesa, apenas probó la comida. Aquella noche, felizmente, no iba el novio, y así pudo pasar largas horas con sus recuerdos, sus preocupaciones y sus tristezas. No pensaba sino en Riga, en aquel pobre soñador

que moría abandonado en un hospital, y que había hecho de ella el culto de su vida entera. Ahora, sólo ahora, comprendía Lita cuánto el poeta la había querido. Se reprochaba su cobardía, su sometimiento a la Sociedad. Veía que ella podía haber salvado a Riga, y se sentía culpable, no sabía de qué, culpable hacia Riga, hacia sí misma. Una gran congoja la dominaba. De rodillas junto a su cama, rezó por Riga, rezó llorando, con una fe sincera, ella, que no era en realidad creyente, que muchas veces no iba a misa y que jamás se confesaba. No cerró los ojos en toda la noche, y sólo a la madrugada quedó dormida.

—Tráigame *La Patria*, en seguida — rogó a la sirvienta, al día siguiente, en cuanto se despertó.

Su cuarto estaba oscuro, y, no queriendo hacer abrir las celosías, encendió la luz eléctrica. Le trajeron el diario, se sentó en la cama, y, con ansia febril, con un ligero temblor en las manos, con el corazón latiéndole desordenadamente, buscó alguna noticia sobre Riga. No tardó en encontrarla. El poeta había muerto.

Lita dejó caer su cabeza sobre la almohada y se cubrió el rostro con la sábana, al mismo tiempo que estallaba en sollozos.

El entierro del poeta bohemio tuvo lugar en la tarde de aquel día, y fué pobre y triste. El artículo de *La Patria*, lleno de cariño, de respeto y de piedad hacia Riga, había conmovido a todo el mundo; pero como él no tenía familia, y por consiguiente no había que cumplir con nadie, muy poca gente asistió a sus exequias: una veintena de amigos.

La comitiva salió del hospital. Eduardo, Orloff, Alberto Reina y Pedro Rueda llevaron el cajón hasta el carruaje fúnebre. En la vereda se formaron pequeños grupos, mientras los asistentes se distribuían en los coches. Y en medio de la indiferencia del barrio, el cortejo partió. Lloviznaba, el cielo estaba triste y gris, y hacía frío. Eduardo y Reina, que habían costeado los gastos del entierro, ocupaban el primer cupé, junto con Orloff y Pedro Rueda. El cortejo iba a la Chacarita, el cementerio de los pobres, y tardó en llegar una larga hora. Cuando los carruajes penetraron bajo los árboles, había cinco o seis personas que los esperaban. Había cesado de llover. El cortejo se detuvo, bajaron el cajón, y lo condujeron a pulso al nicho donde iba a ser guardado.

—¿Aquí? — preguntó Orloff a uno de los empleados que dirigían la ceremonia.

Y ante la respuesta afirmativa, sacó unas cuartillas; los concurrentes le rodearon, y empezó a leer. Eran pocas palabras, muy vigorosas, colmadas de un gran dolor profundo y viril, y a las que la figura robusta de Orloff, y su voz grave y lenta, aumentaban de emoción. Y cuando concluyó, despidiendo al amigo y al hermano, algunos se conmovieron hasta las lágrimas. Luego habló Jacques de Noulens, pronunciando palabras muy sentidas, y por fin Salvatierra. El discurso de Salvatierra sorprendió a los íntimos de Riga, y los emocionó profundamente. Salvatierra había hecho sufrir mucho al pobre poeta, le había amargado la vida. El propio Salvatierra lo reconocía en su discurso, y su arrepentimiento y su sinceridad hicieron llorar a casi todos los concurrentes. ¿Cómo se explicaba la actitud de Salvatierra? Era que en el mundo de los artistas y los bohemios, a pesar de todos los odios, a pesar de todas las envidias, algo les unía inexorablemente; y al llegar el momento en que las diferencias se olvidan, las almas se estrechaban en la fraternidad del Ideal y de la Ilusión.

La ceremonia concluyó. Eduardo y Orloff caminaban a la par, silenciosamente, detrás de los demás, cuando ambos vieron una mujer de negro que se acercaba al nicho. Se detuvieron, tratando de disimular su presencia, y vieron que la mujer permanecía frente al nicho, sollozando. Eduardo no la conocía, y Orloff le informó. Era Nacha.

En la puerta del cementerio, Eduardo se despidió de casi todos los concurrentes, y, en seguida, subió a un automóvil con Orloff. En el camino pensaba en Lita y trataba de imaginarse cuánto estaría sufriendo. El la conocía bien a su hermana. Era un espíritu fuerte, no tenía la sentimentalidad excesiva y un poco ridícula de las demás mujeres, pero sabía sentir hondamente cuando había para ello un verdadero motivo.

Era ya casi de noche y había vuelto a llover. La lluvia caía fina y tristemente.

FIN

Traducciones de los libros de Manuel Gálvez

AL FRANCES:

La sombra del convento — Nacha Regules — Miércoles Santo — Los caminos de la muerte.

AL INGLES:

Nacha Regules — Miércoles Santo (ediciones de Londres y de Nueva York)

AL ALEMAN:

Nacha Regules

AL PORTUGUES:

El mal metafísico — Nacha Regules — Jornadas de agonía

AL ITALIANO:

Miércoles Santo — Cautiverio

AL RUSO:

Nacha Regules

AL CHECO:

Nacha Regules — Historia de arrabal

AL HOLANDES:

Nacha Regules

AL IDDISCH:

Nacha Regules (en folletines) — *Historia de arrabal.*

AL SUECO:

Nacha Regules

AL BULGARO:

Nacha Regules

Diversas novelas cortas y cuentos del autor han sido traducidos al francés, al inglés, al griego, al dinamarqués, al italiano, al alemán, al iddisch.

Nº 02899